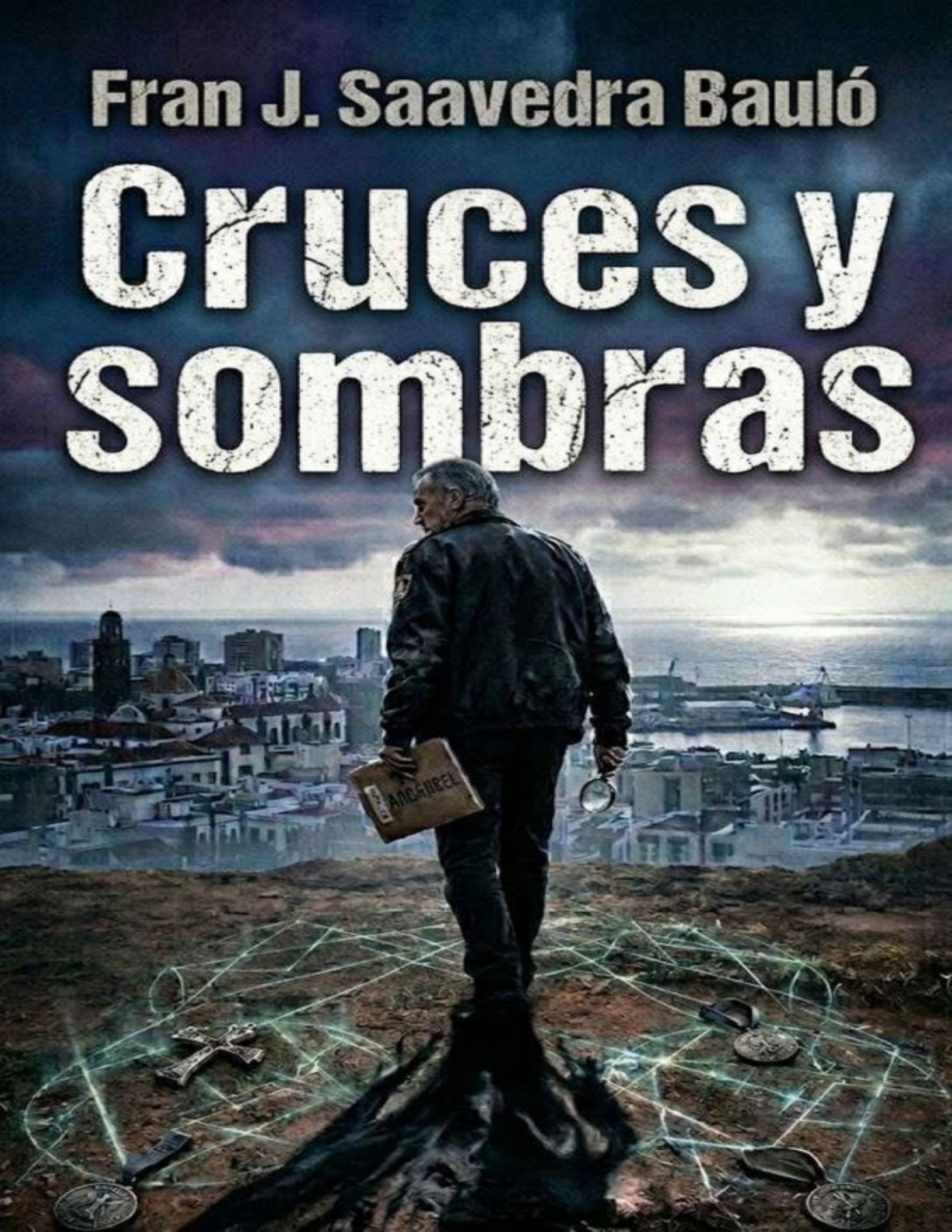
Fran J. Saavedra Bauló

Cruces y sombras



CRUCES Y SOMBRAS

FRAN J. SAAVEDRA BAULÓ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Miró el documento durante varios segundos que le parecieron eternos, quizás repasando su carrera de más de cuarenta años de servicio. Antes de firmar su jubilación, le pasaron por la mente las innumerables victorias y todas las decepciones acumuladas. Ya lo tenía en sus manos, estaba decidido y no había vuelta atrás. No le temblaba la mano al coger el bolígrafo, pero su corazón y sus recuerdos lo seguían atando a un mundo que en apenas un mes desaparecería.

«Siempre es mejor vivir experiencias que contarlas sin haberlas vivido», solía repetirse. Por eso, desde unos cuantos años atrás, Paco Figueroa, un hombre de algo más de sesenta años, bien llevados, esperó a la jubilación en la Policía para empezar a escribir. Era su sueño desde hacía ya demasiado. Todo lo había previsto para dejar la placa y la pistola, abandonar aquella comisaría, no volver la vista atrás y centrarse en lo que más le motivaba en aquellos momentos: la escritura.

Con unos ahorros que tenía estaba negociando la compra de un terreno a unos quince minutos de la ciudad y ya había recreado en su mente el porche con el portátil, su perro Frankie y una jarra de limonada fresquita. Sólo, en el campo, en su casa con su pasión, la escritura y una vida que se le antojaba ideal, una existencia relajada, tranquila, sin sobresaltos y en paz.

Lejos quedaban ya sus dudas sobre la búsqueda de editorial o incluso la presentación de sus textos a distintos concursos literarios. Después de tantos desengaños, decepciones e incumplimientos de todo tipo lo tenía claro y publicaría todo online en Amazon. Le daba casi igual vender o no vender. Su buena pensión le garantizaba la existencia el resto de su vida y ya no le preocupaba lo más mínimo.

«El que escribe es escritor, lo lean o no», comentaba mentalmente a menudo.

La fama y el reconocimiento también se la traían al pairo. Con el paso de los años había aprendido y se había convencido de que escribir era su pasión, su afición y su válvula de escape. El ser o no reconocido era algo que ya le daba totalmente igual. Escribiría porque le gustaba y nada más. Había diseñado una vida tranquila para su jubilación y en ello ponía todo su empeño.

Probablemente la quietud, calma y sosiego con los que se tomaba la vida le daban ese aspecto todavía jovial que, por su apariencia, nadie le echaría más de cincuenta. Sus sienes comenzaban a teñirse de blanco, pero todavía conservaba un cabello negro que desafiaba el paso del tiempo. Sus ojos verdes, límpidos, sinceros, dejaban entrever una bondad innata. Lo que se suele definir coloquialmente como una buena persona.

A lo largo de su vida había esbozado cientos de relatos, novelas, guiones de largometrajes, de series, de documentales, de obras de teatro, etc., con distinta extensión, pero siempre se decía que lo mejor era esperar que todas las experiencias reposaran como el buen vino, y entonces paladearlas con placer, como se saborea un buen reserva.

Hubiera destacado en cualquier profesión, pero decidió ser policía e investigar y hallar las causas, los culpables y la psicología de esas otras personas que, por un azar u otro, deciden mantenerse fuera de la ley o que la propia vida, sin buscarlo, los coloca al otro lado de la sociedad.

Siempre insistía en señalar que no influyó nada el que su padre fuera un destacado policía que consiguió hallar respuestas donde nadie las buscaba. Y que fue por descarte por lo que eligió el puesto de trabajo en la comisaría, que ahora debería abandonar en solo un mes, según los documentos que se le adjuntaban para su firma.

Solo un mes lo separaba de todas sus creaciones sin terminar: cuentos inacabados, novelas con comienzos eléctricos que, de

repente, se detenían abruptamente, guiones que sugerían grandes historias que, tras varias páginas, se fundían en blanco.

Él se tomaba cada día como otro cualquiera. La proximidad de su fecha de jubilación y retiro no variaba en nada su día a día.

Tras más de cuarenta años de servicio como investigador, ya había pocas cosas que le sorprendieran y menos todavía que le llamaran la atención como para motivarlo a hacer un esfuerzo extra de concentración para resolver un enigma u otro rompecabezas al que le retaban asesinos, criminales y el resto de su clientela habitual.

La comisaria Inés Fernández, su jefa directa, se acercó a él e interrumpió por un momento sus ensoñaciones.

—¿Ya lo has firmado?

Paco Figueroa asintió con una inclinación de cabeza y le entregó el documento con su rúbrica al final del papel. La comisaria lo recogió y, tras una breve pausa, le entregó una carpeta no muy voluminosa con un llamativo título: «Arcángel».

—Deja todo lo que tengas entre manos. Ya se ocuparán Diego o Martínez. A ti te paso este caso, que se las trae.

Paco frunció el ceño, sosteniendo la carpeta sin abrirla. Sus dedos tamborilearon sobre la portada, como si dudara en aceptar el peso de una última responsabilidad.

—¿En serio, Fernández? En un mes entrego la placa y me voy. ¿No hay alguien más para esto? —le espetó, con un tono que mezclaba cansancio y una chispa de curiosidad que no podía disimular.

Fernández esbozó una media sonrisa, apoyándose en el borde del escritorio. Sus ojos, curtidos por años de decisiones difíciles, buscaron los de Paco Figueroa.

—Precisamente por eso te lo doy a ti, Paco. Eres de los que no se rinden, aunque estés ya con un pie fuera. Este caso no es uno más: es como esos guiones que nunca terminas. Sé que no podrás resistirte a darle un final.

Paco Figueroa soltó un bufido suave, casi una risa resignada, y abrió la carpeta apenas un instante, dejando que su mirada se posara en las primeras líneas. Luego la cerró de golpe, como si temiera que el caso lo atrapara antes de estar listo.

—Un mes, Fernández. Si no lo resuelvo, no vengas a pedírmelo después de mi fiesta de despedida.

La comisaria asintió, dándole una palmada en el hombro.

—Confío en que lo harás. Siempre has encontrado la manera.

Paco Figueroa miró a su superiora dirigiéndose hacia su despacho y puso la vista en el horizonte. Allá donde, a través de la ventana, se veían a lo lejos unos barcos entrando y saliendo del puerto de La Luz y de Las Palmas.

De ser un pájaro, hubiera sido el mejor camino a tomar para alejarse de un problema que se le venía encima, tal como hacían todas las aves que se posaban de vez en cuando en el alféizar de la ventana.

De vuelta a la realidad, decidió abrir la carpeta y conocer el nuevo enigma que le había tocado en suerte.

El dossier contenía varias fotos donde aparecían dos chicas distintas desnudas y llenas de heridas y moratones. Parecían hechas en lugares alejados entre sí. Cada una de ellas tenía en la boca una medalla. En la primera distinguió la figura del arcángel San Miguel y en la segunda, tras buscar una lupa para confirmarlo, adivinó la cara del arcángel San Rafael.

«Vaya imaginación para darle nombre a los casos. Cada día se lucen más», se dijo. Tras dejar la lupa sobre la mesa, se incorporó y empezó a pensar.

«La Iglesia católica reconoce únicamente a tres arcángeles, por lo que nuestro asesino debe completar su trabajo con un tercer asesinato, el correspondiente al arcángel que queda, San Gabriel.»

Su semblante comenzó a palidecer, aunque nada solía sacarlo de su estado racional y lúcido, sus pensamientos comenzaron a

inquietarlo.

«Claro que la Iglesia ortodoxa reconoce hasta siete arcángeles. Si el autor profesa esta rama del cristianismo, todavía nos quedarían otras cinco mujeres por encontrar o por evitar que mueran. Justo lo que se corresponde con los otros cinco arcángeles ortodoxos: San Gabriel, San Jegudiel, San Uriel, San Selafiel y San Barachiel.»

Para confirmar sus pensamientos escribió en su ordenador la búsqueda correspondiente y los datos sólo aseguraron que no se había equivocado en su apreciación.

«Al menos los dos que han aparecido son los que reconocen los católicos, de modo que es posible que no vayamos más allá de los tres asesinatos», se dijo para intentar tranquilizarse un poco.

Los siete arcángeles están presentes en la Biblia, pero los católicos se quedaron solo con tres. Existen unas cuantas versiones que explican el porqué de esta elección, pero da la impresión de que en la Edad Media, las cabezas pensantes de la Iglesia católica decidieron que era mejor no distraer con demasiados arcángeles porque llamaba a confusión.

Al volver a mirar detenidamente las fotos y centrarse en los detalles, le vino a la mente aquel caso de ocho años atrás que no pudo resolver y seguía figurando en rojo en su cajón de pendientes. Cuando tenía un hueco volvía para intentar encontrar alguna pista, pero desde entonces nada ni nadie había conseguido remover aquel asesinato. El asesinato de Rebeca Tejada, una estudiante de diecinueve años que apareció semienterrada, desnuda, con múltiples heridas en el kilómetro 3 de una de las carreteras que salían de la ciudad.

Una lágrima quiso asomar de sus ojos, pero no terminó de alcanzar sus mejillas. Era demasiado doloroso volver a recordar aquella derrota, una de las pocas de su carrera.

Al mirar de nuevo las fotos, usó su lupa Eschenbach de 75 aumentos, que guardaba en uno de los cajones de su escritorio,

regalo de su ex. Fue uno de los últimos obsequios antes de la separación hacía ya cinco años.

No dejó ni un milímetro cuadrado sin revisar. Era minucioso, tenaz y obstinado, tres cualidades que lo convertían en un investigador excepcional. Al pasar con su lupa junto al monte de Venus de una de las chicas, observó que había algo metálico que sobresalía de entre el vello púbico. No era demasiado grande y apenas se distinguía entre el pelo, la sangre, los moratones y algo de barro que todavía estaba adherido al cuerpo antes de levantar el cadáver. Acercó todavía más la lupa, y observó lo que parecía ser una cruz patada, una de las cruces relacionadas con los templarios. La típica que se estrecha hacia el centro y que en la iconografía templaria se había convertido en su seña de identidad.

Al verificar que veía exactamente lo que pensaba, descolgó el teléfono y marcó un número.

Al otro lado, la comisaria le contestó con deferencia.

—¿Me llamas por las dos chicas muertas?

Paco Figueroa se tomó esa respuesta como un saludo y fue directamente al grano.

—¿Dónde está lo que recogieron en la escena del crimen? Aquí, en una de las fotos, hay una cruz metálica y me gustaría revisarla.

—Lo recogió Carmela, la chica nueva. No tenía a nadie más y ella se encargó de todo — comentó su superiora.

—¿Está en pruebas o en investigación? —Paco no titubeaba al preguntar. —De momento, creo que está en su mesa, en una caja. No había demasiado que recoger —puntualizó la comisaria.

—Gracias, Fernández. Voy a verla.

Paco Figueroa recogió la carpeta y salió de la sala donde tenía su mesa, un cubículo amplio que compartía con otros investigadores, y buscó la puerta de la sala de Investigación, una especie de espacio común donde se ponían en claro los casos entre varios detectives.

Al entrar, divisó a Carmela al fondo. Era una morena bien parecida, de veintipocos años, recién salida de la academia. Novata, pero avispada y con ganas de abrirse paso en la comisaría. Era una mujer que siempre estaba activa, haciendo una cosa u otra. Tenía una mirada melancólica que invitaba a estrecharla entre los brazos. Una peca en el lóbulo de la oreja derecha le daba un aspecto curioso a su semblante.

Al acercarse a ella y observar cómo tenía ordenado su escritorio, recordó que era una maniática del orden y la organización. Algo bueno a la hora de estructurar un caso, pero que resultaba, a veces, un obstáculo casi insalvable para avanzar.

Su escritorio destacaba entre todo al caos que se veía en el resto de las mesas, donde expedientes, carpetas, folios de distintos colores, bolígrafos y rotuladores junto a notas manuscritas y restos de comida recogida de algún local cercano se afanaban por mimetizarse entre tanto desorden.

A Paco le llamó la atención al llegar una caja algo más pequeña que un paquete de tabaco donde se podía leer «Cruces», escrito a mano con rotulador negro, que dedujo que sería obra de Carmela.

Su saludo a Carmela se limitó a un gesto con la mirada, nada más. Ella correspondió asintiendo con la cabeza.

—¿La otra chica también tenía una cruz, Carmela? —inquirió el detective. —Sí, Paco, pero, al estar depilada, la cruz se le deslizó y la encontramos en su entrepierna —contestó Carmela mientras abría la caja y le enseñaba el interior: dos sobres idénticos con las marcas 1 y 2, respectivamente.

—Las cruces eran iguales, pero las medallas no. De esas cruces de las órdenes antiguas.

Las medallas eran de dos santos distintos, según me fijé —añadió la policía.

—No son santos. Son arcángeles —corrigió Paco Figueroa.

Carmela frunció el ceño y meneó la cabeza como aceptando que se había equivocado con su apreciación de las medallas.

—¿Algo más que deba saber? —inquirió de nuevo.

—Aquí está todo lo que recogimos. Los cadáveres están con el forense y, según me dijeron, las pruebas las tendrán listas en un par de días —puntualizó ella.

Paco no dejaba de mirar las cruces y las medallas. Recordó que en el caso de Rebeca también una cruz lo había hecho dar demasiadas vueltas sin ningún avance. Un sentimiento de decepción se apoderó de él y lo llevó de nuevo a rememorar aquel caso.

—Si no tienes nada que hacer, nos vamos a ver al forense —la apremió.

Carmela se encogió de hombros, recogió un pequeño bolso de uno de los cajones del escritorio, su placa y su pistola y se puso frente a Paco.

—Lista, jefe.

—Pues vamos allá —indicó el detective señalando la puerta de salida.

Por el camino podría haberle contado a la joven policía todavía en prácticas, que las cruces encontradas en las escenas de los crímenes eran cruces patadas, relacionadas con los templarios y que se diferenciaban de las cruces latinas, más convencionales, en la longitud de los extremos, y en el caso de las templarias en el grosor, que era menor hacia el centro.

También podría haberle contado que el arcángel San Miguel es el patrón de las órdenes monacales y que estaría así relacionado con los templarios, aunque no así los otros dos, en el caso de que el asesino optara por los arcángeles católicos o los otros seis, si elegía los arcángeles venerados por los ortodoxos. Pero su forma de ser distaba mucho de alimentar su ego con lo que consideraba minucias que podían encontrarse en cualquier libro o incluso ahora a golpe de

clic en Internet, pero no lo hizo porque Paco era el antiego personalizado.

Rodolfo Ramírez mantenía desde hacía más de veinte años su plaza en el Instituto Anatómico Forense de la ciudad, y estaba orgulloso de ello. Era el típico funcionario que creía que no había nada mejor que un trabajo seguro con el gobierno: tranquilidad, pagas extra garantizadas, seguridad económica, trabajo muy llevadero y demás prebendas del puesto.

Estaba ahí como forense, pero podría haber ocupado cualquier otro puesto en la Administración: abogado del Estado, fiscal, juez, técnico del Gobierno, comisario de Policía, militar. Le daba igual. Cualquier cosa que, tras su paso por la universidad y la consiguiente oposición, lo catapultara al sueldo asegurado. Por un par de carambolas del destino, tocó medicina, y ahí se quedó.

Era regordete; el pelo ya lo había abandonado hacía demasiados años y, a sus cincuenta y cinco años, ya había traspasado la barrera y había sacrificado su aspecto físico por los placeres de la mesa y el mantel. Al verlo de perfil, se adivinaba que seguía a rajatabla lo de alimentarse bien.

No llegaban demasiados asesinatos, y alternaba períodos de una actividad febril con otros donde la falta de trabajo convertía sus jornadas laborales en una búsqueda de la mejor forma de pasar el tiempo.

El ajedrez cumplía con creces la función de alejar el aburrimiento en los días de poca faena. Un tablero mediano en una de las estanterías mostraba una partida en la que, por la posición de las piezas, las negras no habían vendido muy cara su derrota.

Rodolfo, al ver entrar a Paco, dejó la bolsa de patatas fritas al ajillo que tenía entre manos para saludar a su viejo conocido.

—¡Dichosos los ojos, Paco! Hacía tiempo que no teníamos el gusto de celebrar tu presencia por nuestra humilde morada —saludó el forense.

Paco Figueroa cogió un par de patatas de la bolsa y se las llevó a la boca.

—¿Al ajillo, eh? A mí me gustan más al jamón. Tienen más sabor —concretó.

—¿Qué tal, Ramírez? Veo que tu ayudante sigue sin mejorar mucho con el ajedrez.

¡Menuda escabechina! —comentó, señalando el tablero con las piezas todavía en pie.

—Ya lo conoces, Paco. Por mucho que le enseño, nunca me dura más de veinte jugadas.

Pero vamos al grano, ¿qué te trae por aquí? —inquirió.

—Carmela me dijo que tardarías un par de días en darnos las pruebas de las dos difuntas, pero antes quería saber algunos detalles. A ver si nos puedes ayudar —comentó el detective.

—Así es. Casi lo de siempre con estos desalmados, aunque en este caso ambas muertes son de factura muy similar —continuó explicando mientras destapaba las sábanas blancas de las dos chicas muertas, que habían sido colocadas una al lado de la otra.

—¡Vaya panorama! —respondió el policía al verlas.

—Probablemente violadas, a la espera de las pruebas; asfixiadas tras múltiples laceraciones y puñaladas quirúrgicas para no acabar con sus vidas rápidamente —continuó relatando el forense—. Lo que más llama la atención es la trayectoria. Es como si el asesino quisiera mostrarnos un camino, una especie de mapa a no sé dónde. En las dos, el trazado es similar. La única diferencia, que supongo ya te habrá comentado Carmela, son las medallas. Cada una con un santo diferente: San Miguel en una, San Rafael en la otra.

Paco interrumpió casi al mismo tiempo que Carmela:

—No son santos. Son arcángeles.

Carmela rebuscó en su bolso y, acto seguido, sacó la cajita con las dos cruces y las medallas, que les mostró con la palma extendida.

—Aquí están. Las cruces, igualitas como dos gotas de agua, y las medallas, diferentes — puntualizó la policía.

El forense se acercó a la palma de la mano de Carmela y se quedó pensativo unos instantes, observando las dos imágenes en las medallas. Al levantar de nuevo la vista, preguntó:

—Y si no son santos, ¿por qué llevan el título San antes de su nombre?

—Según he leído —respondió Paco—, los arcángeles son seres celestiales, a diferencia de los santos, que son humanos canonizados. Por extensión, se les coloca el título San delante de sus nombres para subrayar su estatus ante la Iglesia, pero, al no ser humanos, no pueden figurar estrictamente como santos —terminó de apuntar el policía.

—¡Qué curioso! Nunca lo hubiera imaginado —apostilló Rodolfo.

—Es un debate muy interesante que mantendremos con el asesino si algún día lo atrapamos —argumentó Paco Figueroa.

—Ese día llegará, jefe. No lo dudes —concluyó Carmela.

Rodolfo volvió a las mujeres muertas y, señalando sus cuerpos, preguntó al policía.

—¿Te dicen algo estos caminos o surcos casi idénticos en los dos cuerpos?

—De momento no mucho, pero me temo que si no encontramos alguna pista pronto, ese puede ser el mapa donde se encuentre la medalla del tercer arcángel.

*

La ermita de San Telmo es una de las más espectaculares de la ciudad. Era una edificación pequeña, coqueta y funcional que construyeron los primeros castellanos que llegaron a la isla. A pesar de haber sido incendiada a finales del siglo XVI, reconstruida,

abandonada y nuevamente restaurada, el paso de los años le sentaba muy bien. Era uno de los lugares habituales de paso que visitaban los turistas que se acercaban a conocer la ciudad.

Sus paredes, adornos, imágenes de culto y entramado de madera noble que jalonaba todo el espacio sobrecogían la primera vez que se visitaba. Era como abrir una puerta del tiempo y reencontrarse con la historia de la ciudad.

A aquella hora, las once de la mañana, Flora y Carmen, dos señoras que rondaban ya la cincuentena, se esmeraban por dejar limpios los altares. Ya habían dado buena cuenta del suelo y de las paredes, y ahora tocaba hacer lo propio con los santos y hornacinas que adornaban ambos lados del pequeño recinto.

Paco Figueroa entró y, al verlas, las saludó con un afectuoso:

—Buenos días.

Las señoras correspondieron al saludo educadamente.

—Buenos días, señoras. Estoy buscando al padre Carlos. Me gustaría hablar con él —dijo Paco Figueroa.

—El padre Carlos estará en el café de Agapito a estas horas. Suelen jugar una partida de dominó antes de la misa de la una —respondió Flora, la más alta de las dos.

—¿Suele llegar con el tiempo muy justo para la misa o viene con antelación? —preguntó el policía.

—Normalmente llega una hora antes. Pero si quiere hablar con él, seguro que lo encuentra en Ca\' Agapito —amplió Carmen, la más corpulenta de las dos limpiadoras.

—Prefiero dar una vuelta y volver. Lo que tengo que hablar con él es mejor tratarlo en privado —aseguró Paco Figueroa.

Tras su respuesta, les dio las gracias con una inclinación de cabeza:

—Buenos días.

Y se marchó camino de la calle de Triana.

Carlos Aguiar, el párroco de San Telmo era un cura peculiar y nada convencional. Muy querido entre sus parroquianos, siempre buscaba lo mejor para los suyos e intercedía y se preocupaba de cualquier cuestión relativa a la comunidad aunque no tuviera nada que ver con la Iglesia. Era un hombre que se hacía notar.

Siempre de paisano a excepción de las celebraciones litúrgicas, se integraba perfectamente en el barrio. Al observarlo caminar se apreciaba una leve cojera que arrastraba desde que un accidente de coche le destrozara la cadera, aunque cada vez se le notaba menos.

Paco Figueroa tenía que hacer tiempo para la vuelta del párroco a la ermita y no se le ocurrió mejor forma que observar a su amigo el páter desde la distancia. No le hizo falta entrar en la cafetería. Sus amplios ventanales que daban directamente a la siempre bulliciosa calle Triana, permitían ver todo lo que ocurría en su interior.

Con un simple rastreo ocular encontró la mesa donde Carlos y otros tres compañeros jugaban al dominó. Acababan de terminar una partida y discutían amigablemente sobre los lances del juego. Cada una de las parejas adjudicándose el mérito de la victoria o de la defensa a ultranza de las últimas posibilidades de victoria.

Prefirió no entrar y hacer tiempo paseando por las inmediaciones. Triana ya no era lo que había sido hacía un tiempo, pero la profusión de locales comerciales, tiendas, gente variopinta y un amplio paseo que llevaba desde San Telmo al Barranco de Guiniguada, puerta del barrio de Vegueta, hacían muy apacible el paseo, que siempre estaba jalonado por decenas de músicos callejeros que con sus violines, guitarras, arpas, trompetas, trombones, flautas o timples buscaban las monedas sueltas que solían tener los turistas en sus bolsillos.

El día acompañaba. Un sol brillante reinaba en el cielo y, era tal su majestuosidad, que ninguna nubecilla osaba acercarse. Era un día sin la panza de burro que, demasiadas jornadas, malograba los días de playa a los canarios.

Tras caminar unos doscientos metros, se detuvo para escuchar a Pola, la trombonista polaca, que deleitaba a un nutrido grupo de espectadores con las notas de un animado vals de Austral.

Mientras disfrutaba con Austral trazó una estrategia para no liarse demasiado con las explicaciones del párroco, todo un entendido en órdenes religiosas, en la Biblia, en símbolos cristianos y señales de diferentes tipos. Sabía que si no preparaba bien las preguntas, sus respuestas lo abrumarían de tal modo, que saldría con todavía más dudas de las que tenía al entrar.

La cuestión que más le preocupaba era por qué los Templarios estaban presentes en medio de unos crímenes en una isla como Gran Canaria. Estuvo indagando y había poca o nula relación entre la una y los otros. De hecho, la desaparición forzada de los monjes ocurrió exactamente 169 años antes de la conquista de Gran Canaria. El último templario Jacques de Molay moriría en la hoguera el 18 de marzo de 1314 y la isla fue conquistada a lo largo del año 1483.

No se habían encontrado señales, signos, cruces, historias, leyendas o alguna mera hipótesis que relacionara a los templarios con la isla, de modo que habría que buscar a alguien al que le gustara la historia de La Orden de los Pobres caballeros de Cristo del Templo de Salomón, nombre completo de la orden templaria.

Ensimismado como estaba escuchando un vals tras otro de Austral, interpretado por la trombonista Pola y analizando todo lo que recordaba de los últimos años de los templarios se le fue haciendo la hora de volver a la ermita de San Telmo. De reojo y sin detenerse le echó una mirada al interior de la cafetería de Agapito para comprobar que la mesa en la que jugaban animadamente al dominó su amigo Carlos y sus amigos estaba vacía, por lo que dedujo que el párroco estaría ya en San Telmo.

Al llegar lo vio hablando con una de las parroquianas, una señora mayor con el pelo recogido, que usaba las manos exageradamente para reforzar sus argumentos. El párroco, muy condescendiente, le

junto las manos y la abrazó, gesto que sirvió de despedida y absolución de la conversación. El páter ya había visto a lo lejos a Paco Figueroa, por lo que se apresuró a acelerar la despedida, que no resultó demasiado forzada a los ojos de la señora, que partió esperanzada y con aires renovados para seguir afrontando los problemas que tuviera en ese momento.

—Paco, ¡qué alegría verte! —dijo el párroco mientras se disponía a abrazar a su amigo—.

Hace demasiado tiempo que no nos vemos. Tendremos que enmendar eso.

—Páter, una alegría también para mí, verte. Ya sabes como son las cosas de mi trabajo. Sabes cuándo empieza, pero no cómo termina y es normal que surjan complicaciones casi cada día —contestó el policía.

—Te veo fenomenal, Paco. Por ti no pasan los años —continuó el sacerdote.

—Ya sabes que llevo una vida tranquila y procuro alimentarme bien, quizás eso sea lo que influya en lo que ves —contestó apartando una mosca de su cara, que la había tomado con él. Su amigo Carlos lo miró de arriba a abajo y le transmitió con una expresión de duda en su cara que eso era algo muy subjetivo, pero tampoco le dio mucha importancia. Antes de que le

preguntara el cura, Paco se adelantó.

—Antes de que me preguntes a qué he venido, te diré que quería saber cómo estabas y que la investigación en la que estoy me ha puesto la excusa perfecta para venir a verte.

—Sabes que para venir a verme no necesitas ninguna excusa. Somos amigos desde hace un montón de años y tu comisaría está a diez minutos caminando —replicó el religioso.

—Imaginaba que venías a preguntarme algo sobre el cónclave que se avecina y mis preferencias por el nuevo inquilino de San Pedro.

El Papa Francisco había muerto días atrás y en cualquier conversación, informativos, diarios, programas de radio y de televisión, era el tema estrella. Según se deducía por lo que comentaban unos y otros, Jorge Bergoglio, el Santo Padre argentino había puesto a la Iglesia Católica patas arriba y sus querencias hacia la izquierda más montonera en todo el mundo, había despertado a la rama más derechista del clero. Se avecinaba un cónclave duro y las dos facciones querían colocar a alguien de su cuerda, bien para continuar la senda marcada por el viejo Papa, o bien para recomponer esa senda en sentido contrario si conseguían colocar a alguien con un pensamiento diametralmente opuesto al anterior inquilino del Vaticano.

—La elección del nuevo Papa me interesa como a todos. Sé que eres un experto en el tema y tendremos tiempo de hablarlo. No lo dudes. Pero ahora vengo a interesarme por arcángeles, órdenes monásticas y quizás templarios.

—Pues vaya caso que tienes entre manos, mi amigo. Si metemos todo eso en una coctelera nos saldría de todo —sonrió mientras lo observaba con interés.

El policía lo miró con displicencia mientras observaba en su cara ese atisbo de curiosidad e intriga que pretendía despertar en el religioso.

—El asunto en general está claro. Un asesino psicópata que busca hacer todo el daño posible y lo justifica con algún pasaje de la historia o de la religión en nuestro caso, que le haya resultado una atracción. El resto del escenario es típico en casi todos los asesinos en serie — resumió Paco.

—En cualquier caso, seguiremos hablando, páter. En temas de la Iglesia, no sé demasiado y podrás ayudarme.

El párroco le contó casi exactamente lo que ya había investigado sobre templarios, arcángeles y demás, lo que le sirvió como refuerzo de algo que intuía.

Ambos se despidieron con un abrazo y el policía salió hacia el Parque de San Telmo en dirección a su comisaría.

Paco Figueroa no dejaba de pensar en todo lo que le había contado su amigo el párroco, pero tenía muchas dudas. Dudas que no lo dejaban pensar con lucidez y que obstaculizaban sus pensamientos y evitaban que elaborara razonamientos elaborados.

Cuando ya vislumbraba el perfil imponente de la comisaría de Las Palmas, cambió de sentido y se dirigió al parque de Santa Catalina.

El parque de Santa Catalina, corazón de la zona turística de la ciudad, era un trasiego de gentes de todo tipo. Turistas, trabajadores, buscavidas, amas de casa que van o vienen de hacer la compra, policías locales entrando o saliendo de la pequeña comisaría que tienen en el propio parque y viajeros deambulando de un lado a otro y observando todo con detalle.

En una esquina del parque en un rincón que permitía perfectamente el paso, unas decenas de parroquianos jugaban al dominó en unas ocho o diez mesas que estaban llenas de jugadores y rodeadas por mirones y futuros contendientes, que también esperaban su turno para entrar en juego cuando alguno de los ya sentados, se marchaba de la partida.

En un extremo de ese recinto improvisado para el juego estaba Matías, un señor de unos setenta años bien llevados. Alto, enjuto por la edad, pero todavía bien parecido y muy moreno, rasgo inconfundible de alguien que pasa su vida cerca del mar. En su caso, la playa de Las Canteras, que estaba ahí mismo a cinco minutos de la plaza o incluso menos.

Jugaba al ajedrez con uno de sus amigos. Si bien la mayoría de las mesas estaban destinadas al dominó, la de Matías era la única que había disponible para practicar en las sesenta y cuatro casillas, pero también tenía sus aficionados alrededor de las partidas.

Cuando llegó Paco Figueroa y saludó con la mano a Matías, un jaque amenazaba su rey. Por eso no le prestó demasiada atención a la llegada de su antiguo colega. En ese momento resolver el ataque de su rival era mucho más importante.

Matías había sido toda su vida pescador. En el barrio de la Isleta todavía quedaban algunos pescadores de bajura que nutrían a algunas pescaderías y a los restaurantes de la zona turística del puerto. Llevaba ya unos años jubilado, pero cada día cogía su barca y completaba su paga con algunos peces que atrapaba en la mañana. No le resultaba complicado. Conocía el litoral grancanario próximo a la capital como la palma de su mano.

Eran amigos desde hacía más de cuarenta años. Prácticamente desde que llegó el policía destinado a la isla. Se cayeron bien desde el principio y pasaban horas y horas de tertulia entre vino y vino o jugando una partida de ajedrez. Matías era inteligente. No tenía demasiados estudios, pero poseía esa sabiduría que solo te ofrece la experiencia de la vida y haber tenido que resolver mil y un problemas dentro y fuera del mar.

Tras casi medio minuto pensando, emitió un chasquido con su lengua y puso el caballo que le quedaba protegiendo a su rey. Paco Figueroa conocía el significado de ese chasquido: la partida estaba ya ganada. Así fue en los tres movimientos siguientes. Su rival calculó mal, cayó en la trampa de Matías, que le ofreció el sacrificio de su dama. Su oponente cayó en la trampa, y el mate llegó al siguiente turno.

Matías y su oponente se fundieron en un apretón de manos, y el pescador dejó su silla a otro jugador. Luego, se fue hacia su amigo Paco Figueroa, a quien saludó con un cariñoso golpecito en el pecho.

—¿Qué haces por aquí, Paco? —preguntó.

—Me apetecía verte y echar una partida —contestó el policía.

Matías, encogiéndose de hombros y mostrándole la mesa ocupada y rodeada de aficionados a la espera de jugar, le hizo entender que el ajedrez tendría que ser para otro día.

Podrían haber ido a la casa de uno u otro. Tenían tableros, piezas y espacios confortables, pero, por la razón que fuera, siempre jugaban exclusivamente en el parque de Santa Catalina.

—A falta de ajedrez, nos vendrá bien una cervecita fresca —comentó Paco Figueroa.

Matías accedió sin pensar, tomando la dirección del Bar Noray, su hábitat natural cuando no estaba jugando al ajedrez en Santa Catalina.

Tuvieron que caminar un buen trecho. A su ritmo unos quince minutos más o menos hasta llegar por la Calle Albareda a la Puntilla y de ahí a La Naval, donde se encontraba el local que regentaba hacía más de 30 años Cosme, un pescador, colega de Matías, que había colgado las redes por las copas tras un accidente laboral que le dejó ligeras secuelas en una pierna.

Durante el camino hubo ocasión de ponerse al día. Eran muy buenos amigos, pero las circunstancias impedían que se vieran con más asiduidad. Matías era el típico personaje de novela. Un aventurero, un hombre que se bebía la vida a sorbos y que, cualquier escritor que se preciara, al conocer sus peripecias, no dudaría en situarlo como el protagonista de una o varias novelas. No era de esas personas que llevan una vida anodina o insulsa, toda su trayectoria vital daba para mucho. Terminó la EGB porque tocaba, aunque le costó y tuvo que presentarse a varias convocatorias para aprobarla. Ya faenaba con adultos en el pequeño barquillo de su padre, que luego sustituyeron por una falúa de 10 metros. A los 14 años ya era un consumado patrón y el litoral no tenía secretos para él. En varias ocasiones se encargaba de patronear la embarcación en ausencia de su padre y los marineros le obedecían sin dudar porque conocían su habilidad al mando.

El último examen de EGB fue su última relación con el mundo académico, si descontamos el examen teórico práctico que tuvo que pasar para obtener el título de Marinero pescador, licencia exigida para patronear barcos de pesca como el de su padre y luego el suyo.

Para ser rigurosos con la realidad, el título fue un mero trámite porque Matías conocía perfectamente el temario, el manejo del barco, las mareas, los rumbos, las derrotas, etc. Solían incorporar

una vela latina en su falúa, una disciplina que Matías practicaba casi desde su infancia en el Club Victoria de La Puntilla, donde desde niño se hizo a la mar con los pequeños botes para practicar vela latina, una de las disciplinas deportivas más enraizadas en los grancanarios y especialmente de los isleteros.

Prefirió irse voluntario a los 18 años al Servicio Militar, obligatorio en el año 85, cuando le tocó a él por edad. Como se puede imaginar no eligió un destino fácil o cómodo en oficinas, en logística o de chófer. Se fue a las COES, el nombre de los cuerpos especiales del ejército de aquella época.

Había dos compañías por región militar y en Las Palmas, su cuartel se encontraba en Las Rehoyas, actualmente convertido en un parque municipal con estadios para el deporte base. Allí, Matías aprendió toda suerte de habilidades que le fueron muy útiles a lo largo de su vida: lucha cuerpo a cuerpo, supervivencia, manejo de todo tipo de armas, etc.

En tiempos de paz no se podían poner en práctica muchas de esas habilidades, como las relacionadas con las armas, pero otras, le habían venido muy bien en peleas en el puerto con indeseables y en el monte o el mar aplicando técnicas de supervivencia.

Precisamente fue hace más de treinta años cuando se conocieron a raíz de una pelea en el puerto. Paco Figueroa tuvo que acudir como policía para investigar el caso y rellenar todo el papeleo. No fue gran cosa, pero una navaja mal empleada terminó en la barriga de un mauritano que llevaba tiempo buscando pelea. Acabó en el hospital, pero las heridas no fueron graves. El autor de la puñalada sabía lo que hacía y estaba claro que no pretendía finiquitar la vida de su oponente, solo dejarlo fuera de combate.

Nunca más hablaron de ese asunto y tanto uno como el otro sabían, sin haberlo comentado, quien había sido el ejecutor y que Paco Figueroa lo tenía bastante claro desde el principio.

Quizás el compartir ese secreto a medias fue la primera chispa que dio paso a una amistad tan duradera.

Al llegar al bar se sentaron en una mesa. Estaba lleno de parroquianos bebiendo cervezas y rones, según los gustos. A Matías lo saludaron efusivamente. A Paco Figueroa no tanto. Apenas lo conocían de haberlo visto alguna vez junto al pescador. Cosme, atareado como estaba, sirviendo a babor y estribor de la barra, apenas tuvo tiempo para saludarlos con una seña.

Al sentarse, Matías se levantó como un muelle y le preguntó a su amigo:

—Dime qué quieres, que aquí ya ves que si no espabilamos nos morimos de sed — preguntó el isletero.

—Para mí una caña está bien. La que tengan —contestó el policía.

Matías le hizo un par de señas a Cosme y, en un abrir y cerrar de ojos, tenía ya las dos cañas sobre la barra justo en el momento en el que llegaba a recogerlas. Ya de vuelta en la mesa, Paco Figueroa sacó su móvil y le mostró las fotos de las dos mujeres asesinadas. Antes de enseñárselas, le advirtió:

—Sé que no eres forense ni nada por el estilo, pero conoces bien este tipo de heridas. ¿Qué me puedes decir de ellas? ¿Tienes alguna idea de cómo fueron hechas, qué tipo de persona sería el autor? ¿Algún detalle que se te ocurra?

Acto seguido, le mostró la pantalla con la primera foto y le alcanzó el teléfono para que él mismo fuera pasando de imagen en imagen.

Matías saco sus gafas de ver de cerca del bolsillo y se dispuso a mirar lo que le mostraba su amigo.

Al verlas, Matías suspiró y mostró una cara entre sorpresa, desolación y tristeza.

—Buff. Esto es muy fuerte, Paco. ¿Son las chicas de las que has hablado? —preguntó el pescador.

—Esas mismas, Matías. ¿Puedes ayudarme algo viéndolas? Según me comentaste, en tu paso por las COES aprendiste mucho sobre

heridas, accidentes y traumatismos de todo tipo. Pensé que quizás podrías echarme una mano —argumentó el policía.

Matías observó durante un tiempo las fotos. Les daba una y otra vuelta. Incluso usó la lupa de su móvil para interesarse por detalles que no se percibían a simple vista. Paco Figueroa lo miraba muy interesado y a la espera de su veredicto. Como pescador conocía de buena mano un buen número de traumatismos y heridas de todo tipo que se generaban en el desempeño de un trabajo exigente y muy sacrificado.

Tras unos segundos, que al policía se le hicieron muy largos, respondió.

—No sé qué tipo de alimaña ha podido hacer esto, pero los golpes y heridas que se ven en las imágenes son obra de alguien sin corazón. Un desalmado que no conoce la piedad. Se ensañó con ellas con muy mala baba. ¡Un criminal! —le respondió Matías, impresionado por lo que estaba viendo.

*

El despacho de Manuel Lasanta no llamaba la atención por nada especial. Era uno más de esos cubículos funcionales e impersonales de alguien sin aficiones, sin afectos y sin querencias. Trepando desde abajo había conseguido auparse con esfuerzo hasta la concejalía que presidía, aunque no tenía ni idea de lo que era el trabajo o el desempeño, desde el partido lo consideraban un tipo cumplidor y fiel y por ello lo habían ido colocando en un puesto tras otro. No sabía de nada, no molestaba a nadie, no competía con sus compañeros y no caía mal. Cualidades muy apreciadas entre los políticos mediocres para ir ascendiendo hacia la nada para ir ocupando poltrona tras poltrona.

Lasanta estaba mucho más preocupado por su perfil en prensa y medios que por su labor como servidor público. Dedicaba buena parte de su tiempo a realizar campañas de todo tipo como adalid de

decenas de iniciativas que le daban buena fama en la ciudad, aunque al final todo quedaba en la venta de un poco más de humo.

La única mancha en su historial la protagonizó Paco Figueroa, cuando tras años de investigación consiguió llevarlo ante los tribunales por el soborno a otro funcionario y el desvío de algo más de un millón de euros. Los hechos quedaron claros y también la condena, aunque Lasanta supo manejar hábilmente sus hilos y sólo estuvo en la cárcel el tiempo para descansar un verano y preparar con detalle su ansiada venganza contra el policía.

Paco Figueroa no tenía nada personalmente contra Manuel Lasanta. Era un caso más que le había tocado por turno rotatorio en la comisaría. Nada del otro mundo. Él investigó, escudriñó en registros, interrogó a testigos y, tras casi un año de investigación, entregó su informe al juez y a la fiscalía y se desentendió del caso porque ya otro asesinato lo reclamaba. Ya se había olvidado de Lasanta cuando el fiscal lo llamó como principal testigo de la acusación.

El día del juicio contestó a todas las cuestiones relacionadas con su investigación, salió del Palacio de Justicia y volvió a olvidarse del caso. Ni siquiera estuvo pendiente de la sentencia. Los casos con políticos por medio no le gustaban y siempre pensaba que todo estaba amañado para que las penas fueran incomprensiblemente suaves para ellos. Confiaba en la justicia, pero con políticos por medio, todo era diferente. Lo sabía demasiado bien. Por eso no le prestó demasiada atención a todo aquello y procuró olvidarse cuanto antes.

El político no era de los que olvidaba fácilmente las afrentas y la investigación del inspector Figueroa se la tomó como algo personal. Durante los meses que siguieron a su sorprendente excarcelación, llegaron requerimientos a la comisaría por casi todo lo imaginable: malos tratos en los interrogatorios, falsificación de pruebas, intromisión en el honor, etc.

Figueroa se lo tomaba como parte de su oficio y con el tiempo todas y cada una de esas denuncias fueron archivadas, lo que encabronó

todavía más a Lasanta que juró que algún día se las pagaría todas juntas.

Paco llevaba ya años de vuelta de todo y apenas había un par de cosas que le quitara el sueño. La primera era su pareja Elena, una atractiva mujer madura con la que mantenía una relación bastante peculiar. Desde las primeras semanas, Paco decidió que lo mejor era vivir cada uno en su casa y reunirse en una u otra para sus encuentros. Nada de convivir porque el carácter fuerte de Elena convertía cualquier cosa en una batalla y con esa distancia, todo era mucho más agradable. La otra cuestión era el bienestar de su perro Frankie, un pastor garafiano de apenas dos años que adoptó tras la muerte de su dueño en extrañas circunstancias, un crimen que se archivó por falta de pruebas, aunque él seguía asegurando que fue un suicidio.

Frankie vivía con él en el piso y ya había planeado todo lo que harían juntos en el nuevo terrenito con una modesta casa, cuya compra ya estaba negociando con el propietario.

El resto de las cuestiones se las tomaba directamente como venían y no les daba tanta importancia. Llevaba tiempo organizando su vida y ya estaba a solo un paso de conseguir su sueño.

*

Elena no era de esas mujeres que rehuyen una buena discusión. Le cabreaba mucho que Paco fuera tan tranquilo y prefiriera el silencio o la soledad a estar de parranda, de juerga o simplemente haciendo mil y una cosas. Era muy activa. Estaba metida en clases de baile, en pintura y asistía a menudo a un club de lectura. No paraba quieta. Quizás era esa sensación de estar perdiéndose parte de la vida, una vida que ya empezaba a pintar bastos a sus cincuenta años, aunque todavía se apreciaba en ella las formas de toda una mujer bien formada.

Aquella noche habían quedado en casa de ella y Paco dormía plácidamente a su lado después de una cena romántica que había preparado ella con todo cariño, algo de amor y descanso porque sus cuerpos ya no estaban para demasiados trotes.

Serían poco más de las cuatro de la madrugada cuando empezó a sonar con insistencia el teléfono de Paco. La llamada procedía de uno de sus contactos, Comí. Era la abreviatura de Comisaría. El inspector remoloneó en la cama sin intención de cogerlo, pero Elena le acercó el fono a la oreja.

—Cariño, te llaman del trabajo —murmuró, con esa voz somnolienta que aún guardaba el calor de la noche.

Paco gruñó, enterrando la cara en la almohada. Sus párpados pesaban como plomo.

—¿Otra vez? —masculló, la voz ronca y pastosa por el sueño interrumpido.

—Es lo que toca, amigo —replicó ella con una sonrisa resignada, tendiéndole el móvil mientras se apartaba un mechón rebelde de la frente—. No hay quien te gane con tus turnos eternos.

Él tomó el aparato, pulsó el botón verde y se lo acercó al oído.

—¿Sí, diga?

Al otro lado, la voz áspera de la comisaria cortó el aire como un cuchillo.

—Paco, mueve el culo. Han encontrado otro cadáver de los tuyos.

—¿Cómo de los míos? —preguntó el inspector, incorporándose de golpe, ya despierto del todo, con el corazón acelerándose.

—De tu caso, joder. Ven rápido, antes de que los buitres de la prensa lo conviertan en circo.

Elena vivía en la plaza de la Feria, a menos de cinco minutos a pie de la comisaría, pero Paco no se apresuró. El agua caliente de la ducha le azotó la piel, disipando los últimos jirones de sueño mientras el vapor empañaba el espejo. Se preparó un café negro,

fuerte como el que le gustaba, y olió la camisa de la noche anterior: arrugada, pero decente. Rebuscó en el cajón de su «segunda casa» —ropa interior limpia, calcetines de sobra, dos o tres camisas de repuesto

— y optó por una fresca, almidonada. Un chorro de su colonia favorita, esa que volvía loca a

Elena con su aroma amaderado, y ya estaba. Se acercó a la cama, donde ella fingía dormir con una sonrisa pícara, y depositó un beso ligero en su frente.

—Vuelvo pronto —susurró.

La puerta se cerró con un clic suave a sus espaldas.

En lugar de desviarse hacia la comisaría, Paco bajó al garaje de Elena con paso firme. Su viejo Volvo ronroneó al encenderse, y activó el manos libres mientras maniobraba entre las sombras de los pilares. Llamar directamente era puro sentido común; perder tiempo en papeleo con otro cadáver fresco era de idiotas.

La centralita respondió al primer tono, y la voz ronca de Morales, su amigo de mil guardias compartidas, crujió en el altavoz.

—¿Qué pasa, Paco? ¿Te has caído de la cama o qué? —bromeó Morales, con ese tono socarrón que arrastraba las erres como grava.

Paco soltó una risa seca, girando el volante hacia la salida.

—Ahí estaría aún si Fernández no me hubiera arrancado del edredón hace rato. Paso de comisaría, colega. Dime dónde está la difunta y voy pitando.

—Listo, lo mejor. La pilló un operario de la limpieza al alba. Apunta: Fuente del Espíritu Santo, Vegueta. Le dije que se quedara hasta que lleguemos. La patrulla de Sonia y David ya deben de estar ahí, acordonando el tinglado.

—Perfecto. Diles que me llamen al móvil. Hablamos sobre la marcha.

La calle Espíritu Santo es una de las más tranquilas del barrio capitalino de Vegueta. Por eso le extrañó al oír el nombre y la

ubicación, la fuente del mismo nombre.

El monumento tiene una historia curiosa empezando por Manuel Ponce de León, su creador, entre otras obras artísticas de la ciudad. Un genio de las artes del siglo XIX de la ciudad, que nunca obtuvo su título de arquitectura. A finales de esa centuria la obra sufrió los avatares de una gran tormenta y destruyó las cuatro musas de la música, la arquitectura, la pintura y la escultura, construidas en yeso. A lo largo de la historia se intentó recuperar esas figuras, pero no dieron buenos resultados y se retiraron del monumento, que aparece huérfano de sus féminas siempre franqueado por un drago y una araucaria.

Paco lo conocía muy bien. Solía pasear por Vegueta a menudo. Son calles tranquilas que invitan a la meditación y a la calma.

A esas horas y con las calles casi vacías, no tuvo que sacar la señal luminosa para avanzar a través de la ciudad. En cinco minutos estaba ya frente a la agente Sonia Ballabriga, que le informaba de lo que debía saber.

—Chano fue el que nos llamó. Estaba agrupando unos cartones para que los recogiera el camión del ayuntamiento, cuando al retirarlos observó el cuerpo. Dice que no tocó nada y que llamó a la comisaría. Nosotros estábamos cerca y llegamos pocos minutos después.

—¿Habéis observado algo extraño que deba saber? Al margen del cuerpo, claro, que ya de por sí, aparecer por aquí no es muy normal.

—No había nada de particular. Además como sabíamos que venías, no quisimos mover ni tocar nada más.

—Bien hecho, Ballabriga. Empezaré por inspeccionar el cuerpo y después hablaré con el hombre que la descubrió.

—Chano, puntualizó la agente Sonia.

—Ese mismo que has dicho, respondió Paco.

El detective se acercó al cuerpo con lentitud mientras se colocaba los guantes de látex que usaba regularmente para no contaminar las

pruebas. Al llegar y junto a un contenedor se encontró a una mujer de mediana edad. Calculó que estaría en torno a los treinta o quizás algo más. Estaba desnuda de cintura para abajo y un cuchillo clavado entre los senos. En su pubis a medio rasurar una medalla y en la entrepierna una nueva cruz templaria. Con sumo cuidado cogió la medalla con las pinzas que ya llevaba en su mano derecha y se la acercó a los ojos con interés. Quizás se decidía ahí mismo el recorrido del caso o se cerraba definitivamente, al menos en lo que respectaba a las muertes. Si el nuevo arcángel era venerado según el rito cristiano podría terminar con este cadáver todo o podría haber otros cuatro más del rito ortodoxo. Si era un arcángel de los ortodoxos, a este crimen habría que sumar otros cuatro, si el asesino en serie quería completar su obra.

Se guardó la medalla y la cruz en sendas bolsas de pruebas y fue directo a ver a Chano, el descubridor del cuerpo. Un hombre cerca de los sesenta años que fumaba un cigarrillo Mecánicos sin filtro, de los que levantan a un muerto.

—¿Usted es Chano, no? —preguntó el inspector.

—Sí señor. Para servirle —contestó el operario ajustándose la gorra.

—¿Cómo encontró el cuerpo? —Inquirió el policía.

—Estaba justo bajo los cartones. Los suelo recoger cada mañana. Son los que dejan de las tiendas y no han recogido los cartoneros —aseguró el interpelado.

—¿Vió algo extraño en el lugar? ¿Vió a alguien cerca? —volvió a preguntar Paco.

—Todo normal. Como siempre. A estas horas no hay nadie por la calle. Algún ratoncito, cucarachas y poco más —puntualizó el señor.

—Gracias por su colaboración. Creo que es todo. Deje su teléfono a la agente y si lo necesitamos en otro momento lo llamaremos. Que tenga una buena noche —se despidió.

—Vayan con Dios, contestó atentamente el operario de la limpieza, mientras se alejaba en dirección al camión que lo esperaba ya a lo

lejos.

Paco dejó marchar al hombre para dedicarle tiempo a lo que le interesaba realmente: el cadáver. Tampoco es que esperara demasiado de sus respuestas, pero siempre era bueno lanzar la caña a ver si caía algo. En este caso no hubo suerte. Todo normal, tal como esperaba. Si hubiera tenido al operario esperando no podría haberse dedicado plenamente a investigar el cadáver. Por eso actuó en ese orden.

La mujer estaba tumbada mirando hacia arriba como si estuviera viendo la noche estrellada de la ciudad. No era ni guapa, ni fea, ni corpulenta, ni delgada. Era una señora estándar que no llamaba la atención por nada especial.

A falta de la autopsia daba la impresión de que había muerto por el cuchillo clavado en el pecho, aunque el inspector pensó, por las heridas, que esa herida fue realizada post mortem. Le llamó la atención la laceración del cuello por lo que no descartó el estrangulamiento.

Sacó de su pequeño maletín la cruz patada templaria y la medalla y echó mano del móvil donde tenía una imagen de los tres arcángeles del rito católico y los siete del rito ortodoxo que comparó con la medalla.

Tras varias vacilaciones y dudas, llegó a la conclusión de que se trataba del arcángel Jeremiel. Aunque no era uno de los principales, entre algunos ritos ortodoxos se le consideraba el octavo arcángel.

No era Gabriel. Durante días había dado por hecho, casi con alivio, que el tercer cuerpo cerraría la breve lista católica y que ahí, con suerte, terminaría todo. La aparición de Jeremiel echaba por tierra esa esperanza de un plumazo: el asesino no seguía el rito breve y contenido que Paco había querido imaginarle, sino el más amplio y menos conocido, el que multiplicaba por más del doble el número de víctimas posibles. Recomponiendo el caso, el asesino había echado mano de un arcángel tangencial, aunque venerado por algunos ritos, por lo que se sumaba uno más a la lista, y no de los que Paco

hubiera querido sumar. Estaba claro que tendríamos cinco asesinatos más probablemente. Ya tenía claro todo lo relacionado con los arcángeles, pero no tenía ni idea de qué pintaban los templarios en este asunto tan truculento. En esta ocasión no le prestó demasiada atención al cuerpo. A simple vista no había encontrado nada que se saliera de lo habitual y prefería esperar el resultado de las pruebas forenses antes de aventurarse con teorías que probablemente estarían equivocadas.

El forense de guardia llegó poco después. Un tipo de mediana edad que no llamaba la atención por nada. El típico funcionario que hace su trabajo y se marcha. El juez de guardia era algo más dicharachero y charló algo más con Paco del asunto, aunque nada de trascendencia que mereciera la pena.

Con las esperas, la observación de las pruebas y las charlas con unos y otros se habían hecho ya las seis de la mañana. Paco se despidió de los que quedaban y decidió irse a casa e intentar dormir un poco hasta las diez o así que se acercaría de nuevo a la comisaría. Volvió a casa de Elena. Le quedaba a dos pasos y podría descansar algo más.

Mientras conducía hizo una radiografía mental de todo lo que se le venía encima: los arcángeles ortodoxos, los otros cinco asesinatos probables que quedaban según sus cálculos y la inmensidad del caso que tendría que resolver en menos de un mes.

Al llegar a casa de Elena, se metió en la cama, se tapó entero con la sábana y una colcha muy suave e hizo click en su mente para olvidarse de todo durante algunas horas.

*

Tomás Verdejo era un policía mediocre que había conseguido medrar lo suficiente como para llegar a detective de homicidios, aunque sus limitaciones eran evidentes para todos. Era de esas personas que caía mal a cualquiera, excepto a los jefes a los que les hacía la

pelota y gracias a los cuales se había ido encaramando desde abajo al puesto que detentaba sin merecerlo.

De niño, en el mismo colegio de curas de la capital al que sus padres lo mandaban becado, mientras el resto de sus compañeros lo esquivaban por torpe y por soplón, hubo un solo chico, dos cursos mayor, que lo defendió más de una vez a la salida sin pedirle nada a cambio. Se llamaba Ezequiel, y con los años, ya adultos, cada uno siguió un camino tan distinto del otro que apenas se veían más de una vez al año, aunque Verdejo nunca dejó de sentir, por aquel amigo de la infancia, una lealtad que ni él mismo sabría explicar del todo si alguien se lo preguntara.

A él le destinaban los casos sencillos, aquellos que hasta un niño de 10 años podría resolver. No estaba preparado para más, pero siempre exageraba sus atribuciones y, al escucharlo sin conocerlo de verdad, daba la impresión de que la comisaría no podría funcionar sin él, cuando la realidad era diametralmente opuesta.

A Paco siempre lo envidiaba e intentaba zancadillear siempre que podía, pero a menudo en vano. Era bastante torpe hasta para eso. Paco lo aguantaba, pero no lo soportaba, aunque como compañero en la Policía, tenía que hacer de tripas corazón y tolerarlo, disimular su desprecio y simular una camaradería que nunca existió.

En ausencia de Paco, Verdejo cogió el teléfono aquella mañana. Era el empleado de la limpieza con el que Paco había hablado la madrugada anterior sin darle demasiada importancia. Había encontrado una billetera junto al cadáver de la víctima, pero que no pertenecía a la difunta. Por la descripción, la documentación pertenecía a un hombre de unos treinta años, según pudo adivinar el empleado municipal, por las fotos en los carnés que figuraban junto a algunas tarjetas de crédito y que estaban a nombre de Carmelo Calderín Hernández.

Verdejo pensó que había llegado su oportunidad y emplazó al hombre en un bar cercano a la comisaría en la calle León y Castillo, junto a la plaza de la Feria. Uno de esos bares bulliciosos a la hora

de los desayunos y por el que pasan decenas de trabajadores para darle una alegría a su estómago en medio de de su jornada de trabajo.

El operario de la limpieza llegó antes que Tomás. Mientras esperaba pidió una cerveza Tropical al camarero. Cuando iba por el segundo sorbo apareció Tomás por la puerta. Miró a izquierda y derecha y por su indumentaria lo reconoció nada más verlo.

—Buenos días. Soy el inspector Tomás Verdejo— lo saludó estrechándole la mano.

El hombre, algo confundido, extendió la mano para corresponderle con el saludo. ¿No viene el inspector Figueroa? —preguntó.

—No. él se acostó muy tarde y vendrá a la comisaría a la tarde, pero yo se lo comunicaré todo —respondió Verdejo.

—¡Entendido! —comentó el hombre.

—Ha traído la billetera— inquirió Verdejo.

—Si aquí la tengo— respondió el operario sacando de su bolsillo trasero una cartera de piel sencilla.

—Esto es todo lo que encontré. Al inspector Figueroa no le pudimos ayudar mucho más. La cartera apareció después de que se fuera. Estaba debajo del contenedor, señor — argumentó.

—Está muy bien. Seguro que con esto conseguimos avanzar con alguna pista —puntualizó el policía.

El empleado de la limpieza hizo un amago para llamar al camarero y pedir algo para Verdejo, pero Tomás tenía prisa y se excusó.

—Tenemos mucho lío arriba— dijo, señalando la enorme mole que constituía la supercomisaría de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Un edificio que imponía en medio de la Avenida Marítima.

El señor meneó la cabeza y se despidió con la mano, algo contrariado por la negativa de Tomás a compartir un trago. Al final se encogió de hombros y siguió terminando su quinto.

Tomás estaba ansioso por llegar a la comisaría, de la que tan solo lo separaban unos doscientos metros. Con estos datos confiaba en ser el protagonista por una vez de una verdadera investigación y demostrar que sabía hacer las cosas bien y resolver casos complejos. Al llegar buscó en el ordenador la dirección del poseedor del DNI que aparecía en la cartera. También llamó al banco para que le facilitaran el número de teléfono. Cuando lo obtuvo se dirigió a La Isleta. A la calle Artemi Semidán, donde en el número 57, vivía Carmelo Calderín. Un rostro de satisfacción se dibujaba en su rostro mientras conducía hacia su destino. En el barrio de La Isleta era muy complicado aparcar. Si tenías suerte y alguien salía y te dejaba una plaza libre, podías sentirte afortunado. Aunque Tomás sabía que dejando la acreditación de Policía en Servicio, los municipales no le dirían nada por aparcar en algún vado o incluso paso de cebra.

Al acercarse al domicilio de Calderín, observó el bullicio del Bar El Cherne, uno de los típicos establecimientos de barrio, anteriormente frecuentado por pescadores y trabajadores del puerto y que desde hace unos años ya albergaba a una fauna bastante más variopinta. Un portal más arriba estaba el número 57, una casa terrera de dos plantas, de las típicas de la zona.

Observó la casa desde cierta distancia, no vio a nadie en el edificio y tocó el timbre. Al cabo de unos cuantos segundos que se le eternizaron, comenzó a oír en la lejanía unos pasos cansinos que se iban acercando desde el interior hasta la puerta de entrada.

Una señora mayor que probablemente ya no cumpliría los ochenta años le abrió la puerta. Tenía un aspecto difícilmente definible. Despeinada, una bata que ya disfrutó sus mejores momentos y una mirada que oscilaba entre la tristeza y el aburrimiento.

—¿Quién es? —dijo antes de abrir la puerta aspirando la s final.

—Inspector Tomás Verdejo de la Policía —contestó el agente.

Al oír su respuesta, apareció frente a él, algo asombrada por su indumentaria.

—¿No debería ir con el uniforme de policía? —preguntó.

—No —respondió Verdejo mostrándole su placa—. Soy inspector y no solemos llevar uniforme.

—Creía que todos los policías lo llevaban —concluyó la señora.

—Vengo porque ha aparecido una cartera a nombre de un señor que vive aquí. Carmelo Calderín. ¿Lo conoce? —preguntó el agente.

—¡Claro! Es mi hijo —contestó su madre sin dudarlo.

—Puedo hablar con él —preguntó Verdejo.

—Ahora está trabajando. Sale temprano y no llega hasta las tres y media más o menos — replicó la señora sin titubear.

—¡Vaya! Confiaba poder hablar con él. Me pasaré a esa hora. Muchas gracias —concluyó el agente.

—Como usted quiera, señor. Que tenga un buen día —se despidió la madre de Carmelo mientras cerraba la puerta.

Para Verdejo era básico que ni Calderín ni su madre cayeran en el radar de Paco. Incluso tampoco debía saber, al menos de momento, que se había entrometido cogiendo una llamada relacionada con su caso y actuando a sus espaldas. Si cometía un error, lejos de beneficiarlo, podría empeorar todavía más el tira y afloja que mantenía con Figueroa e incluso embarrar su ya compleja relación con la comisaria para intentar seguir medrando.

Miró el reloj y decidió dar un paseo hasta la playa. Las Canteras no quedaban lejos y siempre resultaban entretenidas en cualquier época del año con su trasiego de turistas, buscavidas, despistados, bañistas, pescadores y comerciantes de los mil y un negocios que se abrían mirando al mar y en las calles circundantes.

En su paseo rezaba para que Paco no llegara demasiado pronto a la comisaría y continuara sus pesquisas y por aquellos azares del destino hablara con el operario de limpieza. Era un riesgo que debía correr.

Paco llegó a la comisaría al filo del mediodía. Le quedaba a dos pasos desde la casa de Elena. Carmela ya lo esperaba para darle

alguna información añadida del cadáver de la noche. Se trataba de Soledad Pérez, una prostituta conocida en Molino de viento que llevaba años pagando el alquiler de su madre enferma con lo que sacaba en la calle. Había sido violada vaginal y analmente y el asesino se había ensañado con ella con varias puñaladas extra post mortem, aunque según todos los indicios había muerto estrangulada.

La nueva información no sorprendió a Figueroa que ya imaginaba todo eso y algo más tras observar a la difunta en la calle Espíritu Santo. Tenía un olfato especial para los detalles y, aunque a simple vista se mostraba algo despegado de su oficio e incluso apático, nunca se le escapaban los detalles de interés.

—Encontraron algo más en la escena —preguntó.

—Que yo sepa, aquí está todo lo que se encontró, jefe —contestó solícita Carmela.

Mientras observaba las tres cruces y las tres medallas con una lupa de aumento se interesó por los análisis forenses.

—Imagino que los análisis no los tendrán todavía —Inquirió.

—Jefe, el cadáver lo encontraron ayer de madrugada. Además los forenses no son especialmente diligentes en ese aspecto —contestó la agente con algo de sorna.

Paco esbozó una sonrisa y enarcó las cejas entendiendo la broma.

—Por lo que vi en la escena, fue violada probablemente, de modo que nos centraremos en la hipótesis de que es el mismo asesino de las otras dos chicas. Las cruces y las medallas de los arcángeles nos marcan el camino —argumentó el policía.

Paco, cogiendo los papeles, folios, pruebas, gráficos, fotos y demás del caso se dirigió a una estancia vacía que utilizaban como espacio para todo y empezó a colocar las piezas en una mesa.

—Ve a por una pizarra grande al almacén. Vamos a organizar todo esto y colocar cada pieza en su sitio —indicó el inspector a su

subordinada.

Carmela fue al almacén y trajo el biombo y la pizarra. Tras colocarlo en la estancia, la habitación comenzó a parecerse a un espacio de investigación de verdad y no a un lugar sombrío sin uso.

Al ver todo organizado, Figueroa miró desde la distancia, observó a Carmela y le dijo: Tenemos que reservar este espacio para nosotros. Hablaré con la jefa para que nos deje una llave y podamos tenerlo como... nuestro santuario, terminó diciendo tras esbozar una sonrisa.

En la Isleta, Verdejo alcanzó la casa de Carmelo Calderín a la hora que había calculado que llegaría. Llamó al timbre y sin tardar demasiado apareció un hombre de mediana edad.

—Buenas tardes. ¿Qué desea? —preguntó.

—Soy inspector de la Policía. Busco a Carmelo Calderín —respondió el agente.

—Soy yo. Carmelo, para servirle —contestó con mucha tranquilidad.

Verdejo en este punto, al ver la calma y la serenidad en la respuesta, empezó a dudar sobre si sería buena idea llevarlo a la comisaría para interrogarlo.

Pensó que ya habría demasiada gente haciendo preguntas sobre el implicado y que, a aquellas horas, Paco seguramente estaría ya en su puesto. Si lo veía con un detenido sin que le diera demasiadas explicaciones, notaría que algo extraño ocurría. Era un riesgo demasiado grande y no podía permitírselo.

—Hemos encontrado una cartera con su documentación en Vegueta. Justo en el escenario de un crimen —soltó el policía a bocajarro, observando la reacción del paisano.

Carmelo ni se inmutó. Al contrario, pareció tomárselo con alivio.

—Menos mal que la han recuperado. Ya pensaba renovar toda la documentación y dar de baja las tarjetas. ¿Viene a devolvérmela? —contestó.

Verdejo dudó durante un segundo sobre qué hacer con aquel regalo que le había caído del cielo, pero no quiso arriesgarse demasiado. El premio era muy goloso, pero si la cartera no suponía un avance significativo en la investigación y el asunto llegaba a oídos de Figueroa, podría ser su fin.

—Sí, vengo a devolvérsela y a hacerle unas preguntas, si no le importa —le informó.

—Claro, inspector. ¿Quiere pasar y tomarse un café mientras charlamos? —respondió Calderín.

El policía no tenía mucho que hacer en comisaría y la espera le había provocado cierta somnolencia, de modo que decidió aceptar la invitación. Probablemente, pensó, alrededor de un café la conversación resultaría más cercana e incluso más fluida.

—¿Cómo perdió la cartera? —preguntó.

—Estaba de farra el otro día y, con los colegas, terminamos en Molino de Viento. Ya sabe usted cómo son esas cosas. Cuando nos íbamos, intenté pagar unas consumiciones, pero la cartera ya no estaba. Mis amigos pagaron la cuenta. La buscamos un rato por allí, pero no encontramos nada.

Mientras hablaban, Verdejo se dio cuenta de que la cartera era un arma de doble filo y que podía perjudicarlo tanto si se la entregaba a su dueño como si la depositaba en comisaría.

La conversación con Calderín, tras contarle lo del supuesto robo, derivó hacia temas de pesca, aventuras en el Puerto de La Luz y otras menudencias que importaban más bien poco al inspector, salvo algunos detalles que lo relacionaban con gente poco recomendable.

Seguía dándole vueltas a cómo proceder con la cartera, apenas prestando atención a lo que le contaba Carmelo, que continuaba entusiasmado relatándole mil y una peripecias de sus salidas nocturnas por la zona.

Al final, tomó una decisión.

—Carmelo, creo que lo más adecuado es llevar la cartera a comisaría. No deja de ser una prueba hallada en un escenario de asesinato. Pero, como veo que no tienes nada que ver con el asunto, puedo ayudarte a renovar toda la documentación. Lo del banco y las tarjetas tendrás que gestionarlo tú mismo.

—¿Y cuándo me devolverán todo? —preguntó Calderín.

—Hum... —titubeó Verdejo—. Las investigaciones suelen alargarse y no podría darte una fecha. Lo que te recomiendo es que renueves toda la documentación y te quedes tranquilo. Con el DNI y el carné de conducir puedo ayudarte y los tendrás esta misma tarde o mañana.

—Si ese es su consejo, haré lo que me dice —contestó el portuario.

Verdejo se despidió de él y le entregó su tarjeta para realizar las gestiones que le había prometido. Mientras caminaba hacia el coche, volvió a pensar en aquel hombre. Un tipo afable, sin duda, pero que ocultaba algo que no sabría explicar y que cualquier policía de pura cepa sabría detectar.

¿Y si Calderín, aunque no tuviera nada que ver con el caso, no fuera tan trigo limpio como daba a entender? —se preguntó.

CAPÍTULO 2

Luis Altuza era un empresario modelo en la ciudad. Su porte, su presencia y su saber estar entonaba perfectamente con su elegante vestuario. Era uno de los asiduos de los locales frecuentados por la creme de la creme de Las Palmas.

Viéndolo, nadie diría que llevaba una doble vida. Empresario de éxito durante el día y traficante de cocaína y otras sustancias por la noche cuando las circunstancias lo requerían. Su brutalidad en el trato con la competencia o con sus enemigos le había granjeado una fama bien merecida, aunque él se mantenía alejado de la violencia que delegaba en su lugarteniente Charlie Maka, un individuo de El Polvorín, barrio capitalino junto a Las Rehoyas, lugar donde se licenció en la década de los ochenta del siglo pasado lo más granado de la delincuencia local. Baste decir que en el cuartel militar de Las Rehoyas, sito en el lugar hasta mediados de los 90, que albergó a paracaidistas, policías militares, oficinistas de la Zona de Reclutamiento y Movilización y una compañía de Operaciones Especiales (COES), los traslados de oficiales al recinto se hacían en furgones con escoltas armados con subfusiles Z-70.

No era uno de los barrios más recomendables para perderse en la ciudad. Con el tiempo y el desmantelamiento de las chabolas e infraviviendas, el ayuntamiento lo fue reconstruyendo hasta crear algo más habitable y menos peligroso. Estas medidas junto al crecimiento de los delincuentes habituales y su graduación criminal en otras zonas de la capital o del sur de la isla, completó el resto.

Altuza tenía una oficina en la Plaza de España, al final del paseo de Chil. Un lugar perfecto cerca del puerto y relativamente alejado de los problemas de lidiar con la fauna nocturna local, que junto a los turistas conformaban un ecosistema curioso donde camellos,

paisanos, turistas, gente bien, chusma y ciudadanía convencional intentaban disfrutar de sus días de descanso entre alcohol, drogas, música de la peor especie y cientos de locales de copas y de comida que aportaban la logística e intendencia de cada noche.

La oficina era más una tapadera de todo tipo de negocios poco claros que respondía al nombre de Importaciones Altuza, una suerte de representación de marcas desconocidas de todo tipo. Laura, una mujer en torno a los cuarenta, se encargaba del papeleo de la firma y actuaba como secretaria, chica para todo, amante del jefe y la totalidad de la plantilla. El resto, cuando surgía, se subcontrataba.

Por ahí aparecía cada lunes Charlie Maka para dar novedades al jefe, contar las ganancias del fin de semana y poco más.

Altuza conocía a policías y se llevaba bien con ellos. La Policía no lo consideraba un verdadero capo y lo dejaba hacer sin muchas preguntas. A fin de cuentas el trapicheo de los fines de semana lo tenía que organizar alguien y Altuza lo hacía bien sin crear demasiados problemas.

Podría también mencionarse que había señales inconfundibles de que parte de la Policía se lucraba de alguna forma con esas actividades, pero no se investigaba, no se comentaba y nadie protestaba por ello, por lo que se mantenía en un limbo esa situación. Como en cualquier comisaría, en la de Las Palmas, había muy buenos policías, policías corruptos, policías mediocres, trepas y gente que ocupaba esos puestos para poder vivir. El ecosistema habitual en cualquier colectivo se hacía evidente en torno a la Supercomisaría de la Avenida Marítima. Esa mañana el mafioso estaba alterado. De madrugada le había llegado la noticia de la prostituta muerta, una de sus prostitutas de Molino de viento y eso no era nada bueno para el negocio. Llamó con insistencia a Charlie Maka para pedirle explicaciones, pero tampoco tenía nada que contarle. No había tensión entre las distintas bandas y organizaciones de la ciudad, había acuerdos que se respetaban y todo inducía a pensar que se trataba de un crimen perpetrado por alguien ajeno a las organizaciones delictivas de la capital. Aunque

todo eran conjeturas y suposiciones, Altuza y sus hombres preguntaron al resto de bandas y grupos de la ciudad e incluso del sur de la isla, pero nadie sabía nada.

Charlie Maka llegó al despacho de su jefe solicito y puntual como de costumbre. Sus aires de chulo de barrio con tatuajes por todo su cuerpo y músculos de gimnasio y proteína en polvo no pasaban desapercibidos. Él quería siempre causar esa impresión de estar presente en todo momento. De dejarse notar.

Su jefe le preguntó nada más verlo.

—¿Y bien? —pronunció lacónico.

—Nadie sabe nada. En la ciudad todos dicen que no tienen nada que ver y los creo. Esta es una chapuza de alguien sin escrúpulos que no está en el ajo —respondió el sicario.

—¿La Policía sabe algo? ¿Hay detenidos o pistas? —inquirió.

—Por lo que me cuentan han puesto a un investigador con experiencia, pero es pronto para saber algo —contestó.

Paco salió a tomarse un café para despejar algo la mente y llegó a la comisaría pasadas las dos de la tarde. La noche anterior había sido complicada. Al llegar, Carmela lo esperaba ansiosa con la cartera de Carmelo Calderín en la mano.

Al verla, el inspector la saludó con un movimiento de cabeza y fue directo al grano.

—¿Del escenario? —preguntó.

—Así es, jefe —respondió su colega—. Es un regalo de tu amigo Verdejo. Un operario de limpieza la trajo esta mañana.

—Verdejo buscó la dirección, fue a ver al dueño de la cartera y, según me comentó, dedujo que no tenía nada que ver con el caso. La perdió en Molino de Viento una noche de farra, según le dijo su propietario.

Paco frunció el ceño y permaneció unos segundos en silencio antes de abrir la cartera y examinar su contenido. Tres tarjetas de crédito,

una de débito, una de Ikea, otra de Alcampo, el DNI, el carné de conducir y ciento veinte euros con un aspecto casi inmaculado, lo que daba la impresión de que habían sido retirados de un cajero aquella misma noche. En uno de los compartimentos interiores encontró una tarjeta del club Eros, situado en la calle Nicolás Estévanez, un local de copas y chicas ligeras de ropa en el puerto, bastante alejado de la zona de Molino de Viento.

Dispuso todos los objetos sobre la mesa y siguió reflexionando. Aquellos silencios exasperaban especialmente a Carmela, que no entendía por qué se comportaba de aquella manera. Sin embargo, con el paso del tiempo había ido comprendiendo el proceso mental que seguía su compañero y terminó por acostumbrarse a él.

—El dueño de la cartera, Calderín, no ha tenido nada que ver con el asesinato. Pídele los datos a Verdejo para ir a verlo. Seguro que nos cuenta algo más. Y ojo, porque tanto el uno como el otro nos ocultan algo que quizás no tenga mucha importancia, pero que debemos saber —argumentó el investigador.

Recogidos todos los elementos, fue en busca de Verdejo. Estaba tomando un café en la estancia donde los policías descansaban, tomaban un refrigerio o pasaban los ratos muertos. Lo vio al llegar, junto a la máquina de café. Estaba a punto de llenarse la taza.

—Tomás —lo abordó—. Lo primero, gracias por la cartera. Verdejo asintió con la cabeza.

—¿Le preguntaste a Calderín sobre la tarjeta del club Eros que tenía en la cartera?

—No, no le di importancia. Estos puteros llevan tarjetas de ese tipo de forma habitual, ya sabes, para emergencias.

—Noté que la tarjeta no era nueva, por lo que supuse que llevaba ya un tiempo en su cartera, y por eso te preguntaba. Quizás sea un cliente asiduo de ese local.

—¿Qué te pareció el sujeto? —preguntó.

—Creo que es el típico trabajador del puerto que se desmadra de vez en cuando. Vive con su madre en una casa modesta de La Isleta y parece un tipo más o menos sano que se pega sus juergas de vez en cuando. Aunque en su mirada hay algo que no sé si es temor, desconfianza o desidia. En resumen, alguien de lo más normal, sin relación con los trapicheos del puerto — respondió.

Paco Figueroa se quedó convencido por la respuesta y ya se disponía a abandonar la estancia cuando se dio la vuelta.

—Una cosa no quita la otra, Verdejo. Pero es la última vez que te metes en un caso mío. Si surge algo más, lo hablas conmigo o con Carmela, porque ya nos conocemos —sentenció. Verdejo se disponía a responder algo, pero su interlocutor ya se había marchado. Su semblante mostraba en ese momento todo el odio e ira que había contenido mientras hablaba con su colega y que ya no podía disimular.

Charlie Maka asumía todo el control organizativo del grupo de Altuza. Prostitución y drogas, al margen de la gerencia legal del club Eros, que también pasaba por sus manos. Bien es cierto que el local servía de punto de reunión y tránsito para unas cosas y otras que se escapaban de la legalidad, la bordeaban o estaban totalmente al otro lado.

Había pasado de camellito de medio pelo una década atrás a ser el lugarteniente del empresario. No era excesivamente inteligente, pero era fiel, leal y ese déficit de inteligencia lo suplía con sus músculos y la constante amenaza del uso de la fuerza.

Carmelo Calderín era uno de los asiduos del club Eros y conocía bastante bien a Charlie Maka. En alguna ocasión le había echado una mano cuando se había pasado con las copas y el portuario le había ayudado en algún trapicheo menor con algún cargamento del puerto. Eran conocidos, tenían cierta amistad, pero no era como para lanzar cohetes. Se podría decir que se llevaban muy bien.

El nombre de Charlie Maka había surgido en la conversación de Calderín con Verdejo en su casa y el policía no le trasladó este dato

a Figueroa. Al principio fue un despiste sin importancia, pensó Verdejo, pero tras recibir la amenaza de su colega, comenzó a maquinar cómo usar esa información extra, que desconocía el investigador, en su propio beneficio.

A fin de cuentas, se decía, la oportunidad perdida de la cartera, nos ofrecía otra ocasión, la de trabajar con la pista de Charlie Maka, para marcarse un tanto ante la comisaria.

Luis Altuza tenía la mosca detrás de la oreja y no se fiaba de las investigaciones policiales que podrían relacionarlos y remover todo su tinglado. Mirando por los ventanales de su oficina, daba la impresión de que buscaba respuestas en alguna de las cuatro figuras de la obra Actividades primitivas canarias, que presidía desde el centro la plaza de España, antes la de La Victoria. Cuando se convenció de que ninguna de esas cuatro representaciones de piedra le iba a dar una solución, probó con Charlie Maka, que estaba sentado en uno de los escritorios del despacho.

—Charlie, ¿crees que debemos preocuparnos si empiezan a investigar el club o la oficina?

¿Qué nos relaciona con los crímenes? —preguntó.

—No soy experto en investigaciones de la Policía, pero no creo que nos llegue nada de esos crímenes. Calderín no es un mal tipo. Una noche, como muchas, se fue de putas a Molino de Viento y le robaron la cartera, que apareció en el escenario de un crimen. Carmelo no es mala gente. Lo conozco bien. Y como no sabe casi nada, al margen de algunos trapicheos menores en el club, no creo que nos salpique —respondió.

Altuza no las tenía todas consigo. Intuía algo y no era bueno. No dejaba de ser una carambola del destino que el asesino se hubiera encontrado con uno de sus clientes en una de las zonas de la ciudad que controlaba.

—Quiero pensar que no tendremos problemas, pero ya sabes cómo son estas cosas. Si el policía a cargo del caso es un sabueso, buscará y rebuscará en cada indicio, en cada pista hasta resolver sus

dudas y encontrar respuestas. Y en ese camino estamos nosotros —sentenció.

Las sospechas de Altuza no iban desencaminadas: Paco Figueroa era uno de esos investigadores que no dejan ningún camino sin transitar. Cuando analizó la cartera y los objetos que albergaba, comenzó a atar cabos y decidió adentrarse por una senda que aún no había explorado. Quizás era buscar una aguja en un pajar, pero existía la posibilidad de que sonara la flauta.

Llevó la cartera al departamento de Policía Científica para que analizaran todas las huellas. Al mismo tiempo pidió a la comisaria dos policías en prácticas para que verificaran los resultados, descartaran las marcas que no tenían nada que ver y aislaran aquellas que podrían pertenecer al asesino. Era una apuesta complicada, pero no tenía tiempo que perder. En ocasiones, ese tipo de corazonadas habían sido la clave para desentrañar algún caso encallado. Y para encontrar soluciones novedosas, Figueroa era un fenómeno.

Charlie Maka fue al terminal de contenedores del puerto para informar a los operarios con el fin de que redoblaran la vigilancia porque un sabueso iba tras ellos. Llevaban mucho tiempo sin incidentes dignos de mención y satisfechos los pagos correspondientes a las personas indicadas, no había problemas en las descargas, pero la aparición de Paco Figueroa en el horizonte aportaba una variable preocupante de la que Altuza quería ocuparse personalmente. No conocía a Paco directamente, pero a través de sus subordinados hacía ya tiempo que le llegaban comentarios sobre el policía, su forma de trabajar, su negativa a recibir dinero y su profesionalidad y diligencia a la hora de enfrentarse a su trabajo y acometer caso tras caso. Una de las últimas informaciones que recibió sobre el inspector relativa a su jubilación le alegró el día y un suspiro de alivio salió de su boca al enterarse.

Figueroa no había intervenido en ninguno de los casos que estaban relacionados directa o indirectamente con el grupo de Altuza, pero conociéndolo, el mero hecho de estar en el horizonte y que alguna

pista los colocara en su senda, lo convertía en un elemento muy peligroso para toda la banda.

Los policías que tenía a sueldo se habían encargado, bastante bien, por cierto, de mantenerlo alejado de él y de su entorno, pero ahora los indicios lo traían al puerto, al club Eros y a Molino de Viento, tres de los ejes fundamentales de su organización y fuente de ingresos.

*

Aquella tarde Elena estaba más alterada que de costumbre. En la consulta odontológica donde trabajaba había sufrido dos o tres incomparecencias y estaba cabreada y muy molesta. Perfilar una agenda constante con cambios casi diarios para intentar cuadrar la disponibilidad de los pacientes era una tarea titánica y había que hacer malabarismos para cuadrar algunas horas con el fin de hacerles las visitas lo más llevaderas posible. Por eso, que dos o tres personas hubieran fallado y dejaran esos huecos libres, constituía todo un caos.

Solía sucederle a menudo, pero cada vez lo llevaba peor. No era lo mismo mentalizarse para tener en una jornada dos ortodoncias que tres empastes o meras extracciones.

Casi a la hora de cenar llegó Paco de la comisaría. Al verla con un semblante tan serio no perdió la oportunidad de enterarse de lo que había ocurrido.

—Estás muy cabreada. Se te nota en esas facciones tan tensas de la cara. ¿Ha pasado algo en el trabajo? —preguntó.

—Lo que me ocurre demasiadas veces: Dos cretinos que no han llamado para cancelar la cita y avisarnos de que no podían venir. Nos han roto todo el día —contestó.

Paco se mostró extrañado por ese mal humor de Elena por una cuestión tan nimia, pero con el paso de los minutos descubrió que era sólo la mecha de ignición de una discusión mayor. El inspector se

acercó a ella más cariñoso que de costumbre y le acarició los hombros con calidez.

—Mujer, esas cosas pasan y cretinos y gilipollas van a seguir existiendo siempre —contestó quitándole importancia al asunto.

—Sí. Ya sé. Ocurre más de lo que imaginas, pero me cuesta acostumbrarme. Me pone de los nervios —argumentó Elena.

—Intenta olvidarlo, Elena. Estas cosas no hacen más que desquiciarse y tú no eres así — Intentó reconducir el enfado de su pareja.

—¿Sabes lo que más me molesta de ti, Paco? —Intentó reabrir la discusión—. Todo lo suavizas y lo minimizas hasta eliminarlo y no son así las cosas —manteniendo la tensión.

—Nunca pretendo evitar las charlas y las discusiones, Elena. Son cosas que pasan y debes asumirlo. No será la última vez que te ocurra —aseguró el inspector para intentar quitarle hierro al asunto.

—Tenemos que empezar a plantearnos qué es lo que estamos construyendo nosotros, Paco. ¿Qué es lo que queremos, qué es lo que nos une y si esta relación es la que realmente queremos? Ya me estoy cansando de todo —anunció Elena, lo que hizo ponerse en guardia a Paco que no se esperaba una reacción así.

El inspector guardó silencio un momento, calibrando cada palabra antes de soltarla, consciente de que cualquier cosa que dijera ahora sonaría a excusa, y las excusas eran justo lo que Elena no estaba dispuesta a tolerar aquella noche.

—¿De dónde sale esto, Elena? Hace un minuto hablábamos de pacientes que faltan a su cita —dijo por fin, bajando la voz, ya completamente en serio.

—Sale de que llevo diez años viviendo a medias contigo. Un piso para ti, uno para mí, y las noches que compartimos siempre a expensas de un teléfono que puede sonar a las cuatro de la madrugada. Yo también tengo cincuenta años, Paco. Y me estoy

preguntando si quiero pasar los que me quedan esperando a que cierres un caso más.

Paco no dijo nada durante un rato. Sabía que había llegado el momento en el que las palabras bonitas ya no servían de nada.

—En un mes dejo la placa, Elena. Lo sabes. Después de esto, no hay más casos a las cuatro de la madrugada.

Ella soltó una risa amarga, sin crueldad, la risa de quien ha oído la misma frase demasiadas veces.

—Llevas prometiéndome esa jubilación desde que te conozco. Y cada vez que se acerca, aparece un caso que se las trae, como este. Quiero creerte. De verdad que quiero. Pero no sé ya si te creo a ti o si me creo a mí misma repitiéndome que esta vez sí.

Se hizo un silencio largo. Paco se sentó a su lado, sin tocarla todavía, dejándole el espacio que necesitaba.

—No te voy a prometer nada más, porque ya sé que las promesas se te han gastado de tanto oírlas. Solo te voy a pedir un mes. Y si en un mes sigo siendo el mismo de siempre, con el teléfono pegado a la oreja, entonces tendrás razón en todo lo que acabas de decir y no te pondré ni una excusa.

Elena lo miró largo rato, sopesando la propuesta. Al final, apoyó la cabeza en su hombro, todavía con el ceño algo fruncido, sin ceder del todo, pero sin marcharse tampoco.

—Un mes, Paco. Ni uno más.

*

Thais Romero era una de las camareras del club Eros. Al verla se notaba que desentonaba ahí. Traductora, Filóloga y con aspecto intelectual, la vida la había llevado a tener que buscar ingresos tras la irrupción de la Inteligencia Artificial en su gremio que se había llevado por delante a la mitad de sus colegas, incluyéndola a ella.

Había sido una masacre y fueron los profesionales que primero padecieron los estragos de esta nueva tecnología. Salvo los traductores jurados y poco más, el resto era carne de paro y desempleo. La solución era reciclarse, aunque tampoco era muy viable, cambiar radicalmente de profesión, como hizo Thais o buscar tiempos mejores mientras aguantaban al borde de la indigencia con ayudas de amigos y familiares. La situación era peliaguda para casi todos ellos.

Thais no se lo pensó dos veces y decidió aceptar el primer empleo que le propusieran. Fue de camarera en el club Eros y desde el día que la aceptaron, dos años atrás, ahí seguía cumpliendo con sus obligaciones y esperando tiempos mejores.

No le apasionaba el trabajo y tampoco pensaba hacer carrera en la hostelería. Simplemente pensó que para obtener ingresos, la mejor forma era dejarse de miramientos y coger lo primero que llegara y el club Eros fue esa oportunidad.

Paco y Carmela entraron al local casi al final de la tarde, antes de que empezara el trasiego nocturno, mostrando la placa a un gorila de la entrada, que los dejó pasar sin más trámite. Thais, tras la barra, secaba copas con un trapo mientras los observaba acercarse. Nada en su porte de traductora reconvertida en camarera elegante encajaba con el resto del personal.

—Buenas tardes. Somos de la Policía. Nada por lo que preocuparse, solo queremos hacer unas preguntas —dijo Paco.

—En este sitio siempre hay algo por lo que preocuparse, inspector —contestó ella, sin dejar de secar la copa—. Pero adelante, pregunten.

Paco enarcó una ceja, gratamente sorprendido por el tono directo de la mujer.

—¿Conoce a un cliente habitual, Carmelo Calderín? Trabaja en el puerto.

—Carmelo viene de vez en cuando. Buena gente, dentro de lo que cabe. Bebe más de lo que debería y luego se pone sentimental

hablando de su madre. No es de los que dan problemas.

—¿Y algún otro cliente que le llame la atención? Alguien distinto al resto —preguntó Carmela.

Thais dejó la copa sobre la barra y los miró con más atención, calibrando si merecía la pena hablar.

—Aquí paso las noches escuchando a hombres que solo quieren hablar de sí mismos. Pero sí, hay uno que se sale del guión. Viene una vez al mes, más o menos. Nunca pide compañía, solo una copa y conversación. Le gusta hacer preguntas raras.

—¿Qué tipo de preguntas? —preguntó Paco.

—La última vez me preguntó si sabía latín. Le dije que un poco, por la carrera. Se puso a hablarme de cruces, de órdenes militares, de linajes antiguos de la isla, como si estuviera dando una clase. Yo asentía por educación y porque paga bien las copas, pero no le entendí ni la mitad.

Paco y Carmela cruzaron una mirada. Algo en el pecho de Paco se tensó, aunque su rostro no lo delató.

—¿Recuerda cómo se llama? ¿O algún detalle más, aparte de las conversaciones? — preguntó Paco.

—Nunca ha dicho su nombre. Viste bien, habla como alguien con estudios. De pelo entrecano, gafas finas. Deja demasiada propina para alguien que no pide nada más que hablar. Si vuelve, anoto lo que pueda. No es que tenga mucho más que hacer aquí, entre copa y copa, salvo escuchar.

—Se lo agradecería mucho —dijo Paco, tendiéndole una tarjeta—. Llámeme a este número si vuelve a aparecer, sea la hora que sea.

Thais cogió la tarjeta y la guardó en el bolsillo del delantal sin mirarla dos veces, como quien guarda cualquier otra cosa que no espera necesitar pronto.

—Inspector, llevo dos años sirviendo copas a hombres que creen que el mundo les debe algo. Créame que sabré reconocer a uno con más

motivos que el resto para que ustedes se interesen por él.

Paco le sostuvo la mirada un instante, calibrando a esa mujer que, en un lugar como aquel, parecía la única persona realmente despierta.

*

La rueda de prensa había sido idea de la comisaria, no suya. Paco detestaba esos circos de flashes y micrófonos donde uno tenía que medir cada palabra como si caminara sobre cristales, sabiendo que cualquier frase mal construida podía convertirse en titular al día siguiente, deformada, sacada de contexto, utilizada como arma arrojadiza por quien tuviera intereses en ello. Salió del edificio por la puerta lateral, la que casi nadie usaba, con la esperanza de esquivar a la prensa que ya empezaba a congregarse frente a la entrada principal de la Supercomisaría.

No tuvo esa suerte.

Rachael Lombard llevaba ya un buen rato apostada justo en esa puerta lateral, como si hubiera adivinado sus intenciones, con la libreta lista y la cámara colgada al cuello como una condecoración que ella misma se había impuesto. Era una mujer menuda, de movimientos rápidos, con una melena pelirroja que llevaba siempre recogida en una coleta poco favorecedora y una mirada que parecía escanear cada detalle del entorno en busca de algo que se le pudiera escapar. Francesa, de Lyon, afincada en la isla desde hacía un par de años tras un divorcio que prefería no comentar con nadie, cubría sucesos para un digital local que pagaba mal y exigía mucho, pero su verdadera obsesión, la que la había traído hasta Canarias en primer lugar, era muy distinta: el tráfico de obras de arte y patrimonio histórico. Llevaba meses detrás de un reportaje sobre el puerto de Las Palmas como puerta trasera de Europa, convencida de que bajo la rutina de grúas y contenedores se escondía algo mucho más interesante que el contrabando habitual de tabaco y alcohol.

—Inspector Figueroa. Rachael Lombard —se presentó, cortándole el paso con una sonrisa profesional que no llegaba a los ojos—. ¿Puede confirmarme que las tres muertes están relacionadas y que hay un patrón religioso en los asesinatos?

—No hago comentarios sobre casos abiertos, señorita Lombard —respondió él, sin detenerse, aunque bajando el ritmo de sus pasos lo suficiente como para no parecer descortés del todo.

—Llevo tiempo cubriendo también lo que pasa en el puerto de esta ciudad, inspector. Contenedores, antigüedades, gente que mira hacia otro lado. ¿No le sorprende que sus muertas y mis contenedores acaben compartiendo un mismo trocito de mapa?

Paco se detuvo un instante, calibrando a la periodista con más respeto del que le mostraba hacía un momento. Había algo en su tono, cierta seguridad que no sonaba a farol, que le hizo pensar que aquella mujer sabía más de lo que estaba dispuesta a soltar de golpe.

—Cuando tenga algo que contarle, será la primera en saberlo. Mientras tanto, hágame un favor: si encuentra algo raro en ese puerto suyo, apúntelo. Puede que a alguien más le interese. Entró en el edificio sin mirar atrás, aunque durante el resto del día no pudo evitar que aquella frase, «sus muertas y mis contenedores», le rondara la cabeza como una mosca pesada que se negaba a posarse en ningún sitio. Rachael se quedó anotando en su libreta, con una sonrisa que anticipaba que no pretendía soltar el hueso tan fácilmente. Llevaba suficientes años en el oficio como para reconocer, en la breve vacilación de un policía curtido, el primer indicio de que su instinto no andaba del todo desencaminado.

Días después, con el caso ya encallado en su cuarto cadáver y las noches convertidas en una sucesión de café solo y pizarras llenas de flechas que no llevaban a ninguna parte, Paco decidió aceptar la invitación que Matías le llevaba haciendo desde hacía semanas: acompañarlo a faenar antes de que la ciudad despertara del todo.

Quedaron a las cinco y media de la madrugada en La Puntilla, al final de Las Canteras, donde los últimos pescadores seguían fondeando sus pequeños barcos mientras no estaban faenando. La playa todavía dormía bajo un cielo que empezaba apenas a insinuar el amanecer con una franja de un azul casi imposible en el horizonte, cuando se encontraron. La barca de Matías, una embarcación pequeña pero cuidada con el mimo de quien lleva media vida remendándola, olía a salitre, a pescado y a la gasolina del motor fueraborda que Matías arrancó con un tirón seco de la cuerda, casi sin esfuerzo, como quien repite un gesto diez mil veces hasta que ya no le pertenece a la voluntad sino al músculo.

Se alejaron de la orilla en silencio, el motor apenas un murmullo contra el rumor de las olas rompiendo suavemente contra el casco. Paco, sentado en la popa, notaba el frescor de la mañana calarle la chaqueta ligera que había cogido casi sin pensar. Matías, al timón, con los ojos entrecerrados por la costumbre de escrutar el mar en busca de señales que solo él sabía interpretar —un cambio de color en el agua, un revuelo de gaviotas, la forma en que las olas rompían contra un banco de arena invisible—, esperó a que se alejaran lo suficiente de la costa antes de cortar el motor y empezar a preparar los aparejos.

—Te veo con la cara larga, Paco. Y no me digas que es por el caso, que a ti los casos nunca te han quitado el sueño de esa manera —dijo por fin, sin dejar de revisar el sedal con dedos expertos, ennegrecidos por décadas de sol y de sal.

—Es Elena. Dice que llevamos diez años a medias de todo. Y no le falta razón, aunque me cueste dársela.

Matías tiró del sedal, comprobó que no había nada todavía, y volvió a soltarlo con calma antes de responder, dejando que el silencio hiciera su trabajo primero, como tantas veces había visto hacer al mar con los problemas de los hombres que se hacían a él buscando respuestas que no encontraban en tierra.

—Tu padre también vivía a medias de todo, ¿te acuerdas? Medio en casa, medio en la comisaría, hasta que un día ya no volvió del todo. Y tú te pasaste media vida jurando que no serías igual que él, y aquí estás, calcado.

Paco se quedó callado, mirando el horizonte donde el sol empezaba a asomar sobre el mar, tiñendo de un naranja tenue las nubes bajas que se deshacían hacia el este. No era la primera vez que Matías le sacaba a colación a su padre, pero sí la primera en mucho tiempo que lo hacía con esa franqueza sin adornos, sin la delicadeza que solía reservar para los temas espinosos.

—Siempre digo que elegí este trabajo por descarte. Que no tuvo nada que ver con él. Pero la verdad, Matías, es que cada caso que resuelvo es un poco como intentar terminar algo que él dejó a medias cuando se murió sin avisar a nadie, ni siquiera a sí mismo.

—Pues termina este de una vez, y luego vete a terminar lo tuyo con Elena antes de que sea demasiado tarde también para eso. Que la mar espera, pero las mujeres como ella, no tanto.

El sedal tiró con fuerza justo entonces, como si el propio océano hubiera decidido poner punto final a la conversación antes de que se volviera demasiado incómoda para los dos. Matías lo recogió con destreza, riendo entre el esfuerzo, y entre bromas sobre quién de los dos tenía menos paciencia, sacaron juntos la primera pieza del día: una vieja de buen tamaño que coleteó furiosa contra el fondo de la barca antes de que Matías la sujetara con manos firmes.

—Mira, Paco. Al final la vida siempre te da algo, aunque sea a cambio de aguantar un rato en silencio con la caña en la mano.

Regresaron a puerto ya con el sol bien alto, cargados con media docena de piezas que Matías repartiría entre su nevera, la de Cosme y algún vecino necesitado, como hacía siempre, sin hacer ostentación de su generosidad, casi como si le avergonzara que alguien pudiera notarla.

Aquella misma tarde, mientras revisaba unos expedientes atrasados en su piso con la televisión encendida de fondo, más por costumbre

que por interés, Paco levantó la vista hacia la pantalla al oír el nombre de un programa cultural de la televisión autonómica que rara vez veía. Entrevistaban a un profesor sobre su último libro, un volumen de tapa dura con una imagen de un ídolo aborigen en la portada, mientras en la esquina inferior de la pantalla corría un rótulo llamativo: «El profesor que busca los orígenes perdidos de Canarias».

—Profesor Melián, su libro está causando furor. ¿Por qué cree que conecta tanto con el público? —había preguntado la presentadora, una mujer joven de sonrisa demasiado ensayada.

—Porque todos, en el fondo, queremos saber de dónde venimos de verdad —había respondido él, con esa cadencia pausada de quien está acostumbrado a que lo escuchen sin interrumpirlo—. Y esta tierra ha escondido su origen durante demasiados siglos bajo capas de historia oficial que convienen a unos pocos.

Paco había levantado la vista un instante hacia la pantalla, sin prestarle demasiada atención aún, con la cabeza todavía puesta en el sedal, en Matías, en el eco de aquella frase sobre su padre que se negaba a dejarlo tranquilo. Volvió a sus expedientes sin darle mayor importancia al rostro amable de aquel profesor de gafas finas, del todo ajeno a que se cruzaría de nuevo en su camino, muy pronto, de una forma que ninguno de los dos hubiera podido imaginar aquella tarde tranquila.

*

Pasadas las once de la noche, con el edificio de la comisaría ya casi vacío salvo por el turno de guardia y algún rezagado como él, Paco volvió a las oficinas a por unos papeles que había olvidado sobre su mesa y encontró la luz del santuario todavía encendida, filtrándose por debajo de la puerta como una franja amarillenta en el pasillo a oscuras.

Empujó la puerta despacio, sin hacer ruido, y se encontró a Carmela sola, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, rodeada de fotocopias ampliadas de las trayectorias de las heridas de las cuatro víctimas, comparándolas a mano con una regla y un rotulador, trazando líneas imaginarias que se cruzaban sobre el papel como si buscara, en aquella maraña de trazos, algún patrón que se le hubiera escapado en las lecturas anteriores.

—¿Qué haces aquí a estas horas, Carmela? Deberías estar en tu casa, descansando.

—Podría decirte lo mismo, jefe —contestó ella, sin levantar la vista del todo, la voz cargada del cansancio acumulado de muchas noches similares—. Si me voy a casa, solo me espera la tele y el silencio. Aquí al menos siento que avanzo en algo, aunque sea solo la sensación.

Paco se apoyó en el marco de la puerta, observándola con una mezcla de reconocimiento y preocupación que no supo bien de dónde le venía. Había algo en la postura de Carmela, en esa entrega casi ascética al trabajo, que le recordaba demasiado a sí mismo treinta años atrás, cuando la comisaría era su único hogar de verdad y las horas fuera de ella se le antojaban un desperdicio de tiempo que podría estar dedicando a algo útil.

—Yo tenía tu edad y hacía exactamente lo mismo. Y mira dónde he terminado: a punto de jubilarme, sin más compañía habitual que un perro y una mujer que me pone en mi sitio cada dos por tres.

—A mí ese futuro no me suena tan mal, jefe. Peor sería llegar a los sesenta sin haber resuelto nada que mereciera la pena.

Paco sonrió, sin saber muy bien si lo que acababa de escuchar lo enorgullecía o lo entristecía un poco, esa ambigüedad tan propia de ver reflejadas las propias obsesiones en alguien más joven, con toda la vida todavía por delante para decidir si merecía la pena repetir los mismos errores. Se sentó a su lado un momento, en el suelo, algo que no hacía desde hacía años, y estuvo un rato mirando las mismas fotocopias sin decir nada, dejando que el silencio compartido hiciera

su trabajo, antes de mandarla a casa a dormir las horas que buena falta les iban a hacer a los dos.

—Anda, vete ya. Mañana lo retomamos con las fuerzas que da haber dormido algo, que buena falta nos va a hacer si queremos seguir viendo con claridad.

Carmela recogió sus cosas de mala gana, no porque no quisiera obedecer, sino porque una parte de ella sentía que cada hora que no dedicaba al caso era una hora robada a las próximas víctimas, un pensamiento que la perseguía incluso en sueños desde hacía semanas.

Mientras tanto, en un aparcamiento apartado de la plaza de la Feria, en una zona sin apenas iluminación y lejos de las cámaras que sí cubrían las calles principales del barrio, Tomás Verdejo se acercaba por la acera hacia un coche oscuro de cristales tintados, mirando a un lado y otro con el nerviosismo de quien hace algo que sabe perfectamente que no debería estar haciendo, antes de subir al asiento del copiloto con la premura de quien quiere terminar cuanto antes con un trámite desagradable.

—Empezaba a pensar que se había arrepentido, inspector —dijo Lasanta, sin mirarlo, la vista al frente, las manos entrelazadas sobre el regazo con una calma que a Verdejo siempre le resultaba desasosegaste, como si el político estuviera acostumbrado a que el mundo entero girara según su conveniencia.

—No me gusta esto, Lasanta. Si alguien me ve...

—Nadie lo ve. Y si lo vieran, sería usted el que tomó un café con un concejal. Nada del otro mundo —respondió, con un desdén apenas disimulado—. Cuénteme cómo va el caso de su compañero. El que tanto le gusta llevarse todo el mérito.

Verdejo dudó un instante, con la mano todavía en la manija de la puerta, como si una parte de él todavía pudiera bajarse del coche y olvidar todo aquello. Pero la amargura de quien lleva demasiado tiempo tragándose humillaciones pequeñas, día tras día, terminó imponiéndose, y empezó a hablar con esa mezcla de vergüenza y

alivio de quien por fin se quita un peso de encima, aunque sea entregándoselo a la persona equivocada.

—Hay una cartera. Un club de citas. Figueroa cree que está cerca de algo, pero todavía no tiene nombre. Y me acaba de apartar del caso como si yo fuera un cadete, después de once años de servicio.

—Qué pena me da usted, Verdejo. De verdad —dijo Lasanta, con una sonrisa fría que no llegaba a disimular el desprecio de fondo—. Sígame informando y, cuando yo llegue a donde quiero llegar, habrá sitio para alguien que sepa ser leal. Se lo prometo.

Verdejo bajó del coche sin despedirse, con la sensación, que no quería reconocerse a sí mismo mientras caminaba de vuelta hacia su propio vehículo aparcado dos calles más allá, de haber cruzado una línea que ya no tenía fácil vuelta atrás. Se dijo, como tantas otras veces, que aquello era solo información menor, que no perjudicaba de verdad a nadie, que Lasanta y Figueroa tenían sus propias cuentas pendientes en las que él no era más que un espectador casual. Pero muy en el fondo, en ese rincón de la conciencia que todavía no había terminado de silenciar del todo, sabía que se estaba mintiendo.

CAPÍTULO 3

El padre Carlos Aguiar recibió a Paco en la sacristía de San Telmo, entre casullas colgadas y el olor a cera derretida, con la misma cordialidad de siempre, aunque algo en su mirada delataba que ya sabía a qué venía aquella visita.

—Supongo que no has venido a confesarte, Paco —dijo, intentando aligerar con humor un momento que ambos sabían incómodo.

—Necesito que me hables de los arcángeles, Carlos. En serio. Los siete del rito ortodoxo, los tres del católico. ¿Quién elegiría unos y no otros, y por qué?

El párroco se sentó despacio en el banco de madera, cruzando las manos sobre el regazo, y tardó en responder, como si sopesara cada palabra antes de soltarla.

—La tradición católica se quedó con tres por prudencia, no por doctrina cerrada: Miguel, Rafael y Gabriel, los únicos nombrados explícitamente en los textos canónicos. Los otros cuatro, o los otros cinco, según la rama ortodoxa que consultes, vienen de tradiciones apócrifas que Roma nunca quiso legitimar del todo. Quien elige seguir el rito completo está haciendo una declaración: rechaza los límites que la propia Iglesia impuso. Es una forma de decir que sabe más que quienes trazaron esa frontera.

—¿Y tú sabrías decirme quién, en esta ciudad, podría tener ese conocimiento? ¿Alguien que hayas tratado, algún alumno de algún seminario, algún erudito con quien hayas discutido de esto?

El párroco levantó la vista, y por primera vez en toda la conversación, algo parecido al miedo cruzó su rostro habitualmente sereno.

—Sabes que dí clases de historia eclesiástica en la universidad durante años, antes de volver a la parroquia. He tratado con docenas de personas capaces de sostener esa conversación con la misma soltura que yo. No puedo darte un nombre solo porque alguien conozca bien su Biblia, Paco. Eso me convertiría a mí también en sospechoso, y a media facultad de Historia con nosotros.

Paco no dijo nada durante un momento, mirando al hombre que llevaba veinte años siendo, además de amigo, una especie de brújula moral en los peores casos de su carrera. Sabía que aquella misma pregunta, formulada con menos delicadeza por algún periodista o algún mando impaciente, ya empezaba a circular por los pasillos de la comisaría: por qué el párroco de San Telmo sabía tanto de arcángeles y de templarios, por qué Figueroa acudía a él una y otra vez, por qué no figuraba todavía descartado de la lista, aunque fuera solo mentalmente, de cualquiera que pudiera tener motivos para conocer tan bien el ritual del asesino.

—Nadie te está acusando de nada, Carlos.

—Todavía no —respondió el párroco, sin acritud, casi con resignación —. Pero conozco cómo funciona esto. En cuanto alguien necesite un nombre para tranquilizar a la prensa, la erudición deja de ser una virtud y empieza a parecer una coartada.

—Hay algo más, Paco, ya que hablamos de órdenes y de secretos — añadió el párroco, cambiando de tono, más reflexivo que defensivo —. La iglesia de San Francisco de Borja, la de los jesuitas, en la calle Dr. Chil. ¿Sabes que a esa orden la expulsaron de la isla tres veces? Carlos III en 1767, la revolución de La Gloriosa en 1868, y la República en 1932. Tres veces cerraron el colegio, tres veces confiscaron el edificio, y las tres volvieron, como si nada pudiera de verdad sacarlos de esta ciudad. Si yo fuera un hombre obsesionado con linajes que sobreviven en secreto a la persecución, ahí tendría un ejemplo perfecto, documentado, real, delante de las narices de cualquiera que quisiera mirarlo con la lente equivocada.

—¿Me estás diciendo que los jesuitas tienen algo que ver con esto?

—Te estoy diciendo que la historia real de esta isla ya tiene, sin necesidad de inventar nada, suficientes vueltas y sombras como para que cualquier mente enferma encuentre en ella el patrón que está buscando. Los jesuitas no tienen nada que ver, Paco. Pero alguien empeñado en creer que una orden puede sobrevivir tres expulsiones y seguir volviendo, siempre al mismo edificio, siempre a la misma esquina, podría convencerse fácilmente de que otra orden, mucho más antigua, hizo exactamente lo mismo mucho antes, solo que con más discreción todavía.

Días después, cuando la diócesis confirmó sin dudarlo que el padre Carlos había pasado la noche del segundo asesinato en un retiro espiritual en Tenerife, con registro de vuelos, testigos y hasta una homilía grabada en vídeo por la propia parroquia anfitriona, Paco tachó su nombre de la breve lista que había empezado a esbozar en su libreta, más por descarte administrativo que por sospecha real. Sintió, al hacerlo, un alivio que no quiso analizar demasiado: la posibilidad de que el asesino resultara ser alguien tan cercano a él le repugnaba más de lo que estaba dispuesto a admitir en voz alta.

—Descartado —le dijo a Carmela esa misma tarde, mostrándole el informe de la diócesis

—. Pero esto nos deja donde estábamos: alguien que conoce los arcángeles al detalle, que sabe forjar una cruz a mano, y que hasta ahora no ha dejado ni un solo rastro que podamos seguir.

—¿Y si no se detiene en tres, jefe? —preguntó Carmela, mirando la pizarra donde ya empezaban a acumularse fotografías, flechas y fechas sin ninguna relación aparente entre sí.

Paco no respondió enseguida. Se quedó mirando las dos medallas ya identificadas — Miguel, Rafael— y el hueco, todavía vacío, reservado para Gabriel, preguntándose si aquel espacio en blanco terminaría siendo el final de la historia o solo el primero de muchos más.

—Entonces recemos para que se pare en tres —dijo por fin, sin ninguna convicción real en la voz—, y preparémonos para que no lo haga.

*

El terreno de las medianías, todavía sin construir, era apenas un solar de unos ochocientos metros cuadrados con una pequeña caseta de aperos medio derruida y una vista despejada hacia el valle que descendía en terrazas de cultivo abandonadas hasta perderse en una neblina azulada que, a esa hora de la mañana, todavía no había terminado de disiparse del todo. Paco y Elena caminaban entre la maleza —tabaibas, aulagas, alguna tunera dispersa que había colonizado sin permiso las antiguas terrazas de labranza—, ella con unos planos doblados bajo el brazo y él con las manos en los bolsillos, la tregua de los últimos días todavía frágil entre los dos, como una tela recién zurcida que ninguno de los dos se atrevía a tensar demasiado.

—El arquitecto dice que el porche podría ir orientado hacia allá, para el atardecer —explicó ella, desplegando los planos sobre una piedra plana que hacía las veces de mesa improvisada

—. Y aquí, la cocina, con ventana grande para que entre la luz de la mañana. Y este rectángulo de aquí sería tu estudio, si quieres que te lo hagamos con vistas al valle en vez de a la carretera.

Paco asintió, siguiendo con el dedo el trazado del plano, pero su mirada se perdió más allá del valle, hacia algo que no estaba dibujado en ningún papel.

—¿Dónde te has ido, Paco?

—A ningún sitio. Bueno, sí. A mi padre. Llevaba treinta años sin querer hablar de él, y esta semana no consigo sacármelo de la cabeza.

Elena dejó los planos sobre la piedra, sujetos con una cuerdecilla más pequeña para que el viento no se los llevara, y se sentó a su lado en el murete bajo que delimitaba lo que algún día sería el jardín, sin presionarlo, dándole el espacio que necesitaba para

continuar si quería, un silencio que ella había aprendido, a lo largo de diez años, a distinguir del silencio hosco que Paco reservaba para otras cosas.

—Murió de un infarto en su despacho, con un caso a medio resolver sobre la mesa. Yo tenía veintidós años, estaba terminando la carrera. Me llamó un compañero suyo para decírmelo, y todavía recuerdo que lo primero que pensé, antes incluso de asimilar que se había muerto, fue en ese expediente que se quedaría para siempre sin cerrar sobre su mesa. Siempre digo que elegí ser policía por descarte, para que nadie piense que fue por él. Pero la verdad es que quería terminar lo que él no pudo. Y llevo cuarenta años intentándolo, caso tras caso, sin darme cuenta de que nunca se termina del todo, porque siempre hay otro expediente esperando en el cajón de al lado.

—Quizás por eso te cuesta tanto imaginarte aquí, en este terreno, sin nada que resolver — dijo ella, con esa perspicacia suya que a veces a Paco lo desarmaba más que cualquier reproche.

—Puede ser. Pero quiero intentarlo, Elena. Contigo. De verdad que quiero intentarlo.

Ella le apretó la mano, sin decir nada más. No hacía falta. El viento movía la maleza del solar que, dentro de poco, sería su casa, y por primera vez en semanas, a Paco aquel silencio compartido le pareció más una promesa que una amenaza.

Días más tarde, una noche cualquiera, entre semana, sin nada especial que celebrar más allá de estar juntos, Paco intentó arreglar la bisagra de un armario de cocina que llevaba días chirriando en el piso de Elena, destornillador en mano, en mangas de camisa, la corbata todavía puesta aunque ya deshecha, como si no hubiera tenido tiempo ni ganas de terminar de quitársela del todo al llegar. Ella, sentada a la mesa con una copa de vino tinto, lo observaba con una sonrisa que no conseguía disimular del todo la ternura que sentía por aquel hombre incapaz de estarse quieto, incluso en sus escasos ratos de descanso.

—Llevas media hora con esa bisagra, Paco. A este paso resuelves antes el caso de los arcángeles que la puerta de mi armario.

—Dame otro minuto. Con la bisagra tengo más ventaja: al menos aquí sé quién es el culpable.

Elena soltó una carcajada franca, de esas que a Paco todavía le sorprendían por lo poco frecuentes que se habían vuelto en las últimas semanas, tensos como estaban ambos por el peso del caso y por la propia relación, siempre a medio camino entre la costumbre y la duda.

Por fin, con un último giro de destornillador, la puerta del armario dejó de chirriar. Paco se apartó, satisfecho, limpiándose las manos en un trapo de cocina.

—Ya está. Un enigma menos en este mundo.

Elena se levantó y lo abrazó por detrás, apoyando la cabeza en su espalda, notando bajo la camisa el olor mezclado de su colonia y del sudor del día, un olor que, después de diez años, ya formaba parte de lo que ella entendía por hogar, más allá de cualquier dirección postal.

—Ojalá todo lo demás se arreglara con un destornillador y media hora de paciencia.

—Dame tiempo, Elena. Estoy en ello.

*

El club Eros, con las luces rojas reflejadas en los espejos ahumados de la barra, recibía cada noche a su fauna habitual: turistas escandinavos que reían demasiado fuerte para la hora que era, algún oficinista de traje que alargaba la jornada entre copa y copa antes de volver a un hogar que prefería posponer, marineros de permiso que gastaban en una noche lo que habían ganado en una semana de faena, y Charlie Maka controlando desde un extremo de la barra todo lo que de verdad importaba en aquel local, con la

mirada atenta de quien sabe que su puesto depende de que nada se le escape.

—Este puerto lleva quince años dándome de comer sin sobresaltos, Charlie —le dijo Altuza días después, sirviéndose un whisky del mueble bar de su oficina sin ofrecerle uno a su lugarteniente, un pequeño gesto de jerarquía que ambos entendían sin necesidad de palabras, uno de esos rituales silenciosos que en su mundo valían más que cualquier contrato firmado

—. No pienso dejar que un policía a punto de jubilarse me lo estropee en sus últimos días de servicio.

—Descuide, jefe. Yo me encargo de que no se acerque más de la cuenta.

Altuza lo miró por encima del vaso, sin terminar de fiarse del todo de aquella promesa. Llevaba suficientes años en el negocio como para saber que las mejores intenciones de Charlie Maka casi siempre terminaban resolviéndose a golpes, y los golpes, en según qué contextos, atraían mucha más atención de la que espantaban.

Aquella misma mañana, algo más temprano, Paco había ido al terminal de contenedores del puerto de La Luz siguiendo la pista de los horarios de descarga de la noche del asesinato de Molino de Viento, preguntando por un capataz que resultó estar de vacaciones. En vez de encontrarlo, se topó con dos agentes de paisano fotografiando discretamente los movimientos de un contenedor con matrícula de una naviera turca, agachados entre dos filas de contenedores apilados con una discreción que solo alguien acostumbrado a pasar desapercibido podría desplegar en un entorno tan expuesto.

Una de ellas, una mujer atractiva y enérgica, de unos cuarenta y dos años, con la seguridad tranquila de quien manda un equipo desde hace suficientes años como para no necesitar levantar la voz para hacerse respetar, se acercó al ver la placa de Paco colgada del cinturón.

—Inspector... Figueroa, ¿verdad? He oído hablar de usted. Sara Brito, Unidad Central de Patrimonio Histórico.

—No sabía que hubiera una unidad con ese nombre en esta ciudad, y eso que llevo aquí toda la vida.

—Llevamos poco tiempo con sede aquí —explicó ella, guardándose la cámara en una funda discreta al cinto—. Investigamos tráfico de patrimonio histórico y obras de arte a nivel europeo. Este puerto es un cruce de caminos demasiado cómodo para cierta gente, y llevamos meses detrás de un responsable de contenedores, Luis Ruedes, que mira hacia otro lado a cambio de un buen sobre cada vez que entra o sale algo que no debería.

—Yo ando detrás de un asesino que también parece tener querencia por este muelle. Si nuestros caminos se cruzan, dígamelo antes de que nos pisemos los talones el uno al otro.

—Trato hecho, inspector —respondió ella, conteniendo una sonrisa que dejaba entrever una simpatía casi inmediata—. Por experiencia, en este puerto todos los caminos acaban cruzándose antes o después. Es demasiado pequeño para tanto secreto.

Sara Brito llevaba menos de un año al frente de la nueva unidad, un puesto que se había ganado a base de una carrera dedicada casi por completo al expolio arqueológico, empezando por un caso de saqueo en unas cuevas de Gáldar que ningún otro investigador de su generación había querido llevarse. Aquel caso la especializó, casi sin buscarlo, en un terreno que por entonces apenas tenía nombre propio en España, y los años siguientes la llevaron por media Europa en comisión de servicio, hasta que el desmantelamiento de una red de contenedores en aquel mismo puerto, dos años atrás, convirtió a Las Palmas, casi por decreto, en la sede natural de la unidad que ahora dirigía.

Se despidieron con un apretón de manos breve, profesional, del tipo que sella un acuerdo tácito entre dos personas que reconocen en el otro a alguien de fiar sin necesidad de conocerse demasiado. Un grito interrumpió la conversación antes de que Paco llegara a

alejarse del todo: varios agentes de la unidad de Sara y de la Guardia Civil rodeaban un contenedor recién abierto, la puerta metálica chirriando sobre sus goznes oxidados. Dentro, agazapados entre bultos y mercancía, apretados unos contra otros en un espacio que apenas hubiera bastado para la mitad de ellos, una veintena de personas, deshidratadas, aterrorizadas, parpadeando ante la luz repentina como animales sacados de su madriguera, llevaban ya más de dos días de travesía oculta.

Sara se alejó a coordinar el operativo, dando órdenes rápidas y precisas a través de un walkie que llevaba prendido al hombro. Entre el caos de sirenas que empezaban a converger hacia el muelle, un hombre de mediana edad, uniforme de estibador ajado por el uso, ayudaba a repartir agua entre los recién descubiertos con una calma y una dedicación que no le correspondía ni le exigía nadie, arrodillándose junto a una mujer joven que apenas podía sostenerse en pie, hablándole en un tono suave que parecía calmarla más que cualquier protocolo de emergencia.

—No hacía falta que se metiera en esto. No es su trabajo —le dijo Paco, acercándose, con genuina curiosidad más que reproche.

Ibrahima, senegalés, quince años en el puerto, con papeles y contrato fijo desde hacía una década, se encogió de hombros sin dejar de repartir botellas, sin apenas levantar la vista de su tarea.

—Yo llegué a este puerto de la misma manera hace veinte años, inspector. Con más suerte que estos, pero de la misma manera. Ahora tengo casa, papeles y un hijo que estudia enfermería en la Universidad. Lo mínimo que puedo hacer es traerles agua.

Paco lo miró con un respeto silencioso que no necesitó traducir en palabras. Entre tanta mentira, tanto trapicheo y tanta gente que usaba el puerto para lo peor de sí misma, ese hombre repartiendo botellas de agua sin que nadie se lo pidiera le recordó, sin necesidad de discursos, por qué merecía la pena seguir haciendo aquel trabajo, incluso a las puertas de la jubilación, incluso con el cuerpo cada vez más cansado de tantos años de guardias y de malas noches.

*

Un nuevo aviso sacó a Paco de la cama antes del amanecer, el teléfono vibrando sobre la mesilla con esa insistencia que, después de tantos años, ya reconocía de memoria antes incluso de mirar la pantalla. Esta vez el cuerpo no apareció en plena calle, sino a media ladera del barranco de Guiniguada, entre tuneras y cardones que arañaban la ropa de quien se aventurara a subir sin cuidado, como si el asesino hubiera querido, deliberadamente, que costara encontrarlo.

El acceso obligó a los primeros agentes en llegar a dejar los vehículos en la carretera y subir a pie, linternas en mano, abriéndose paso entre la vegetación espinosa mientras el cielo empezaba apenas a clarear por el este. La víctima, más joven que las anteriores, apenas veinte años, según calculó Paco a simple vista antes incluso de que llegara el forense, presentaba las mismas laceraciones en forma de camino sobre la piel que las tres anteriores. Pero había algo nuevo, algo que hizo que a Paco se le encogiera el estómago de un modo distinto al de las otras escenas: junto a la medalla de un arcángel, medio hundido en la tierra suelta, un pequeño canto rodado con un signo tallado a mano, una espiral tosca que a Paco no le decía nada, aunque algo en el fondo de su memoria le insistía en que debería reconocerlo.

Carmela fotografiaba el canto desde varios ángulos, arrodillada junto al cuerpo, mientras un agente de la Policía Científica, en cuclillas un poco más allá, iba marcando con banderitas numeradas cada elemento de interés que encontraba en el terreno reseco: una colilla a tres metros de distancia, casi invisible entre las piedras; una huella de calzado parcial en una franja de barro seco que había sobrevivido, providencialmente, a las últimas lluvias; un hilo de tela enganchado en una tunera cercana que ondeaba levemente con la brisa del amanecer.

—Esto no estaba en las otras escenas, jefe. Un canto con un dibujo grabado —dijo Carmela, incorporándose para enseñarle una de las fotografías en la pantalla de su cámara.

—No. Nuestro amigo ha decidido complicarnos todavía más la vida. Antes solo nos hablaba de arcángeles y templarios. Ahora añade algo más antiguo —respondió Paco, guardándose el canto en una bolsa de pruebas transparente, dándole vueltas mentalmente mientras la sujetaba a contraluz. La espiral le resultaba vagamente familiar, como algo visto de pasada en algún museo escolar durante alguna excursión de la infancia, o en un libro de texto que llevaba décadas sin abrir, pero no conseguía ubicarlo del todo, y esa sensación de tener la respuesta al alcance de la mano sin poder atraparla del todo le resultaba tan frustrante como el propio caso.

En el Instituto Anatómico Forense, ya entrada la mañana, Rodolfo examinó con lupa el pequeño canto tallado, girándolo entre sus dedos regordetes con un cuidado que contrastaba con su habitual desparpajo.

—No soy arqueólogo, Paco, pero esto no lo ha tallado nadie la semana pasada. El desgaste de los bordes es real, no fingido; se nota en cómo la pátina se ha metido en cada surco del grabado, algo que no se consigue ni con ácido ni con paciencia en pocos días. O es una pieza auténtica de verdad, con siglos a sus espaldas, o alguien se ha tomado muchísimas molestias, y muchísimo tiempo, para que lo parezca.

—¿Y la víctima? ¿Algo que se salga de lo habitual, aparte del canto? —preguntó Paco, cruzando los brazos frente a la camilla donde yacía cubierto el cuarto cuerpo.

—Mismo patrón que las otras tres. Laceraciones en forma de camino, asfixia, medalla en la boca. Esta vez las laceraciones son más profundas hacia el final del trazado, como si hubiera tenido prisa por terminar, o como si algo lo hubiera puesto nervioso a mitad del proceso, algo que no encajaba con la meticulosidad de las anteriores. Nuestro amigo es metódico hasta la obsesión, y eso, para

nosotros, es una maldición y una bendición a partes iguales: una maldición porque no comete errores por nervios en la mayoría de los casos, y una bendición porque, tarde o temprano, la propia obsesión termina delatando a cualquiera, por muy inteligente que se crea.

Un mechero encontrado a pocos metros del cuerpo, medio enterrado bajo unas piedras sueltas, llevaba grabadas unas iniciales, C. C., y un testigo, un vecino que paseaba a su perro por la zona alta del barranco casi cada noche, creía haber visto a un hombre de complexión similar a la de Calderín merodeando por allí esa misma madrugada. Fue suficiente, para la Jefatura Provincial, ya presionada desde hacía días por una prensa cada vez más impaciente, para exigir una detención que demostrara, aunque solo fuera de cara a la opinión pública, que el caso avanzaba de verdad.

*

Dos coches patrulla se detuvieron frente al Bar El Cherne al filo del mediodía, cuando el local todavía tenía media docena de parroquianos apurando sus cañas antes de volver al puerto. Calderín, que llevaba apoyado en la barra desde primera hora, palideció al reconocer entre los agentes al mismo que semanas atrás le había tomado declaración por la cartera perdida.

—Carmelo Calderín Hernández, queda detenido como investigado por el asesinato de Marta Domínguez —anunció el agente al mando, con la voz neutra de quien ha repetido esa misma frase demasiadas veces como para que le tiemble ya—. Tiene derecho a guardar silencio y a un abogado de oficio si no puede costearse uno propio.

—¡Esto es un error, se lo juro! —gritó Calderín, mientras dos agentes lo sujetaban por los brazos entre el silencio repentino del bar—. ¡Yo no he matado a nadie! ¡Pregúntenle a mi madre, pregúntenle a quien haga falta!

Su madre, alertada por un vecino que salió corriendo del bar, llegó apenas unos minutos después, ya con la detención consumada y el

coche a punto de arrancar, golpeando la ventanilla con las palmas de las manos mientras gritaba el nombre de su hijo entre lágrimas, hasta que un agente, con más paciencia que autoridad, consiguió apartarla con suavidad de la calzada.

El abogado de oficio, un hombre joven de gestos rápidos y camisa arrugada que llevaba media vida defendiendo casos que nadie más quería, se presentó en comisaría antes incluso de que terminaran de tomarle las huellas a su nuevo cliente.

—Inspector, con todo respeto, lo que tienen es un mechero con dos iniciales que coinciden con medio barrio de La Isleta y la palabra de un testigo que pasea de noche y que, según consta en su propia declaración, ni siquiera llevaba las gafas puestas cuando dice haber visto a mi cliente —planteó, plantado en el pasillo antes de que Paco pudiera siquiera llegar a la sala de interrogatorios—. Exijo conocer qué más tienen, porque con esto no van a sostener una detención ni cuarenta y ocho horas delante de un juez, y usted lo sabe tan bien como yo.

—Tiene razón en parte, letrado —admitió Paco, sin perder la compostura, aunque el propio cansancio de la frase delatara que compartía buena parte de esa misma duda—. Pero la orden no ha salido de mi despacho, y hasta que no la revoque quien la ha firmado, su cliente sigue aquí. Le prometo que no va a pasar ni una hora más de la estrictamente necesaria.

—Eso espero, inspector. Porque si mañana a esta hora sigue aquí sin cargos formales que se sostengan, la próxima llamada que haga será a un juez de guardia, no a usted.

*

Carmelo Calderín, esposado, se sentó frente a una mesa metálica en la sala de interrogatorios, bajo la luz blanca y sin sombras de los fluorescentes que zumbaban suavemente sobre su cabeza, mirando a Paco con una mezcla de miedo y absoluta incredulidad que no

necesitaba ningún manual de psicología para reconocerse como genuina.

—Inspector, se lo juro por mi madre. Yo esa noche estaba durmiendo. Ya le devolví hasta las gracias por lo de la cartera, ¿por qué iba a hacer yo algo así?

—Yo tampoco creo que fuera usted, Carmelo —respondió Paco, sin acritud, casi disculpándose, sentado al otro lado de la mesa con las manos entrelazadas—. Pero hay gente por encima de mí que necesita un nombre para calmar a la prensa, y el suyo es el único que tienen a mano en este momento.

Carmela entró en ese instante, con una carpeta bajo el brazo y la respiración todavía agitada de haber subido corriendo las escaleras en vez de esperar el ascensor.

—Jefe, tenemos las cámaras del bar de la esquina. Calderín aparece comprando tabaco a la hora exacta en que, según el testigo, estaba en el barranco. Es imposible que sea él.

El abogado, que había conseguido colarse de nuevo en el pasillo y escuchaba junto a la puerta entreabierta, no esperó a que nadie le diera la palabra.

—Entonces exijo la puesta en libertad inmediata, inspector, y una constancia por escrito de que la detención se basó en indicios que ya tenían delante y no comprobaron antes de esposarlo delante de medio barrio. Como no vea a mi cliente fuera de esta sala en menos de una hora, mañana esto lo lee un juez de instrucción, y no como parte interesada precisamente.

Paco cerró los ojos un instante, aliviado y furioso al mismo tiempo por haber tenido que llegar hasta ahí, por haber tenido que someter a un hombre inocente a horas de calabozo solo para satisfacer la impaciencia de unos superiores que no pisaban la calle desde hacía años.

—Suéltenlo. Ahora mismo. Y que alguien le pida disculpas en condiciones, no un mero papel de puesta en libertad firmado sin

mirarlo a la cara.

Carmelo, todavía aturdido, se frotó las muñecas al quitarle las esposas, mirando alternativamente a Paco y a Carmela como quien no termina de creerse que la pesadilla haya terminado tan de repente como empezó.

—¿Y ahora qué hago yo con todo esto, inspector? En el barrio ya dicen que soy sospechoso de asesinato. Mi madre no ha dormido en dos noches.

—Ahora, nada. Ahora esto lo arreglamos nosotros. Y le prometo una cosa: cuando atrapemos al que de verdad hizo esto, en el barrio se van a enterar bien de quién es usted.

Un par de días después, con el eco de la detención todavía flotando en el aire de La Isleta como una nube que se resistía a disiparse, Paco fue a buscar a Matías, viejo amigo suyo de toda la vida e isleteño de nacimiento, para pedirle que le echara una mano leyendo el ambiente del barrio tras la detención de Calderín, algo que un inspector de fuera jamás conseguiría calibrar igual de bien.

—Vamos a tomar algo al Cherne, Paco, que además así de paso saludamos a unos cuantos y ves con tus propios ojos cómo está el patio —propuso Matías, ya camino de la puerta con la confianza de quien conoce cada esquina de aquel barrio desde niño.

Nada más entrar, Matías reconoció a Calderín apoyado en la barra, un cigarro sin encender entre los dedos, y le hizo a Paco una seña discreta con la cabeza antes de acercarse él primero, dándole a su amigo un momento para prepararse.

—Carmelo, hijo, cuánto tiempo. Siéntate un momento con nosotros, que aquí el inspector querría cambiar contigo un par de palabras, si tú estás dispuesto —dijo Matías, con ese tono suyo que conseguía que hasta las peticiones más delicadas sonaran como un favor entre vecinos.

Calderín, todavía con la mirada de quien no ha terminado de digerir del todo la humillación de la detención pública, dudó un instante

antes de acercarse, aunque el gesto amable de Matías pareció desarmar buena parte de la reticencia inicial.

—Inspector. Le debo una disculpa por cómo pensé mal de usted esos días en el calabozo, aunque ya sé que la culpa no fue suya.

—La disculpa se la debo yo a usted, Carmelo. Y no se preocupe, que ya se corrió la voz en el barrio de que quedó libre sin cargos, y de que fue un error de otros, no una decisión mía.

Matías, con la delicadeza de quien sabe exactamente cuándo sobra en una conversación, se apartó hacia la barra a pedir tres cervezas, dejándoles el espacio justo para hablar sin que pareciera un interrogatorio.

Calderín, dudando un instante, dio un par de pasos más hacia Paco, bajando la voz aunque no había nadie a menos de diez metros que pudiera oírlos.

—Desde que me soltaron no dejo de darle vueltas a esa noche en Molino de Viento. Y hay algo que no le conté al otro inspector, porque no le di importancia en su momento. Un hombre de gafas finas, bien vestido, muy fuera de lugar para la zona, estuvo bebiendo solo cerca de nuestra mesa un buen rato antes de que yo perdiera la cartera. No hablaba con nadie, solo miraba, como si estuviera estudiando el ambiente. Ahora que lo pienso, se marchó justo antes que nosotros, casi al mismo tiempo.

Paco se quedó muy quieto, encajando esa pieza con las demás que llevaba semanas intentando ordenar sin éxito, sintiendo ese cosquilleo particular, casi físico, que solo experimentaba cuando una investigación por fin empezaba a moverse en la dirección correcta.

—Gracias, Carmelo. De verdad. Puede que acabe de ayudarme más de lo que imagina.

CAPÍTULO 4

El mensaje llegó a media tarde, desde un número desconocido que Paco tardó un segundo en asociar con la tarjeta que había entregado semanas atrás: «Inspector, soy Thais, del Eros. El de las gafas finas volvió anoche. Llámeme cuando pueda».

El local, vacío a esa hora, con las sillas todavía sobre las mesas y el suelo recién fregado exhalando un olor a lejía que se mezclaba de forma extraña con el perfume dulzón que impregnaba las cortinas, recibió a Paco y a Carmela con Thais esperándolos con un cigarrillo a medio fumar en la mano, apoyada en la barra, la primera vez que se la veía sin el uniforme de camarera, vestida con unos vaqueros y una camiseta sencilla que la hacían parecer, de repente, una persona completamente distinta a la que atendía copas cada noche.

—Pagó con tarjeta, por una vez. Suele traer efectivo, pero anoche no le llegaba —explicó ella, dando una calada antes de continuar—. Apunté el nombre que salió en el datáfono antes de que el gerente me llamara la atención por curiosear demasiado en la caja registradora. Emilio Melián. Y algo más, inspector: le pregunté, como quien no quiere la cosa, a qué se dedicaba. Me dijo que era profesor. De Historia, en la universidad.

Paco desdobló el papelito que ella le tendía, leyó el nombre completo escrito con una caligrafía apresurada. Algo en su interior se asentó, como una pieza de rompecabezas que por fin encajaba en su sitio después de días de forzarla contra huecos equivocados.

—Se lo agradezco de veras, Thais. Esto es mucho más de lo que esperaba.

—No me lo agradezca todavía —dijo ella, apagando el cigarrillo contra el borde de un cenicero de cristal—. Si de verdad es quien

creo que están buscando, prefiero que no vuelva a este local nunca más. Y si necesita que alguien le traduzca algo raro que encuentre en su despacho, ya sabe dónde sirvo copas.

Esa misma noche, al salir a fumar su descanso de las once, como hacía cada noche desde que trabajaba allí, un ritual tan mecánico como cualquier otro, Thais encontró a un gorila del club distinto al de la entrada, un hombre corpulento que no reconoció del turno habitual, esperándola apoyado en la pared del callejón trasero, los brazos cruzados sobre un pecho que parecía a punto de reventar la tela de la camiseta.

—El jefe pregunta con quién hablabas ayer por la tarde, con el local cerrado. Dice que te vio salir con dos policías.

—Vinieron a preguntar por un cliente que perdió una cartera —contestó ella, sin alterarse, dando una calada con una calma que le costaba mantener por dentro—. Nada que le importe al jefe.

—Aquí a nadie le importa nada, hasta que de repente le importa todo —dijo el hombre, sin moverse de la pared, la voz baja pero cargada de una amenaza que no necesitaba subir de volumen para hacerse entender—. Cuidadito con lo que cuentas y a quién, Thais. Este es un trabajo tranquilo mientras nadie hable de más.

Se marchó de vuelta al local sin esperar respuesta, dejándola sola en el callejón. Thais apagó el cigarro contra la suela del zapato, con más fuerza de la necesaria, y se quedó mirando la puerta trasera por la que acababa de desaparecer el gorila, sopesando por primera vez en dos años si merecía la pena seguir trabajando en un sitio donde hasta respirar tranquila empezaba a costar caro, un pensamiento que la acompañó, incómodo, durante el resto de su turno.

*

Paco caminaba hacia su Volvo, aparcado en la zona de descarga reservada a vehículos oficiales, tras una visita rutinaria al puerto

para hablar con un capataz sobre los horarios de descarga la noche del asesinato de Molino de Viento, cuando, de entre dos contenedores apilados que proyectaban una sombra alargada bajo las farolas del muelle, surgieron dos hombres de complexión notable que le cortaron el paso sin previo aviso.

—El jefe manda un recado, inspector. Deje de rondar el club y el puerto. Aquí no hay nada suyo.

Paco, sin alterarse, aunque el pulso se le había acelerado de golpe, dejó caer las llaves del coche en el bolsillo con calma deliberada, calculando distancias y ángulos con la frialdad de quien ha estado antes en situaciones parecidas.

—Díganle a su jefe que yo no busco lo suyo. Busco a un asesino. Si él no tiene nada que ver, no tiene nada que temer.

El primer hombre lo empujó contra el contenedor con una fuerza que le sacó el aire de los pulmones. Paco esquivó el puñetazo que siguió, girando el cuerpo por puro instinto, entrenado por años de calle que el cuerpo no había olvidado del todo pese a la edad, pero el segundo lo golpeó por la espalda, un golpe seco y bien colocado que lo hizo caer de rodillas sobre el asfalto húmedo. Un tercer golpe en las costillas le arrancó un gemido seco que no pudo contener. Bajo la camisa rasgada asomó, apenas visible en la penumbra, una vieja cicatriz junto al costado, una línea blanquecina que llevaba ocho años sin volver a sangrar.

Un viejo Seat Panda frenó en seco a pocos metros, los neumáticos chirriando contra el asfalto. Matías salió con una llave inglesa en la mano y una calma que asustaba más que cualquier grito, avanzando hacia los dos hombres sin la más mínima vacilación en el paso.

—Con dos contra uno hasta un gato sabe pelear. Prueben conmigo.

En segundos redujo al primero con una llave de las que aprendió en las COES más de treinta años atrás, un movimiento tan preciso que parecía coreografiado. El segundo, viendo el desenlace, huyó entre los contenedores sin mirar atrás. Matías ayudó a levantarse a su amigo, sujetándolo por el brazo bueno.

—Ocho años y todavía te duele en el mismo sitio, ¿verdad?

—Rebeca Tejada me dejó este recuerdo antes de que la encontráramos muerta —dijo Paco, dolorido, casi riendo entre el dolor—. Nunca até ese cabo. Y ahora vuelve a picarme, cada vez que alguien me recuerda que sigo sin resolverlo del todo.

—Pues a lo mejor este es el caso que te lo cierra, Paco. Los dos casos a la vez.

En el centro de salud, con la sala de curas iluminada por tubos fluorescentes que zumbaban de fondo, mientras una enfermera terminaba de vendarle las costillas con manos rápidas y expertas, el médico de guardia revisó las radiografías en la pantalla del ordenador, entornando los ojos.

—No hay fractura, por suerte. Solo una contusión importante y esta cicatriz antigua que se le ha vuelto a abrir un poco por el golpe. ¿Cuánto tiempo lleva con ella?

—Ocho años. Y por lo visto, todavía no ha terminado de cicatrizar del todo.

El médico lo miró un instante, intuyendo que había una historia detrás de esa frase que no le correspondía preguntar, y volvió su atención a las radiografías sin insistir.

—Reposo esta noche, inspector. Mañana ya hará usted lo que quiera, como todos los de su gremio.

Paco se abrochó la camisa despacio, con cuidado de no forzar el vendaje que le ceñía el torso, y salió hacia la sala de espera, donde Elena llevaba ya más de una hora aguardando noticias, el bolso apretado contra el regazo, la mirada fija en la puerta que se abría cada pocos minutos sin que fuera nunca la suya.

Al día siguiente, en la oficina de Importaciones Altuza, el empresario golpeó la mesa con la palma abierta, furioso como pocas veces se le había visto en años.

—¡Te dije que lo vigilaras, no que le partieras las costillas en mi propio puerto, delante de las cámaras de medio mundo! Ahora tengo a la Policía Nacional, a esa unidad rara de patrimonio y a saber cuántos periodistas mirando hacia aquí con lupa.

—Jefe, solo queríamos asustarlo un poco. Que se alejara del club —se disculpó Maka, sin apenas levantar la vista del suelo.

—Pues lo que has conseguido es justo lo contrario. A partir de ahora, nadie se acerca a ese inspector. Nadie. Y como vuelva a saber de otra estupidez de las tuyas, te vas a enterar tú de lo que es que te asusten de verdad.

Maka asintió, tragándose el orgullo, y salió del despacho con el gesto contraído de quien acaba de descubrir que su jefe le teme más al escándalo que le tiene lealtad a él.

*

Los flashes y los micrófonos volvieron a llenar la sala de prensa de la comisaría, un hervidero de voces y focos que Paco detestaba con toda su alma. Fernández, incómoda tras el atril improvisado, intentaba contener a los periodistas con respuestas medidas. Entre ellos, en primera fila, Manuel Lasanta sonreía con un dossier bajo el brazo, disfrutando visiblemente del momento.

—¿Es cierto que el inspector Figueroa fue agredido anoche en el puerto sin que hubiera ninguna detención? —preguntó un periodista de una cadena local.

—No vamos a entrar en detalles del incidente mientras se investiga —respondió Fernández, con la voz firme aunque el cansancio se le notara en las ojeras.

Lasanta se levantó, alzando la voz sin que nadie le diera el turno, disfrutando del efecto teatral de la interrupción.

—Cuatro muertas, un inspector agredido en plena calle y, según tengo entendido, con un pie ya fuera de la comisaría por jubilación.

Esta ciudad merece algo mejor que un caso encomendado a quien está contando los días para marcharse.

Desde el pasillo, a través del cristal esmerilado que separaba la sala de prensa del resto de la planta, Verdejo observaba cómo Fernández encajaba las preguntas envenenadas de Lasanta sin perder la compostura. Algo en su propia expresión se torció, un malestar que no supo nombrar del todo: no era la satisfacción que esperaba sentir al ver a su comisaria contra las cuerdas. Se acercó a la puerta del despacho de Fernández, levantó la mano para llamar, y la dejó suspendida en el aire un largo instante. Por la puerta entreabierta, vio a Carmela ordenando expedientes del caso con una dedicación que él nunca había tenido para nada en once años de servicio. Bajó la mano sin llamar. Se alejó por el pasillo con paso rápido, como si huyera de sí mismo, sin que nadie más que él supiera lo cerca que había estado, esa vez, de hacer lo correcto.

Apenas salió Paco del despacho de la comisaria tras un breve resumen del estado del caso, el teléfono de Fernández volvió a sonar. En la pantalla, un nombre que ya empezaba a resultarle tan familiar como odioso: comisario provincial Betancor. Descolgó, poniendo el manos libres sin que se lo pidieran.

—Inés, llevo toda la mañana con el concejal Lasanta al teléfono. Cuatro muertas, un caso mediático, y un inspector que se jubila en menos de una semana al frente de todo. ¿Me quieres explicar por qué sigo sin un solo nombre sobre mi mesa?

—Porque Figueroa está más cerca que nadie que haya tocado este caso, comisario. Y porque un nombre mal dado en rueda de prensa hoy nos puede costar la condena mañana.

—Tienes hasta que Figueroa entregue la placa. Ni un día más, Inés. Después, el caso pasa a otro nombre, y no me hagas decirte cuál, porque ya lo sabes.

Colgó sin despedirse. Fernández se quedó mirando el teléfono en silencio, con la misma sensación de siempre: la de estar sola entre dos fuegos, el de la calle y el del despacho de arriba, ninguno de los

dos especialmente interesado en la verdad más allá de sus propias conveniencias.

—Ya lo has oído, Paco —le dijo cuando lo hizo pasar de nuevo—. Tres días. Después, el caso es de otro.

—Dame los tres días. No necesito más.

*

Sara Brito nació en Las Palmas de Gran Canaria cuarenta y dos años atrás, en el barrio de Schamann. Hija de un policía nacional y de una profesora de instituto, creció entre el respeto por la ley que le inculcó su padre y la curiosidad insaciable por el pasado que heredó de su madre, una combinación que terminaría definiendo toda su carrera profesional de un modo que ella misma, de joven, jamás hubiera imaginado.

Estudió Criminología en Madrid, donde se especializó, casi por azar, en un seminario optativo sobre delitos contra el patrimonio histórico que terminó marcando el resto de su trayectoria. Le fascinaba la idea de que el crimen pudiera cometerse no contra una persona, sino contra la memoria colectiva de un pueblo entero, contra un pasado que, una vez robado o destruido, no había forma humana de restituir del todo, por mucho dinero o mucha justicia que se aplicara después. Ingresó en el cuerpo con la vocación clara de dedicarse a ese ámbito tan poco glamuroso como necesario, y tras años de trabajo discreto en distintas unidades europeas, participó en la operación que desmanteló una importante red mafiosa que comerciaba con obras de arte robadas en Oriente Medio, enviándolas a Europa a través de contenedores del puerto de Las Palmas.

El éxito de aquella operación, que le costó casi dos años de vida y una relación sentimental que no sobrevivió a tantas ausencias, le valió el reconocimiento de sus superiores y, con él, la posibilidad de elegir destino para la nueva unidad que se estaba gestando a nivel

europeo: la Unit Historica Hereditatem Domini, conocida por el acrónimo con el que pronto empezaría a familiarizarse media Europa, UHEDO. Eligió su ciudad natal como sede sin dudarlo un instante, en parte por cercanía familiar, en parte porque sabía, mejor que nadie, que el puerto de Las Palmas seguía siendo un punto ciego demasiado tentador para las mafias internacionales.

Dirigía su equipo con una mezcla de firmeza y calidez que generaba una lealtad poco habitual entre subordinados acostumbrados a jefes más distantes. Anke Müller, su mano derecha desde los primeros años, alemana de Múnich, encontraba soluciones donde Sara veía un callejón sin salida; Ingrid Asland, la noruega de mirada curiosa tras sus gafas de pasta, era capaz de resolver cualquier duda histórica sin apenas pestañear; Jesús Rojas, español, duro y perseverante, aportaba la experiencia de calle que a veces faltaba entre tanto archivo y tanta pieza de museo.

Amante de la naturaleza, solía perderse los fines de semana por los senderos del centro de la isla, caminando durante horas sin más compañía que sus propios pensamientos, una costumbre que sus compañeros respetaban sin llegar a comprender del todo, acostumbrados como estaban a que ella dedicara la práctica totalidad de su tiempo libre a esos paseos solitarios que, según decía, la ayudaban a pensar mejor que cualquier informe sobre su mesa.

Cuando se cruzó con Paco Figueroa aquella mañana en la terminal de contenedores, no pudo evitar reconocer en él algo de su propio padre: esa entrega silenciosa al trabajo bien hecho, sin necesidad de reconocimiento externo, esa tozudez tranquila que tan pocas veces se encontraba ya en un cuerpo cada vez más burocratizado. No podía saber entonces cuánto llegarían a necesitarse el uno al otro antes de que terminara aquel caso.

*

En la oficina discreta de la Unidad Central de Patrimonio Histórico, sin cartel en la puerta que la delatara desde la calle, con mapas y fotografías de piezas arqueológicas cubriendo las paredes de arriba abajo, Paco entró siguiendo a Sara Brito. Al fondo, Ingrid Asland revisaba fichas en un ordenador, rodeada de libros apilados en un equilibrio precario, sin apenas levantar la vista al oír la puerta.

—Le debo una por lo de las cámaras del puerto —dijo Paco, sentándose sin esperar a que se lo ofrecieran—. Un nombre. Emilio Melián. Profesor de Historia en la ULPGC. ¿Le suena de algo a su unidad?

Sara cruzó una mirada con Ingrid, que dejó de teclear de golpe, los dedos suspendidos sobre el teclado.

—Melián. Sí —confirmó Ingrid, girándose en la silla—. Lleva casi dos años en nuestra lista de posibles donantes o préstamos irregulares a pequeños museos de la isla. Piezas aborígenes que desaparecen de fondos de reserva, casi siempre en museos con poco personal y presupuestos ridículos, y que reaparecen meses después en colecciones privadas, ya sin ningún tipo de registro que permita reclamarlas.

—Nunca hemos tenido pruebas suficientes contra él —añadió Sara—. Es cuidadoso, y siempre hay un intermediario de por medio que se lleva la culpa si algo sale mal. ¿Por qué lo pregunta, inspector? ¿Qué tiene que ver un profesor de universidad con su caso?

—Que ese profesor de universidad puede ser el hombre que llevo semanas buscando — respondió Paco, muy serio, sin ninguna teatralidad en la voz—. Y si tiene razón con lo de las piezas robadas, puede que ustedes y yo hayamos estado investigando al mismo monstruo sin saberlo, cada uno desde su lado del expediente.

El silencio que siguió a esa frase se prolongó más de lo habitual, cada uno de los presentes reordenando mentalmente meses de trabajo bajo una luz completamente distinta.

Con una orden urgente conseguida gracias a la presión combinada de Fernández y de la propia Sara Brito, que movió sus propios

contactos judiciales sin apenas dudarlo, Paco, Carmela y dos técnicos de UHEDO registraron, esa misma noche, un trastero alquilado a nombre de Melián en el barrio de Schamann, lejos de su domicilio oficial, en una nave de almacenamiento que ni siquiera sus colegas de la facultad conocían.

Estanterías metálicas llenas de piezas envueltas en papel de periódico ocupaban las paredes de arriba a abajo: ídolos de barro, fragmentos de cerámica pintada, un pequeño gánigo con restos de ocre rojo todavía visibles en su interior. Cada pieza, numerada a mano con un código que no correspondía a ningún catálogo oficial, ordenada con la misma meticulosidad obsesiva que sus árboles genealógicos.

—Esta pieza desapareció del Museo Canario hace catorce meses. La dieron por extraviada en un traslado de fondos —dijo Ingrid, levantando con cuidado uno de los ídolos y comparándolo con una fotografía en su tablet, el gesto tan preciso como el de un cirujano —. Aquí está, sin un rasguño.

Al fondo del trastero, sobre una mesa cubierta con un paño oscuro que alguien había colocado con un cuidado casi litúrgico, Carmela descubrió el verdadero corazón del lugar: un árbol genealógico dibujado a mano, muchísimo más extenso que el del despacho universitario, cubierto de anotaciones en tinta roja, y ocho fotografías clavadas con chinchetas alrededor de sus ramas más recientes. Cuatro de ellas, tachadas con una cruz roja.

—Dios mío. Ya tenía elegidas a las ocho, jefe.

Paco se acercó despacio, casi sin querer mirar. La quinta fotografía, sin tachar todavía, mostraba a una mujer joven tomada con teleobjetivo, saliendo de un portal que Paco reconoció enseguida: la puerta trasera del club Eros.

—Es Thais —dijo, la voz helada, algo que Carmela no le había oído en semanas de trabajo juntos.

De vuelta en el santuario, ya de madrugada, con las fotografías del trastero reveladas y ampliadas sobre la mesa, Paco y Carmela

intentaron identificar a las tres mujeres cuyas fotografías todavía no aparecían tachadas.

—Esta la reconozco. Trabaja en la biblioteca de la ULPGC. Y esta otra... creo que es una de las guías del Museo Canario —dijo Carmela, señalando cada rostro con el dedo.

—Avisa a las dos ahora mismo. Que las lleven a un lugar seguro esta misma noche, sin explicaciones que las asusten más de la cuenta, solo protección discreta hasta que sepamos con certeza a qué nos enfrentamos.

Todo aquello — el árbol genealógico, las fotografías, las piezas robadas — bastaba de sobra para encerrar a Melián por expolio de patrimonio histórico durante años. Lo que no acababa de convencer del todo a Paco, por mucho que las evidencias parecieran gritarlo, era que un solo hombre pudiera sostener dos obsesiones tan distintas a la vez: la codicia fría del coleccionista clandestino y la violencia ritual, casi litúrgica, de los asesinatos. Eran, pensó, dos formas de crueldad que rara vez convivían en la misma cabeza.

Carmela ya marcaba el primer número mientras Paco seguía mirando la tercera fotografía, la de Thais, sin tachar todavía, con una angustia que no consiguió disimular del todo pese a todos sus años de oficio.

—A esta la protejo yo mismo, si hace falta —dijo para sí, ya marcando su propio teléfono.

CAPÍTULO 5

Aquella misma madrugada, con el local ya cerrado, las sillas puestas sobre las mesas y el olor a desinfectante todavía flotando en el aire tras la limpieza nocturna, Paco fue en persona al club Eros a agradecerle a Thais la ayuda que iba a pedirle y encontró, sin buscarla del todo, una excusa para quedarse un rato más de lo estrictamente necesario, sentado en un taburete de la barra vacía mientras ella terminaba de recoger.

—¿Cómo termina alguien con su formación sirviendo copas en un sitio como este, si no le importa que se lo pregunte?

—Estudié Filología Inglesa y Alemana. Trabajé ocho años como traductora jurada, buena vida, buenos clientes —respondió ella, sirviéndose un vaso de agua, sin amargura en la voz, con la calma de quien ya ha hecho las paces con su propia historia—. Y entonces llegó la Inteligencia Artificial y, en menos de un año, el noventa por ciento de mis encargos habituales desaparecieron. Empresas que antes me pagaban por traducir contratos empezaron a usar programas gratuitos, y lo que antes me llevaba una semana de trabajo cuidadoso, ahora lo hacen en segundos, aunque lo hagan peor, aunque pierdan matices que a mí me llevaba años aprender a distinguir.

—Lo siento. No imaginaba que fuera tan dramática la situación.

—Nadie lo imaginaba, hasta que nos tocó. Aquí, al menos, la propina la decide el cliente, no un algoritmo —dijo ella, con una sonrisa cansada que no llegaba a ser del todo triste.

Paco le envió esa misma noche, ya desde su propio móvil, las fotografías que habían tomado discretamente del corcho de Melián en su despacho universitario, antes de que el registro formal del

trastero les diera acceso a todo lo demás. Pensó que las habilidades de Thais con los idiomas, los lenguajes y la comunicación podría serle de gran ayuda en su investigación. No se equivocaba, aunque no del todo en la dirección que él mismo esperaba.

Minutos después, mientras conducía de vuelta hacia la comisaría, el teléfono sonó de nuevo.

—Inspector, hay algo raro en todo esto —dijo Thais, la voz tensa al otro lado de la línea, muy distinta a la calma con la que solía atender a los clientes del club—. El árbol genealógico y las anotaciones sobre templarios que me pasó, los he cruzado con un manuscrito distinto que circula desde hace meses, sin firma, entre foros de historia local muy minoritarios. Habla de lo mismo, casi con las mismas palabras: la huida de 1312, la mezcla con los aborígenes, la sangre que sigue corriendo en secreto. Pero la letra del manuscrito original no coincide con la de las anotaciones de Melián, inspector. Es una letra distinta. Alguien más conoce esta misma teoría, con el mismo detalle, quizás incluso antes que él.

—¿Está segura de eso, Thais?

—Tan segura como puede estarlo alguien comparando trazos a las tres de la madrugada, inspector. Pero hay una fecha subrayada en el manuscrito original, con tinta distinta, como si la hubieran vuelto a marcar cada pocos días: la luna llena de este mes. Faltan tres días.

Paco detuvo el coche en el arcén, el corazón latiéndole con fuerza contra el pecho ya magullado.

—Tres días. Está bien, Thais. Necesito que me mande ahora mismo una fotografía de esa página, con la fecha marcada. Y le prometo una cosa: en cuanto esto termine, va a poder elegir el trabajo que quiera, sin necesidad de volver a servir una copa más en su vida si no le apetece.

—Cójalo primero, inspector. Ya hablaremos de mi futuro después.

*

Una llamada anónima, recibida esa misma tarde en la centralita y descartada al principio como una broma más de las muchas que el caso ya había atraído, terminó de encajar la pieza que le faltaba a Paco: un hombre, sin identificarse, aseguraba haber visto a Ezequiel Bethencourt, profesor también de la ULPGC y viejo rival académico de Melián, merodear de noche por los accesos al barranco de Guayadeque en más de una ocasión durante las últimas semanas.

Fernández reunió en tiempo récord a una decena de agentes en la sala de operaciones, un mapa de Guayadeque proyectado en la pared con las principales entradas a las cuevas marcadas en rojo. Paco, con la fecha del manuscrito subrayada en su propia libreta, expuso la situación sin rodeos, la voz firme pese al cansancio acumulado de tantas noches sin dormir bien.

—No tenemos ni una sola prueba sólida contra Bethencourt, más allá de un soplo anónimo y de una rivalidad académica que lleva años enconada. Pero la fecha marcada en ese manuscrito es esta misma noche, con la luna llena, y no pienso quedarme de brazos cruzados por no tener el nombre del todo confirmado. Si hay una quinta víctima elegida, cada hora que perdamos es una hora menos para encontrarla con vida.

—Guardia Civil nos presta dos unidades de apoyo para el barranco, dado el terreno — informó Fernández, señalando el mapa—. Pero la entrada a la cueva es estrecha, según los planos del parque natural. No podemos mandar a diez personas de golpe sin que se note desde lejos, y si hay alguien dentro y nos oye llegar, no sabemos qué es capaz de hacer antes de que lleguemos hasta él.

—Entramos Carmela, Matías y yo primero, con sigilo. El resto se queda de cobertura en la ladera y en la carretera de acceso, listos para entrar en cuanto demos la señal.—Paco, en cuatro días entregas la placa —dudó Fernández, con genuina preocupación asomando a su voz habitualmente firme—. No hace falta que seas tú el que entre primero. Podemos mandar a un equipo especializado.

—Precisamente por eso, Fernández. Si algo sale mal esta noche, prefiero que sea a mí a quien le salga mal, no a ninguno de los que se quedan aquí trabajando mañana, con familias y años por delante en el cuerpo.

Fernández sostuvo su mirada un instante, calibrando la determinación de un hombre que llevaba cuarenta años tomando ese tipo de decisiones, y terminó asintiendo, aunque la preocupación no desapareció de su rostro ni por un segundo.

Carmela, en un rincón de la sala, revisaba su arma con manos que no terminaban de estar del todo firmes, aunque nadie más que ella pareciera notarlo. Era su primer operativo de verdadero riesgo desde que salió de la academia, y por mucho que hubiera imaginado un momento así durante los años de formación, la realidad, con el peso frío de la pistola en la mano y la certeza de que aquella noche podría no salir todo bien, resultaba mucho más abrumadora que cualquier simulacro.

*

El Volvo de Paco subió la carretera del barranco a toda velocidad, los faros iluminando apenas un par de metros de asfalto sinuoso antes de que la oscuridad volviera a tragárselo todo. Carmela llamaba por radio pidiendo refuerzos, la voz tensa pero controlada, mientras Matías, en un tercer coche que los seguía de cerca, un Seat Panda que había visto tiempos mejores, se negaba a quedarse atrás por mucho que Paco hubiera insistido en que aquello no era asunto suyo.

En una gasolinera de paso, ya en las afueras de Agüimes, habían recogido a Thais, que insistió en acompañarlos pese a las reticencias iniciales de Paco: si aparecía algo más escrito en la cueva, algún fragmento de texto que necesitara traducción inmediata, alguien tenía que poder leerlo sobre la marcha, sin esperar a que un experto llegara desde la capital con las prisas del caso.

Mientras tanto, en su piso de la plaza de la Feria, Elena, sentada en el sofá, el televisor encendido sin volumen porque no soportaba el ruido de fondo pero tampoco el silencio absoluto, el teléfono en la mano, revisaba por enésima vez que tenía cobertura, como si el simple gesto pudiera de algún modo acelerar la llamada que estaba esperando. Frankie, que se había quedado con ella esa noche porque Paco no había querido dejarlo solo en el piso, apoyaba la cabeza en su regazo, inquieto, gimoteando de vez en cuando como si notara, a su manera animal, la tensión que impregnaba el ambiente.

Marcó el número de Paco. Comunica. Volvió a intentarlo un minuto después. Comunica de nuevo. Dejó el teléfono sobre la mesa y se llevó las manos a la cara un momento, respirando hondo, antes de recomponerse y acariciar a Frankie con una calma que no sentía en absoluto por dentro.

—Un mes, Paco —susurró, más para sí misma que para el perro, la voz quebrándose apenas—. Me prometiste que después de esto ya no habría más noches así.

El teléfono, sobre la mesa, siguió en silencio durante lo que a Elena le parecieron las dos horas más largas de su vida.

*

Silencio absoluto en la ladera del barranco, solo el viento entre los tabaibales rompiendo la quietud de la noche. Una luz débil parpadeaba en la boca de una cueva alta, apenas accesible desde el sendero principal. Paco, Carmela y Matías subieron con las linternas apagadas, guiándose más por el tacto de las piedras bajo los pies que por la vista, mientras Thais esperaba un poco más abajo, tal como le había pedido Paco, sentada sobre una roca con el corazón latiéndole con fuerza.

A media ladera, antes de la subida final, Paco se había detenido frente a ella.

—Hasta aquí, Thais. De aquí en adelante es cosa nuestra.

—Llevo dos años sirviendo copas a hombres que se creen con derecho a todo —respondió ella, la voz temblorosa pero sin ceder terreno—. Si ahí arriba hay algo escrito que solo yo puedo leer, prefiero estar cerca por si hace falta, no en un coche a medio camino mordiéndome las uñas sin poder hacer nada.

—De acuerdo. Pero se queda aquí, en este punto, hasta que la avisemos. Y si oye algo que no le gusta, corre hacia el coche sin mirar atrás. ¿Trato?

—Trato.

Dentro de la cueva, Bethencourt, a medio vestir su túnica ceremonial, se había detenido de golpe unos minutos antes. Algo en el silencio del barranco había cambiado: un pájaro nocturno que callaba de repente, una piedra que rodaba ladera abajo demasiado lejos para ser casual, el crujido lejano de una rama pisada por un pie que no era el suyo. Apagó dos de las velas del altar improvisado, dejó solo la más pequeña encendida, y cogió el cuchillo ceremonial de entre los objetos dispuestos con precisión matemática sobre la piedra.

—Todavía no —susurró, casi una plegaria dirigida a nadie—. Todavía no habéis venido a buscarme. Faltan piezas por completar, no puede ser esta noche.

Se agazapó junto a la entrada, escuchando con toda la atención de la que era capaz. Los pasos, todavía lejanos, se acercaban poco a poco por la ladera, inconfundibles ya para un oído que llevaba días esperando, en el fondo, que aquel momento llegara tarde o temprano.

*

Años atrás, en el gimnasio de un antiguo boxeador retirado, en los bajos de un edificio a punto de derrumbarse en El Polvorín, un Luis

Altuza mucho más joven se había fijado en un chaval fibroso que golpeaba un saco con más rabia que técnica.

—¿Cómo te llamas, chico? —le había preguntado, apoyándose en las cuerdas del ring improvisado.

—Carlos. Carlos Alberto Maka Domínguez —respondió el muchacho, sin dejar de golpear, sin apenas mirarlo.

—¿Y a qué te dedicas, Carlos Alberto Maka Domínguez, cuando no le pegas a ese saco como si te hubiera hecho algo?

El chaval, entonces con apenas dieciocho años, se detuvo, limpiándose el sudor con el dorso de la mano, calculando cuánto podía contarle a aquel desconocido de traje caro que olía a dinero de verdad.

—Un poco de esto y de aquello. Recados. Alguna papelina cuando hace falta —admitió, sin vergüenza, porque en su barrio la vergüenza era un lujo que nadie se podía permitir—. Dejé la escuela a los catorce. Mi madre limpiaba oficinas de sol a sol y mi padre solo aparecía por casa para reclamar un plato de comida caliente que no había ganado con nada. La escuela, en mi entorno, era un lujo para otros.

—Tienes reputación de tipo peligroso —dijo Altuza, estudiándolo con la misma atención con la que estudiaba una buena partida de mercancía.

—La reputación abre puertas, aunque no siempre corresponda del todo con la realidad — respondió el chaval, con una sonrisa que ya anticipaba al hombre en que se convertiría.

Altuza sonrió también, reconociendo en aquel muchacho el material exacto que llevaba tiempo buscando.

—Ven a verme mañana a mi oficina. Te voy a enseñar algo que no está en ningún gimnasio: que la violencia, bien administrada, vale mucho más como amenaza latente que como acto consumado. Un hombre asustado paga sus deudas mucho más rápido que uno con las costillas rotas.

Con los años, Charlie Maka —el apodo que el propio Altuza le puso aquella primera tarde

— se convirtió en algo parecido a un hijo adoptivo para su jefe, aunque ninguno de los dos lo reconociera jamás en voz alta. Manejó el club Eros con puño de hierro, cobró deudas con una eficacia que rara vez requería violencia real —bastaba su presencia, sus tatuajes, la fama que lo precedía—, y soñó, en sus momentos de mayor ambición, con tener algún día un negocio propio, lejos de la sombra de Altuza, aunque sabía perfectamente que esa independencia, en su mundo, se pagaba casi siempre con la vida.

No era estúpido, pese a las apariencias que cultivaba con esmero. Sabía leer a las personas mejor que cualquier libro que jamás hubiera abierto: cuándo un cliente mentía sobre su capacidad de pago, cuándo un policía se compraba con un sobre y cuándo había que esquivarlo con perfil bajo. Su error, la noche en que mandó a sus hombres a intimidar a Paco en el puerto, no fue de cálculo, sino de orgullo: llevaba días sintiendo que aquel inspector a punto de jubilarse le faltaba al respeto simplemente por seguir haciendo su trabajo. Esa herida de orgullo, más que ninguna orden concreta de Altuza, fue la que terminó llevándolo a cometer el único error verdaderamente grave de toda su carrera criminal.

Meses después, esposado tras la caída de Altuza, Charlie Maka pensaría a menudo en aquella primera conversación en el gimnasio, preguntándose si el chaval de dieciocho años que golpeaba aquel saco con tanta rabia hubiera tomado un camino distinto de haber conocido a otro tipo de hombre aquella tarde.

Aquella tarde en el gimnasio, mucho antes de tatuajes y de fama de barrio, Charlie Maka todavía era, en el fondo, solo un chaval de dieciocho años buscando desesperadamente que alguien, cualquiera, le dijera que valía para algo más que para recibir golpes de un padre ausente.

CAPÍTULO 6

Cuatro días. Paco los contó dos veces esa madrugada, apenas unas horas después de la confusión de Guayadeque, sentado al borde de la cama sin conseguir volver a dormirse, mientras Elena respiraba tranquila a su lado, ajena aún al peso exacto de la cifra que llevaba días rondándole la cabeza a su marido.

Cuatro días para entregar la placa. Y ni una sola certeza sobre si el hombre al que habían acorralado en aquella cueva, procesado apenas horas antes por tentativa y nada más, era de verdad quien llevaba meses buscando, o si el auténtico responsable de un ritual de siete ofrendas, quizá ocho, seguía ahí fuera, libre, viéndolo todo desde una distancia segura.

Se levantó despacio, procurando no despertarla, y salió al porche descalzo, con el frío de la madrugada calando a través de las baldosas. Frankie levantó la cabeza desde su rincón habitual, sin llegar a incorporarse del todo, y volvió a cerrar los ojos en cuanto comprobó que no había ninguna urgencia real que atender.

Semanas atrás, aquel mismo porche era solo un plano en un terreno de plataneras, una promesa de vida tranquila que él y Elena habían dibujado juntos sobre una piedra plana, sin sospechar que su primer mes de propietarios coincidiría, casi hasta el día, con el caso más oscuro de toda su carrera.

*

Carmela lo llamó a las seis y media, la voz cargada de una energía que solo la falta absoluta de sueño podía producir a esas horas.

—Cuatro días, jefe. ¿Ha dormido algo?

—Lo suficiente. ¿Qué tienes?

—Nada seguro todavía sobre Bethencourt. El juez solo nos ha dado margen para la tentativa, no para nada más, y con eso no basta. Pero quería oír su voz antes de que empezara un día más. A veces necesito recordar que no estoy sola en esto.

—Nunca lo has estado, Carmela. Y no lo vas a estar, pase lo que pase estos días que quedan.

Colgaron sin despedirse formalmente, como habían aprendido a hacer durante aquellas jornadas interminables, ahorrándose las palabras que ya sobraban entre dos personas que se entendían casi sin necesidad de terminarlas.

Paco se quedó un rato más en el porche, viendo cómo el cielo empezaba a clarear sobre el valle, calculando, sin poder evitarlo, cuántos amaneceres más como aquel le quedaban antes de que la respuesta, de una forma u otra, terminara llegando.

CAPÍTULO 7

El Barranco de Guayadeque separa los municipios de Ingenio y Agüimes como una cicatriz profunda tallada en la piedra volcánica de la isla, un cañón de paredes abruptas horadadas por siglos de agua y viento que los antiguos canarios, mucho antes de que ningún castellano pusiera un pie en Gran Canaria, habían convertido en su necrópolis más importante. Cientos de cuevas artificiales y naturales salpicaban sus laderas, algunas todavía visibles desde el sendero principal, otras ocultas tras matorrales que solo alguien que conociera el terreno palmo a palmo sería capaz de encontrar sin ayuda de un guía.

Bethencourt conocía aquel lugar mejor que cualquier guía turístico de la zona. Llevaba años investigando sus cuevas con el pretexto académico de catalogar restos arqueológicos, un pretexto que, cierto o no, le había franqueado el paso a rincones que ningún otro estudioso de la isla había pisado jamás. Nadie, ni siquiera sus colegas de facultad más cercanos, sabía qué hacía allí en realidad, ni con qué frecuencia, ni desde cuándo.

*

Paco llegó primero a la boca de la cueva, con Carmela pisándole los talones y Matías cerrando la marcha, la linterna todavía apagada colgando de su cinturón, guiándose los tres por el resplandor tenue que se filtraba desde el interior. El aire, al acercarse, olía a cera quemada y a algo más antiguo, un aroma mineral y seco que parecía impregnar la piedra volcánica desde hacía siglos.

Al llegar a la entrada, vieron el interior: velas dispuestas en un semicírculo, un altar improvisado con piedras volcánicas apiladas con

precisión geométrica, cuatro medallas ya colocadas en fila sobre un paño oscuro, un espacio vacío marcado con tiza para una quinta que, por suerte, todavía no había llegado a ocupar nadie. Bethencourt, de rodillas ante el altar, vestía una túnica improvisada de lino oscuro con la cruz patada bordada en el pecho con hilo dorado, cosida a mano con la misma paciencia obsesiva que había dedicado a cada detalle de aquel ritual.

Se levantó al oír pasos, sin sobresalto, como si llevara toda la vida esperando exactamente ese momento.

—Inspector Figueroa —dijo, sereno, casi feliz, la voz resonando levemente contra las paredes de piedra—. Sabía que llegaría antes de que terminara. Está todo escrito.

Paco avanzó despacio, con las manos visibles, calmando la escena con cada paso, consciente de que un solo movimiento en falso podía precipitar algo que ya no tendría vuelta atrás.

—No hay ningún templario esperándolo al final de esto, Ezequiel. Solo un profesor solo, con demasiados libros y ninguna historia propia que contar.

El rostro de Bethencourt se contrajo, el dolor transformándose en furia con una rapidez que hizo que Carmela, un paso por detrás de Paco, llevara instintivamente la mano hacia su arma.

—¡Mi sangre es más antigua que esta isla entera! —gritó, la voz quebrándose por primera vez en toda la persecución—. Esta ciudad se ha mezclado, se ha corrompido, ha olvidado quién la fundó de verdad. Yo solo devuelvo la pureza a lo que quedó sucio.

—Rebeca Tejada tenía diecinueve años. No purificó nada. Solo la mató.

Bethencourt palideció un instante al oír ese nombre pronunciado en voz alta, en aquel lugar que él consideraba sagrado, pero no fue culpa lo que cruzó su rostro, sino un desconcierto genuino que a Paco, con cuarenta años de experiencia leyendo caras, le costó un instante identificar como auténtico. Sus dedos, alrededor del mango

del cuchillo ceremonial que sostenía junto al altar, se tensaron, más por pánico que por rabia.

—Yo no… yo no he tocado a nadie todavía. Esta iba a ser la primera. Mi primera piedra.

*

Se abalanzó con el cuchillo ceremonial en alto, un movimiento tan repentino que ni siquiera Matías, con todos sus años de entrenamiento, llegó a anticiparlo del todo. Paco retrocedió un paso, pero el costado, todavía dolorido de la paliza en el puerto apenas unos días atrás, le falló en el último instante: el primer tajo le abrió un corte superficial en el antebrazo cuando lo alzó por instinto para protegerse, un dolor caliente que le recorrió el brazo entero.

Matías se lanzó desde un lateral, intentando sujetar el brazo armado de Bethencourt con ambas manos, pero el profesor, con una fuerza inesperada en un cuerpo tan delgado, una fuerza que parecía nacer de algún lugar más profundo que el simple músculo, se revolvió y lo golpeó con el codo en la sien. El pescador, sorprendido por la violencia del impacto, cayó contra el altar de piedra, derribando dos de las velas encendidas que rodaron por el suelo esparciendo pequeñas lenguas de fuego que se apagaron casi de inmediato contra la tierra húmeda.

Carmela desenfundó, apuntó, el dedo tenso sobre el gatillo, pero no tenía ángulo limpio: Paco y Bethencourt forcejeaban demasiado cerca el uno del otro entre las sombras que proyectaban las velas caídas, sus siluetas confundiéndose en la penumbra de un modo que hacía imposible distinguir con certeza a quién podría alcanzar un disparo.

—¡Apártate, Paco! ¡No tengo tiro! —gritó, la voz rota por la tensión, dando pasos laterales intentando encontrar un ángulo que no llegaba.

Paco, ignorando el dolor del antebrazo, consiguió sujetar la muñeca de Bethencourt justo antes de que el cuchillo le alcanzara el cuello, deteniendo la hoja a apenas unos centímetros de la piel. Ambos cayeron al suelo de la cueva, rodando entre las piedras volcánicas del altar improvisado en un forcejeo desesperado, sin ceder ninguno de los dos ni un centímetro de terreno. Las medallas de los arcángeles se dispersaron por el suelo con el impacto, brillando un instante bajo la única vela que seguía encendida antes de perderse entre el polvo. Un jarrón de barro, parte del altar, se hizo añicos bajo el peso de los tres cuerpos entrelazados, esparciendo monedas antiguas y fragmentos de cerámica entre la sangre que ya empezaba a manchar la tierra volcánica.

Matías, ya recuperado del golpe, con un hilo de sangre bajándole desde la sien hasta la mandíbula, se incorporó tambaleándose y, con la misma llave que aprendió hace más de treinta años en las COES y que ya había usado una vez contra los hombres de Maka en el puerto, inmovilizó a Bethencourt por la espalda con una precisión que el dolor y el cansancio no consiguieron desbaratar. Paco, jadeando, aprovechó el instante de inmovilidad para arrancarle el cuchillo de la mano de un tirón y lanzarlo lejos, hacia la oscuridad del fondo de la cueva, donde resonó al chocar contra la piedra.

*

Bethencourt cayó de rodillas, vencido, murmurando frases en un latín entrecortado que ya nadie, ni siquiera Thais desde su posición más abajo en la ladera, se molestaba en traducir. Carmela, todavía con la respiración agitada, guardó el arma y le puso las esposas con manos que no terminaban de dejar de temblar del todo pese al alivio evidente.

Paco recogió el cuchillo ceremonial del suelo, todavía con los guantes de látex puestos por costumbre, y lo giró bajo la luz de las linternas que ya empezaban a inundar la cueva. El filo, forjado a mano con innegable pericia, estaba impecable: ni rastro de óxido, ni

la más mínima mella que delatara un uso anterior. Se guardó esa observación para sí, sin decir nada todavía, aunque algo en su estómago, esa misma corazonada que llevaba cuarenta años sin fallarle del todo, empezó a removerse con una inquietud que no encajaba con el alivio que debería estar sintiendo.

Le pidió a Carmela que le enseñara las manos al detenido antes de que se lo llevaran. Unas manos suaves, de profesor de despacho, sin la más mínima marca de las quemaduras ni los callos que deja años forjando cruces de metal con herramientas de joyería. Paco no dijo nada en voz alta, pero guardó también esa pieza, en el mismo cajón mental donde guardaba todo lo que todavía no encajaba del todo.

Paco se examinó el corte del antebrazo, superficial, apenas un par de centímetros que ya había dejado de sangrar con abundancia, y se dejó caer un momento contra la pared fría de la cueva, recuperando el aliento junto a Matías, que se frotaba la sien dolorida con una media sonrisa de satisfacción que contrastaba con la gravedad de los últimos minutos.

—Ya son dos veces que te salvo el pellejo este mes, Paco. A este paso me vas a tener que hacer socio de la agencia.

—Te lo has ganado, viejo pirata. Te lo has ganado —respondió Paco, con una risa breve que le costó más esfuerzo del que hubiera querido admitir.

Fuera, en la ladera, ya se distinguían las primeras luces azules acercándose por la carretera de acceso, y el eco de sirenas que se multiplicaban a medida que los refuerzos convergían hacia el barranco. Thais, que había escuchado los gritos ahogados desde su posición sin atreverse a moverse, sintió que las piernas por fin le respondían y empezó a subir despacio hacia la boca de la cueva, necesitando ver con sus propios ojos que todos estaban bien antes de permitirse respirar tranquila.

Bethencourt, esposado, con la túnica ceremonial rasgada por el forcejeo y la mirada perdida en algún punto indefinido del suelo de la cueva, no ofreció resistencia alguna cuando lo levantaron para

conducirlo hacia la salida. Parecía, más que vencido, extrañamente aliviado, como si una parte de él, en algún rincón que ni sus propios delirios habían conseguido silenciar del todo, hubiera estado esperando ese final desde el principio.

*

—¿Sabes que llevo veintiocho años en el cuerpo y todavía hay compañeros que piensan que llegué a comisaria por cuota, no por mérito? —le dijo Fernández a Paco una noche, ya tarde, compartiendo una copa en su despacho tras otra jornada agotadora de presión política.

—Los que piensan eso no te han visto trabajar de cerca, Inés —respondió Paco, con una franqueza que solo se permitía con ella a esas horas, sin nadie más delante.

—Nací en Cádiz. Mi padre era estibador portuario, mi madre crió sola a cinco hermanos mientras él pasaba media vida embarcado. Aprendí desde niña que el mundo no regala nada a quien no esté dispuesto a pelear por ello con uñas y dientes. Entré en la Policía Nacional a los veintitrés, contra la opinión de media familia, que consideraba aquello poco apropiado para una mujer. Ascendí despacio, destino tras destino, examen tras examen, hasta llegar aquí, a esta comisaría, hace ya seis años.

—Recuerdo el día que llegaste —sonrió Paco, sirviéndose otro dedo de la botella que Fernández guardaba en el cajón para las noches difíciles—. Yo, escéptico con cualquier jefe nuevo que llegara con ínfulas de reformarlo todo. Tú, cansada de tener que demostrar tu autoridad ante subordinados que dudaban de tu criterio antes de conocerte siquiera.

—Y aquí seguimos, sin habérnoslo dicho jamás en voz alta, pero confiando el uno en el otro más que en casi nadie más de este edificio.

—Es que tú nunca me has pedido nada a cambio de esa confianza, Inés. Ni ascensos, ni favores, ni el reconocimiento público que tantos otros persiguen con desesperación.

Fernández bajó la vista un momento, sopesando cuánto quería compartir aquella noche particular.

—Casada y divorciada dos veces. Sin hijos, por decisión propia, tomada hace ya casi veinte años. He aprendido a encontrar en el trabajo la estabilidad que la vida personal nunca me ofreció con la misma generosidad. Por eso entiendo mejor que nadie tu reticencia a jubilarte del todo, Paco. Esa mezcla de deseo y pavor ante una vida sin la estructura diaria que este trabajo impone sin pedir permiso.

—¿Y Betancor? —preguntó Paco, cambiando deliberadamente de tema, aunque ambos sabían que la pregunta no estaba tan alejada de la conversación anterior como parecía.

Algo se endureció en la mirada de Fernández, la misma tozudez gaditana que la había sacado adelante en un mundo de hombres que llevaba décadas sin terminar de aceptarla del todo.

—Que llame con sus amenazas veladas, con sus presiones políticas disfrazadas de preocupación institucional. No pienso ceder ante él, ni ante Lasanta, ni ante ningún político de poca monta que confunda la gestión de una comisaría con un tablero de ajedrez electoral. Paco levantó su copa en un pequeño brindis silencioso hacia aquella determinación inquebrantable, exactamente lo que necesitaba escuchar aquellas semanas tan difíciles, aunque ninguno de los dos lo dijera jamás en voz tan alta como esa noche.

Se quedaron así un rato más, en el silencio cómplice de dos personas que llevaban demasiados años sosteniendo, cada una a su manera, el peso invisible de una institución que rara vez sabía agradecer a tiempo a quienes de verdad la mantenían en pie. Fernández, mucho antes de convertirse en comisaria, había aprendido esa lección de su propia madre, sin necesidad de ningún manual.

*

Verdejo se enteró de la detención de Bethencourt por la radio del coche, camino de un servicio rutinario que ya no le importaba lo más mínimo. Detuvo el vehículo en el arcén, sin poner el intermitente, sin razón aparente para nadie que lo hubiera visto desde fuera, y se quedó mirando el volante durante casi un minuto entero, sin encender de nuevo el motor.

Marcó un número que no tenía guardado en la agenda del teléfono, uno de esos que se sabía de memoria desde hacía tantos años que ya ni siquiera recordaba en qué momento exacto lo había aprendido. Nadie contestó. Lo intentó una segunda vez, ya de madrugada, desde una cabina junto a una gasolinera cerrada, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo y la vista fija en la carretera vacía mientras esperaba los tonos.

Tampoco esa vez respondió nadie.

Guardó las monedas que no había llegado a usar, se subió de nuevo al coche, y condujo el resto del turno con una atención al tráfico mucho más escrupulosa de lo habitual en él, como si concentrarse en la línea blanca del asfalto pudiera de algún modo aplazar todo lo demás que se negaba, todavía, a pensar con claridad.

CAPÍTULO 8

Bethencourt, esposado, fue conducido hacia un coche patrulla mientras la luz del amanecer, todavía tímida sobre las crestas del barranco, empezaba a teñir de un naranja pálido las rocas volcánicas que horas antes habían sido testigo mudo de la confrontación. Fernández, que rara vez se dejaba ver en el lugar de los hechos, prefiriendo coordinar desde la distancia de su despacho, llegó en persona a Guayadeque en cuanto recibió la confirmación de que el operativo había concluido sin bajas, algo que en sí mismo decía mucho de la tensión acumulada durante los últimos meses de aquel caso.

—La Jefatura Provincial ya está preparando una rueda de prensa —le dijo a Paco, que seguía sentado sobre una piedra, el brazo vendado de forma improvisada por uno de los sanitarios que había subido con el primer grupo de refuerzo—. Ahora resulta que Betancor siempre confió en ti.

—Dile que se quede con la foto. A mí me sobran los focos, Fernández. Y dile también que revise quién le pasaba información a Lasanta desde dentro.

Fernández asintió despacio, sin necesidad de que le explicara nada más. Llevaba días sospechando lo mismo, atando cabos que ahora, con la confirmación de Paco, cobraban todo el sentido que antes se resistían a tener.

Carmela se acercó, todavía temblando un poco por la descarga de adrenalina, con una manta térmica sobre los hombros que alguien le había colocado sin que ella se diera del todo cuenta. Un poco más allá, apoyada contra el lateral de un coche patrulla, Thais fumaba un cigarrillo con manos que ya no temblaban tanto, observando la escena con una calma que ya no tenía nada que ver con la barra de

un club, como si aquella noche la hubiera transformado en una versión de sí misma que apenas empezaba a reconocer.

—Jefe... gracias —dijo Carmela, la voz todavía algo rota.

—Gracias a ti. Le has ganado el pulso a un cuchillo, Carmela. Vas a ser una inspectora de las buenas. De las que no se rinden.

Paco se acercó después a Thais, caminando despacio, notando cada uno de los golpes recibidos en las últimas semanas concentrarse de repente en un cansancio que ya no podía seguir ignorando.

—Sin usted todavía estaríamos leyendo cruces sin saber qué decían, Thais. Si algún día se cansa de las copas, la comisaría necesita gente que sepa traducir cosas que el resto no entendemos.

—Lo pensaré, inspector —sonrió ella, cansada pero satisfecha, dando una última calada antes de apagar el cigarro contra la suela del zapato, un gesto que ya empezaba a resultarle casi ritual—. Aunque después de esta noche, cualquier turno en el Eros me va a parecer tranquilo en comparación.

*

Dos días después, en una sala de interrogatorios de la comisaría que Paco conocía mejor que su propio salón, Ezequiel Bethencourt, ya sin la túnica ceremonial, vestido con un simple mono gris de detenido, esposado a la mesa metálica, había perdido buena parte de la compostura que había mostrado en la cueva. Llevaba dos días sin dormir apenas, según el informe del calabozo, y las ojeras le daban un aspecto todavía más desencajado.

—Cuatro mujeres muertas, Bethencourt. Rebeca con Jegudiel en la boca, aunque tardamos ocho años en encontrarlo. Soledad con Jeremiel. Cristina con Miguel. Marta con Rafael.

¿Dónde estaba usted cada una de esas noches? —preguntó Paco, sentado frente a él, la grabadora encendida sobre la mesa entre ambos, Carmela de pie junto a la puerta con los brazos cruzados.

—Ya se lo he dicho cien veces. No sé nada de esas mujeres. Yo no he matado a nadie — respondió Bethencourt, la voz quebrándose, sin el aplomo académico que había exhibido en la cueva—. Esta noche iba a ser la primera vez. Se lo juro. Aunque si busca a Gabriel, inspector, tampoco lo va a encontrar en mí. Ese arcángel, por lo que yo leí en sus páginas, nunca llegó a interesarle al verdadero autor. Lo saltó a propósito, como quien deja una casilla vacía en un tablero solo para que el contrario se pregunte por qué.

—Tiene usted un altar idéntico al de cuatro escenas de crimen, una cruz forjada a mano y un manifiesto que habla del mismo ritual, palabra por palabra. Explique eso, si no le importa.

Bethencourt guardó silencio un largo instante, calculando, con los restos de su orgullo académico, cuánto podía contar sin hundirse todavía más.

—No es un manifiesto mío. Lo encontré hace meses, en el departamento. Alguien lo dejó olvidado, o quiso que lo encontrara, no lo sé. Cuarenta páginas de un genio que había resuelto lo que yo llevaba veinte años intentando entender sin conseguirlo del todo: cómo devolverle a esta tierra la pureza que perdió hace siglos. Lo copié, lo estudié hasta memorizármelo. Y cuando empezaron a aparecer los cadáveres con las medallas de los arcángeles, supe que aquello no era teoría. Que alguien ya lo estaba llevando a la práctica.

—¿Y decidió unirse a la fiesta? —intervino Carmela, sin disimular el asco en la voz.

—Decidí que si él podía hacerlo, yo también. Que llevaba toda la vida a la sombra de otros, publicando artículos que nadie citaba, mientras alguien con la mitad de mi talento se atrevía a escribir la historia con sangre en vez de con tinta. Quería demostrarle, demostrármelo a mí mismo, que yo también era capaz.

—Sabe perfectamente de quién hablo cuando digo Emilio Melián, Bethencourt. Llevamos semanas con su nombre subrayado en cada pizarra de esta comisaría. ¿Cuándo fue la última vez que habló con

él? —preguntó Paco, inclinándose hacia adelante, cada palabra pesando más que la anterior.

—Hace meses que no cruzamos más de un saludo en el pasillo de la facultad. Nunca le confesé que tenía su manifiesto, ni que sospechaba de él. ¿Cómo iba a hacérselo saber, inspector? Hubiera sido como avisarle de que alguien le pisaba los talones.

—Entonces explíqueme una cosa, Bethencourt. Teníamos un dispositivo preparado en esa cueva desde hacía tres días, con la fecha exacta que figuraba en el propio manifiesto que usted dice haber copiado. La persona a la que estábamos esperando tenía nombre y apellido, y no era el suyo. ¿Cómo es que apareció usted en su lugar, la misma noche, en la misma cueva?

Bethencourt palideció, y por primera vez desde que había empezado el interrogatorio, algo parecido al miedo real, no al miedo a la cárcel sino a algo más profundo, le cruzó el rostro.

—No lo sé. Se lo juro. Yo elegí esa cueva por mi cuenta, hace semanas, estudiando los mismos planos que él debió de estudiar. Nunca pensé que pudiera coincidir con… —se detuvo, la voz reducida a un hilo—. ¿Y si él también iba a venir esa noche, inspector? ¿Y si alguien le avisó de que ustedes estarían esperando?

Paco no respondió a eso. Se quedó muy quieto, con una pregunta abriéndose paso entre todas las demás, mucho más incómoda que cualquier respuesta que Bethencourt pudiera darle: si alguien había avisado a Melián, ¿quién, dentro de su propio operativo, había tenido acceso a esa fecha y a esa cueva?

—¿Y Thais Romero? —intervino Carmela desde la puerta, cambiando de tercio—. Su fotografía apareció en el trastero de Melián, sin tachar todavía. ¿Sabe usted algo de ella?

—Nunca he oído ese nombre en mi vida —respondió Bethencourt, con una honestidad que, por primera vez en toda la entrevista, sonaba del todo genuina—. Le prometo que mi obsesión empieza y termina en esas páginas que encontré. No sé nada de las mujeres reales detrás de los nombres.

*

Todo lo que Ezequiel Bethencourt acababa de declarar era mentira, con la única excepción, cuidadosamente calculada, del nombre de Emilio Melián. Llevaba dos noches puliendo esa versión en su cabeza, sentado en el calabozo, consciente de que la verdad —que el manifiesto no lo había encontrado él, sino que lo había escrito él mismo, veinte años atrás, en los márgenes de una tesis doctoral que nadie quiso dirigirle— no le serviría de nada frente a un investigador con la paciencia y la memoria de Paco Figueroa.

Había sido, en su día, un estudiante brillante, de los que prometen cátedra antes de cumplir los treinta. Pero la universidad, como cualquier otro ecosistema cerrado, tenía sus jerarquías, y Bethencourt descubrió pronto que el talento, sin el padrinazgo adecuado, apenas alcanzaba para ocupar plazas de interino que se renovaban año tras año sin llegar nunca a consolidarse. Vio cómo colegas con la mitad de su rigor conseguían cátedras, proyectos financiados, portadas de suplementos culturales, mientras él acumulaba rechazos de revistas y la certeza, cada vez más amarga, de que la isla que llevaba media vida estudiando —sus templarios apócrifos, sus linajes secretos, sus órdenes que sobrevivían tres expulsiones para volver siempre a la misma esquina— no le debía a él ningún reconocimiento.

El primer asesinato, ocho años atrás, no había sido un ritual. Fue, en su recuerdo distorsionado por la propia necesidad de justificarse, casi un accidente: una discusión con una antigua alumna que había osado cuestionar públicamente una de sus teorías, una discusión que se torció, que se le fue de las manos, y que terminó con un cuerpo que ya no tenía remedio y con una decisión, tomada en el pánico de aquella misma noche, de convertir el error en mensaje. Fue entonces cuando recordó sus propios apuntes sobre los arcángeles, sobre las cruces patadas, y decidió que si iba a cargar

con aquello el resto de su vida, al menos lo haría dejando una huella que la historia, tarde o temprano, tendría que estudiar.

El nombre de Emilio Melián no pertenecía a nadie. Lo había construido pieza a pieza, años atrás, como un segundo yo administrativo: una cuenta bancaria, una dirección de correo, un currículum académico ficticio lo bastante creíble como para firmar con él facturas, alquileres y, cuando hizo falta, una coartada de última hora frente a la propia Policía que ahora lo interrogaba. Ser Melián le permitía, además, algo que Bethencourt necesitaba casi tanto como la propia violencia: la fantasía de un rival a su altura, alguien tan versado como él en la misma materia, alguien digno, por fin, de compartir tribuna.

*

Paco se levantó despacio, sin la sensación de victoria que había esperado sentir dos noches atrás en la boca de aquella cueva. Tenía, detenido y esposado frente a él, a un hombre capaz de matar, pero no al que había matado. Y tenía, además, una pregunta nueva y mucho más peligrosa que cualquiera de las anteriores, una que no pensaba compartir todavía ni con Fernández ni con nadie: ¿quién, en su propio entorno, había podido avisar a Melián?

—Llévenselo —dijo, sin mirar atrás, saliendo de la sala con el peso de esa pregunta instalándose en su estómago con más fuerza que ninguna herida recibida en los últimos meses.

*

En el Instituto Anatómico Forense, esa misma tarde, Rodolfo celebraba, con una bolsa nueva de patatas fritas, esta vez de jamón serrano, un jaque mate por fin conseguido contra su ayudante, que se llevaba las manos a la cabeza con resignación cómica ante el

tablero de ajedrez que llevaba días presidiendo, sin ganador, una de las estanterías del despacho.

—¡Veintitrés años esperando este momento! —exclamó, exultante, golpeando suavemente la mesa con la palma abierta—. Que quede constancia: el maestro ha superado al aprendiz. Que alguien lo anote en un acta notarial, por favor.

Paco, que pasaba por el pasillo a firmar el cierre definitivo del expediente forense, se asomó a la puerta con una sonrisa cansada que, por primera vez en semanas, no le costaba ningún esfuerzo sostener.

—Veo que aquí, al menos, alguien sí que cierra sus casos a tiempo.

—Cuestión de paciencia, Paco. Y de patatas al jamón, que ya veo que al final le hice caso a tu consejo de hace unas semanas —dijo Rodolfo, ofreciéndole la bolsa con gesto generoso.

Paco cogió un par, se las llevó a la boca, y por primera vez en semanas, la sonrisa le salió sin ningún esfuerzo, sin la sombra pesada del caso arrastrándose detrás de cada gesto cotidiano. En una sala fría de Asuntos Internos, sin ventanas, con la grabadora encendida sobre la mesa, dos agentes revisaban un listado impreso de llamadas y mensajes frente a Verdejo, que llevaba ya media hora sentado en la misma postura rígida, las manos entrelazadas sobre la mesa metálica.

—Inspector Verdejo, tenemos registro de al menos seis encuentros con el concejal Manuel Lasanta en las últimas tres semanas —dijo el primer agente, sin levantar la vista de sus papeles

—. ¿Quiere explicarnos la naturaleza de esas reuniones?

Verdejo se retorció las manos bajo la mesa, donde nadie podía verlas, buscando desesperadamente una explicación que sonara mínimamente convincente y no encontrando ninguna.

—Conocidos de toda la vida. Coincidimos en el barrio, de jóvenes —intentó, con la voz apenas firme.

—Curioso que esos «conocidos de toda la vida» se reúnan siempre de noche, en aparcamientos, y siempre después de que usted haya tenido acceso a información sensible del caso Arcángel —replicó la segunda agente, sin ninguna hostilidad en el tono, lo que de algún modo resultaba todavía más devastador que cualquier reproche directo.

El silencio se alargó, incómodo, hasta que por fin Verdejo habló, con la voz quebrada de quien ya no tiene nada que perder disimulando ante nadie.

—Quería que alguien, por una vez, notara que yo también sirvo para algo en esta comisaría. Nada más. No pensé que le estuviera haciendo daño a nadie, solo... dándome a mí mismo una oportunidad que aquí dentro nunca me han querido dar, en once años de servicio sin un solo reconocimiento de verdad.

La agente apagó la grabadora sin decir nada más, un gesto que resultó más demoledor que cualquier reprimenda verbal, dejando a Verdejo solo con el eco de su propia confesión y la certeza, ya inevitable, de que su carrera policial había llegado a su fin de un modo mucho más silencioso de lo que jamás hubiera imaginado en sus fantasías de reconocimiento.

*

En el cementerio de Vegueta, ante una tumba sencilla con flores ya algo marchitas por el sol de las últimas semanas, Yolanda, la hermana mayor de Soledad Pérez, colocaba un ramo nuevo de claveles blancos cuando vio acercarse a Paco por el sendero de tierra, sombrero en mano, con ese andar pausado que solo adoptaba en los lugares donde sabía que las prisas resultaban una falta de respeto.

—Inspector. Vi las noticias. Dicen que ya han cogido al que lo hizo.

—Así es. No le devuelve a su hermana, lo sé. Pero al menos no volverá a hacerle esto a nadie más, y eso, aunque no sea suficiente, es algo.

Yolanda asintió despacio, la mirada fija en la lápida, en el nombre grabado en la piedra que todavía le costaba leer sin que se le formara un nudo en la garganta.

—Soledad no era ninguna santa, inspector —dijo al fin, con una honestidad cruda que solo el duelo prolongado terminaba concediendo—. Trabajaba en ese club porque no le quedaba otra, con dos niños que mantener y un ex marido que nunca aportó ni un euro en cinco años. Pero era buena persona. La mejor hermana que se puede pedir, la que siempre llegaba con algo de comer cuando yo pasaba apuros, la que nunca dejó que sus hijos supieran de dónde salía el dinero.

—Eso es lo único que de verdad importa, Yolanda. Lo demás, se lo aseguro, no pesa nada en la balanza cuando uno mira las cosas con la distancia suficiente.

Se quedó un momento más, en silencio, acompañándola frente a la tumba, el sol de media tarde calentando las lápidas cercanas, antes de despedirse con un apretón de manos y dejarla a solas con su duelo, consciente de que había visitas que un policía debía hacer no por procedimiento, sino porque algo en la propia conciencia lo exigía sin excepciones.

En las oficinas portuarias del terminal de contenedores, esa misma mañana, Anke Müller, al frente de varios agentes de UHEDO, esposó a Luis Guedes mientras dos compañeros suyos observaban la escena desde la distancia, sin atreverse a intervenir ni a levantar la voz en su defensa.

—Esto es un error. Llevo veinte años trabajando en este puerto sin una sola queja — protestó Guedes, el rostro congestionado de indignación fingida.

—Veinte años de nóminas dobles a través de una consignataria fantasma dicen lo contrario, señor Guedes —respondió Anke, sin

alterarse, revisando un documento con la misma frialdad metódica con la que abordaba cada operativo—. Tiene derecho a un abogado. Le recomiendo que lo use, y que lo elija bien, porque va a necesitarlo.

Sara Brito, algo apartada, observaba la detención con la satisfacción tranquila de quien cierra un capítulo que llevaba días persiguiendo sin descanso, aunque sabía, por experiencia acumulada en años de este oficio, que alguien más ocuparía ese hueco en el engranaje portuario antes de que terminara la semana, porque la codicia, a diferencia de los hombres concretos que la encarnaban, nunca terminaba de jubilarse del todo.

*

Ingrid Asland llevaba tres días sin apenas dormir, encerrada en la sala de archivo de la oficina de UHEDO con la pequeña pieza de piedra pulida que habían encontrado entre los objetos del altar de Bethencourt, la misma que Sara le había enseñado a Paco días atrás sin conseguir situarla del todo. La había fotografiado desde todos los ángulos posibles, había medido cada grabado con un calibre de precisión, había comparado la composición mineral con muestras de sus propios archivos y con bases de datos de media docena de museos europeos con los que UHEDO mantenía colaboración permanente.

Noruega de nacimiento, criada en Bergen entre los libros de historia antigua de su padre, arqueólogo de formación aunque reconvertido en profesor de instituto por necesidades económicas familiares, Ingrid había heredado de él tanto la pasión por el pasado como la incapacidad casi patológica para dejar un enigma sin resolver. Su llegada a UHEDO, tras un doctorado brillante sobre iconografía mediterránea de la Edad del Bronce, había supuesto para el equipo de Sara Brito una inyección de conocimiento que en más de una ocasión había resultado decisiva para cerrar casos que, sin su intervención, hubieran quedado varados en la mera intuición policial.

Los grabados de la pequeña piedra no correspondían a ningún estilo aborigen canario documentado, ni tampoco a la iconografía templaria que Melián había intentado imponerle en su propia narrativa delirante. Las líneas, entrelazadas en un patrón que Ingrid reconoció, tras horas de comparación, como emparentado de forma lejana con ciertos símbolos fenicios encontrados en yacimientos del Mediterráneo oriental, sugerían un origen mucho más antiguo y mucho más lejano de lo que cualquiera hubiera imaginado al ver aquel objeto modesto entre las pertenencias de un asesino en serie.

—Sara, esto no tiene sentido si lo miramos solo desde Canarias —le dijo, por fin, una madrugada, cuando ya casi había perdido la cuenta de las horas invertidas—. Si mis comparaciones son correctas, y todavía necesito una segunda opinión antes de afirmarlo con rotundidad, esta pieza podría tener un origen mediterráneo, quizás fenicio, quizás más antiguo todavía. La pregunta que no consigo responder es cómo demonios terminó en manos de un profesor de Historia canaria con obsesiones templarias, y esa pregunta, mucho me temo, nos va a llevar bastante más lejos de lo que ninguno de nosotros esperaba.

Sara se quedó mirando la fotografía ampliada en la pantalla del ordenador, sintiendo esa mezcla particular de fascinación y desasosiego que solo el verdadero misterio histórico era capaz de despertarle, consciente de que aquel pequeño objeto de piedra, encontrado casi por casualidad entre los despojos de una tragedia humana, podría terminar abriendo una investigación que trascendería con mucho el caso que todavía los mantenía a todos en vilo en Gran Canaria.

CAPÍTULO 9

Thais no esperó a que nadie se lo pidiera. Aquella tarde, con el club Eros todavía cerrado a cal y canto por la investigación, se presentó por su cuenta en comisaría con una libreta llena de notas propias, algo que ni Paco ni Carmela le habían encargado.

—He estado repasando mis propias conversaciones con él, inspector. Todas las que recuerdo, palabra por palabra, hasta donde mi memoria me lo permite. Hay un patrón que ustedes todavía no tienen escrito en ningún informe.

—Te escucho, Thais.

—Nunca me habló de las víctimas antes de que aparecieran muertas. Ni una sola vez, ni un solo nombre adelantado. Pero sí me habló, en tres ocasiones distintas, de lugares. Sitios que él describía como «sagrados» sin explicar por qué. Los anoté todos, con la fecha exacta de cada conversación.

Carmela, que había escuchado desde la puerta, se acercó a la libreta con genuino interés profesional.

—Esto es mejor trabajo de campo que la mitad de lo que traen algunos agentes con años de experiencia, Thais.

—Llevo dos años de mi vida entrenando el oído para recordar exactamente lo que la gente dice cuando cree que nadie la está escuchando de verdad. No pensaba dejar esa habilidad fuera de esto solo porque ya no sirvo copas.

Paco tomó la libreta con el mismo respeto con el que había tratado cada pieza de evidencia forense durante cuarenta años de carrera, consciente de que aquella mujer, sin placa ni formación policial alguna, acababa de aportar algo que ningún protocolo oficial había conseguido extraerle a Melián en toda su vigilancia distante.

CAPÍTULO 10

La caída de Manuel Lasanta, cuando llegó, no fue tan espectacular como él mismo hubiera temido en sus peores pesadillas, pero resultó, a la larga, mucho más definitiva. Los registros telefónicos incautados durante la investigación de Asuntos Internos sobre Verdejo no tardaron en llegar a manos de la fiscalía, que ya llevaba tiempo acumulando expedientes sobre las prácticas del concejal sin encontrar nunca la pieza definitiva que le permitiera actuar con contundencia.

La filtración de información de un caso de asesinato en serie a través de un policía sobornado resultó ser, precisamente, esa pieza que faltaba. La prensa, que días atrás lo había convertido en el crítico más feroz de la gestión policial del caso Arcángel, se volvió con la misma voracidad contra él en cuanto se filtraron los primeros detalles de la investigación, y Rachael Lombard, que llevaba días acumulando fuentes dentro y fuera del ayuntamiento, fue de las primeras en publicar un reportaje detallado que conectaba a Lasanta con una red de sobornos mucho más amplia de lo que nadie sospechaba, incluyendo pagos irregulares a través de empresas fantasma que guardaban un parecido sospechoso con las que Luis Guedes utilizaba en el puerto.

Manuel Lasanta dimitió de su concejalía apenas dos días después, alegando motivos de salud que nadie en la ciudad se creyó ni por un segundo, y se retiró a una casa familiar en el norte de la isla donde, según los pocos que mantuvieron contacto con él, pasaba los días dando largos paseos en solitario, incapaz todavía de entender del todo cómo su plan de venganza contra Paco Figueroa había terminado precipitando su propia ruina de un modo que ninguna de sus maquinaciones había previsto.

Carmelo Calderín, por su parte, encontró en las semanas posteriores a su liberación un extraño consuelo en su breve notoriedad barrial. Lejos de convertirse en el sospechoso señalado con el dedo que había temido, se transformó, gracias al testimonio público que Paco se encargó de dar en su nombre ante los vecinos más suspicaces del Bar El Cherne, en una especie de héroe accidental, el hombre cuya cartera robada había terminado, contra todo pronóstico, ayudando a resolver el caso más truculento que había vivido la ciudad en años. Su madre, que durante los días de la detención apenas había podido dormir, recuperó poco a poco la tranquilidad, y Carmelo, escarmentado, dejó de frecuentar Molino de Viento con la asiduidad de antes, aunque nunca llegó a admitirlo abiertamente ante nadie más que ante sí mismo.

*

Días después de la detención de Guedes, en el muelle todavía animado por el trasiego habitual de grúas y contenedores, Rachael Lombard consiguió por fin la entrevista con Sara Brito que llevaba días persiguiendo sin éxito, después de innumerables correos sin respuesta y llamadas que nunca llegaban a devolverle. Caminaron juntas por el paseo marítimo mientras los estibadores terminaban su turno, el sol de media tarde arrancando destellos metálicos de los contenedores apilados.

—Así que el caso de los arcángeles y su investigación sobre el patrimonio robado terminaron cruzándose en un trastero de Schamann —dijo Rachael, la libreta abierta pero apenas usada, prefiriendo grabar la conversación con el móvil para no perder detalle de las palabras exactas de Sara—. Va a ser difícil explicarles a mis lectores que un asesino en serie y una red de expolio arqueológico son, en el fondo, la misma historia contada dos veces.

—Bienvenida a este puerto, señorita Lombard —respondió Sara, con media sonrisa cansada pero genuina—. Aquí todas las historias acaban siendo la misma historia contada dos veces. Ya se lo advertí

al inspector Figueroa el primer día que hablamos, y no tardó ni un mes en comprobarlo por sí mismo.

—¿Y la pieza que no consiguen identificar? La que ni sus expertos supieron situar del todo.

—Esa, de momento, se queda entre nosotros —dijo Sara, con un tono que dejaba claro que no habría más detalles esa tarde, por mucho que insistiera—. Pero le prometo una cosa, Lombard: el día que sepamos de dónde viene de verdad, será la primera periodista en enterarse. Después de mi propio equipo, claro, que buena falta les ha hecho el esfuerzo de estas últimas semanas.

Rachael sonrió, cerró su libreta sin insistir más, consciente de que aquella promesa, viniendo de alguien como Sara Brito, valía mucho más que cualquier filtración arrancada a la fuerza, y ambas mujeres siguieron caminando hacia el atardecer que empezaba a teñir de naranja los contenedores apilados, como si el propio puerto guardara, en cada uno de ellos, una historia más todavía por contar.

*

En la oficina de UHEDO, unos días más tarde, Thais, sin el uniforme del club, vestida de calle por primera vez desde que la conocemos, con un traje sencillo que había comprado esa misma mañana presa de un nerviosismo que no recordaba haber sentido desde su última entrevista de trabajo, ocho años atrás, esperaba en la recepción con una carpeta de currículum bajo el brazo, revisándola mentalmente por enésima vez.

—El inspector Figueroa me habló muy bien de usted —le dijo Sara al recibirla personalmente, algo que no solía hacer con todos los candidatos, pero que en este caso le pareció el mínimo gesto de cortesía que la ocasión merecía—. Filología inglesa y alemana, traductora jurada, y por lo visto un don especial para el latín eclesiástico bajo presión.

—No sé si «don especial» es la expresión correcta, pero le prometo que trabajo mejor sin un cuchillo de por medio —respondió Thais, con una media sonrisa nerviosa que dejaba entrever, pese a todo, el ingenio rápido que la había mantenido a flote durante dos años detrás de una barra.

—Aquí no prometemos que no los haya, pero al menos los tendrá en fotografías, no en directo —bromeó Sara—. ¿Le interesaría una entrevista formal la semana que viene? Necesitamos a alguien que pueda leer entre líneas documentos antiguos en cinco o seis idiomas distintos, y por lo que me han contado, usted es de las pocas personas en esta isla capaces de hacerlo sin despeinarse.

Thais asintió, incapaz de disimular del todo la emoción de quien, después de dos años sirviendo copas a hombres que apenas la miraban a los ojos, empezaba a vislumbrar el camino de vuelta a la vida que había dejado en pausa, no por falta de talento, sino por el simple azar cruel de una tecnología que había decidido, sin consultarle a nadie, que su profesión ya no era necesaria.

*

En un salón modesto y ordenado, con una fotografía de Rebeca Tejada a los diecinueve años presidiendo un mueble junto a una vela que llevaba ocho años encendiéndose cada aniversario de su desaparición, Consuelo, su madre, abrió la puerta con el gesto cansado de quien ha aprendido, a base de decepciones, a no esperar ya buenas noticias de ningún visitante inesperado.

—Inspector Figueroa. Pensé que ya no volveríamos a verlo por aquí —dijo, sin reproche en la voz, solo una resignación antigua que a Paco le costó sostener la mirada.

—Tenía que venir, Consuelo. Antes de dejar la placa, quería contarle en persona lo que hemos averiguado.

Le entregó la carpeta amarillenta, ya vacía de su contenido original, que había pasado a formar parte del expediente reabierto del caso. Ella la abrió despacio, sin mirar demasiado tiempo las fotografías antiguas que ya conocía de memoria, cada arruga de aquel papel tan familiar como el rostro de su propia hija.

—Tenemos un nombre, Consuelo. Emilio Melián, profesor de Historia. Todo apunta a que él mató a Rebeca, y que ella fue la primera. Esta semana detuvimos a otro hombre que casi comete un quinto asesinato copiando su ritual, pero Melián sigue en libertad, y no pienso dejar la placa tranquilo hasta que lo encontremos. Se lo prometo.

Consuelo se llevó una mano a la boca. Una lágrima, contenida durante ocho años con una disciplina que solo el dolor más profundo enseña, encontró por fin su camino, deslizándose despacio por una mejilla que ya no intentó secarse.

—Ocho años preguntándome qué hice mal, si debí insistir más con la Policía, si alguien podría haberla salvado si hubiéramos hecho las cosas de otra manera. Y usted apareciendo hoy en mi puerta me quita ese peso de encima, aunque no me devuelva a mi hija, aunque nada en este mundo pueda devolvérmela ya.

—No hizo nada mal, Consuelo. El único que hizo algo mal fue él. Y por fin va a pagar por los dos casos, no solo por uno, que buena falta le hacía a esta ciudad ver que la justicia, aunque tarde, todavía es capaz de llegar.

Consuelo había criado sola a Rebeca desde los cinco años de la niña, cuando su marido decidió que la vida de barco mercante le convenía más que la de padre de familia y desapareció rumbo a un puerto que nunca llegó a especificar en la última postal que envió. Trabajó de cocinera en comedores escolares durante veinticinco años, con turnos que empezaban antes del amanecer, para que su hija pudiera estudiar la carrera que ella nunca había podido permitirse, y guardaba, todavía, en el mismo cajón que la fotografía y la vela, la

matrícula de honor de primero de universidad que Rebeca nunca llegó a completar.

Ella lo abrazó, un abrazo largo, torpe, sincero, el tipo de abrazo que solo comparten quienes han cargado juntos, aunque desde lados distintos, con el mismo peso durante demasiado tiempo. Paco, que rara vez se permitía este tipo de gestos en su vida profesional, se lo devolvió sin prisa, sintiendo que aquel abrazo cerraba, por fin, una herida que llevaba ocho años sin querer cicatrizar del todo.

*

Última jornada. Paco vació su escritorio en una caja de cartón que había rescatado del almacén de suministros, colocando con cuidado cada objeto como quien empaqueta no solo pertenencias sino fragmentos enteros de una vida: fotos descoloridas de casos antiguos, un bolígrafo gastado que ya apenas escribía pero que se negaba a tirar, la vieja lupa Eschenbach que tantas veces le había sacado de apuros. Al fondo del cajón encontró la carpeta amarillenta de Rebeca Tejada, ya vacía, y la miró largo rato antes de cerrarla con un gesto casi ceremonial, dejándola encima de la caja, no dentro, como si mereciera un lugar aparte del resto.

Carmela entró con dos cafés, dejando uno frente a él sin necesidad de preguntar cómo lo tomaba, después de tantos días trabajando codo con codo.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Ya se la llevé a la familia de Rebeca. Después de ocho años, por fin tenía algo que decirles que mereciera la pena escuchar.

Le entregó la caja, un gesto que en cualquier otro contexto hubiera parecido intrascendente pero que, entre ellos dos, cargaba con el peso simbólico de una transmisión de guardia mucho más profunda que cualquier procedimiento administrativo.

—El escritorio es tuyo. Cuídalo. Y no dejes que nadie te robe el mérito de nada, nunca, por muy superior jerárquico que se crea.

—No se lo permitiría ni a usted, jefe —sonrió ella, la voz cargada de un afecto que ninguno de los dos había verbalizado jamás abiertamente en todos esos meses de trabajo compartido.

Aquella misma mañana, en el despacho de la comisaria, Fernández y Sara Brito, cada una a un lado de la mesa, firmaron un breve protocolo de colaboración entre ambas unidades, un documento que llevaba días redactándose entre idas y venidas burocráticas. Betancor, por videollamada proyectada en la pantalla del ordenador, observaba con gesto contrariado, como si le costara aceptar que el mérito de aquel caso no fuera enteramente suyo para presumir ante sus propios superiores.

—Espero que este acuerdo no se traduzca en más gastos de los presupuestados, Inés.

—Se traducirá en menos cadáveres, comisario —respondió Fernández, sin siquiera mirar la pantalla—. El presupuesto, si le preocupa tanto, revíselo usted mismo, que para eso le pagan. Colgó la videollamada sin esperar respuesta, dejando la pantalla en negro. Sara, conteniendo una sonrisa que llevaba rato reprimiendo, guardó su copia del protocolo en la carpeta con gesto satisfecho.

—Me cae usted bien, Fernández. No es fácil encontrar jefes que sepan colgarle el teléfono a un superior sin perder las formas.

—Se aprende a base de encajar golpes, Brito. Se aprende a base de encajarlos, y con suficientes Betancores intentando dirigir desde lejos algo que no entienden de cerca.

Aquella noche, en su piso casi vacío ya de objetos personales, la mayoría empaquetados en cajas rotuladas con letra clara —LIBROS, ROPA, COCINA—, Paco, sentado en el único sillón que quedaba sin embalar, sostuvo entre las manos una fotografía antigua: él mismo, mucho más joven, apenas veinte años, junto a un hombre de uniforme que sonreía con la misma media sonrisa que él había

heredado sin darse cuenta, sin proponérselo, como se heredan tantas cosas que uno jura no querer repetir.

—Ya está, papá —dijo en voz baja, casi para la fotografía, la voz apenas un susurro en el silencio del piso vacío—. Este también lo cerré. Y el tuyo, aunque tarde ocho años más de la cuenta, también quedó cerrado.

Guardó la fotografía en una caja pequeña, la única que pretendía llevarse en el asiento del copiloto y no en la mudanza, un pequeño gesto de prioridades que decía mucho más de él que cualquier discurso. Frankie levantó la cabeza desde su manta en el suelo, como si hubiera notado el peso del silencio, y volvió a apoyarla, tranquilo, sobre las patas, ajeno del todo al significado de aquella despedida silenciosa.

*

Un porche recién construido, todavía oliendo a madera nueva, a barniz apenas seco, a esa promesa particular de los espacios que todavía no han terminado de llenarse de recuerdos propios. Paco, sentado en una silla de mimbre que Elena había insistido en comprar contra su criterio inicial, portátil abierto sobre las rodillas, una jarra de limonada al lado sudando gotas frías sobre la mesa de madera. Frankie dormía a sus pies, la respiración pausada del perro marcando el único ritmo que parecía importar en aquella tarde tranquila. Elena salió de la casa con dos platos de queso y aceitunas, dejándolos sobre la mesa antes de sentarse a su lado.

—¿Ya empezaste a escribir?

—Primera línea. «Miró el documento durante varios minutos...» —leyó Paco, girando la pantalla hacia ella con una mezcla de timidez y orgullo que Elena no le había visto en muchísimo tiempo.

Elena se rio, se sentó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro un instante antes de coger una aceituna del plato. El sol caía sobre

los campos que se extendían valle abajo, tiñendo de dorado las últimas terrazas de cultivo antes de que la neblina de la tarde empezara a subir desde la costa. Frankie levantó la cabeza un instante al notar el movimiento, olfateó el aire, y la volvió a apoyar, tranquilo, sobre las patas, satisfecho con que nada en aquel momento requiriera su atención.

Un coche discreto se detuvo al final del camino de tierra que llevaba hasta la finca, levantando una nube fina de polvo que el viento se encargó de dispersar enseguida. Bajó Sara Brito, ya sin el aire tenso de sus visitas al puerto, vestida de calle, con unos vaqueros y una camisa sencilla que la hacían parecer, por primera vez desde que Paco la conocía, una persona de vacaciones más que una policía en servicio. Se acercó al porche con una carpeta bajo el brazo, caminando despacio, como quien no quiere invadir un momento que intuye privado.

—Disculpe la intromisión el día de su retiro, inspector. No he podido resistirme a venir en persona.

—Después de lo del puerto, ya la considero casi de la familia, Brito —dijo Paco, sonriendo, sin levantarse del todo de la silla—. Siéntese, si quiere. Elena, esta es la mujer que me consiguió las cámaras que me salvaron las costillas hace unas semanas.

Sara declinó el asiento con un gesto amable, prefiriendo quedarse de pie, como si supiera de antemano que su visita sería breve.

—Solo será un momento. Entre las piezas del trastero de Melián, mi gente ha identificado ya media docena de fondos de museos de la isla, todo perfectamente documentado para su devolución. Pero hay una, la más antigua, un objeto tallado que ni Ingrid ni sus contactos en Madrid consiguen situar del todo. No es aborigen. Tampoco es templario, por mucho que él quisiera creerlo hasta el último momento. Es más antiguo que las dos cosas juntas.

Le tendió la carpeta. Paco la abrió despacio: la fotografía de un pequeño objeto de piedra pulida, con un grabado que no se parecía a nada que hubiera visto antes, ni en sus años de investigador ni en

ninguno de los libros de historia que había hojeado alguna vez por pura curiosidad.

—Venimos rastreando piezas así desde Palmyra hasta un anticuario de Madrid, pasando por medio Mediterráneo —continuó Sara—. Nada que le concierna ya a usted, que se retira. Pero quería que lo supiera de primera mano: parte de lo que encontró en esa cueva puede que abra una puerta mucho más grande de lo que ninguno de los dos imaginábamos aquella noche.

—Guárdemela hasta que yo tenga ganas de volver a mirar puertas grandes, Brito. Hoy solo tengo ganas de mirar esta pantalla en blanco, que ya bastante trabajo me ha costado llegar hasta aquí.

Sara sonrió, comprensiva, y le tendió una tarjeta simple, sin logotipo llamativo: UHEDO, Unidad Central de Patrimonio Histórico, un número de teléfono, nada más, ni siquiera un nombre impreso.

—Cuando quiera. De vez en cuando. Sin placa, sin urgencias de comisaría. Solo un consultor con buen ojo para lo que no encaja, que buena falta nos hace a veces alguien capaz de mirar un problema desde fuera del propio expediente.

Se despidió con una inclinación de cabeza y regresó a su coche, dejando tras de sí una nube de polvo que se disolvió despacio en el aire quieto de la tarde. Paco se guardó la tarjeta en el bolsillo de la camisa, junto al corazón, sin decir nada todavía. Miró a Elena, que enarcó una ceja, mitad advertencia, mitad diversión, ese gesto suyo tan característico que después de diez años juntos Paco había aprendido a interpretar con precisión milimétrica. Miró a Frankie, dormido, del todo ajeno a las puertas grandes o pequeñas que el destino pudiera tener reservadas para su dueño.

—Déjame terminar al menos el primer capítulo antes de que el mundo entero venga a buscarme para el siguiente caso.

Volvió la vista al portátil. La pantalla en blanco, por primera vez en mucho tiempo, ya no le daba ninguna pereza. Empezó a teclear despacio, disfrutando de cada palabra como quien saborea, por fin,

un vino que llevaba media vida esperando el momento adecuado para descorchar.

SEGUNDA PARTE

Después de las sombras

CAPÍTULO 11

Lo que sigue no es ya, en sentido estricto, la crónica de una persecución. El caso Arcángel, con la detención frustrada de Ezequiel Bethencourt en las cuevas de Guayadeque y un nombre, Emilio Melián, que la Policía llevaba días repitiendo sin lograr ponerle una cara delante, seguía tan abierto como el primer día, aunque nadie en la comisaría, ni el propio Paco, se atrevía todavía a decirlo así de claro en voz alta.

Lo que sigue es, más bien, el reverso de esa historia: el relato de todo lo que un caso así va dejando a su paso mientras sigue vivo, sin cerrar, sin un solo titular que pueda todavía anunciar el final. Las vidas que quedaron tocadas, para bien y para mal, por haber cruzado su camino con el de un asesino que continuaba, en algún lugar de la isla, obsesionado con un pasado que solo existía en su propia imaginación. Los oficios que cambiaron de rumbo, las amistades que se consolidaron, las heridas que tardaron años en cicatrizar y las que, mientras Melián siguiera libre, no podrían siquiera empezar a hacerlo.

Mientras tanto, la investigación seguía devorando cada hora del día de todos los implicados, y las pocas pausas que el caso permitía servían, casi siempre, para que las personas que lo rodeaban se conocieran un poco mejor entre ellas, aunque solo fuera para sobrellevar juntas la tensión acumulada.

*

—¿Sabes que nunca me has contado cómo era tu vida antes de conocernos? —le preguntó Carmela a Elena una tarde, mientras

ambas tomaban un café en la terraza de siempre, esperando a que Paco terminara una llamada.

Elena removió el azúcar de su taza, sonriendo con esa media sonrisa que Carmela ya reconocía como preludio de una confidencia sincera.

—Nací aquí, en Las Palmas, hace cincuenta años, hija de un funcionario de correos y de una maestra de primaria. En mi casa la educación era el único capital que mis padres podían dejarnos, así que estudié Odontología, pero lejos, en Santiago de Compostela. Fue la primera vez que viví sola, fuera de la isla. Todavía recuerdo esa mezcla de libertad y de alivio cuando por fin volví: libertad por haber vivido algo distinto, alivio por escapar de aquella lluvia constante antes de que terminara de convencerme de quedarme allí para siempre.

—¿Y Paco no fue tu primer marido? —preguntó Carmela, con la confianza que ya se había ganado tras tantos meses de amistad.

—Qué va. Me casé joven, a los veintiséis, con un ingeniero de telecomunicaciones que conocí en la boda de unos amigos comunes. Duró casi quince años, sin grandes dramas. Simplemente fuimos creciendo en direcciones distintas hasta que un día ya no coincidíamos en nada. Sin hijos, decisión de los dos, aunque te confieso que en las noches más solitarias todavía me lo pregunto.

—¿Y cómo conociste a Paco?

—En la consulta, sin buscarlo. Vino un sábado por una urgencia dental, mientras yo cubría guardia. Me llamó la atención esa calma suya tan desconcertante: llevaba la placa en la cartera y hablaba de su trabajo con el mismo desapego con el que otros hablan del tiempo. Empezamos a salir semanas después, sin prisa. Y aquí seguimos, diez años más tarde, en ese equilibrio raro entre la cercanía y la distancia que a veces ni yo misma sé explicar del todo, pero que en el fondo era justo lo que ambos necesitábamos.

—¿Y por qué nunca quisisteis vivir juntos, hasta hace poco?

Elena se quedó un momento callada, mirando el fondo de su taza antes de responder con una honestidad que rara vez se permitía ante nadie que no fuera Paco.

—Siempre lo achaqué a mi carácter fuerte, que ya sabes que lo tengo. Pero la verdad es que tenía miedo. Miedo de repetir con Paco el mismo desgaste lento que acabó con mi primer matrimonio, esa erosión silenciosa de la costumbre que convierte el amor en mera coexistencia sin que uno se dé cuenta a tiempo. Prefería mantener siempre un pequeño margen de distancia, para poder seguir echándolo de menos cada vez que cruzaba la puerta, en vez de arriesgarme a que se volviera invisible, como les pasa a tantas parejas que llevan demasiados años compartiendo el mismo sofá sin apenas mirarse ya.

Carmela le apretó la mano, sin necesidad de decir nada más. Aquella confidencia, compartida entre dos tazas de café ya frías, le hizo entender, mejor que cualquier otra conversación anterior, por qué Paco y Elena habían tardado tanto en encontrar su propio equilibrio, y por qué, precisamente por eso, aquel equilibrio parecía ahora tan sólido.

Aquella tarde, mientras recogían las tazas ya frías, Carmela pensó que ojalá ella misma encontrara algún día ese mismo tipo de equilibrio: alguien con quien compartir la vida sin necesidad de fundirse del todo en ella, alguien a quien seguir echando de menos incluso después de diez años juntos.

*

—¿Sabes que la gente todavía me pregunta si Rodolfo y yo somos familia? —le comentó Cosme a Matías una tarde tranquila en el Bar Noray, secando vasos detrás de la barra mientras Paco terminaba su caña—. Con lo distintos que somos, y con que ni siquiera compartimos apellido del todo.

—Será por lo de servir de comer y de beber a media isla, cada uno a su manera —bromeó Matías, dándole un golpecito en el brazo a Paco para que le siguiera la broma.

—Treinta y dos años ya detrás de esta barra —siguió Cosme, apoyándose en el mostrador

—. Y antes de eso, pescador, como tú, Matías. Patroneaba un barco de bajura en estas mismas aguas hasta que un cabo mal recogido me atrapó la pierna contra el cabrestante, una mañana de mar picada. Me quedó esta cojera, nada grave, pero suficiente para que el mar, después de tantos años dándome de comer, empezara a cobrarme intereses demasiado altos por seguir insistiendo.

—¿Y así llegaste al bar? —preguntó Paco, con genuina curiosidad, pese a llevar más de tres décadas conociendo a Cosme de vista, siempre a través de Matías, siempre como el amigo policía del pescador, sin que ambos hubieran llegado nunca a intercambiar más que la cortesía habitual entre tabernero y cliente ocasional.

—Con la indemnización y unos ahorros, le compré el traspaso a un matrimonio mayor que ya no tenía quien continuara el negocio. Y me apliqué a esto con la misma disciplina de patrón de barco: madrugar, aunque ya no para faenar, sino para tener el local listo antes de la primera clientela. Con los años uno aprende a llevar en la memoria las bebidas de cada parroquiano sin necesidad de anotar nada. Y una norma que nunca he negociado, aunque me haya costado más de una discusión: al que ya lleva encima más de la cuenta, ni una copa más, se ponga como se ponga.

Matías asintió, orgulloso de su viejo amigo, mientras Paco levantaba su caña en un pequeño brindis silencioso hacia el tabernero.

—Este bar es una institución del barrio, Cosme, y tú lo sabes —dijo Paco.

—Aquí se han cerrado tratos de pesca, se han llorado difuntos y se han celebrado nacimientos, inspector. Y hablando de cosas que no se olvidan —añadió Cosme, bajando un poco la voz, mirando de reojo hacia la mesa donde días atrás Matías le había mostrado a

Paco aquellas fotografías en el móvil—, todavía sueño de vez en cuando con esa imagen que vi de refilón aquella tarde, cuando les traía las cañas. No dije nada entonces, pero se me quedó grabada más de lo que hubiera querido. Entendí, mejor que en ningún periódico, la magnitud real de lo que perseguíais.

Paco asintió despacio, sin decir nada más. Sabía mejor que nadie que ese tipo de testigos silenciosos, gente que veía pasar la vida del barrio desde detrás de una barra, resultaban a veces más valiosos para una investigación que el más sofisticado de los informes periciales.

*

La ciudad de Las Palmas de Gran Canaria se despliega entre dos mares, el que baña la playa de Las Canteras al oeste y el que ruge, mucho más industrial y menos amable, contra los diques del puerto de La Luz al este, dos orillas que en apenas un par de kilómetros de distancia concentran realidades tan distintas que a veces cuesta creer que pertenezcan a la misma ciudad. Entre ambas, un istmo urbano donde conviven, superpuestos como capas geológicas de la propia historia isleña, los barrios coloniales de Vegueta y Triana, el trazado más moderno del Puerto y La Isleta, y esa franja turística de Santa Catalina donde el mundo entero parece darse cita cada temporada, hoteles y cruceros descargando visitantes que rara vez llegan a conocer nada más allá de las cuatro calles que les marca su guía.

Paco había recorrido cada rincón de esa geografía durante sus cuarenta años de servicio, con el conocimiento íntimo de quien ha visto la ciudad crecer, transformarse, a veces empeorar y a veces mejorar, siempre con esa capacidad tan canaria de reinventarse sin perder del todo su esencia. Conocía los atajos entre Triana y Vegueta que ningún turista sospechaba, las horas exactas en que el tráfico de la Avenida Marítima se volvía intransitable, los bares donde un policía podía sentarse a tomar algo sin que nadie lo mirara

con recelo, y los otros, muchos más, donde su sola presencia bastaba para que las conversaciones bajaran de volumen hasta hacerse inaudibles.

Guayadeque, tan lejos en apariencia de aquel bullicio urbano, formaba parte de la misma isla y de la misma historia con la que Paco llevaba media vida conviviendo sin plantearse demasiado sus raíces más profundas. El contraste entre la ciudad moderna, con sus rascacielos de la Avenida Marítima y sus terrazas de hormigón, y aquel barranco silencioso donde los aborígenes habían enterrado a sus muertos siglos antes de que ningún barco europeo avistara la isla, le resultaba, ahora que lo pensaba con la perspectiva de la jubilación inminente, una de las paradojas más hermosas y más inquietantes de vivir en un lugar como aquel: la sensación de que el pasado, por muy enterrado que estuviera bajo capas de asfalto y de progreso, nunca terminaba de estar del todo lejos, siempre dispuesto a asomar la cabeza cuando menos se lo esperaba uno, a veces en forma de yacimiento arqueológico, y a veces, como aquel caso terrible acababa de demostrarle, en forma de obsesión capaz de segar vidas humanas en su nombre.

*

Tres días después de la detención fallida de Guayadeque, con Bethencourt procesado por tentativa de asesinato y Melián todavía en paradero desconocido, la ciudad ya había empezado a pasar página, con esa capacidad tan humana de digerir hasta las tragedias más truculentas y devolverlas, poco a poco, al terreno de la anécdota contada en las sobremesas. El caso Arcángel, como lo había bautizado la prensa desde el primer día, ocupaba ya menos titulares, sustituido por otras noticias, otros escándalos, otras urgencias que la actualidad se encargaba de proveer sin descanso, aunque Paco sabía, mejor que nadie, que ese silencio mediático no significaba en absoluto que el peligro hubiera pasado.

El juicio contra Bethencourt, adelantaron los abogados de la acusación, no comenzaría antes de un año, dado el volumen de pruebas periciales que había que procesar y la previsible estrategia de la defensa, que ya apuntaba maneras de alegar algún tipo de trastorno mental que aliviara la responsabilidad penal de su cliente. Paco, con la fecha de su jubilación cada vez más cerca pero todavía sin firmar la entrega definitiva de la placa, seguía el caso de Melián con la misma obsesión de siempre, sin conseguir quitarse de encima la sensación incómoda de que algo en el desenlace de Guayadeque no terminaba de encajar del todo, aunque no supiera todavía poner nombre exacto a esa inquietud.

Thais Romero empezó su nuevo trabajo en UHEDO dos días después de la detención, y en esos pocos días allí ya había ayudado a resolver, gracias a su dominio del latín eclesiástico y de tres idiomas más, un caso pendiente sobre un manuscrito robado de un monasterio benedictino que llevaba tiempo estancado por falta de un traductor con la suficiente pericia técnica. Charlie Maka, tras el escarmiento recibido de Altuza, desapareció durante unos días de la vida nocturna del club Eros, y se rumoreaba en el barrio de El Polvorín que había buscado refugio temporal en Tenerife, aunque nadie llegó nunca a confirmarlo del todo con certeza.

La vida, en definitiva, seguía su curso, con esa mezcla de crueldad y misericordia tan propia del paso del tiempo, que cicatriza heridas sin llegar jamás a borrarlas del todo, dejando siempre, bajo la piel nueva, el recuerdo exacto de dónde había estado la herida original.

CAPÍTULO 12

Betancor citó a Fernández y a Paco en su despacho de la Jefatura Superior, un espacio impersonal decorado únicamente con diplomas enmarcados y una bandera que nadie parecía haber limpiado en meses, para lo que él mismo describió, con una sonrisa que no llegaba a los ojos, como «una puesta al día amistosa».

—Un profesor detenido que resultó no ser el correcto, y ahora cuatro víctimas confirmadas —enumeró, golpeando cada punto con el dedo índice sobre la mesa—. Necesito algo que enseñarle a la prensa esta semana, Fernández, o el próximo titular será sobre incompetencia policial, no sobre un asesino en serie.

—Lo que necesita, comisario, es dejarnos trabajar sin que cada filtración desde algún despacho le llegue a Melián antes que a nosotros mismos —respondió Paco, sin alzar la voz, aunque cada palabra llevaba el peso acumulado de meses de frustración contenida.

Betancor palideció apenas, un gesto tan breve que solo alguien que llevara toda una vida leyendo caras culpables, como Paco, podría haberlo captado con certeza.

—¿Insinúa usted que la filtración viene de mi despacho, Figueroa?

—No insinúo nada todavía, comisario. Solo constato que cada vez que este caso avanza, alguien con acceso a información privilegiada decide que el concejal Lasanta merece saberlo antes que el juez de instrucción.

Fernández intervino antes de que la conversación se precipitara hacia un terreno del que ninguno de los tres podría dar marcha atrás con facilidad.

—Lo que el inspector Figueroa quiere decir, comisario, es que Asuntos Internos ya tiene abierta una línea de investigación interna, y que agradeceríamos discreción institucional mientras se desarrolla. Nada más.

Betancor los observó a ambos con una desconfianza que no se molestó en disimular del todo, calculando cuánto de aquella acusación velada podía ir dirigida, en realidad, contra su propia gestión del caso ante sus superiores políticos.

—Tienen un mes, no dos. Y como esa línea interna termine salpicando al ayuntamiento sin pruebas sólidas, seré yo quien exija responsabilidades, empezando por la suya, Fernández.

*

Al salir del despacho, ya en el pasillo, Fernández se detuvo un momento, la tensión acumulada durante la reunión descargándose en un suspiro largo que pareció llevarse consigo buena parte de su entereza habitual.

—Un mes, Paco. Y encima teniendo que cuidarme las espaldas con mi propio superior.

—Betancor tiene más miedo del que aparenta, Inés. Los hombres que gritan tan fuerte casi siempre están intentando taparse a sí mismos algún ruido interior que no soportan escuchar.

—¿Y si ese ruido interior resulta ser algo más que simple miedo político?

Paco no respondió enseguida, dejándose acompañar por esa misma pregunta durante el resto del trayecto de vuelta a comisaría, consciente de que en aquel caso, cada vez con más frecuencia, las respuestas más incómodas terminaban siendo, también, las más ciertas.

CAPÍTULO 13

—¿Nunca te pregunté cómo era aquello de verdad, las COES? —le preguntó Paco a Matías una tarde de pesca, con las cañas ya calladas y el sol cayendo sobre el mar en calma.

Matías se quedó un momento mirando el horizonte antes de responder, como si necesitara ese silencio para decidir cuánto quería compartir.

—Tres días y tres noches en el macizo de Tejeda, en unas maniobras de supervivencia, sin más recursos que los que la propia isla quisiera darnos. Aprendimos a distinguir qué plantas se podían comer y cuáles te mataban, a levantar un refugio con ramas de pino canario, a racionar el agua de un manantial para que aguantara hasta el final. Ahí entendí algo que ningún instructor te puede enseñar del todo: que la verdadera fortaleza no está en imponerte a otros, sino en resistir, con la cabeza fría, lo que la vida te ponga por delante.

—Nunca me habías contado esa parte.

—Hay otras que tampoco te he contado, y esta te la cuento con menos orgullo —siguió Matías, con una media sonrisa cargada de ironía—. Una operación de vigilancia costera en la que sorprendimos a un grupo de contrabandistas de tabaco en una cala del sur. Aquello nunca salió en ningún periódico ni en ningún parte oficial más allá de lo estrictamente necesario. Pero me enseñó, de primera mano, que la línea entre la legalidad y la necesidad de la gente humilde es mucho más delgada de lo que cualquier ley escrita está dispuesta a admitir.

Paco asintió despacio, reconociendo en esas palabras buena parte de la filosofía vital que había admirado en su amigo durante tantos años.

—Cuando terminé el servicio y volví al mar, a la vida que mi padre me dejó sin imponérmela nunca, me traje esa mezcla de dureza y de compasión que tanto sorprende a quien me conoce por primera vez —continuó Matías—. Capaz de reducir a dos hombres el doble de corpulentos que yo sin despeinarme, y capaz también de repartir mi pesca entre los vecinos que la necesitan sin que nadie tenga que pedírmelo.

—Como aquella noche del puerto, hace treinta años —dijo Paco, en voz baja, la única vez que alguno de los dos se atrevía a mencionarlo directamente.

Matías no respondió con palabras. Se limitó a mirar a su amigo con esa lealtad silenciosa que ya apenas se estilaba en un mundo cada vez más acostumbrado a medir el valor de las relaciones por su utilidad inmediata, y volvió a lanzar el sedal al agua, dando por zanjada, con ese gesto, la conversación.

Se quedaron un rato más en silencio, cada uno con su caña, mientras el sol terminaba de esconderse detrás del perfil de Las Canteras, y Paco pensó, no por primera vez, que había pocas cosas en la vida tan reconfortantes como el silencio compartido con un amigo de verdad.

*

—¿Sabe por qué quise ser policía, jefe? —le preguntó Carmela a Paco una noche, ya tarde, mientras ambos ordenaban expedientes en el santuario, aprovechando un silencio poco habitual entre tanta presión mediática.

Paco levantó la vista de sus papeles, dispuesto a escuchar. Sabía, por experiencia, que ese tipo de preguntas merecían atención completa.

—Crecí en Escaleritas, la mayor de tres hermanas. Mi madre, viuda, trabajaba en un supermercado del barrio y sacó a las tres adelante

sin que nunca nos faltara lo esencial, aunque los caprichos escaseaban en casa. Yo era la responsable desde niña: la que ordenaba su cuarto sin que nadie se lo pidiera, la que ayudaba con los deberes de mis hermanas antes de terminar los míos. Si algo se perdía en casa, unas llaves, un mando, siempre terminaba encontrándolo yo. Creo que tenía una especie de sexto sentido para el orden que el resto de la familia no tenía.

—Eso explica bastante de tu escritorio, la verdad —bromeó Paco, señalando la mesa impecable de Carmela en comparación con el caos habitual de la sala.

Ella sonrió, sin ofenderse, y continuó.

—Tenía dieciséis años cuando vi, desde la ventana de mi cuarto, a unos agentes resolver con paciencia un caso de violencia doméstica que afectaba a una vecina. Toda la vida el barrio la había visto sufrir sin que nadie hiciera nada de verdad, y aquellos policías consiguieron, con método, poner orden donde el caos llevaba años imponiéndose. Decidí ese mismo día que quería dedicarme a eso.

—Entraste en la academia con las mejores notas de tu promoción, según me contaron — dijo Paco.

—Sí, aunque más de un compañero, incluso algún instructor, dudó de mí al principio por mi edad y mi aspecto. Me gané el respeto poco a poco, con la misma disciplina silenciosa de siempre, sin necesidad de levantar la voz. Vivo sola cerca de la comisaría, sin pareja desde hace más de un año, por decisión propia. Prefiero dedicar el tiempo libre a formarme, a leer manuales que la mayoría de mis compañeros consideran lectura excesiva fuera de horario. Preparándome para el día en que ya no necesite la supervisión de nadie.

—Ese día ya ha llegado, Carmela —le dijo Paco, con una seriedad que no dejaba lugar a dudas—. Este caso ha sido tu primera gran prueba de fuego, y la has superado con una entereza que dudo que tú misma supieras que tenías hasta ahora.

Carmela bajó la vista un instante, conmovida por el reconocimiento, antes de volver, con renovado ánimo, a la pila de expedientes que todavía les quedaba por revisar aquella noche.

Paco recogió sus propios papeles, satisfecho, pensando que aquella conversación merecía quedar guardada en algún rincón de su memoria, junto a todas las demás lecciones que aquel caso tan duro le había enseñado sobre la gente que lo rodeaba.

*

—¿Cuánto tiempo llevas ya con Kaiser? —le preguntó Paco a Anke Müller, durante una de sus visitas a la oficina de UHEDO, observando cómo el pastor belga malinois se acomodaba bajo la mesa de la alemana con la familiaridad de quien lleva años compartiendo despacho.

—Seis años él, y seis años yo en esta isla —respondió Anke, sin dejar de revisar unos documentos—. Vine de Múnich tras una investigación sobre tráfico de piezas expoliadas en Siria que involucraba a coleccionistas bávaros. Ese caso me abrió las puertas de UHEDO. Sara me reclutó en persona, en un congreso en La Haya, apenas terminó la operación.

—Y desde entonces, su mano derecha —apuntó Paco.

—Alguien tiene que encontrar soluciones prácticas donde los demás solo ven callejones burocráticos sin salida —bromeó ella, con una media sonrisa—. Kaiser me ayuda más de lo que la gente imagina. No solo detecta sustancias. Reconoce ciertos tipos de resina y barniz que se usan en la falsificación de obras antiguas. Ha resultado decisivo más de una vez.

—¿Y en lo personal? —se atrevió a preguntar Paco, con la confianza ya ganada tras meses de colaboración.

—Divorciada, sin hijos. Mi relación con el trabajo roza la obsesión sana, según mis propias palabras —rio Anke—. Mi matrimonio no

sobrevivió a la distancia entre dos carreras profesionales incompatibles. Los perros, en cambio, siempre me han dado la calma que la vida personal no siempre consigue ofrecerme. Confío más en el instinto de Kaiser que en el de la mayoría de las personas que he conocido en esta profesión, y no lo digo del todo en broma.

Jesús Rojas, que pasaba por el despacho en ese momento con una carpeta bajo el brazo, se sumó a la conversación con su habitual desparpajo madrileño.

—Yo, en cambio, aterricé aquí por una rodilla rota, inspector —dijo, apoyándose en el marco de la puerta—. Unidades de intervención rápida durante años, hasta que un salto mal calculado en un desalojo me apartó de la primera línea. Aporto al equipo la experiencia de calle que a veces falta entre tanto archivo histórico y tanta pieza de museo. Un instinto para el peligro físico que estos académicos, con todo su rigor, no siempre tienen de forma natural.

—Fue precisamente esa minuciosidad de Anke la que dejó el expediente de Guedes tan blindado que ni el mejor abogado pudo desmontarlo —añadió Paco, reconociendo el mérito con genuina admiración—. Un cierre bien distinto al mío, con las costillas de por medio.

Anke sonrió, sin necesidad de más palabras, mientras Kaiser levantaba la cabeza al oír su nombre en la conversación, como si también él quisiera reclamar su parte del mérito.

Kaiser se levantó entonces de debajo de la mesa y apoyó la cabeza sobre la rodilla de Anke, como reclamando también él su parte de la conversación y del reconocimiento recién compartido.

*

Días antes del hallazgo del trastero de Melián, cuando el caso todavía parecía encallado sin remedio en su cuarto cadáver, Paco había decidido revisar personalmente, una vez más, el expediente

completo de Rebeca Tejada, convencido de que la respuesta llevaba ocho años esperándolo entre aquellas páginas amarillentas sin que nadie hubiera sabido leerlas del todo bien.

Se instaló una noche entera en el santuario, con Carmela a su lado, ambos rodeados de fotografías antiguas, informes forenses descoloridos, declaraciones de testigos que apenas recordaban ya los detalles de aquella madrugada de hacía casi una década. Repasaron, uno por uno, los nombres de todas las personas interrogadas en su momento: compañeros de universidad de Rebeca, un antiguo novio que había resultado tener una coartada sólida, un vecino con antecedentes menores por hurto que nunca llegó a encajar del todo en el perfil del asesino.

—Aquí hay algo, jefe —dijo Carmela de madrugada, señalando una anotación casi ilegible al margen de una de las declaraciones—. Un profesor universitario que dio clases particulares a Rebeca durante su último año de instituto. Nunca llegaron a interrogarlo formalmente, solo aparece mencionado de pasada por una compañera de clase que decía que Rebeca hablaba mucho de él, que la había impresionado con sus conocimientos de historia.

Paco se inclinó sobre el papel, el corazón acelerándosele de un modo que no sentía desde hacía semanas. El nombre, escrito con la caligrafía apresurada de algún agente de hacía ocho años, resultaba casi imposible de descifrar del todo, pero las primeras letras, E. M., encendieron en su cabeza una alarma que todavía no sabía interpretar del todo, aunque el instinto, ese instinto que cuarenta años de oficio habían afinado hasta convertirlo en algo parecido a un sexto sentido, le decía que aquella pista, ignorada durante ocho largos años, podía ser mucho más importante de lo que parecía a simple vista.

Carmela, revisando el resto del sobre de pruebas original, encontró algo más que había pasado inadvertido durante ocho años, catalogado sin más como «bisutería sin valor, hallada a dos metros del cuerpo»: una pequeña medalla oxidada que ninguno de los agentes de entonces supo identificar. Paco la limpió con cuidado, y

bajo la costra de óxido acumulado, apareció un rostro alado que ya había aprendido a reconocer de memoria: Jegudiel. Rebeca Tejada, la primera, la que Melián llevaba ocho años llamando en secreto su «piedra fundacional», también había tenido su arcángel. Nadie, en su momento, había sabido leerlo.

Ingrid Asland, a quien Paco pidió ayuda esa misma noche para rastrear el apellido a través de los archivos parroquiales digitalizados que UHEDO mantenía por toda la isla, encontró algo que le heló la sangre incluso a ella, acostumbrada como estaba a exhumar historias de siglos de antigüedad sin inmutarse. Una familia Melián aparecía documentada en Teror desde al menos 1939, vinculada precisamente a la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús de la villa: unas señoritas de apellido Melián habían bordado, según una crónica de la época que Ingrid localizó en la hemeroteca digital, una de las alfombras de flores para la procesión de aquel año, en la calle León y Castillo, a apenas unos metros del templo de Nuestra Señora del Pino.

—No demuestra nada por sí solo, inspector —le advirtió Ingrid, consciente de hacia dónde empezaban a correr los pensamientos de Paco—. Es un apellido corriente en la isla, y medio Teror ayudó a levantar aquel templo. Pero el templo del Sagrado Corazón de Arbejales lo construyó un jesuita secularizado, don Juan González, entre 1914 y 1918, con la bendición del mismo obispo Marquina que años después devolvió a los jesuitas su colegio en la capital. Si Melián creció escuchando la historia de esa familia y de ese templo, no me extrañaría nada que ahí naciera, mucho antes de cualquier manifiesto, la primera semilla de toda esta locura.

Paco anotó el dato en su libreta, junto al resto de piezas sueltas que todavía no encajaban del todo, preguntándose cuántas generaciones de una misma familia hacían falta para que una devoción sincera se pudriera, poco a poco, hasta convertirse en obsesión, y cuántas más para que la obsesión terminara mutando en algo capaz de matar.

—Localiza a esa compañera de clase, Carmela. Y consígueme una lista de todo el profesorado que dio clases particulares de historia en

esa zona hace ocho años. Empiezo a pensar que llevamos toda la investigación mirando en la dirección correcta sin habernos dado cuenta del todo.

CAPÍTULO 14

El calendario de la cocina de Elena, con la cruz roja marcando el día de la jubilación definitiva de Paco, se había convertido, sin que ninguno de los dos lo hablara abiertamente, en el verdadero reloj de toda la investigación: doce días, todavía, para encontrar a un hombre que llevaba veinte años aprendiendo a no dejarse encontrar.

—Doce días y sigo sin nada sólido, Elena. Y cada uno que pasa es una mujer más en peligro.

—Doce días y ya has descartado a dos sospechosos, has encontrado un trastero lleno de pruebas, y le has puesto nombre y apellido a un asesino que llevaba años moviéndose sin que nadie sospechara de él —respondió Elena, sirviéndole el café sin que se lo pidiera—. No es nada, Paco. Es muchísimo. Solo que todavía no es suficiente, que es distinto.

Paco no respondió enseguida, dejando que el peso de esa distinción se asentara antes de seguir revisando, por enésima vez esa misma mañana, el mapa de la ciudad extendido sobre la mesa del porche, con cada escena del crimen marcada con un alfiler rojo.

*

En comisaría, Carmela había organizado un turno de guardia permanente para revisar, calle por calle, todos los locales de copas del centro que pudieran encajar con el patrón de caza de Melián, consciente de que doce días no daban para mucho margen de error.

—Si sigue el mismo patrón, jefe, se mueve por locales pequeños, de ambiente íntimo, donde pueda entablar conversación larga sin que nadie le interrumpa —expuso, señalando media docena de locales

marcados en el plano—. He pedido refuerzos discretos para los seis esta noche.

—Doce días, Carmela. Y seis locales que vigilar cada noche. Las matemáticas no están de nuestro lado.

—Las matemáticas nunca estuvieron de nuestro lado en este caso, jefe. Por eso llevamos meses ganando a base de tozudez, no de suerte.

Paco esbozó algo parecido a una sonrisa, la primera en varios días, y sintió, por un instante fugaz, que doce días quizá fueran suficientes después de todo, si conseguían mantener esa misma tozudez hasta el final.

CAPÍTULO 15

La compañera de clase que Carmela localizó, una mujer que ahora rondaba los cuarenta años y trabajaba como administrativa en un colegio privado del sur de la isla, recordaba, con una nitidez que sorprendió a los propios investigadores, los detalles de aquellas clases particulares que Rebeca Tejada había recibido durante su último curso de instituto.

—Se llamaba Emilio, de eso estoy segura, aunque el apellido no lo recuerdo con certeza —les dijo, sentada en la sala de espera de la comisaría, retorciendo un pañuelo de papel entre las manos con el nerviosismo propio de quien no está acostumbrada a hablar con la policía—. Rebeca hablaba mucho de él, decía que sabía cosas increíbles sobre la historia de la isla, sobre templarios y no sé qué de los aborígenes. Al principio yo pensaba que le gustaba, en plan de flechazo adolescente, ¿sabe? Pero luego, unas semanas antes de que la mataran, me dijo que ya no quería seguir yendo a esas clases, que el profesor se había puesto raro con ella, que le hacía preguntas que la incomodaban.

—¿Qué tipo de preguntas? —preguntó Paco, inclinándose hacia adelante, cada músculo de su cuerpo tenso por la expectación.

—No me lo llegó a contar del todo. Solo me dijo que un día dejaría de ir, que se sentía observada de una manera que no le gustaba. Y luego, a las pocas semanas, pasó lo que pasó, y con el shock de todo aquello, con el duelo, ni yo ni nadie de la clase pensamos en mencionarle esto a la policía. Perdónenme si con esto podría haber cambiado algo.

Paco le apretó la mano un instante, con una calidez que no solía prodigar en interrogatorios formales.

—No tiene nada que perdonarse. Tenía usted diecisiete años y acababa de perder a una amiga de una forma horrible. Nadie espera que un adolescente ate cabos que ni la propia Policía supo atar en su momento.

Aquella declaración, ocho años tardía pero providencial, terminó de confirmar lo que Paco ya empezaba a sospechar con una certeza casi física: Emilio Melián no solo había sido el primer asesino del caso Arcángel sin que nadie lo supiera, sino que su vínculo con Rebeca Tejada había sido mucho más directo, mucho más premeditado, de lo que ninguno de los investigadores originales había llegado siquiera a imaginar en su momento.

*

La comisaría de Las Palmas, la Supercomisaría que se alzaba imponente sobre la Avenida Marítima, había sido construida a finales de los años noventa como parte de un ambicioso plan de modernización de las infraestructuras policiales en Canarias, un edificio de líneas rectas y cristales ahumados que contrastaba, según opinión de Paco que había tenido ocasión de comentar más de una vez con Carlos Aguiar, con el trazado sinuoso y orgánico del resto de la ciudad histórica.

Sus pasillos, recorridos a diario por cientos de agentes de las más diversas unidades, guardaban la memoria silenciosa de décadas de casos resueltos y sin resolver, de ascensos y de caídas en desgracia, de historias humanas que rara vez trascendían más allá de los expedientes que las documentaban con la frialdad burocrática habitual. Paco había pasado allí más horas de su vida que en cualquier otro lugar, incluidas las distintas casas que había habitado a lo largo de los años, un hecho que, ahora que se acercaba su último día de servicio, le resultaba a la vez reconfortante y ligeramente inquietante.

La sala de investigación donde Carmela tenía su escritorio ordenado entre el caos habitual de sus compañeros albergaba, en aquellas semanas de investigación intensa, una energía particular que Paco reconocía de otros casos importantes de su carrera: esa mezcla de tensión y camaradería que solo los momentos de verdadera crisis colectiva conseguían generar entre un grupo de profesionales acostumbrados, la mayor parte del tiempo, a la rutina más gris.

El santuario, aquel cuarto improvisado que habían reclamado como espacio propio para el caso, se había convertido, con el paso de los días, en una suerte de segundo hogar tanto para Paco como para Carmela, sus paredes cubiertas de fotografías, mapas y anotaciones que trazaban, poco a poco, el mapa mental de una investigación que había terminado devorando buena parte de sus vidas personales durante aquellos días decisivos. Paco sabía que, en cuanto entregara la placa, aquel espacio pasaría formalmente a manos de Carmela, y la idea, lejos de tranquilizarlo, le añadía una presión más a la ya de por sí abrumadora cuenta atrás que llevaba encima.

*

—¿Alguna vez te arrepentiste de estudiar Medicina Forense, Rodolfo? —le preguntó Domingo, su ayudante, una tarde tranquila entre autopsia y autopsia, mientras ambos revisaban una partida de ajedrez a medio terminar.

—Nunca de verdad, aunque llegué aquí más por descarte que por vocación, y eso que me ha costado veinte años confesarlo en voz alta —respondió Rodolfo, sin dejar de estudiar el tablero—. Nací en Ciudad Jardín, hijo de un notario y de una profesora de piano. Un ambiente bastante acomodado para terminar examinando cadáveres cada mañana, ¿verdad? Estudié Medicina sin demasiada convicción, atraído más por la estabilidad futura que por ninguna llamada vocacional genuina.

—¿Y por qué forense, entonces, y no cualquier otra especialidad?

—Por eliminación, Domingo. Descarté la cirugía porque me resultaba excesivamente estresante, y la pediatría porque me parecía emocionalmente demasiado exigente para mi temperamento, que ya sabes que es más bien plácido. Con los años, sin embargo, desarrollé un orgullo genuino por este trabajo. Nunca doy nada por sentado. Reviso cada detalle dos y tres veces antes de emitir un informe definitivo. Esa cautela, que a veces desespera a los investigadores más impacientes, me ha salvado de más de una conclusión errónea.

—¿Y en lo personal? —se atrevió a preguntar Domingo, aprovechando la sinceridad del momento.

—Ahí sí que soy bastante menos meticuloso —rio Rodolfo, con ese humor autocrítico tan suyo—. Divorciado dos veces, sin hijos, viviendo solo en un piso que apenas decoro más allá de mis estanterías de libros de historia y mi colección de tableros de ajedrez. Cada uno con su propia historia, que puedo contarte con pelos y señales si tienes la paciencia de escucharme un rato.

Domingo sonrió, sabiendo que aquella invitación era, en el fondo, una manera cariñosa de seguir enseñándole el oficio más allá de lo estrictamente técnico.

—El caso Arcángel fue duro para todos, ¿verdad? —preguntó, ya con más seriedad.

—Cuatro autopsias que se sumaron a las decenas que ya llevaba examinadas en mi carrera, pero ninguna con la carga simbólica de aquellas cuatro mujeres jóvenes, truncadas por la

obsesión de un hombre que, irónicamente, compartía conmigo la misma pasión por la historia antigua, aunque él la canalizó hacia derroteros completamente opuestos a los míos.

Domingo asintió, guardando aquella confidencia junto a todas las demás que su mentor le había ido regalando desde que había llegado al departamento, agradecido por la paciencia con la que Rodolfo lo trataba incluso en medio de los días más duros de todo el caso.

*

*

—Doce años ya en esta oficina, Laura —le dijo un día Altuza, casi como advertencia velada, mientras ella archivaba facturas cuyo contenido real ambas sabían que no siempre correspondía con la mercancía verdadera—. Deberías estar agradecida.

—Lo estoy, señor Altuza —respondió ella, sin levantar la vista, con la discreción que llevaba una década cultivando a cambio de un sueldo muy por encima de lo que cualquier otro puesto administrativo de la ciudad le hubiera ofrecido.

Divorciada, con una hija adolescente que estudiaba gracias, en buena parte, a ese sueldo, Laura había aprendido a compartimentar su vida en dos esferas que nunca se tocaban: la oficina, donde archivaba lo que fuera necesario sin preguntar; y su casa, donde se esforzaba por ofrecerle a su hija una normalidad que, en el fondo, sabía que se sostenía sobre cimientos poco sólidos.

La detención de Guedes y la presión creciente sobre el entorno de Altuza la mantuvieron durante semanas en un estado de alerta constante, revisando cada documento, preguntándose en sus noches de mayor insomnio si algún día le tocaría a ella también sentarse frente a una mesa de interrogatorios.

Cuando la Policía Nacional, apenas unos días después, obtuvo pruebas suficientes para intervenir de lleno en las cuentas de Importaciones Altuza, Laura fue de las primeras en colaborar a cambio de inmunidad parcial, entregando una copia de seguridad que llevaba años guardando en secreto, sin mencionársela jamás a nadie, ni siquiera a su propia hija, por si algún día la necesitaba para protegerse a sí misma.

—Se lo he estado guardando por miedo, no por lealtad a Altuza, que quede claro —le dijo a Paco, entregándole la copia con manos temblorosas—. Solo espero que mi hija nunca tenga que enterarse de nada de esto.

Paco guardó la copia de seguridad en una bolsa de pruebas, consciente de que aquel pequeño gesto de valentía tardía por parte de una mujer asustada podía terminar valiendo, para el conjunto del caso Lasanta, mucho más de lo que la propia Laura llegaba a imaginar.

CAPÍTULO 16

Bethencourt, procesado por la tentativa de Guayadeque y en libertad provisional bajo fianza a la espera de juicio, seguía dando clases particulares para pagarse un abogado cada vez más caro, consciente de que sería recordado, para siempre, como el hombre que estuvo a punto de matar sin llegar a serlo todavía, según creía la propia comisaría. Paco, entretanto, seguía sin poder celebrar nada: el verdadero responsable de las muertes continuaba libre, y cada mes que pasaba sin una pista sólida le pesaba como una condena propia, distinta pero no menos real que la que esperaba, tarde o temprano, poder ponerle a quien de verdad la mereciera.

*

La fiesta de despedida de Paco, celebrada en el propio salón de actos de la comisaría dos días antes de que entregara oficialmente la placa, reunió a una concurrencia mucho más numerosa de lo que él mismo había anticipado, pese a su insistencia en que se tratara de un evento discreto, sin grandes discursos ni homenajes que lo incomodaran innecesariamente.

Fernández, incapaz de resistirse a la tentación de un pequeño discurso pese a las protestas previas de Paco, se subió a una tarima improvisada con una copa de cava en la mano, la sala en silencio expectante.

—Llevo seis años como comisaria de esta unidad, y en todo ese tiempo, jamás he tenido que preocuparme por si Paco Figueroa hacía bien su trabajo. Al contrario: mi mayor preocupación siempre ha sido que se jubilara antes de que yo consiguiera aprender la mitad de lo que él sabe sobre este oficio. Paco, esta comisaría no va

a ser la misma sin ti, aunque todos sepamos que tú tampoco vas a extrañarla demasiado.

Risas generalizadas, algún aplauso disperso. Paco, incómodo pero conmovido, levantó su propia copa en un brindis silencioso hacia la sala entera, buscando entre los presentes los rostros que más habían marcado aquellos últimos meses: Carmela, radiante junto a la pizarra que ya no necesitarían más; Rodolfo, con una bolsa de patatas fritas que había insistido en traer pese a las normas no escritas sobre comida en actos oficiales; Matías, incómodo con la corbata prestada que Elena lo había convencido de ponerse por una vez en la vida; Elena misma, apoyada contra la pared del fondo, con esa sonrisa que Paco había aprendido, con los años, a distinguir entre todas las demás sonrisas del mundo.

—Solo os voy a decir una cosa —dijo Paco, por fin, cuando el silencio volvió a instalarse en la sala, sorprendiendo a todos los presentes que esperaban que declinara hablar del todo—. Cuarenta años dan para muchas historias, algunas buenas, otras que preferiría no haber vivido nunca. Pero de todas ellas, lo único que de verdad me llevo conmigo, lo único que de verdad ha merecido la pena, sois vosotros. Cuidaos entre todos, y cuidad bien esta ciudad, que buena falta le hace.

El aplauso que siguió a esas palabras se prolongó más de lo que ninguno de los presentes hubiera esperado de un hombre tan poco dado, habitualmente, a las demostraciones públicas de sentimiento.

*

Antes de que el caso Arcángel llegara a su conclusión, en los días más oscuros de la investigación, cuando el cuarto cadáver todavía pesaba sobre la conciencia colectiva de la comisaría entera, Paco había decidido volver, una tarde cualquiera, a caminar por Molino de Viento, la zona donde Soledad Pérez había ejercido y donde Carmelo Calderín había perdido su cartera aquella noche fatídica, buscando

cualquier detalle que hubiera podido pasarse por alto en las primeras semanas de investigación.

Molino de Viento, un barrio de calles estrechas y edificios envejecidos en el corazón de la ciudad, conservaba todavía trazas de su pasado industrial, cuando los molinos que le daban nombre procesaban el grano que llegaba al puerto desde media Europa, mucho antes de que la zona se convirtiera, con el paso de las décadas, en uno de los enclaves de vida nocturna más discretos y menos recomendables de la capital.

Caminó despacio por sus calles, deteniéndose a hablar con algunos de los vecinos más veteranos, gente que llevaba toda la vida allí y que conocía, mejor que ningún informe policial, los ritmos secretos del barrio: quién trapicheaba con qué, quién protegía a quién, qué locales servían de tapadera para negocios que poco tenían que ver con las copas que anunciaban en sus cartas. Una anciana que regentaba un pequeño estanco desde hacía más de cuarenta años le contó, sin que él tuviera siquiera que preguntar demasiado, que en las últimas semanas había notado a un hombre desconocido merodeando por la zona a horas intempestivas, un hombre de aspecto respetable, gafas finas, que no encajaba en absoluto con la clientela habitual del barrio.

—Yo pensé que sería periodista, o algún inspector de Hacienda, con esas pintas tan pulcras entre tanto trapicheo —le dijo la mujer, sirviéndole un café que Paco no había pedido pero que aceptó de todos modos por cortesía—. Pero ahora que lo pienso, inspector, había algo raro en su forma de mirar a las chicas que pasaban. No como los demás hombres que vienen aquí buscando compañía. Las miraba como quien mira algo que quiere estudiar, no algo que quiere disfrutar.

Aquella descripción, ligera y casi anecdótica en su momento, terminó sumándose, días después, al perfil que finalmente confirmaría la identidad de Melián, uno más de los muchos hilos sueltos que, con paciencia y con la ayuda de vecinos anónimos dispuestos a

colaborar, Paco había ido tejiendo pacientemente hasta formar la red que terminaría por atrapar al asesino.

*

Unit Historica Hereditatem Domini, el nombre completo tras el acrónimo UHEDO que tan poco decía a primera vista sobre la magnitud real de su trabajo, había nacido apenas tres años antes de que Paco Figueroa se cruzara con Sara Brito en el puerto de La Luz, fruto de un acuerdo de cooperación entre varios países europeos preocupados por el creciente tráfico de patrimonio histórico que financiaba, según numerosos informes de inteligencia, actividades terroristas en Oriente Medio.

El primer gran éxito de la unidad, todavía comentado con orgullo entre sus miembros fundadores, había sido la recuperación de una lucerna de cerámica romana robada en Palmyra durante la ocupación yihadista de la ciudad siria, una pieza que había terminado, tras un rocambolesco periplo a través de intermediarios en Turquía y Chipre, en la trastienda de un anticuario madrileño que ni siquiera sospechaba, según su propia defensa posterior ante el juez, el verdadero origen de la mercancía que comerciaba.

En aquella misma operación, casi por casualidad, el equipo de Sara Brito había encontrado, en el mismo local, un cuadro que se creía perdido desde hacía más de un siglo, un hallazgo que había multiplicado el prestigio de la unidad dentro de los círculos policiales europeos y que había terminado de convencer a las autoridades españolas de que la sede permanente de UHEDO debía establecerse en Las Palmas, precisamente por la posición estratégica del puerto grancanario como punto de tránsito entre tres continentes.

Desde entonces, la unidad había investigado casos tan dispares como el intento de sustracción de una talla románica del siglo XII destinada a un comprador privado en Qatar, o el desmantelamiento de una banda organizada que robaba monedas antiguas de museos

europeos con una metodología tan sofisticada que había tardado años en ser detectada. Cada caso resuelto añadía una nueva capa de leyenda al pequeño equipo que Sara dirigía con mano firme desde aquella oficina discreta sin cartel en la puerta, un equipo que, hasta el caso Arcángel, jamás había tenido que enfrentarse a una investigación que combinara, de forma tan directa, el expolio patrimonial con el asesinato en serie.

Cuando el trastero de Melián reveló la magnitud real de lo que el profesor había estado sustrayendo de los museos de la isla durante años, Sara comprendió que aquel caso, más allá de su resolución exitosa, marcaría un antes y un después en la propia metodología de la unidad: la constatación dolorosa de que, en ocasiones, el expolio del pasado y la violencia contra el presente no eran fenómenos separados, sino dos caras de la misma obsesión enferma por poseer y controlar aquello que, por definición, pertenece a todos y a nadie a la vez.

*

—¿Sabes que hubo un tiempo en que Verdejo y yo nos llevábamos bien? —le confesó Paco a Carmela, tiempo después de la caída de Tomás, mientras ambos revisaban archivos antiguos del caso—. Casi nadie lo recuerda ya, ni siquiera él, me temo.

—Cuesta creerlo, jefe.

—Compartimos destino sus dos primeros años en la comisaría, en un grupo dedicado a delitos menores. Yo ya llevaba entonces más de dos décadas de servicio, y a mi manera, parca en palabras, intenté hacer de mentor con aquel joven inspector recién llegado.

—¿Y qué le enseñó?

—Trucos que ningún manual de la academia recoge. Cómo interpretar el silencio incómodo de un testigo que oculta algo. Cómo distinguir el nerviosismo de un inocente de la actuación calculada de

un culpable. Cómo mantener la cabeza fría en un interrogatorio que se

alarga horas sin resultado. Escuchaba con verdadero interés, tomaba notas, hacía preguntas inteligentes. Llegué a pensar que podía convertirse en un buen investigador.

—¿Qué cambió entonces?

Paco suspiró, con el peso de un recuerdo que llevaba años sin sacar a la luz.

—Un caso de estafa a ancianos que investigamos juntos. Verdejo, ansioso por demostrar su valía antes de tiempo, precipitó una detención sin pruebas sólidas. El estafador escapó del país antes de que pudiéramos volver a localizarlo. Yo intenté explicarle, con paciencia, dónde había fallado el razonamiento, qué pasos se había saltado por las prisas. Nunca pretendí humillarlo.

—Pero él lo vivió así.

—Se lo tomó como una humillación personal, y a partir de ahí empezó a distanciarse. Cada consejo mío le sonaba a recordatorio de su propia mediocridad. Lo que podría haber sido una relación de mentor y aprendiz se convirtió, con los años, en la rivalidad amarga y unilateral que todos conocimos durante el caso Arcángel.

Carmela guardó silencio un momento, sopesando aquella confesión.

—A veces me pregunto si las cosas hubieran sido distintas si usted lo hubiera tratado de otra manera, jefe.

—Yo también me lo he preguntado, Carmela. Y todavía no tengo una respuesta que me deje tranquilo del todo.

CAPÍTULO 17

Sara Brito convocó a Paco con una urgencia que no era habitual en ella, siempre tan mesurada, y lo recibió en la sede de UHEDO con Ingrid Asland ya esperando junto a una pantalla donde habían proyectado el mapa de rutas de venta que llevaban semanas reconstruyendo.

—Hemos identificado siete ventas más atribuibles al mismo intermediario anónimo — explicó Ingrid, señalando cada punto marcado en rojo sobre el mapa—. Bruselas, Marsella, Lisboa, Ámsterdam. Todas piezas menores, fáciles de mover sin llamar la atención, pero todas catalogadas originalmente en museos de esta isla.

—Melián necesita liquidez constante para mantener su tapadera —añadió Sara—. Un hombre escondido bajo una identidad falsa no puede permitirse un solo ingreso regular sin levantar sospechas. Vive, literalmente, de lo que roba y vende.

—¿Y el intermediario? —preguntó Paco, sabiendo de antemano, por la expresión de ambas mujeres, que aquella pregunta era precisamente el motivo de la convocatoria urgente.

—Hemos conseguido una fotografía de las cámaras de seguridad de la casa de subastas de Marsella —dijo Ingrid, mostrándosela en la pantalla—. Un hombre de mediana edad, gafas de sol, gorra. No es identificable con certeza, pero el porte, la forma de caminar, algo en la postura general nos resulta… familiar.

Paco estudió la imagen granulada durante un largo rato, sintiendo esa misma corazonada incómoda que llevaba días acompañándolo cada vez que un caso empezaba, por fin, a moverse en la dirección correcta.

—No puedo jurarlo con esta calidad de imagen, pero tampoco puedo descartarlo.

Necesitamos algo más sólido que una silueta borrosa.

Ingrid, mientras guardaba el material, mencionó de pasada algo que llevaba días rondándole la cabeza sin encontrar el momento de compartirlo.

—Hay una teoría marginal, inspector, de esas que circulan en foros de genealogía aficionada y que ningún historiador serio se atreve a firmar con su nombre: que tras la disolución de la Orden del Temple en 1312, algunos caballeros huyeron de Europa y usaron estas islas como escala hacia tierras que todavía nadie había cartografiado, mucho antes de

Colón. Nunca le di importancia, la había visto citada un par de veces sin ninguna fuente seria detrás. Pero si Melián lleva años obsesionado con su propio linaje, no me extrañaría que hubiera encontrado en esa teoría exactamente lo que necesitaba para sentirse elegido.

Sara la escuchó con una ceja levantada, sin descartarlo del todo pero sin darle tampoco más crédito que a cualquiera de las docenas de leyendas que la isla acumulaba desde hacía siglos.

—Leyenda o no, quiero que sigas tirando de ese hilo, Ingrid. Nos quedan pocos días, y en este caso ya hemos aprendido que hasta la pista más pequeña puede terminar siendo la única que de verdad importa.

*

La reunión con Interpol, gestionada a través de los contactos europeos de UHEDO, confirmó días después que el intermediario de Marsella operaba bajo, al menos, tres identidades documentadas distintas, ninguna de ellas coincidente con Emilio Melián, aunque todas compartían un patrón de comportamiento tan similar que Sara

empezó a sospechar que se trataba, en realidad, de la misma persona reinventándose cada vez que las autoridades se acercaban demasiado.

—Es bueno —reconoció Sara, con una mezcla de frustración profesional y respeto involuntario que a Paco le resultó extrañamente familiar—. Lleva años construyendo identidades de repuesto, probablemente desde mucho antes de que empezara a matar. Un hombre así no improvisa un escondite de un día para otro. Lo lleva preparando toda la vida, esperando el momento en que lo necesitara de verdad.

—Entonces nuestra única ventaja es que, tarde o temprano, hasta el escondite mejor preparado necesita dinero fresco, y el dinero fresco deja rastro —concluyó Paco, con la paciencia obstinada que lo había sostenido durante cuarenta años de casos que se resistían a cerrarse a la primera, ni a la segunda, ni a veces a la décima corazonada fallida.

Aquella misma tarde, Ingrid Asland empezó, sin decírselo todavía a nadie, a ampliar el rastreo más allá de las casas de subastas internacionales, hacia el terreno mucho más local y mucho más aburrido de las sociedades instrumentales vinculadas a contratos municipales de la propia isla, convencida de que, si Melián necesitaba blanquear dinero cerca de casa, alguna de esas empresas fantasma tendría que aparecer tarde o temprano cruzada con su nombre, aunque todavía faltaran meses para que aquella intuición, sembrada casi sin querer, terminara dando sus frutos.

CAPÍTULO 18

—¿Cuánto tiempo llevabas ya en San Telmo cuando llegué yo a la isla, Carlos? —le preguntó Paco, durante una de sus últimas visitas antes de que el propio párroco se trasladara a su nuevo destino en Tenerife.

—Casi veinte años ya entonces, aunque no siempre fue San Telmo —respondió Carlos, sirviendo dos vasos de agua fresca en la sacristía —. Empecé en una parroquia rural del norte de Tenerife. Después vino el accidente de coche que me dejó esta cojera, y una convalecencia tan larga que más de un superior temió que fuera el final de mi vocación.

—Nunca me lo habías contado con tantos detalles.

—La fragilidad enseña cosas que la salud no enseña, Paco. Depender de otros para las tareas más básicas me dio una comprensión de la vulnerabilidad humana que mis feligreses siempre han valorado. Esa capacidad de acompañar sin juzgar. Quizás me convirtió, con los años, en algo más que un simple párroco de barrio.

Paco sonrió, reconociendo en esas palabras la esencia misma de la amistad que los unía desde hacía tantos años.

—Tú y yo somos dos hombres de vocaciones opuestas, Carlos, y sin embargo nunca dejamos de entendernos.

—Porque en el fondo no son tan opuestas —replicó el párroco—. Los dos intentamos poner algo de orden y de sentido en medio del caos y el sufrimiento humano, cada uno desde su lado. Yo desde la fe, tú desde la ley. Y los dos, si somos honestos, desconfiamos de las certezas absolutas y de las soluciones fáciles.

—Has sido testigo de más crisis mías de las que me gustaría admitir —confesó Paco.

—Y nunca he intentado convertirte, aunque tú siempre bromees con eso. Solo he estado disponible, cada vez que necesitabas un espacio de conversación sin jerga policial ni presiones de comisaría. Eso sí, el caso Arcángel me removió algo distinto. Saber que mi propia erudición, sin que yo lo supiera, ayudó a perfilar el retrato del asesino. Que el mal anidó durante años a unos metros de mi propia parroquia, en las mismas calles que recorro cada mañana camino del café de Agapito.

—Sin ti no hubiéramos llegado hasta Melián tan rápido, Carlos. De eso no tengas ninguna duda.

El párroco asintió, agradecido, y ambos brindaron con sus vasos de agua, un pequeño ritual entre dos amigos que sabían que aquellas conversaciones, tan sencillas en apariencia, habían sido siempre mucho más importantes de lo que ninguno de los dos se atrevía a admitir en voz alta.

Aquella última visita a la sacristía de San Telmo, con el olor familiar a cera de vela y madera vieja, quedó grabada en la memoria de Paco como una de las despedidas más difíciles de todo su retiro, aunque ambos sabían, sin necesidad de decirlo, que la distancia geográfica jamás conseguiría debilitar una amistad forjada durante tantas décadas de confidencias compartidas.

*

—¿Cómo llegó usted a este puerto, Ibrahima, si no le importa que se lo pregunte? —le preguntó Paco, días después del operativo de aquella noche, encontrándolo de nuevo entre los contenedores durante una de sus últimas visitas al muelle antes de la jubilación.

Ibrahima dejó un momento su tarea, limpiándose las manos en el mono de trabajo antes de responder, sin ninguna prisa.

—De la misma manera que aquellos que rescatamos aquella noche, inspector. Hace veinte años, con apenas veinticuatro, tras una travesía de casi cinco días en un cayuco que salió de Senegal con más de sesenta personas hacinadas. Solo cincuenta y tres llegamos con vida a Maspalomas, una madrugada de octubre que todavía recuerdo con una precisión que ni los años han conseguido borrar.

—¿Y después?

—Meses en un centro de acogida, aprendiendo español con la determinación de quien sabe que el idioma es la primera llave de cualquier puerta. Trabajos esporádicos, tomates en los invernaderos del sur, construcción, lo que fuera, siempre con la vista puesta en regularizar mi situación. El trabajo en el puerto llegó cinco años después, gracias a un compañero del centro de acogida. Me presenté sin apenas experiencia, pero con ganas de trabajar, y con el tiempo me gané un contrato fijo.

Paco asintió, escuchando con el mismo respeto silencioso que ya le había mostrado aquella noche del operativo.

—Me casé con una maestra canaria que conocí en las clases de español, a las que sigo yendo los fines de semana, ya solo por gusto de seguir aprendiendo —continuó Ibrahima, con una sonrisa que se le iluminaba al hablar de su familia—. Tenemos un hijo, Malick, que estudia Enfermería con las mismas ganas de servir a los demás que yo he intentado demostrar cada día de estos veinte años.

—Aquella noche del contenedor, no dudó ni un segundo en arrodillarse a repartir agua — recordó Paco.

—No hacía falta pensarlo, inspector. Reconocí en sus ojos el mismo miedo que yo sentí en mi propia travesía. Un miedo que no se olvida del todo, por muchos años de vida estable que uno consiga construir después. Era lo único que un ser humano decente podía hacer.

Paco le estrechó la mano con fuerza, sintiendo, no por primera vez desde que lo conocía, que aquel hombre modesto encarnaba mejor que nadie una lección que a él mismo le había costado toda una vida terminar de aprender del todo.

*

Rachael Lombard consiguió, contra todo pronóstico, la única entrevista que Manuel Lasanta concedería jamás tras su caída, en la casa familiar del norte de la isla donde vivía ya recluido, lejos de las cámaras que antes tanto había buscado.

—No esperaba que aceptara verme —le dijo Rachael, sentándose frente a él en un porche mucho más modesto que cualquier despacho que hubiera ocupado en su vida política.

—Ya no tengo nada que perder, señorita Lombard. Y quizás, después de tantos años, tengo algo que decir que valga la pena escuchar —respondió Lasanta, con una voz que ya no buscaba impresionar a nadie.

—Cuénteme cómo empezó todo.

—De joven militaba con fervor en asociaciones estudiantiles, defendiendo causas que hoy apenas recuerdo con claridad. Estaba convencido de que la política era el instrumento legítimo para transformar una sociedad que consideraba profundamente injusta. Cueste creerlo o no.

—¿Y qué pasó con ese idealismo?

—Se fue erosionando, año tras año, cargo tras cargo. La maquinaria del partido premia la lealtad ciega por encima de cualquier convicción, y castiga la honestidad incómoda mucho más que el silencio cómplice. El joven que hubiera denunciado sin dudarlo la corrupción que yo mismo terminé practicando fue cediendo, concesión tras concesión, hasta que no quedó nada de aquellas convicciones originales.

Rachael tomaba notas, sorprendida por la franqueza inesperada de un hombre que siempre había preferido el discurso vacío a la introspección sincera.

—¿Y el proceso que Paco Figueroa instruyó contra usted?

—Confirmó, ante mis propios ojos, la distancia abismal entre el hombre que fui y aquel en que me había convertido. Preferí culpar de mi caída al sistema, a mis enemigos políticos, al propio Figueroa. Cualquier cosa antes que asumir que yo era el autor de un delito real que perjudicó a esta ciudad entera.

—¿Y ahora, aquí, en este retiro?

Lasanta miró hacia el valle que se extendía frente a la casa, con una expresión que Rachael no supo si interpretar como arrepentimiento genuino o simple resignación.

—Ahora tengo, por primera vez en décadas, la oportunidad de confrontar con honestidad el camino que recorrí. Si la aprovecharé, si alguna vez recuperaré algo de aquel idealismo perdido, no se lo puedo decir todavía ni a usted ni a mí mismo.

Rachael cerró su libreta despacio, sin la satisfacción habitual de quien acaba de conseguir una exclusiva. Por primera vez en su carrera, sintió que la mejor entrevista era, también, la más triste de escribir.

*

—¿Nunca te he contado cómo llegó Frankie a mi vida? —le preguntó Paco a Elena una noche, mientras el perro dormía enroscado a los pies de ambos, ya con las primeras canas propias de la edad.

—Alguna vez, por encima, pero nunca con detalle —respondió ella, acariciándole el lomo con el pie, sin despertarlo.

—Apenas ocho meses antes de empezar el caso Arcángel. Un vecino de Triana, un hombre solitario que vivía prácticamente recluido, murió en extrañas circunstancias. Lo archivaron

como accidente, una caída, pero yo siempre sospeché que fue un suicidio silencioso que nadie quiso investigar con el rigor debido.

—Qué historia tan triste.

—El perro, un pastor garafiano de apenas un año, se quedó solo en el piso casi dos días, hasta que un vecino alertó a la Policía por los ladridos. Cuando abrí la puerta me encontré con un animal famélico, aterrorizado. Pero en cuanto me agaché para calmarlo, se acurrucó contra mis piernas con una confianza que me desarmó por completo.

—¿Y decidiste quedártelo ahí mismo?

—No, al principio no. El protocolo dice que hay que entregarlo a una protectora mientras se busca a algún familiar. Pero ningún familiar apareció en las semanas siguientes, y yo, que en cuarenta años de carrera me había curtido ante todo tipo de escenas, no conseguía sacarme de la cabeza la imagen de ese perro solo en un piso vacío, esperando el regreso de un dueño que ya no volvería.

—Así que lo adoptaste.

—Casi sin darme cuenta de en qué momento exacto tomé la decisión. Y desde entonces es la única compañía fija que he tenido en casa, el único que me esperaba cada noche, sin importar la hora ni el humor con el que volviera.

Elena sonrió, mirando al perro dormido con una ternura que ya no intentaba disimular.

—Al principio me parecía una responsabilidad añadida que ninguno de los dos necesitaba,

¿te acuerdas? Y ahora no me imagino esta casa sin él.

—Por eso el jardín tiene el espacio que tiene, Elena. Para que corra a sus anchas —dijo Paco, con una sonrisa—. Un perro rescatado de una tragedia ajena, convertido, sin que ninguno de los dos lo dijera nunca en voz alta, en el símbolo de la vida nueva que estábamos construyendo juntos.

Frankie, ajeno por completo a toda esa conversación sobre su propio pasado, se despertó justo en ese momento, bostezó largamente, y apoyó la cabeza sobre el pie de Paco, como reclamando su ración de cariño antes de que la charla continuara sin él.

*

—¿Y usted cómo terminó en esta isla, Lombard? —le preguntó Sara Brito, durante uno de sus almuerzos mensuales en Vegueta, ya con la confianza suficiente para preguntas más personales.

Rachael dejó su copa de vino sobre la mesa, sonriendo con la ironía de quien ha aprendido a reírse de su propio pasado.

—Huyendo, más que buscando nada en concreto —confesó—. Mi matrimonio en París se desmoronó cuando descubrí una infidelidad que jamás sospeché, de un hombre que hasta entonces había considerado el pilar más sólido de mi vida adulta. Periodista de investigación, especializada en temas culturales para un digital francés modesto pero con cierto prestigio. Elegí Canarias casi al azar, por el clima y por una oferta freelance de cobertura de sucesos.

—¿Y aquel refugio temporal se convirtió en hogar?

—Mes a mes, sin que yo lo planeara —admitió Rachael—. Aunque mi verdadera obsesión, la que de verdad me trajo hasta el puerto de Las Palmas, nació antes, en un reportaje que hice en Francia sobre el expolio de yacimientos en el norte de África. Ahí descubrí la magnitud real de un negocio que la mayoría de la gente desconoce por completo, escondido tras la fachada respetable de anticuarios y coleccionistas.

—Por eso llevaba meses detrás de mí antes de que finalmente aceptara hablar con usted —recordó Sara, con una sonrisa cómplice.

—Meses de correos sin respuesta, sí. Pero mereció la pena la espera. No solo por el acceso a una fuente de primer nivel, Sara. También por esto —dijo Rachael, señalando con un gesto la mesa que compartían, la amistad genuina que se había ido forjando entre ambas—. Dos mujeres que, desde ángulos completamente distintos, comparten la misma obsesión por desenmascarar lo que otros prefieren mantener oculto.

—Y que ahora comparten también confianza mutua —añadió Sara—. Le prometo que seguirá siendo de las pocas periodistas a las que filtramos información, cuando el caso lo permita.

Rachael levantó su copa en un pequeño brindis silencioso, agradecida de que aquel encuentro desesperado a la salida de la comisaría, meses atrás, hubiera terminado convirtiéndose en mucho más que una simple fuente periodística.

Sara sonrió, dejando que el sol de media tarde terminara de calentar la mesa que compartían, pensando que aquella amistad, nacida de la pura necesidad profesional, se había convertido, sin que ninguna de las dos lo planeara, en una de las cosas más valiosas que aquel puerto tan complicado le había regalado.

CAPÍTULO 19

El aviso llegó tres días después de Guayadeque, cuando la ciudad empezaba de verdad a olvidar y Paco, en su porche de las medianías, llevaba ya un par de días sin recibir una sola llamada de comisaría. Fue Carmela quien condujo hasta allí en persona, sin avisar, con la cara descompuesta de quien ha visto algo que preferiría no haber visto.

—Yolanda Castro. Veintitrés años. Camarera del Rincón de Yeray, un local a cuatro calles del Eros —dijo, sin sentarse siquiera, de pie en medio del porche con las fotografías todavía en la mano—. Misma cruz, misma medalla. Esta vez, Uriel.

Paco cerró despacio el portátil donde llevaba media hora sin escribir una sola línea, y sintió que algo, muy en el fondo, se rompía de nuevo con un chasquido que ya creía superado.

—Dime que Melián no ha vuelto a acercarse al Eros.

—No hace falta que se acerque, jefe. Con que sepa que Thais trabaja ahora en UHEDO y que el Eros sigue vigilado, le basta con moverse cuatro calles más allá. Sigue el mismo patrón: locales de copas, chicas jóvenes, conversaciones sobre latín y linajes que nadie relaciona con nada hasta que es demasiado tarde.

—Cinco —dijo Paco, más para sí mismo que para ella, mirando el valle que tanto le había costado ganarse—. Y seguimos sin saber si piensa parar en siete o si haya alguno de esos otros nombres ortodoxos esperándonos todavía.

—Selafiel, Barachiel, Jegudiel —recordó Carmela, que se había aprendido la lista de memoria hacía días, casi contra su voluntad, como quien memoriza una oración que preferiría no tener que rezar

—. Y después, si de verdad quiere completar los ocho, todavía le quedaría Jeremiel de nuevo, aunque ya lo haya usado una vez.

Paco se levantó sin decir nada más, entró en la casa a por las llaves del coche, y Elena, que había escuchado la conversación entera desde la cocina sin decir palabra, se lo encontró de frente en el pasillo.

—Vas a volver, ¿verdad? Aunque hayas entregado la placa.

—No puedo escribir novelas sobre un asesino mientras el de verdad sigue ahí fuera, Elena.

Sería la ficción más cobarde que jamás haya firmado.

Ella no discutió. Le ajustó el cuello de la camisa, un gesto casi maternal que llevaba años repitiendo sin que ninguno de los dos le pusiera nombre, y lo dejó ir.

*

En la sede de UHEDO, Sara Brito tenía extendida sobre la mesa una veintena de fotografías de piezas arqueológicas vendidas en subastas privadas europeas durante los últimos días, cada una marcada con un círculo rojo alrededor de la fecha de venta.

—Melián necesita dinero para sobrevivir escondido, inspector, y sigue vendiendo piezas del mismo circuito que ya conocemos —explicó Ingrid Asland, señalando cada fotografía con un lápiz—. Tres ventas en Bruselas, dos en Marsella, todas gestionadas por el mismo intermediario anónimo. Si conseguimos identificar a esa persona, tenemos una vía directa hasta él.

—¿Y Lasanta? —preguntó Paco, recordándoles a todos, con esa sola pregunta, que las tramas de aquella ciudad rara vez vivían aisladas unas de otras—. Su nombre sigue apareciendo demasiado cerca de todo esto para ser casualidad.

Sara cruzó una mirada con Ingrid antes de responder, calibrando cuánto podía ya compartir con seguridad.

—El intermediario de Bruselas cobra a través de una sociedad instrumental que, según la auditoría que está tumbando la carrera política de Lasanta, también aparece vinculada a dos de sus contratos municipales. Puede ser coincidencia. En este trabajo, inspector, las coincidencias existen. Pero cada vez confío menos en ellas.

Paco salió de la sede de UHEDO con una nueva pieza que encajar en el tablero, aunque todavía no supiera dónde, y con la sensación, cada vez más firme, de que el nombre de Lasanta iba a terminar cruzándose con el de Melián de una forma que nadie, ni siquiera él, había anticipado del todo.

CAPÍTULO 20

Día diez. Paco lo escribió él mismo en la esquina superior de su libreta, un hábito nuevo que había empezado casi sin darse cuenta, como si poner número al día le ayudara a mantener a raya la sensación de estar corriendo en círculos.

La reunión de esa mañana reunía, por primera vez en el mismo despacho, a Carmela, Sara Brito, Ingrid Asland y la inspectora Milagros Peña de Asuntos Internos, cuatro investigaciones distintas convergiendo, sin que nadie lo hubiera planeado así, sobre el mismo nombre.

—Cinco días más, según mis cálculos, antes de que Verdejo se venga abajo del todo — expuso Peña, señalando su propio informe —. Está asustado. Sabe que lo tenemos, y los hombres asustados hablan, tarde o temprano.

—No tengo cinco días de margen, inspectora. Tengo diez, y de esos, cinco ya se han ido.

—Lo sé, Figueroa. Por eso mismo he adelantado la presión. Verdejo tiene una nueva citación para pasado mañana, no para la semana que viene.

Sara Brito, que había escuchado el intercambio en silencio, intervino con la calma que la caracterizaba incluso en los momentos de mayor tensión compartida.

—Ingrid sigue el rastro del dinero por su lado, Verdejo puede tirar del hilo desde el suyo. Si conseguimos que ambas vías converjan antes del día catorce, todavía tenemos margen real, Paco.

—El día catorce es tarde, Sara. El día catorce yo ya no llevo placa.

—Placa o no, seguirás siendo el hombre que más sabe de este caso en toda la isla. Eso no lo derogan ni Betancor ni ningún papel de jubilación.

*

Carmela lo acompañó hasta el coche, ya terminada la reunión, con esa costumbre suya de decir lo importante justo en los últimos segundos, cuando ya casi no quedaba tiempo para responder con calma.

—Día diez, jefe. Ya hemos pasado más de la mitad.

—Más de la mitad del tiempo, Carmela. No de la investigación. Eso todavía está por verse.

—Con usted, nunca sería tan pesimista.

—No es pesimismo. Es la primera vez en cuarenta años que el reloj corre más rápido que yo, y todavía estoy aprendiendo a correr a su ritmo.

Carmela se quedó mirándolo alejarse hacia el coche, con esa mezcla de admiración y preocupación que llevaba días sin saber cómo nombrar del todo, consciente de que ni ella ni nadie en aquella comisaría podría haberle pedido a Paco que corriera más despacio, aunque el propio cuerpo, tarde o temprano, terminara pasándole factura por el ritmo que se había impuesto.

CAPÍTULO 21

Thais fue quien, revisando por enésima vez su propia transcripción del manifiesto en busca de cualquier detalle que se le hubiera escapado, reparó en algo que ni Ingrid ni Sara habían sabido interpretar del todo: una expresión en latín eclesiástico, poco habitual fuera de círculos muy concretos, que Melián repetía como una especie de firma personal en tres pasajes distintos del texto.

—«Custos arcanorum» —le explicó a Paco, señalando las tres apariciones subrayadas en su copia de trabajo—. «Guardián de los secretos», literalmente. No es una expresión líturgica estándar, inspector. Es del tipo de latín que solo se aprende en seminarios muy específicos, o leída directamente de archivos eclesiásticos poco divulgados. Alguien se la enseñó, o la sacó de algún sitio muy concreto.

—¿Puedes averiguar de dónde?

—Ya lo estoy intentando. Ingrid me ha dado acceso a los archivos digitalizados de varias diócesis, y pienso encontrarla, aunque tenga que leerme cada documento uno por uno.

*

Dos días después, Thais localizó la expresión exacta en un único documento de todo el archivo digitalizado: un informe interno, redactado décadas atrás, sobre la custodia de ciertos objetos de valor histórico en la parroquia de Teror, firmado por un sacerdote cuyo apellido coincidía, letra por letra, con el que Ingrid ya había relacionado con la familia de Melián.

—Inspector, creo que acabo de encontrar el eslabón que faltaba —anunció Thais, entrando en el despacho con la impresión todavía caliente en la mano, sin apenas aliento por la carrera desde UHEDO —. Este documento conecta directamente la familia de Melián con la misma parroquia que Ingrid ya había señalado. No es solo una coincidencia de apellido. Es la misma frase exacta, la misma expresión en latín, transmitida de generación en generación dentro de la misma familia.

Paco la miró con una mezcla de gratitud y asombro que ya no intentaba disimular ante nadie del equipo.

—Thais, esto podría ser exactamente lo que necesitábamos para terminar de atar el nombre real tras la sociedad instrumental de Lasanta.

—Entonces váyanse a comprobarlo, inspector. Yo sigo aquí, por si hay algo más que traducir antes de que se acabe el tiempo.

Paco salió hacia UHEDO con la fotocopia todavía en la mano, pensando que, de las siete personas que más habían empujado aquel caso hacia adelante en los últimos días, cinco eran mujeres a las que nadie, ni la propia comisaría, había terminado de darles del todo el crédito que merecían.

CAPÍTULO 22

No le costó demasiado. Dos llamadas a antiguos contactos de la Policía Nacional en Madrid, una tarde entera revisando registros mercantiles desde su propio portátil, y el nombre apareció, casi como si hubiera estado esperando pacientemente todos esos años a que alguien volviera a buscarlo: Mario Morales de la Peña, gerente de Antigüedades Morales, un pequeño local del barrio de Malasaña con más de dos décadas de actividad y un historial de denuncias archivadas por falta de pruebas que a Paco le resultó, de inmediato, muy familiar.

—Taimado, buscavidas, y con un largo historial de rozar la legalidad sin llegar nunca a que lo pillen del todo —le resumió Paco a Sara por teléfono, la voz cargada de esa energía particular que solo un buen rastro consigue despertarle—. Coincide, además, con la descripción de otro caso que UHEDO tiene abierto sobre falsificación del cuadro de Balduino IV en Montgisard. Creo que su hombre y el mío son la misma persona.

—Eso explicaría muchas cosas —respondió Sara, ya tecleando en su ordenador para cruzar los archivos—. Voy a pedir una orden de vigilancia discreta sobre el local. Si de verdad es el mismo intermediario, no queremos que se nos escape antes de tener pruebas suficientes.

—Cuidado con moverse deprisa, Brito. Si es tan taimado como parece, cualquier movimiento en falso y desaparece con la mercancía antes de que consigan ni siquiera pisar la puerta.

Sara guardó un silencio breve, sopesando la advertencia con la seriedad que merecía.

—¿Y usted qué haría, inspector, si todavía llevara la placa?

—Esperaría a que él se moviera primero. La gente como Morales tarde o temprano comete un error. Solo hay que tener paciencia para verlo.

*

El despacho de Emilio Melián en la Facultad de Geografía e Historia, precintado desde su detención mientras se completaba el inventario forense de cada uno de los documentos y objetos que contenía, fue finalmente vaciado por orden judicial apenas unas semanas después, en presencia de un notario, dos peritos de la Policía Científica y la propia decana de la facultad, que había supervisado personalmente el proceso con una mezcla de alivio y vergüenza institucional que no había conseguido disimular del todo ante la prensa que esperaba fuera del edificio.

Entre los documentos catalogados, además de los ya conocidos árboles genealógicos y las notas del manifiesto que Thais había ayudado a traducir, aparecieron decenas de cuadernos de campo donde Melián había registrado, con la misma meticulosidad obsesiva que aplicaba a todo, años de observaciones sobre mujeres que había estudiado como potenciales candidatas antes de descartarlas, por razones que solo su propia lógica delirante podía explicar, del círculo de sus ocho ofrendas planeadas.

La lectura de esos cuadernos, que Paco tuvo ocasión de revisar como parte de su testimonio pericial durante la instrucción del caso, le produjo una inquietud distinta a la de cualquier otro documento que hubiera examinado en toda su carrera: la constatación fría, sistemática, de que decenas de mujeres de la ciudad habían pasado, sin saberlo jamás, bajo el escrutinio calculador de un depredador que las había estudiado, catalogado y finalmente descartado por motivos tan arbitrarios como el color de su cabello o la pronunciación de su apellido, sin que ninguna de ellas hubiera tenido jamás conocimiento del peligro que había rozado sus vidas.

La Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, tras el escándalo, revisó a fondo sus protocolos de acceso a los fondos patrimoniales que sus profesores utilizaban con fines de investigación, implementando controles mucho más estrictos que, según reconocieron varios responsables académicos en declaraciones posteriores, deberían haber existido mucho antes de que un solo hombre pudiera aprovechar durante años las lagunas de un sistema demasiado confiado en la buena fe de su propio profesorado.

*

Matías, que había insistido en acompañar a Paco a la primera visita de este a la nueva oficina de UHEDO, tras la llamada de Sara sobre la pieza fenicia, se paseó por los pasillos de la oficina con la misma curiosidad despreocupada con la que recorría el puerto cada mañana, deteniéndose ante cada fotografía de piezas arqueológicas colgada en las paredes con comentarios que arrancaban sonrisas discretas al resto del equipo.

—Oye, Brito, ¿y esta pieza de aquí cuánto vale, en plata contante y sonante? —preguntó, señalando una fotografía de un jarrón griego que Ingrid había clasificado meses atrás en un caso anterior, sin ningún ánimo especulativo real, sino con la curiosidad genuina de quien lleva toda la vida ganándose el pan con las manos y encuentra fascinante que existan objetos cuyo valor se mida en criterios tan distintos a los del peso del pescado.

—Depende del comprador y de lo desesperado que esté, Matías —respondió Sara, siguiéndole la broma con una soltura que sorprendió gratamente a Paco, poco acostumbrado a ver a la comisaria de UHEDO relajada fuera de un contexto estrictamente profesional—. Aunque le puedo asegurar que ninguna cantidad de dinero justifica jamás lo que algunos están dispuestos a hacer para conseguir según qué pieza.

Matías asintió, mirando de reojo a Paco con esa complicidad silenciosa de más de treinta años de amistad, ambos pensando, sin necesidad de decirlo en voz alta, en cuánta verdad encerraba aquella frase después de todo lo que habían vivido juntos en las últimas semanas del caso Arcángel, cuando la obsesión de un solo hombre por un pasado imaginario había estado a punto de costarles la vida a más de una persona a la que ambos apreciaban.

*

La relación entre Fernández y Sara Brito, nacida de la necesidad puramente profesional de coordinar dos investigaciones que habían terminado convergiendo, se consolidó en los meses siguientes hasta convertirse en una amistad genuina que trascendía con mucho el protocolo de colaboración institucional que habían firmado formalmente. Almorzaban juntas al menos una vez al mes, en un pequeño restaurante de Vegueta que ambas habían adoptado como punto de encuentro habitual, compartiendo no solo información profesional relevante para sus respectivas unidades, sino también esa camaradería particular que solo se desarrolla entre mujeres que han tenido que abrirse paso, con esfuerzo redoblado, en profesiones tradicionalmente dominadas por hombres.

—¿Sabes lo que más me inquieta de todo este asunto? —le dijo Fernández en uno de esos almuerzos rápidos entre reuniones—. Que un solo hombre, con suficiente inteligencia y suficiente paciencia, pueda llevar veinte años construyendo una doble vida sin que absolutamente nadie de su entorno cercano sospeche nada. Sus colegas de universidad, sus

vecinos, hasta su propia familia extendida, todos coinciden en la misma descripción: un hombre correcto, culto, algo solitario, pero nada que hiciera presagiar lo que escondía.

—Es lo más inquietante de este trabajo, Inés —respondió Sara, removiendo pensativa su café—. Cuanto más tiempo llevo en esto,

menos confío en la capacidad de cualquiera, incluida la mía propia, de detectar el mal a simple vista. Los monstruos rara vez llevan la máscara que la ficción les atribuye. Casi siempre parecen, hasta el último momento, personas completamente normales.

Aquella conversación, repetida en distintas variantes a lo largo de aquellos días de tensión compartida, se convirtió en una suerte de válvula de escape entre ambas mujeres, un espacio donde procesar juntas el peso acumulado de dos profesiones que exigían, cada día, enfrentarse a la peor cara de la naturaleza humana sin que ese contacto constante terminara por corromper la propia capacidad de seguir confiando, aunque fuera con cautela renovada, en el resto de la gente.

*

Domingo Reyes, el ayudante de Rodolfo en el Instituto Anatómico Forense, llevaba apenas dos años en el puesto, recién licenciado en Medicina y todavía decidiendo si la especialidad forense sería, de verdad, el camino que quería seguir para el resto de su carrera profesional.

Las autopsias del caso, cuatro cuerpos en apenas semanas, cada uno con su propia carga de crueldad meticulosa, supusieron para Domingo una prueba de fuego que estuvo a punto de hacerle reconsiderar por completo su vocación. Fue precisamente Rodolfo, con esa mezcla de humor negro y calidez genuina que caracterizaba su trato con los más jóvenes del departamento, quien lo ayudó a procesar el peso emocional de aquel trabajo, recordándole, en las noches más duras, que la distancia profesional no era sinónimo de indiferencia, sino la única herramienta que permitía a un forense seguir siendo útil sin quebrarse por dentro con cada caso.

—Mira, Domingo, si algún día dejas de sentir nada al examinar un cuerpo, ese es el día exacto en que deberías dejar este trabajo —le había dicho Rodolfo una de aquellas noches, mientras ambos

revisaban por enésima vez los informes del cuarto cadáver—. La clave no está en no sentir. Está en no dejar que ese sentimiento te impida hacer bien tu trabajo, que es, al

fin y al cabo, la última ayuda que le podemos ofrecer a alguien que ya no puede pedirla por sí misma.

Domingo recordaría siempre aquella conversación como el momento exacto en que su vocación pasó de ser una elección académica más o menos casual a convertirse en algo parecido a una verdadera llamada profesional, un regalo que, sin saberlo entonces, le debía en buena parte a la paciencia y la sabiduría acumulada de un hombre que amaba las patatas fritas al ajillo casi tanto como amaba enseñar a los que venían detrás de él.

CAPÍTULO 23

Elena lo esperaba despierta, algo que había dejado de hacer las tres primeras noches del caso, convencida de que insistir solo añadía presión a la que Paco ya cargaba. Pero aquella noche necesitaba decirle algo, y no estaba dispuesta a esperar a que él encontrara, por su cuenta, el momento adecuado.

—No te estoy pidiendo que dejes el caso, Paco. Te estoy pidiendo que, cuando estés aquí, estés de verdad aquí, no solo con el cuerpo sentado en la mesa mientras la cabeza sigue en Guayadeque o en el trastero o en cualquier otro sitio menos en esta cocina.

—Elena, no es tan fácil apagar y encender la cabeza como un interruptor.

—Lo sé. Pero llevo días comiendo sola en una mesa para dos, y empiezo a sentirme más acompañada cuando tú no estás que cuando estás aquí sin estarlo de verdad.

Paco se quedó callado, sabiendo que ella tenía razón incluso mientras una parte de él seguía repasando, sin poder evitarlo, la disposición de las fotografías sobre la pizarra del santuario.

—Te prometo que lo voy a intentar.

—No quiero que lo intentes, Paco. Quiero que te des cuenta de que también te estoy perdiendo a mí, no solo al tiempo que le dedicas al caso.

CAPÍTULO 24

Los días transcurrían en la finca de las medianías con una lentitud que Paco, para su sorpresa, encontró reconfortante en lugar de angustiosa, incluso en mitad de la peor tensión del caso. Las mañanas empezaban temprano, no por obligación sino por costumbre imposible de desprogramar tras cuatro décadas de horarios irregulares, con un café en el porche mientras Frankie exploraba cada rincón del jardín todavía en obras, antes de que el teléfono, tarde o temprano, volviera a sonar con alguna novedad del caso.

Elena, que había reducido su jornada en la consulta odontológica a tres días semanales para poder acompañarlo mejor durante aquellas semanas tan duras, se instalaba en la casa cada vez con más frecuencia, y poco a poco, sin necesidad de grandes decisiones formales que ninguno de los dos hubiera sabido verbalizar del todo, aquella cercanía fue consolidándose de manera natural, casi imperceptible.

—¿Sabes qué es lo más raro de todo esto? —le dijo ella una tarde, mientras ambos plantaban los primeros árboles frutales en el terreno que rodeaba la casa—. Que llevo diez años pidiéndote que estuvieras más presente, y ahora que casi lo estás, sigues teniendo la cabeza puesta en otro sitio la mitad del tiempo.

—Dame unas semanas más, Elena. En cuanto cierre esto, te prometo que aprenderé a estar aquí de verdad, sin un caso urgente esperándome —respondió Paco, con esa sinceridad que la proximidad del final del caso le había permitido finalmente cultivar sin las corazas habituales de su antiguo oficio.

*

La llamada llegó a las tres de la madrugada, y esta vez no fue a Paco. Fue Anke Müller quien descolgó, todavía medio dormida, la voz de un compañero del turno de noche cortándole el sueño de golpe.

—Anke, alguien ha forzado la puerta trasera del almacén de pruebas. La alarma saltó hace ocho minutos.

Llegó en menos de quince, con Kaiser tirando de la correa antes incluso de que ella abriera del todo la puerta del coche. El almacén, un edificio discreto cerca del puerto donde UHEDO guardaba las piezas todavía pendientes de catalogación definitiva, tenía la cerradura reventada y una de las estanterías volcada.

—Falta algo —dijo Sara, llegando pocos minutos después, recorriendo con la linterna cada estante—. La piedra fenicia no está. Y tampoco la carpeta con la documentación de Melián.

—Kaiser ha marcado un rastro hasta el muelle norte —informó Anke, siguiendo al perro que tiraba con fuerza hacia la salida—. Sea quien sea, salió por aquí hace menos de veinte minutos.

Sara llamó a Paco esa misma madrugada, aunque sabía que lo estaba sacando de la cama por segunda vez en pocas semanas.

—Se han llevado la piedra, Paco. Y los documentos que la relacionaban con Morales.

Al otro lado de la línea, un silencio breve, y luego la voz de Paco, ya completamente despierto, con ese filo que Sara recordaba de los peores días del caso Arcángel.

—Entonces ya sabemos que tenemos razón. Nadie roba pruebas de algo que no le compromete. Aunque ahora mismo, Sara, no puedo dedicarle a esto más que un par de llamadas. Bethencourt sigue libre y cada hora que le resto a ese caso me pesa como una losa.

—Lo sé, Paco. No te pido que vengas. Solo necesitaba que alguien más supiera lo grave que es esto.

*

Ingrid, coordinando el seguimiento del robo entre gestiones del caso principal, les puso al día un par de días después sobre lo que habían conseguido reconstruir: Morales había cerrado la tienda de Malasaña sin previo aviso, cancelando incluso una subasta programada para esa misma semana, un movimiento que solo tenía sentido si alguien lo había avisado de que la Policía se acercaba.

—¿Alguien de dentro? —preguntó Sara, con la misma desconfianza forjada en años de trabajar rodeada de piezas que despertaban demasiada codicia ajena.

—No lo sabemos todavía —admitió Ingrid—. Pero si es así, no sería la primera vez que a esta unidad le sale una fuga por donde menos lo espera.

Encontraron a Morales no en la tienda cerrada de Malasaña, sino en un guardamuebles de la periferia madrileña, alertados por un chivatazo que Rachael Lombard, desde Canarias, había conseguido sonsacarle a un antiguo empleado despechado del anticuario.

—Está cargando una furgoneta ahora mismo —les avisó Rachael por teléfono, la voz apresurada—. Mi contacto dice que se marcha esta misma noche hacia Portugal.

Sara y dos agentes de la Policía Nacional llegaron justo cuando Morales cerraba las puertas traseras de una furgoneta blanca sin distintivos. Al ver el coche frenar en seco, dejó caer la última caja que llevaba en los brazos.

—Esto es un malentendido —empezó a decir, levantando las manos con una sonrisa que no llegaba a los ojos—. Yo solo hago mudanzas de mercancía legal.

—Entonces no le importará que echemos un vistazo dentro —dijo Sara, mostrando la orden judicial que había conseguido apenas dos horas antes.

Dentro de la furgoneta, entre mantas y cajas de embalaje, encontraron no solo la piedra fenicia y la carpeta robada, sino una veintena de piezas más, catalogadas con el mismo sistema de

códigos sin registro oficial que Ingrid ya conocía de memoria del trastero de Melián.

—Parece que su cliente de Canarias no fue el único con mal gusto para las amistades, señor Morales —comentó Ingrid, examinando una talla que llevaba años en la lista de piezas desaparecidas del norte de África.

*

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo esto? —le comentó Sara a Paco por teléfono, informándolo del desenlace desde el propio juzgado madrileño—. Que tu caso empezó con un asesino obsesionado con un pasado imaginario, templarios que nunca pisaron esta isla. Y el mío termina con una red de tráfico bien real, moviendo patrimonio auténtico de todo el Mediterráneo. Dos mentiras y una verdad, mezcladas hasta que ya no se sabe bien dónde empieza una y termina la otra.

—Bienvenida al oficio de verdad, Sara. El mío también fue así siempre. Aquí la mentira y la verdad casi siempre viajan juntas, en la misma caja.

Con Morales ya en prisión preventiva y la red de intermediarios en proceso de desmantelamiento en otros dos países, Ingrid quedó encargada de seguir tirando de aquel hilo en paralelo, sin que nadie le pidiera todavía adelantar mucho más, conscientes todos de que el caso Arcángel seguía reclamando, con toda razón, el grueso de la atención de la isla entera.

—¿Hasta dónde crees que llega esto, Brito? —preguntó Paco, la última vez que se pasó por la oficina de UHEDO antes de volcarse por completo, otra vez, en la búsqueda del verdadero responsable de las siete muertes.

—No lo sabemos todavía del todo. Pero le prometo una cosa: si alguna vez necesitamos otra vez su lupa, sabrá de nosotros.

CAPÍTULO 25

Thais empezó a notarlo en su tercera semana en UHEDO: la diferencia entre traducir por necesidad y traducir por vocación era, sencillamente, la diferencia entre sobrevivir y sentirse viva. Ingrid Asland le había asignado un pequeño escritorio junto al suyo, rodeado de fichas y catálogos, y las dos mujeres, tan distintas en apariencia, habían descubierto con sorpresa cuánto tenían en común bajo esa fachada.

—¿Echas de menos el Eros? —le preguntó Ingrid una tarde, sin levantar la vista de un fragmento de cerámica que llevaba horas fotografiando desde todos los ángulos posibles.

—Echo de menos el dinero fácil de las propinas, si te soy sincera. Lo demás, no. Aquí al menos nadie me pregunta cosas raras sobre latín y linajes solo para poder mirarme el escote mientras finge interés intelectual.

Ambas rieron, aunque la broma escondía, bajo la superficie, una herida que Thais todavía no había terminado de procesar del todo: la certeza de haber sido, durante meses, observada, estudiada y finalmente descartada por un hombre capaz de matar a otras cinco mujeres sin que ella lo notara nunca.

—A veces pienso que debería estar muerta, Ingrid. Que solo me salvé por alguna razón que ni siquiera él mismo terminó de entender.

—O quizás te salvaste porque nunca dejaste de ser exactamente quién eres, y eso, aunque él no lo llamara así, es lo más parecido a un acto de resistencia que existe.

*

Sara Brito, que había seguido de cerca la incorporación de Thais al equipo, le propuso días después una tarea concreta: traducir un lote de correspondencia incautada en el trastero de Schamann, cartas antiguas que Melián había comprado a lo largo de los años a distintos anticuarios de dudosa procedencia, convencido de que en ellas se escondían pruebas de su supuesto linaje templario.

Thais trabajó durante días en aquellas cartas, casi todas del siglo dieciocho, la mayoría correspondencia comercial sin ningún valor genéalogico real, hasta que encontró, en el revers de una de ellas, una anotación manuscrita mucho más reciente, con la misma letra apretada y nerviosa que ya había aprendido a reconocer del propio manifiesto.

—Sara, tienes que ver esto —llamó, con la voz alterada por el hallazgo—. Es una dirección.

Y una fecha, de hace apenas cuatro meses.

La dirección resultó corresponder a un apartado de correos en Telde, ya cancelado, que Melián había utilizado brevemente antes de idear el sistema de sociedades instrumentales que después lo conectaría, sin que nadie lo supiera todavía, con el entramado de Lasanta. No condujo a una detención inmediata, pero sí a una pieza más del mosaico que, paso a paso, sin que ninguno de los implicados fuera consciente de la magnitud completa de lo que estaban construyendo entre todos, terminaría cerrando el cerco sobre él.

—Cada carta cuenta una historia que su dueño original nunca pretendió contar —le dijo Sara, con genuina admiración, mientras archivaba el hallazgo—. Eres mejor en esto de lo que tú misma imaginas, Thais.

—Llevo dos años sirviendo copas a hombres que jamás imaginaron que yo entendía cada palabra que decían. Supongo que se me da bien escuchar lo que la gente cree que nadie más puede entender.

CAPÍTULO 26

Día ocho. Elena insistió en acompañar a Paco esa tarde a la comisaría, cansada de esperar noticias sentada en el porche, y Fernández, para sorpresa de todos, no puso ninguna objeción a que se quedara en la sala de reuniones mientras el equipo repasaba, por enésima vez, el mapa de locales nocturnos que Carmela había ido marcando durante la semana.

—Ocho días, y todavía no consigo acostumbrarme a verte así, Paco —le dijo Elena, en voz baja, mientras él estudiaba el mapa con los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—¿Así cómo?

—Con esa mezcla de miedo y determinación que no te había visto desde que te conozco. Siempre pensé que la placa te daba esa fuerza. Ahora veo que la fuerza era tuya desde el principio, y la placa solo le daba un lugar donde ponerla.

Paco no respondió enseguida, demasiado concentrado en un detalle del mapa que acababa de llamarle la atención: tres de los locales marcados por Carmela formaban, casi sin que nadie lo hubiera notado hasta entonces, un triángulo casi perfecto alrededor de la Ermita del Espíritu Santo.

—Carmela, ven a ver esto.

*

Carmela se inclinó sobre el mapa, siguiendo con el dedo la línea imaginaria que Paco acababa de trazar entre los tres puntos marcados.

—No había caído en esto, jefe. Los tres a menos de trescientos metros de la ermita.

—Y la ermita, a su vez, a menos de doscientos metros de donde apareció Soledad. Este hombre no elige al azar, Carmela. Elige dentro de un radio que conoce de memoria, como quien vuelve siempre al mismo barrio de la infancia sin poder evitarlo.

—¿Cree que vivió aquí de pequeño?

—Creo que algo, en este barrio concreto, significa para él mucho más de lo que hemos sabido ver hasta ahora. Ocho días, Carmela, y puede que la respuesta llevara todo este tiempo dibujada literalmente sobre nuestro propio mapa.

Fernández, que había escuchado el intercambio desde la puerta, ordenó refuerzo inmediato de vigilancia discreta en los tres locales y en la propia ermita, consciente de que aquel pequeño hallazgo, por incierto que aún pareciera, era lo más prometedor que habían tenido en varios días.

Elena, observando desde la puerta cómo Paco recuperaba, aunque solo fuera por un instante, algo parecido al brillo que ella tanto había echado de menos durante aquella semana, sintió que quizá los ocho días que quedaban no fueran, después de todo, un plazo completamente imposible.

Carmela pasó el resto de la tarde coordinando los turnos de vigilancia con Fernández, mientras Paco se quedó a solas frente al mapa, trazando una y otra vez el mismo triángulo imaginario alrededor de la ermita, como si repetir el gesto pudiera, por pura insistencia, revelarle algo más de lo que ya había visto a la primera. Elena, sentada un poco más allá, lo observaba en silencio, aprendiendo a reconocer en aquella concentración absoluta la misma versión de Paco que llevaba cuarenta años enamorándola sin que ella se lo hubiera confesado del todo hasta hacía bien poco.

CAPÍTULO 27

Día siete. Padre Carlos se presentó sin avisar en comisaría, algo tan impropio de él que el propio agente de recepción dudó un instante antes de dejarlo pasar, con un libro antiguo de tapas gastadas apretado contra el pecho.

—Paco, creo que he encontrado algo. Puede que no sea nada, pero llevo desde anoche sin poder quitármelo de la cabeza.

Era un registro parroquial de San Telmo de mediados del siglo pasado, prestado por un archivo diocesano al que Carlos tenía acceso por su condición de párroco, con anotaciones manuscritas sobre familias que habían financiado, generación tras generación, la restauración de pequeñas ermitas por toda la isla.

—Aquí, mira —dijo, señalando una entrada subrayada con lápiz—. Una donación anónima para la Ermita del Espíritu Santo, hecha a través de un abogado, sin nombre explícito del donante. Y otra, idéntica en la forma, para la capilla de Arbejales en Teror, apenas dos años después. Mismo abogado, mismo tipo de letra en la firma del recibo.

Paco estudió el documento con atención, sintiendo esa misma corazonada que llevaba días sin abandonarlo del todo.

—¿Puedes conseguirme el nombre de ese abogado?

—Ya lo he intentado, Paco. El despacho cerró hace treinta años, y los archivos que quedan están repartidos entre tres notarías distintas. Podría llevarnos más tiempo del que a ti te queda.

*

Ingrid Asland, avisada por teléfono, se presentó en comisaría antes de que Paco terminara de leer el registro completo, con esa energía particular que solo un rastro documental genuino conseguía despertarle.

—Déjenmelo a mí. UHEDO tiene acceso directo a los archivos notariales digitalizados de toda la provincia. Si ese abogado existió de verdad, y firmó esos dos recibos, encontraré su nombre antes de que anochezca.

—Día siete, Ingrid. Cada hora cuenta.

—Lo sé, inspector. Por eso mismo no pienso perder ni un minuto más hablando de ello en lugar de buscarlo.

Salió de comisaría casi corriendo, y Paco se quedó un momento a solas con Padre Carlos, ambos mirando el registro parroquial abierto sobre la mesa, dos ermitas separadas por años y kilómetros, unidas por la misma mano anónima que, quizá, llevaba décadas dejando pistas sin que nadie hubiera sabido leerlas hasta entonces.

—Si esto lleva a algún sitio, Carlos, te debo mucho más que una partida de domó.

—Si esto lleva a algún sitio, Paco, con salvar una vida más ya estaremos en paz los dos.

Se dieron la mano, un gesto formal entre dos amigos que rara vez necesitaban formalidades, y Paco se quedó a solas en la sala, con el registro parroquial todavía abierto sobre la mesa y la sensación, cada vez más firme, de que las respuestas de aquel caso llevaban mucho más tiempo del que nadie imaginaba escondidas a plena vista, esperando simplemente a que alguien se tomara la molestia de mirar dos veces.

CAPÍTULO 28

—Otra noche sin dormir, jefe, pero esta vez con algo que enseñarle —le contó Carmela a Paco por teléfono, con una satisfacción que no intentaba disimular—. Un testigo de Vegueta que por fin se ha decidido a hablar sobre la noche de Soledad.

—Sabía que algo bueno saldría de tanto insistir, Carmela. Nunca lo dudé —respondió Paco, genuinamente orgulloso.

—¿Cuántos días le quedan ya, jefe?

—Los que queden, Carmela. No pienso en eso hasta que esté delante de mí el último.

*

Paco se quedó un momento a solas con Carmela en el pasillo de la comisaría esa misma noche, un instante breve que ninguno de los dos volvería a mencionar después, pero que ambos recordarían como uno de los más significativos de toda su relación profesional.

—Pase lo que pase estos días, Carmela, quiero que sepas que has sido la mejor compañera que he tenido en cuarenta años de carrera —le dijo, con una solemnidad poco habitual en él, mirándola directamente a los ojos—. No lo digo para asustarte. Lo digo porque quiero que lo sepas, y porque llevo días queriendo decírtelo sin encontrar el momento adecuado.

Carmela, sorprendida por la vulnerabilidad repentina de un hombre que rara vez se permitía ese tipo de confesiones, sintió que se le formaba un nudo en la garganta que le costó deshacer antes de poder responder.

—No va a hacer falta despedirse de nada, jefe. Y aunque llegue el último día sin haberlo atrapado, usted ya me ha enseñado más en estas semanas de lo que hubiera aprendido en años sin usted. Eso ya no me lo puede quitar nadie.

Se abrazaron, un gesto poco habitual entre ambos, breve pero sincero, antes de que cada uno volviera a sus respectivas tareas, cargando con aquella conversación como un pequeño talismán silencioso durante las horas de tensión que todavía les esperaban.

El equipo de la Policía Científica que procesó la escena del crimen en Guayadeque tras la detención frustrada de Bethencourt trabajó durante casi tres días completos catalogando cada objeto encontrado en la cueva, desde las piedras volcánicas del altar hasta los fragmentos de cerámica dispersos durante el forcejeo final, en un proceso meticuloso que resultaría decisivo para sostener la acusación contra Bethencourt.

Entre los hallazgos más significativos, además del propio manifiesto que Thais había ayudado a traducir, apareció un pequeño cuaderno personal, distinto de los cuadernos de campo académicos encontrados posteriormente en su despacho, donde Melián había registrado, con una caligrafía cada vez más errática a medida que avanzaban las páginas, sus reflexiones más íntimas sobre cada uno de los crímenes cometidos, una suerte de diario de guerra personal que los peritos forenses en psiquiatría estudiarían extensamente durante la instrucción del caso para determinar el grado de conciencia y premeditación con que había actuado.

Buena parte de esas páginas, según Ingrid pudo reconstruir días después con ayuda de un historiador especializado en órdenes religiosas, desarrollaban una segunda mitad de la teoría que Thais ya había avanzado por teléfono aquella noche en Guayadeque: que los descendientes templarios asentados en la isla, privados de su antigua estructura tras siglos de silencio, habrían encontrado en la llegada de los jesuitas, ya en el siglo dieciséis, un molde nuevo donde verter la misma vocación de disciplina y secreto que la Orden original había perdido para siempre en la hoguera de Jacques de

Molay. Ninguna de las dos cosas, la fuga templaria ni el injerto jesuita posterior, contaba con el más mínimo respaldo documental serio, según coincidieron todos los historiadores consultados durante la instrucción, pero la coherencia interna con la que Melián había hilado ambas fantasías, citando crónicas reales junto a citas inventadas con una naturalidad perturbadora, explicaba, mejor que cualquier informe psiquiátrico, hasta qué punto aquel hombre había llegado a habitar por completo la historia que se había construido para sí mismo.

La última entrada del cuaderno, fechada apenas unos días atrás, resultaba especialmente inquietante: unas pocas líneas donde Melián, con una lucidez que contradecía cualquier idea de locura pura, expresaba su temor a ser descubierto antes de completar su obra, una preocupación que a Paco le confirmó, mejor que cualquier informe pericial, que se enfrentaban a un hombre plenamente consciente de la ilicitud de sus actos, no a un iluminado incapaz de distinguir el bien del mal.

CAPÍTULO 29

Ingrid le preguntó a Thais, durante un descanso breve en el taller de restauración, cómo había terminado trabajando en el club Eros, más por curiosidad genuina que por necesidad de la investigación.

—Traducía literatura alemana contemporánea para varias editoriales peninsulares. Iba bien, hasta que la Inteligencia Artificial se comió el ochenta por ciento de mi cartera de clientes en apenas dieciocho meses.

—¿Así, de golpe?

—Editoriales que antes me encargaban dos o tres novelas al año recortaron a la mitad. Con los ahorros menguando, acepté la oferta de un antiguo compañero de universidad reconvertido en gerente de locales nocturnos. Nunca imaginé que terminaría siendo, en cierto modo, el camino que me trajo hasta aquí.

Ingrid le apretó el brazo, con la complicidad de quien ha aprendido a valorar, en apenas unos días de trabajo compartido, el don poco común de Thais para leer entre líneas documentos que a cualquier otro se le resistirían.

*

Matías, que seguía saliendo cada mañana con su barca pese al caso, insistió en llevarle a Paco pescado fresco directamente a comisaría, alegando que un hombre que no comía bien no podía pensar con la claridad que aquellos días exigían.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto, Paco, incluso en medio del caos? —le dijo, dejándole la bolsa sobre la mesa—. Que sigues

teniendo gente que te trae pescado sin que se lo pidas.

—No sé si es lo mejor, viejo pirata, pero desde luego ayuda a aguantar el día.

*

El Casino de La Laguna, mencionado de pasada en algunos de los primeros interrogatorios del caso como uno de los locales que Manuel Lasanta frecuentaba antes de su caída en desgracia, se convirtió esa misma semana en el escenario de un encuentro que Rachael

Lombard no había buscado deliberadamente: investigando un reportaje complementario sobre las conexiones sociales de Lasanta, se topó allí con Andrea, una antigua conocida del político que trabajaba en el local como relaciones públicas.

—Manuel siempre fue así, desde que lo conocí —le confesó Andrea a Rachael—.

Encantador en público, calculador en privado.

—¿Y nunca dijo nada nadie?

—Nunca me sorprendió que terminara así. Lo que sí me sorprendió fue que tardara tanto en pasarle factura. Algunos hombres, en esta ciudad, parecen tener licencia ilimitada para salirse siempre con la suya, hasta que un día, sin previo aviso, deja de ser así.

Rachael anotó cada palabra, consciente de que aquella declaración, sumada a lo que ya tenía sobre Verdejo y las sociedades instrumentales, empezaba a dibujar un mapa de corrupción mucho más amplio de lo que nadie, ni siquiera ella, había sospechado al principio.

CAPÍTULO 30

El barrio de Molino de Viento, todavía sacudido por el escándalo reciente de la detención de Bethencourt y por la operación policial que había empezado a desmantelar la red de prostitución que Charlie Maka gestionaba en la zona, vivía días extraños, suspendido entre la curiosidad morbosa de los vecinos y el miedo silencioso de quienes sabían, mejor que nadie, que el peligro real seguía sin nombre y sin rostro.

Ingrid Asland, avanzando poco a poco en su rastreo genealógico, se presentó una tarde en el santuario de las medianías con una carpeta que llevaba días preparando sin saber todavía si le sería útil.

—Inspector, creo que he encontrado algo que conecta directamente a Melián con un patrimonio muy concreto —dijo, extendiendo sobre la mesa una fotografía en blanco y negro de una talla religiosa junto a un informe de restauración—. La ermita de Arbejales, en Teror. La misma familia Melián documentada en la procesión de 1939. Y el museo acaba de confirmarme que una pieza de ese mismo templo salió en préstamo temporal hace tres meses, firmada por el propio Emilio Melián apenas dos semanas antes de que ustedes empezaran a buscarlo.

Paco tomó la fotografía entre las manos, sintiendo que aquel hilo, tan tenue durante semanas, empezaba por fin a tensarse de un modo que ya no admitía casualidad.

—¿Sabemos quién restauró esa pieza originalmente?

—Todavía no, inspector. El museo está revisando sus archivos. Pero si Melián tuvo acceso directo a esa talla, alguien más tuvo que trabajar con él en algún momento, y ese alguien podría ser la próxima persona a la que debamos proteger, no solo interrogar.

Carmela, que escuchaba apoyada en el marco de la puerta, no pudo evitar expresar en voz alta la pregunta que empezaba a rondarle a todo el equipo desde hacía días.

—¿Y si esta vez sí es él, jefe? ¿Y si todo lo demás, lo de Bethencourt, la cueva, fue solo una casualidad que nos hizo perder semanas enteras?

Paco no respondió enseguida, la vista todavía fija en la fotografía de la talla, calculando cuántas otras piezas, cuántos otros nombres, seguían todavía ocultos en aquel museo sin que nadie hubiera sabido, hasta ahora, dónde buscarlos.

—No lo sé, Carmela. Pero cada vez tengo menos ganas de seguir creyendo en las casualidades.

*

Aquella misma tarde, en la sede de UHEDO, Sara Brito recibió una llamada que no esperaba: el director del Museo Canario, visiblemente nervioso, pedía hablar con urgencia sobre un asunto que, según sus propias palabras, "no podía esperar ni un día más".

—Hemos encontrado un hueco en el inventario de piezas cedidas en préstamo temporal, doctora Brito. Y me temo que no es la única.

Sara colgó el teléfono con la certeza, cada vez más firme, de que aquel hombre, allá donde estuviera escondido, seguía moviendo piezas de un tablero mucho más amplio de lo que ninguno de ellos había llegado todavía a calibrar del todo, y con la inquietud, todavía sin nombre, de que aquel museo guardaba más de una restauradora cuyo nombre convenía averiguar antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 31

El hombre llevaba tres días llamando a la comisaría, insistiendo en hablar personalmente con el inspector Figueroa, hasta que un agente de guardia, harto de sus llamadas, decidió por fin tomarle nota en serio. Se llamaba Casimiro Bautista, cuarenta y ocho años, ingresado voluntariamente en la unidad de salud mental del hospital desde hacía siete, con antecedentes de delirios religiosos bien documentados en su historial.

—Dice que es él, jefe. Que él es el asesino de las medallas —le explicó Carmela, con el informe clínico abierto sobre la mesa—. Conoce detalles que no ha publicado la prensa: el número exacto de arcángeles, el material de las cruces, hasta el nombre de la calle donde apareció Rebeca Tejada.

—¿Cómo puede saber eso alguien ingresado desde antes del primer asesinato?

—Ese es el problema, jefe. Que no puede. Y aun así lo sabe.

En la sala de visitas del hospital, con las paredes pintadas de un verde institucional que a Paco siempre le había parecido diseñado expresamente para deprimir a cualquiera, Casimiro Bautista esperaba sentado, las manos entrelazadas sobre el regazo, con una calma que a Paco le recordó, incomodándolo, la misma serenidad que había visto en Bethencourt antes de que se le desmoronara del todo la máscara.

—Sabía que vendría, inspector. Los arcángeles me lo susurraron anoche.

—¿Y le susurraron también cómo salió usted de este hospital para matar a cinco mujeres sin que ninguna cámara ni ningún enfermero lo echara en falta ni una sola noche?

Casimiro parpadeó, la seguridad resquebrajándose apenas, un gesto que ya empezaba a resultarle demasiado familiar a Paco en aquel caso: la certeza impostada de alguien que necesita, más que nada en el mundo, ser el centro de una historia que de otro modo no le pertenece.

—Yo no salgo. Yo actúo a través de otros. Soy el que susurra el ritual, no el que sostiene el cuchillo.

—Entonces no es usted el asesino, Casimiro. Es solo un hombre enfermo que ha leído demasiada prensa y necesita creer que su vida importa algo más de lo que le importa a este hospital.

El psiquiatra responsable, que asistía a la entrevista desde una silla apartada, confirmó después a Paco lo que ya sospechaba: Casimiro llevaba semanas obsesionado con los recortes de prensa sobre el caso Arcángel, pegados con celo en la pared de su habitación, y había memorizado cada detalle publicado con la misma minuciosidad enferma con la que otros pacientes memorizaban salmos enteros.

*

—Falsa confesión número tres desde que empezó todo esto —dijo Fernández, tachándolo de una lista que ya empezaba a resultarle más larga que la de sospechosos reales—. Cada vez que sale algo en portada, tenemos otro que quiere ponerle cara a su propia miseria.

—Y cada vez que lo descartamos, perdemos dos o tres días que no teníamos —respondió Paco, frotándose los ojos, el cansancio acumulado de aquellas semanas empezándole a pasar factura de un modo que ya no podía seguir ignorando—. Es lo que Melián necesita, Inés. Ruido. Cuanto más tiempo perdamos con impostores, más tiempo tiene él para elegir a la sexta.

La sexta llegó once días después, en el barrio de Vegueta, a apenas trescientos metros de donde había aparecido la primera víctima del caso presente. Trinidad Ojeda, cuarenta y un años, restauradora de

arte que trabajaba de forma esporádica para el propio Museo Canario. La medalla, esta vez, correspondía a Selafiel.

—Restauradora de arte —repitió Paco, mirándolo todo desde la distancia con una fatiga que ya no tenía nada que ver con el sueño perdido—. Otra vez el patrimonio, Carmela. Este hombre no puede evitar cazar donde también roba.

—Sara Brito quiere hablar contigo en cuanto termines aquí. Dice que han identificado algo en el altar que no encaja con nada de lo anterior.

CAPÍTULO 32

La relación entre Paco y Rachael Lombard, que había comenzado con recelo mutuo en la puerta de la comisaría, había ido evolucionando hacia algo parecido a una tregua incómoda, sostenida sobre un intercambio que ninguno de los dos reconocía del todo en voz alta: ella le daba tiempo antes de publicar, él le daba, a cambio, algo más que nadie más en la comisaría estaba dispuesto a ofrecerle.

—Tres días, Rachael. Le pido tres días más antes de que esto salga en portada —dijo Paco, encontrándola en la misma esquina de siempre, cerca del aparcamiento de la comisaría, donde solían cruzarse las palabras que ninguno de los dos quería que constaran en ningún informe oficial.

—Llevo semana y media dándole días, inspector. Mi director empieza a preguntarse si me ha comprado usted con algo más que buenas palabras.

—Lo que le estoy pidiendo es que no le regale a Melián la certeza de que seguimos sin nada sólido. Si publica ahora que la sexta víctima tenía relación con el Museo Canario, cualquier otro nombre en esa lista de restauradores se convierte en la séptima antes de que podamos avisarles.

Rachael se quedó un momento en silencio, sopesando aquel argumento con la misma frialdad profesional que la había convertido en una de las periodistas más temidas, y más respetadas, de la isla.

—Tres días, Figueroa. Ni uno más. Y a cambio quiero ser la primera en saberlo cuando por fin tengan un nombre de verdad, no otro sospechoso que se les escapa entre los dedos.

—Trato hecho.

*

El pequeño gánigo con restos de ocre rojo encontrado entre las piezas del trastero de Melián, una de las primeras que Ingrid Asland había identificado como procedente del Museo Canario, resultó tener una historia que la propia institución desconocía por completo: se trataba de una pieza excavada originalmente en los años cincuenta durante unas obras de ampliación urbanística en el barrio de Tafira, catalogada entonces con un rigor mínimo y prácticamente olvidada en los fondos de reserva durante más de sesenta años.

—Aquí hay algo más, inspector —dijo Ingrid, señalando una anotación manuscrita en el reverso de una de las fichas de catalogación que Melián había falsificado—. Una fecha. Y unas iniciales que no corresponden a ningún restaurador con acceso legal a esta pieza.

—¿De quién son esas iniciales, Ingrid?

—Todavía no lo sé con certeza. Pero coinciden, letra por letra, con las que aparecen también en el margen de otra ficha, de otra pieza distinta, que Trinidad Ojeda restauró hace cuatro años. Si estoy en lo cierto, inspector, hay una tercera persona que ha estado moviendo piezas entre Melián y sus víctimas sin que nadie, hasta ahora, hubiera reparado en ella.

Paco sintió que aquella pregunta, formulada casi al margen de la investigación principal, empezaba a pesar mucho más de lo que Ingrid podía sospechar.

—Consígame el nombre completo de quien gestionaba esas fichas, Ingrid. Cuanto antes.

*

Doña Pilar, la anciana del estanco de Molino de Viento cuyo testimonio sobre el hombre de gafas finas había resultado decisivo semanas atrás, recibió la visita de Paco una tarde, con una fotografía nueva que quería que ella misma confirmara.

—¿Es este el mismo hombre que vio aquella noche, doña Pilar? Tómese su tiempo.

Ella se puso las gafas, estudió la fotografía con el mismo cuidado meticuloso que había demostrado la primera vez, y finalmente negó con la cabeza.

—No, inspector. Este no es. El que yo vi tenía la nariz distinta, más afilada. Y no llevaba gafas tan finas como estas. Lo siento, sé que esperaba otra respuesta.

—No se disculpe, doña Pilar. Que no sea él también es información, y de la buena. Me ahorra seguir por un camino equivocado.

Paco salió del estanco con una vía descartada y, sin embargo, con la sensación extraña de que aquella negativa, lejos de ser un contratiempo, acababa de estrechar el cerco alrededor de alguien mucho más cercano de lo que había querido creer hasta entonces.

CAPÍTULO 33

Domingo, el ayudante de Rodolfo, le entregó a Paco en mano el informe complementario sobre las herramientas de forja, un documento que había preparado sin que nadie se lo pidiera, quedándose hasta tarde en el laboratorio para tenerlo listo antes de la reunión de la mañana.

—Rodolfo me pidió que se lo trajera personalmente, inspector. Dice que usted no tiene tiempo de esperar a que se lo enviemos por el conducto habitual.

—Dile que se lo agradezco, Domingo. Y a ti también, por quedarte hasta tan tarde.

—No hay de qué agradecer, inspector. Todos en el instituto sabemos cuántos días le quedan. Si podemos ahorrarle una hora, se la ahorramos.

*

El informe confirmaba lo que Paco ya sospechaba: las mismas herramientas habían sido usadas en las cuatro cruces recuperadas hasta el momento, con un patrón de desgaste que apuntaba a un único artesano, meticuloso hasta la obsesión, que llevaba forjando piezas similares desde mucho antes de que empezara el caso Arcángel.

—Cada informe que llega solo confirma lo que ya sabíamos, Carmela, sin darnos un solo nombre nuevo.

—A veces confirmar lo que ya sabemos es también avanzar, jefe. Aunque no lo parezca desde dentro del día a día.

Paco guardó el informe en la carpeta ya abultada del caso, consciente de que, con tan pocos días por delante, cada confirmación sin nombre propio pesaba mucho más de lo que Carmela, con su optimismo tozudo, estaba dispuesta a admitir en voz alta.

Domingo se quedó un momento más en la puerta del despacho, sin saber muy bien cómo despedirse de un hombre al que apenas conocía personalmente pero cuya reputación llevaba años precediéndolo por toda la comisaría, y terminó optando por un simple gesto de cabeza antes de volver, casi corriendo, hacia el instituto, donde Rodolfo lo esperaba con la siguiente tarea urgente de la lista cada vez más larga que ambos mantenían sobre el caso.

CAPÍTULO 34

La discusión estalló sin previo aviso, como suelen estallar las que llevan días gestándose bajo la superficie de la paciencia. Empezó por algo tan pequeño como una cena que se enfrió sobre la mesa mientras Paco terminaba una llamada con Carmela, y terminó siendo, para ambos, mucho más que eso.

—Necesito unos días en casa de mi hermana, Paco. No porque quiera irme de verdad, sino porque necesito comprobar si me echas de menos cuando no estoy, ya que aquí, contigo delante, no consigo sentir que lo hagas.

Las palabras cayeron sobre la cocina con un peso que ninguno de los dos supo aligerar durante un largo instante.

—Elena, por favor, no hagas esto ahora, con todo lo que hay encima.

—Siempre hay algo encima, Paco. Ese es exactamente el problema. Si no es este caso, será el siguiente. Necesito saber si, cuando esto termine, todavía va a quedar sitio para nosotros, o si me he pasado los mejores años que me quedan compitiendo con fotografías de víctimas por un lugar en tu cabeza.

Ella recogió su abrigo del respaldo de la silla, sin llegar a hacer una maleta, sin llegar tampoco a marcharse esa misma noche, dejando la amenaza suspendida en el aire como un ultimátum que ambos sabían real, aunque ninguno de los dos, todavía, quisiera nombrarlo con esa palabra exacta.

—Duerme en el cuarto de invitados esta noche, Paco. Necesito espacio para pensar, aunque sea bajo el mismo techo.

CAPÍTULO 35

Carmelo Calderín se presentó en comisaría sin cita previa, insistiendo ante el agente de recepción en que necesitaba hablar con el inspector Figueroa en persona, algo tan impropio de él que Paco, al enterarse, dejó lo que tenía entre manos para recibirlo de inmediato.

—Se trata de Charlie Maka, inspector. Lleva semanas comportándose de un modo extraño, incluso para él. Y anoche, bebido, se le escapó algo que creo que debería usted saber.

—Le escucho, Carmelo.

—Dijo que Altuza está furioso porque alguien está usando el circuito de venta de piezas del puerto, el mismo que ellos llevan años controlando para el trapicheo habitual, para mover objetos mucho más valiosos de lo normal. Objetos que, según Charlie, ni siquiera Altuza sabe identificar del todo, pero que le están generando problemas con gente muy por encima de su nivel habitual.

Paco sintió que aquella pieza, aparentemente menor, encajaba con una precisión incómoda en el mosaico que llevaba días construyendo: el circuito de venta de arte robado de Melián, cruzándose sin que nadie lo hubiera planeado con las rutas de contrabando habitual de Altuza.

—¿Le dio Charlie algún nombre, Carmelo?

—Ninguno. Pero mencionó que el contacto siempre paga a través de una empresa con nombre de fantasía, algo relacionado con gestión patrimonial, y que las entregas se hacen siempre de noche, en el mismo tramo del muelle donde ustedes encontraron a esas pobres chicas.

*

La información, trasladada esa misma tarde a Sara Brito, confirmó lo que UHEDO llevaba días sospechando sin conseguir todavía una prueba documental sólida: que la red de blanqueo de Lasanta y el circuito de venta de piezas robadas de Melián no eran, como habían asumido hasta entonces, dos vías paralelas que ocasionalmente se rozaban, sino la misma tubería, usada por distintas manos para distintos fines.

—Altuza no sabe con quién trata de verdad —concluyó Sara, extendiendo sobre la mesa un mapa del puerto con las rutas de descarga marcadas—. Y eso, curiosamente, puede jugar a nuestro favor. Un hombre que no sabe a quién protege es un hombre que, con la presión adecuada, puede terminar entregándolo sin darse cuenta.

—Altuza no habla con la Policía por gusto propio, Sara. Habría que ofrecerle algo a cambio, y no tengo nada limpio que ofrecerle.

—Yo sí lo tengo —respondió ella, con una sonrisa que a Paco le recordó, incomodándolo gratamente, la misma determinación tranquila con la que Carmela afrontaba cada obstáculo desde sus primeros días en el caso—. UHEDO puede ofrecerle inmunidad parcial en el expediente de patrimonio a cambio de cooperación. No es santo de mi devoción negociar con gente como Altuza, inspector, pero si eso nos acerca un paso más a Melián, estoy dispuesta a tragarme el orgullo.

Paco asintió, sintiendo que aquella alianza improbable entre una unidad europea de patrimonio histórico y un mafioso de barrio decía, mejor que cualquier discurso, hasta dónde estaba dispuesta a llegar aquella investigación con tal de encontrar, por fin, el hilo del que tirar hasta el final.

CAPÍTULO 36

Lo que Sara Brito tenía que enseñarle a Paco resultó ser un fragmento de hoja metálica, apenas dos centímetros, hallado bajo el cuerpo de Trinidad Ojeda, con un grabado que no correspondía a la estética templaria del resto del ritual.

—Es flamenco, inspector. Siglo dieciséis, por el estilo del grabado. Y hay algo más: esta misma técnica de orfebrería la hemos visto antes, en una iglesia aislada de la Provenza francesa, en un robo que llevamos meses investigando.

—¿Melián roba también en Francia?

—Melián, que sepamos, nunca ha salido de la isla —intervino Ingrid Asland, tecleando en su ordenador con la velocidad nerviosa de quien ha encontrado por fin un hilo del que tirar

—. Pero el ladrón que sospechamos detrás de esas iglesias francesas sí, y tiene nombre: Eric Van Marteens.

El nombre no le decía nada a Paco, pero el modo en que Sara y Ingrid se miraron le bastó para entender que para ellas sí significaba, y mucho.

—Ladrón de obras de arte holandés. Opera en iglesias aisladas de Italia, Francia y España desde hace años. Llevamos su rastro toda la temporada sin conseguir atraparlo —explicó Sara

—. Si esa hoja salió de un robo suyo, cabe la posibilidad de que Melián y Van Marteens se hayan cruzado en algún mercado negro compartido, o que uno le haya vendido piezas al otro sin saber en qué las iba a usar.

Durante dos semanas, la hipótesis de una conexión directa entre Van Marteens y Melián dominó por completo la investigación, desviando

recursos hacia consultas a Interpol, hacia el rastreo de movimientos migratorios del ladrón holandés, hacia una posible coincidencia de fechas entre sus últimos golpes documentados y los asesinatos en la isla. Todo se desmoronó el día que UHEDO confirmó, con un informe de aduanas irrefutable, que Van Marteens había estado detenido preventivamente en Marsella durante las fechas de los dos últimos crímenes, a miles de kilómetros de Gran Canaria.

—Otra pista muerta —resumió Paco, la voz cargada de un cansancio que ya casi no se molestaba en disimular—. El fragmento llegó hasta Melián por algún intermediario del

mercado negro, no directamente de Van Marteens. Seguimos sin saber quién es ese intermediario.

*

La séptima víctima apareció un martes de madrugada, en el mismo barranco de Guiniguada donde días atrás había aparecido Marta Domínguez, como si Melián, agotadas ya las localizaciones nuevas o simplemente presa de una nostalgia macabra por sus propios inicios, hubiera decidido cerrar el círculo donde lo había empezado a abrir.

Adela Rijo, veintisiete años, estudiante de doctorado en Historia del Arte, dirigida precisamente por el propio departamento donde Melián y Bethencourt habían compartido tribunal años atrás. La medalla, esta vez, no dejaba lugar a dudas: Barachiel.

—Siete —dijo Carmela, en voz muy baja, de pie junto al cuerpo, como si pronunciarlo más alto pudiera de algún modo hacerlo todavía más real de lo que ya era—. Si sigue el rito ortodoxo completo, jefe, solo le quedaría uno.

—Jeremiel. El arcángel tangencial. El que ya usó una vez, en Soledad, antes incluso de completar el resto —respondió Paco, la mirada perdida en el fondo del barranco, calculando, con un vértigo que ya no era capaz de disimular del todo, cuánto tiempo les

quedaba antes de que aquel hombre decidiera que su obra, por fin, estaba completa.

Fernández, informada por teléfono desde su despacho, guardó un silencio que decía más que cualquier bronca que pudiera haberle echado.

—Betancor va a exigir resultados esta misma semana, Paco. Siete muertas y seguimos sin él.

—Dile a Betancor que venga él a decírmelo a la cara, si tiene el valor. Y dile también que si de verdad quiere resultados, dedique a Lasanta la mitad del tiempo que dedica a presionarme a mí. Cada vez estoy más convencido de que ese hombre sabe más de lo que ha contado nunca sobre cómo se financia todo esto.

CAPÍTULO 37

El terminal de contenedores del puerto de La Luz, escenario tanto de la agresión sufrida por Paco como del hallazgo de los inmigrantes ocultos en aquel contenedor de la naviera turca, seguía bajo vigilancia reforzada por orden de la Autoridad Portuaria, presionada por la doble controversia generada en apenas semanas de diferencia.

—Nuevas cámaras en la zona de tránsito, inspector —le informó un vigilante de seguridad, acompañándolo entre las filas de contenedores apilados—. Si alguien vuelve a moverse por aquí de noche, esta vez quedará grabado desde tres ángulos distintos.

Paco recorrió el mismo tramo donde lo habían agredido semanas atrás, buscando, sin saber muy bien qué esperaba encontrar, algún detalle que se le hubiera escapado la primera vez.

—¿Ha vuelto alguien a preguntar por los movimientos de aquella noche? —preguntó, deteniéndose junto al contenedor donde todo había empezado a torcerse.

—Nadie, inspector. Aunque hace unos días un hombre estuvo merodeando por esta misma zona, de paisano, preguntando por los turnos de vigilancia de aquella semana concreta. No se identificó como policía, aunque tenía toda la pinta de serlo.

Paco se quedó muy quieto, sintiendo que aquel dato, soltado casi al pasar, pesaba mucho más de lo que el propio vigilante podía sospechar.

—¿Podría describirlo?

—Complexión media, entrado en años, con esa forma de mirar que tienen ustedes los policías cuando llevan mucho tiempo en esto. No dejó nombre.

*

El padre Carlos recibió aquella tarde una llamada inesperada de un antiguo compañero del seminario, hoy bedel del mismo centro donde ambos se habían formado, con una noticia que no quiso confiarle al correo.

—Carlos, hay algo que debes saber. Alguien ha estado preguntando por antiguos alumnos con formación en historia eclesiástica y simbología templaria. Preguntando por ti también, entre otros.

El padre Carlos sintió que se le helaba algo por dentro, aunque procuró que no se le notara en la voz.

—¿Preguntando quién?

—No dieron nombre. Pero me dijeron que era un hombre con acento canario, muy interesado en saber si alguno de nosotros había mantenido correspondencia reciente con un tal Bethencourt.

El padre Carlos anotó aquel dato en un papel que guardó, sin saber todavía muy bien por qué, con el mismo cuidado con el que hubiera guardado una confesión, decidido a llamar a Paco en cuanto encontrara el momento.

*

En la comisaría, aquella misma tarde, Carmela repasaba con Paco el listado completo de personas con acceso autorizado a los expedientes del caso Arcángel, un ejercicio tedioso que ambos habían pospuesto durante semanas por falta de tiempo.

—Aquí hay algo raro, jefe. Verdejo consultó el expediente completo diecisiete veces en los últimos días, la mayoría fuera de su horario y sin ninguna tarea asignada que lo justificara.

Paco se acercó a la pantalla, sintiendo que aquella cifra, fría y burocrática, confirmaba algo que llevaba días sospechando sin atreverse todavía a decirlo en voz alta.

—Diecisiete veces, Carmela. Y cada una de ellas, casualmente, unas horas antes de que Melián o quien sea que estemos persiguiendo pareciera saber exactamente dónde no buscar.

—¿Cree que Verdejo sigue filtrando información, jefe? Pensaba que Asuntos Internos ya lo tenía controlado.

—Controlado no es lo mismo que neutralizado, Carmela. Quiero un informe completo de cada consulta, cruzado con cada movimiento del caso en las horas siguientes. Si hay un patrón, lo vamos a encontrar.

CAPÍTULO 38

Fernández convocó a todo el equipo a las siete de la mañana, con un mapa de la ciudad extendido sobre la mesa de reuniones y un rotulador rojo marcando cada día que quedaba en el calendario, un gesto que a nadie se le escapaba lo que representaba de verdad.

—Seis días, para quien todavía no haya hecho la cuenta —dijo, sin rodeos, dirigiéndose a los quince agentes reunidos en la sala—. Seis días para encontrar a un hombre que lleva toda una vida aprendiendo a no dejarse encontrar. Quiero turnos dobles en el puerto, quiero vigilancia discreta en cada universidad y cada instituto donde haya dado clase alguna vez, y quiero que alguien revise, otra vez, cada cámara de tráfico en un radio de diez kilómetros alrededor del trastero de Schamann.

—¿Y si los seis días no bastan? —preguntó un agente joven, desde el fondo de la sala, con la inocencia de quien todavía no ha aprendido a callarse esa pregunta.

Fernández no respondió enseguida. Miró a Paco, sentado en primera fila con la misma corbata que llevaba puesta desde hacía tres días sin cambiar, y dejó que fuera él quien contestara.

—Si los seis días no bastan, joven, seguimos al día diez, y al once, y a todos los que hagan falta —dijo Paco, levantándose despacio—. La placa me la pueden quitar. Las ganas de encontrar a este hombre, no.

*

Carmela lo alcanzó en el pasillo, nada más terminar la reunión, con una carpeta apretada contra el pecho y esa expresión suya de quien

lleva horas sin dormir pero no está dispuesta a admitirlo.

—Seis días, jefe. Y todavía no le he visto flaquear ni una sola vez.

—Por dentro flaqueo cada hora, Carmela. Por fuera no me lo puedo permitir. Tú tampoco deberías.

—Aprendí de quién había que aprender.

Paco le puso una mano en el hombro, un gesto breve pero suficiente, y ambos siguieron caminando hacia la sala de operaciones, donde seis días más de búsqueda los esperaban, uno detrás de otro, sin ninguna garantía de que fueran a bastar.

Dentro, sobre la pizarra blanca que ya empezaba a quedarse pequeña para tantas fotografías, tantas flechas y tantas fechas subrayadas, alguien había añadido esa misma mañana, con una letra que nadie reconoció del todo, un pequeño recordatorio en la esquina inferior derecha: seis días, escrito dos veces, subrayado con fuerza suficiente como para romper el rotulador. Nadie preguntó quién lo había puesto. Nadie necesitaba preguntarlo.

CAPÍTULO 39

El pequeño despacho que Carmela compartía ahora con dos agentes más, asignados de refuerzo al caso Arcángel tras la presión creciente de Betancor, conservaba todavía ciertos detalles que ella misma había decidido no cambiar desde que Paco le cedió su escritorio: la disposición exacta de la pizarra, cierto cariño particular por mantener el orden meticuloso que la había caracterizado desde sus primeros días en la academia.

Los dos agentes de refuerzo, jóvenes que apenas conocían de oídas los primeros años del caso Arcángel, la trataban con un respeto que a ella misma, en sus momentos de mayor honestidad interior, todavía le costaba reconocerse merecedora del todo, acostumbrada como estaba a considerarse, en el fondo, la aprendiz aplicada de un maestro que todavía seguía, aunque fuera de forma extraoficial, guiándola paso a paso.

—¿Alguna vez se le quita a uno esa sensación de estar improvisando todo el tiempo? —le preguntó una tarde a Fernández, durante una de sus reuniones semanales de coordinación, con una sinceridad que solo se permitía ante su comisaria, nunca ante sus propios subordinados.

—Nunca del todo, Carmela —respondió Fernández, con una sonrisa comprensiva que revelaba años de experiencia acumulada enfrentando la misma inseguridad—. Pero con el tiempo aprendes a improvisar con la suficiente confianza como para que nadie más lo note. Eso es, básicamente, todo lo que significa hacerse mayor en este oficio.

*

El pequeño kiosco de dominó del Parque de Santa Catalina, donde Matías había pasado tantas tardes de su vida antes de que el caso Arcángel irrumpiera en la rutina apacible de sus partidas, seguía funcionando exactamente igual, ajeno por completo a haber sido, sin saberlo sus habituales jugadores, el escenario donde se había gestado buena parte de la información que Paco todavía perseguía, pieza a pieza, sin saber cuándo ni cómo terminaría de encajar del todo. Matías seguía con sus partidas de ajedrez con la misma pasión de siempre, y dedicaba también algunas tardes a enseñar los rudimentos del juego a los nietos de algunos de sus compañeros habituales del parque, transmitiendo con paciencia infinita esa sabiduría estratégica que había perfeccionado durante décadas de práctica.

—El ajedrez, como la vida, va de saber cuándo sacrificar algo pequeño para ganar algo grande —le explicaba a un niño de apenas ocho años que lo escuchaba con los ojos muy abiertos—. Y de saber, también, cuándo pedir ayuda a un amigo cuando la partida se pone fea, que eso, aunque no lo enseñen los libros de ajedrez, es la lección más importante de todas.

*

El pequeño restaurante de Vegueta donde Fernández y Sara Brito se reunían mensualmente para sus almuerzos de amistad profesional, un local familiar regentado por tres generaciones de la misma familia canaria, se había convertido, sin que sus dueños llegaran jamás a saberlo,

en el escenario discreto donde se fraguaban buena parte de las decisiones de colaboración entre ambas unidades policiales durante aquellos meses tan intensos del caso Arcángel.

La dueña del local, una mujer de mediana edad que atendía personalmente casi todas las mesas, había desarrollado con el tiempo un cariño particular por aquellas dos clientas habituales, sin

saber exactamente a qué se dedicaban más allá de que ambas parecían cargar, en sus conversaciones susurradas, con responsabilidades que excedían con mucho la charla trivial de sobremesa que caracterizaba al resto de su clientela.

—Siempre les guardo la mesa del rincón, la más discreta —les confesó un día, sirviéndoles el café que cerraba tradicionalmente cada uno de sus almuerzos—. No sé de qué hablan exactamente, pero se nota que es importante, y en esta casa hemos aprendido, con los años, a respetar el silencio de la gente que de verdad trabaja duro por esta ciudad.

*

Un pequeño taller de joyería casero, con herramientas de forja antiguas y un yunque artesanal de más de setenta años de antigüedad según determinaron los peritos, fue descubierto por los técnicos de la Policía Científica en un rincón apartado del propio trastero de Schamann, oculto tras una estantería que en un primer registro superficial había pasado desapercibida.

El análisis metalúrgico confirmó que aquellas herramientas guardaban un patrón de desgaste compatible con la forja de las cruces patadas encontradas junto a los cuerpos, engrasadas y afiladas con una disciplina casi obsesiva. Lo que no consiguieron determinar con la misma certeza, para frustración de todo el equipo, fue quién exactamente había sido la última mano en usarlas: las huellas dactilares recuperadas, parciales y superpuestas, resultaron insuficientes para una identificación concluyente.

—Es la herramienta de alguien que planifica cada detalle de su obsesión con la paciencia fría de quien sabe exactamente lo que hace —le dijo Paco a Carmela, sosteniendo la bolsa de pruebas con el yunque artesanal entre las manos—. El problema, Carmela, es que ese trastero lleva semanas accesible para más gente de la que nos

gustaría admitir. Cualquiera con la llave adecuada pudo entrar y dejar aquí exactamente lo que quería que encontráramos.

—¿Cree que alguien pudo colocar esto para incriminar a Melián, jefe?

—No lo sé todavía, Carmela. Pero llevo demasiados años en este oficio para dar por buena una pista que encaja con tanta perfección, tan oportunamente, justo cuando más la necesitábamos.

CAPÍTULO 40

Luis Altuza, cuya implicación directa en el caso Arcángel había sido siempre tangencial, apenas rozada por la conexión casual de Carmelo Calderín y por la agresión de Charlie Maka contra Paco, contemplaba desde su despacho, con una inquietud que ya no conseguía disimular ante sus propios hombres, cómo la creciente atención policial derivada de aquellos episodios empezaba a destapar, poco a poco, el resto de su entramado ilícito.

—La mera proximidad de ese inspector es un peligro que ningún soborno consigue neutralizar del todo —masculló, observando las cuatro figuras de piedra de la Plaza de España desde su ventana, como si aquel monumento pudiera ofrecerle alguna respuesta que sus propios hombres no sabían darle—. Cuanto antes cerremos aquí, mejor para todos.

*

El local del Eros seguía cerrado desde el traspaso de Thais a UHEDO, con el cartel de «se alquila» todavía en el escaparate, y ella, cuando pasaba ocasionalmente por la zona camino de alguna reunión de trabajo, lo contemplaba siempre con una mezcla curiosa de satisfacción y nostalgia agridulce, reconociendo en aquel local vacío un símbolo bastante certero de su propia transformación personal en tan pocos días: de la penumbra nocturna de la barra a la luz diurna de una profesión que, por fin, volvía a hacer justicia a los años de formación que tanto esfuerzo le habían costado.

*

La familia de Marta Domínguez, la cuarta víctima del caso, cuya identidad había tardado más tiempo en hacerse pública que la del resto de víctimas debido a una petición expresa de privacidad de sus padres durante las primeras semanas de investigación, vivía en el municipio de Telde, una familia de clase trabajadora que había depositado todas sus esperanzas en aquella hija que estudiaba Biología con una beca de excelencia académica.

Su padre, un electricista jubilado por invalidez tras un accidente laboral años atrás, había desarrollado con Paco, a lo largo de aquellas semanas de investigación, una relación de respeto mutuo poco habitual entre un inspector y la familia de una víctima, compartiendo esa comprensión tácita de quienes cargan, cada uno a su manera, con pérdidas que ninguna sentencia futura conseguiría reparar del todo.

—Mi hija quería estudiar los ecosistemas marinos de esta isla, inspector. Tenía toda una vida planeada, un futuro que ese hombre le arrebató sin ningún derecho —le confesó, en una de las pocas conversaciones extensas que mantuvieron desde el entierro—. Lo único que me consuela, si es que existe algún consuelo posible en todo esto, es saber que usted no ha descansado ni un solo día buscando respuestas, y que no va a parar hasta encontrarlo, tarde o temprano.

*

El despacho de Asuntos Internos, donde Verdejo llevaba ya tres citaciones respondiendo por sus filtraciones a Lasanta, se había convertido en el único rincón de la comisaría que él procuraba evitar, aunque la investigación, centrada por completo en el episodio de corrupción política, no parecía interesada en indagar mucho más allá de aquel asunto concreto.

Verdejo, todavía en activo aunque relegado a tareas menores mientras avanzaba el expediente, se cruzó con Paco una tarde en el

pasillo, justo a la salida de una de esas citaciones.

—Espero que le vaya bien con Melián, Figueroa. De verdad se lo digo, aunque no me crea.

—Ya nos irá bien cuando dé con el que de verdad busco, Verdejo. Aunque cada vez tengo menos claro que ese hombre sea a quien todos ustedes llaman Melián.

Verdejo no respondió, pero algo en la forma en que apartó la mirada, una fracción de segundo más larga de lo estrictamente necesario, se quedó grabado en Paco durante el resto del día, sin que él mismo supiera todavía nombrar exactamente qué era lo que aquel gesto le inquietaba tanto.

*

El pequeño cuaderno de campo donde Rebeca Tejada había anotado, ocho años atrás, sus impresiones sobre aquel profesor particular de historia que tanto la fascinaba antes de que su actitud empezara a incomodarla, fue encontrado por sus padres al revisar, con el nuevo impulso que había traído la reapertura del caso, cajas que llevaban ocho años cerradas en un trastero, un hallazgo tardío que aportó una capa adicional de dolor a una familia que ya había sufrido demasiado.

En sus páginas, con la caligrafía redonda y optimista de una adolescente de diecinueve años que todavía no sospechaba el peligro que corría, Rebeca describía con entusiasmo genuino las clases sobre templarios y linajes antiguos que Melián le impartía, sin poder saber jamás que aquella fascinación intelectual compartida sería, en última instancia, la semilla de su propia tragedia.

Consuelo, tras leer aquel cuaderno por primera vez en presencia de su abogado, decidió donarlo íntegramente como prueba judicial, pero también insistió en conservar una copia digitalizada para sí misma, un recuerdo doloroso pero preciado de la última etapa

intelectual de la vida de su hija, antes de que todo se torciera de manera tan irreversible.

CAPÍTULO 41

Asuntos Internos abrió el expediente sobre Tomás Verdejo casi por casualidad, revisando registros de acceso al sistema tras la fuga de información que había permitido a la prensa publicar, con veinticuatro horas de antelación, el operativo de Guayadeque. La inspectora Milagros Peña, una mujer menuda de mirada incisiva que llevaba quince años destapando corrupción dentro del propio cuerpo, citó a Paco en un despacho sin ventanas que no le devolvió ningún buen recuerdo.

—Verdejo consultó el expediente del caso Arcángel diecisiete veces en los últimos días, inspector, la mayoría fuera de su horario y de sus funciones asignadas —le explicó, mostrándole un listado impreso con fechas y horas subrayadas en amarillo—. ¿Le extraña a usted ese patrón?

—Nada de lo que haga ese hombre me extraña ya, inspectora. Pero necesitaría algo más que curiosidad malsana para relacionarlo con una filtración.

—Tenemos algo más. Tres llamadas, todas realizadas desde teléfonos de prepago distintos, coincidiendo casi al minuto con tres momentos críticos de la investigación: la orden de registro del trastero de Schamann, la fecha exacta del operativo de Guayadeque, y la identificación preliminar de la sexta víctima antes de que se hiciera pública. Las tres llamadas terminaron en el mismo número, registrado a nombre de una asesoría fantasma vinculada, indirectamente, al entorno del concejal Lasanta.

Paco sintió que algo, largamente sospechado pero nunca confirmado, encajaba por fin en su sitio con la fuerza sorda de una losa cayendo.

—¿Por qué no lo han detenido ya, si tienen todo esto?

—Porque lo que tenemos apunta a una filtración de datos internos a un político bajo investigación por corrupción, inspector, no a un asesinato. Y porque, si actuamos ahora, Verdejo se cierra en banda y perdemos la única vía que tenemos hasta saber a dónde iba realmente esa información después de Lasanta. Necesito que usted, con la relación que tiene con Fernández, me consiga tiempo. Un par de meses, no más.

*

Fernández, cuando Paco le trasladó la petición, golpeó la mesa con más fuerza de la que pretendía, la paciencia acumulada durante meses de presión política agotándose de golpe.

—Llevo años con ese hombre en mi comisaría, Paco. Años aguantándolo, años cubriendo sus torpezas delante de Betancor porque pensaba que, en el fondo, era solo un mediocre envidioso, no un traidor de verdad.

—A veces la mediocridad y la traición nacen de la misma herida, Inés. Un hombre que lleva años sintiéndose invisible termina aceptando cualquier oferta que le prometa, aunque sea desde la sombra, sentirse importante por una vez.

—Eso no lo disculpa.

—No pretendo disculparlo. Solo pretendo entenderlo lo suficiente para saber cómo usarlo antes de que sea demasiado tarde para la séptima, la octava, o la que Melián decida que le toca después.

Fernández le concedió el plazo, a regañadientes, con la condición expresa de que Verdejo no volviera a acercarse a un solo papel relacionado con el caso Arcángel bajo ningún concepto, ni siquiera por accidente. Lo que ninguno de los dos podía saber aún era que aquella misma cadena de teléfonos de prepago, pocos días después, terminaría siendo el hilo exacto que Ingrid Asland tiraría desde una

dirección completamente distinta, sin que nadie hubiera planeado que ambos caminos, el de Asuntos Internos y el de UHEDO, terminaran encontrándose en la misma casa de Valsequillo.

CAPÍTULO 42

Elena redujo su jornada en la consulta odontológica esa misma semana, una decisión que llevaba días madurando y que anunció sin dramatismo, casi de pasada, mientras desayunaban.

—Solo unos días, hasta que esto termine. Necesito poder estar disponible si me necesitas, y necesito también, si te soy sincera, no pasarme ocho horas fingiendo que no pienso en si has comido algo decente.

—No tienes que hacer eso por mí, Elena.

—No lo hago solo por ti. También lo hago porque, después de la conversación de la otra noche, necesito ocuparme de nosotros con algo más que buenas intenciones.

Una de sus compañeras de consulta, al enterarse del cambio de horario, no pudo evitar comentarlo durante un descanso entre pacientes.

—Te veo distinta, Elena, más decidida. ¿Es por el caso de Paco?

—Es por Paco, y es por mí, supongo —respondió Elena, con una sonrisa que no necesitaba mayor explicación—. A veces hace falta que el mundo se ponga muy difícil para que uno se decida, por fin, a pelear por lo que de verdad le importa.

*

El pequeño local de domó de la calle Triana donde Padre Carlos jugaba sus partidas habituales antes de cada misa de la una, escenario de la primera pista real que Paco había obtenido sobre los templarios al principio de la investigación, seguía recibiendo cada

mañana a los mismos parroquianos de siempre, ajeno a que aquellas visitas de Paco al párroco escondían, en realidad, piezas decisivas de un caso contrarreloj.

—No sé muy bien a qué viene tanto agradecimiento, inspector, pero acepto encantado cualquier reconocimiento a mi café —respondió Agapito, entre risas, sirviéndole a Paco un cortado por cuenta de la casa que este aceptó con gusto, sin necesidad de explicarle del todo la conexión invisible que unía aquel humilde local con la investigación más importante de su carrera.

*

Thais, cada vez más integrada en el día a día de UHEDO, empezaba a asumir responsabilidades que superaban con creces su tarea inicial de traducción puntual, algo que Sara Brito no había tardado en advertir con genuina satisfacción profesional.

—A veces pienso en lo distinta que sería mi vida si no hubiera aceptado aquel trabajo en el Eros —le confesó Thais a Paco, durante una pausa breve en la sede de UHEDO—. Hace apenas tres años, cuando perdí mi última traducción jurada, jamás hubiera imaginado que terminaría ayudando a resolver algo así, gracias precisamente a haber servido copas en un club nocturno.

—La vida rara vez sigue el camino que planeamos, Thais —respondió Paco—. Lo importante no es el camino que imaginábamos, sino saber aprovechar el que de verdad se nos presenta, por inesperado que resulte, y más en los días que a mí me quedan.

*

Paco aprovechó una tarde libre de apenas una hora, robada entre dos reuniones, para acercarse al cementerio de Vegueta, a la tumba

de su padre, algo que llevaba queriendo hacer desde el reinicio del caso Rebeca sin encontrar hasta entonces el momento.

—Todavía no lo he atrapado, papá, pero esta vez sé que voy por el buen camino —dijo, en voz baja, mientras dejaba unas flores frescas junto a la lápida—. Ojalá me quede tiempo suficiente para conseguirlo antes de que se me acabe el plazo que yo mismo me puse.

Elena, que lo había acompañado esa tarde sin decir gran cosa, le tomó la mano al salir del cementerio, entendiendo sin necesidad de palabras que aquella visita representaba, para él, mucho más que un simple gesto de piedad filial en mitad de una semana imposible.

CAPÍTULO 43

Paco encontró el desayuno preparado a la mañana siguiente, un gesto ambiguo que interpretó, con la prudencia de quien no quiere forzar una tregua todavía frágil, como una pequeña puerta entreabierta.

—Gracias por esto.

—No lo hice por ti, Paco. Lo hice porque necesitaba hacer algo con las manos antes de que se me llenara la cabeza de las mismas dudas de anoche.

Él asintió, sin insistir, y sacó tiempo, por primera vez en días, para desayunar despacio, sin el móvil sobre la mesa, sin la carpeta del caso a la vista, solo los dos, en un silencio que ya no era tan tenso como el de la noche anterior.

—No he dejado de quererte ni un solo día de estos, Elena. Aunque no lo pareciera desde fuera.

—Lo sé, Paco. Ese nunca ha sido el problema. El problema es que quererme desde dentro y demostrarlo desde fuera son, a veces, dos cosas completamente distintas, y llevo mucho tiempo conformándome con la primera.

Ella no se marchó a casa de su hermana aquella semana, ni la siguiente, pero ambos sabían que la conversación había dejado una marca que todavía tardaría en cicatrizar del todo.

CAPÍTULO 44

Luis Altuza aceptó reunirse con Sara Brito y Paco en terreno neutral, una cafetería discreta de la Playa de las Canteras, con la condición expresa de que nada de lo hablado tuviera consecuencias para su propio negocio habitual.

—No trabajo con asesinos, inspector. Eso tiene que quedar claro desde el principio — dijo, revolviendo su café con una parsimonia calculada para disimular el nerviosismo real que Paco reconoció enseguida bajo la superficie.

—Nadie ha dicho que trabaje con él a sabiendas, señor Altuza. Pero alguien ha estado usando sus rutas del puerto para mover piezas que no tienen nada que ver con tabaco ni con alcohol, y ese alguien tiene nombre y apellido.

Sara deslizó sobre la mesa una fotografía del fragmento de orfebrería hallado junto al cuerpo de Trinidad Ojeda, y Altuza, a su pesar, no pudo disimular un breve gesto de reconocimiento.

—Esa pieza pasó por mi gente, sí. Cobramos por moverla sin preguntar qué era, como hacemos siempre. El contacto se identificaba solo con iniciales, nunca con nombre completo, y pagaba siempre puntual, en efectivo, sin regatear jamás.

—¿Qué iniciales, señor Altuza?

Altuza dudó un largo instante, calculando, con la misma frialdad de siempre, cuánto le costaría aquella información y cuánto le ahorraría a cambio.

—E. M. Nada más. Y un teléfono que dejó de responder hace tres semanas, justo después de que ustedes empezaran a hacer demasiado ruido con este caso.

Paco cruzó una mirada con Sara, ambos conscientes de que aquellas dos iniciales, por escasas que parecieran, confirmaban al fin, desde una fuente completamente ajena a la investigación oficial, buena parte de lo que llevaban semanas sospechando sin poder demostrarlo del todo.

CAPÍTULO 45

El local que había sido el club Eros llevaba cerrado desde el traspaso de Thais a UHEDO, con un cartel descolorido de «se alquila» en el escaparate que nadie parecía tener prisa por retirar, y Rachael Lombard lo eligió, medio en broma, como lugar de encuentro para su siguiente entrega de información a Paco, sentados ambos en las escaleras de la entrada como dos adolescentes esperando a que abriera un concierto.

—Tengo algo, inspector, aunque no sé si le va a gustar —dijo, sacando de su bolso una carpeta con recortes de prensa antiguos—. Un articulillo de hace quince años, de un suplemento cultural que ya ni existe, sobre un ciclo de conferencias en la Casa de Colón. El ponente estrella hablaba de rutas atlánticas medievales. Se llamaba Emilio Melián, y ya entonces coqueteaba con teorías que ningún otro historiador de la sala parecía dispuesto a firmar con él.

Paco cogió el recorte con cuidado, estudiando la fotografía granulada de un hombre más joven, sonriente, con el mismo brillo en los ojos que ahora, sabiendo lo que sabía, le resultaba imposible no leer como el primer asomo de algo mucho más oscuro.

—Quince años llevaba con esto en la cabeza, y nadie lo vio venir.

—O lo vieron y prefirieron no mirar dos veces, que a veces viene a ser lo mismo — respondió Rachael, guardándose la carpeta—. Sigo con mis tres días contados, inspector. No lo olvide.

*

En el taller de restauración de UHEDO, Ingrid Asland examinaba con lupa y pinceles finísimos cada una de las piezas recuperadas del

trastero de Schamann antes de catalogarlas para su eventual devolución a los museos correspondientes, un trabajo minucioso que avanzaba en paralelo a la búsqueda activa de Melián, sin que nadie en el equipo se permitiera todavía dar el caso por cerrado.

—Cada pieza cuenta una historia que merece ser escuchada con paciencia, inspector —le explicó a Paco, que había empezado a visitar el taller con una frecuencia que ni él mismo sabría

explicar del todo—. Este gánigo, por ejemplo, lleva sesenta años esperando en la oscuridad de un almacén a que alguien se tomara la molestia de escuchar lo que tiene que contar. Su hombre tiene guardadas piezas así por decenas. Cuando lo atrapen, vamos a tardar meses solo en devolverlo todo a su sitio.

—Cuándo, no si —repitió Paco, casi para sí mismo, encontrando en la certeza tranquila de Ingrid un consuelo pasajero que agradeció en silencio.

*

Padre Carlos, Matías, Rodolfo y Cosme se turnaban, sin habérselo propuesto formalmente, para acompañar a Paco algunas tardes en la finca de las medianías, conscientes todos ellos de que la soledad, en aquellas semanas de búsqueda infructuosa, era el peor enemigo que su amigo podía enfrentar.

—No tienes que resolverlo tú solo, Paco —le dijo Rodolfo una noche, mientras compartían una botella de vino en el porche—. Para eso está Carmela, para eso estamos nosotros, para eso está toda una comisaría trabajando sin descanso.

—Lo sé, Rodolfo. Pero cada noche que Melián sigue libre es una noche en la que alguien, en alguna parte de esta isla, podría estar a punto de convertirse en el nombre número ocho.

Elena, escuchando desde la cocina, se acercó y le posó una mano en el hombro, sin decir nada, dejándole ese silencio compartido que, en

los peores días, valía más que cualquier palabra de consuelo bien intencionada.

Rodolfo se despidió poco después, prometiendo llamar en cuanto tuviera cualquier novedad forense, y Padre Carlos se ofreció a quedarse un rato más, sin necesidad de que nadie se lo pidiera, simplemente sentado junto a Paco mientras este releía, por enésima vez, las siete fichas de las víctimas ordenadas sobre la mesa del porche, buscando en ellas un patrón que hasta entonces se le hubiera escapado.

—A veces la respuesta no está en mirar más fuerte, Paco, sino en mirar distinto —dijo el párroco, señalando las fichas sin tocarlas—. Llevas días buscando qué las une. Quizá deberías preguntarte, por una vez, qué es lo único que las separa entre sí.

Paco se quedó mirando las fichas largo rato después de que Carlos se marchara, dando vueltas a esa pregunta tan simple como incómoda, sin saber todavía que la respuesta, cuando por fin llegara, no nacería de mirar las fichas con más atención, sino de una factura perdida entre cientos de otras, encontrada casi por accidente por alguien que ni siquiera estaba buscando lo que finalmente encontró.

CAPÍTULO 46

Rachael Lombard lo esperaba, esta vez sin necesidad de tenderle una emboscada en ninguna puerta lateral, sentada con toda tranquilidad en una mesa del café de Agapito, con Padre Carlos jugando su partida de dominó dos mesas más allá y fingiendo, con poco éxito, no estar pendiente de la conversación.

—Tengo el nombre completo, inspector. Emilio Melián, profesor de Historia, y tengo también el dato de que hay una segunda identidad falsa circulando, aunque todavía no consigo el nombre exacto —dijo, sin rodeos, dejando sobre la mesa una carpeta que Paco no tuvo ninguna prisa por abrir—. Mi director quiere publicarlo mañana.

—Si publica eso mañana, Rachael, Melián desaparece del todo esta misma noche, cambia de identidad otra vez, y las próximas víctimas dejan de tener nombre porque nunca llegaremos a tiempo de proteger a nadie.

—Y si no lo publico, y muere una octava mujer la semana que viene, ¿quién carga con esa responsabilidad, inspector? ¿Usted, que me pide silencio, o yo, que lo concedo?

Paco guardó silencio un largo instante, consciente de que la periodista no le estaba haciendo una pregunta retórica, sino planteándole, con toda la crudeza del oficio de cada uno, el mismo dilema que a él lo mantenía despierto la mayoría de las noches.

—Le voy a proponer un trato, y le pido que confíe en mí una última vez, aunque ya sé que no le sobran motivos para hacerlo después de tantos días de silencios míos. Déme tres días. Si en tres días no tenemos nada sólido, publique lo que quiera, con mi bendición y mi nombre citado si hace falta para darle credibilidad.

—¿Y si en tres días hay otra víctima?

—Entonces la culpa será mía, no suya. Y me la llevaré a la tumba sin quejarme, se lo prometo.

Rachael lo miró largo rato, calibrando, con el mismo instinto profesional que la había traído hasta Canarias persiguiendo contenedores sospechosos años atrás, si aquel hombre cansado que tenía delante merecía todavía ese margen de confianza.

—Tres días, inspector. Ni uno más. Y quiero la exclusiva completa el día que lo detengan, antes que ningún otro medio de esta isla.

—Trato hecho.

Se dieron la mano, un gesto formal entre dos personas que se respetaban precisamente porque nunca habían fingido ser amigas, y Paco salió del café de Agapito con la sensación incómoda de haber comprado tiempo a costa de una moneda que no sabía si podría seguir pagando indefinidamente.

*

Padre Carlos, cuando Rachael por fin se marchó, se acercó a la mesa de Paco con las fichas de domó todavía en la mano, la partida abandonada a medias por primera vez en años.

—¿Tres días, Paco? Eso es mucho prometer para un hombre que lleva semanas sin una sola pista sólida.

—Lo sé mejor que nadie, Carlos. Pero prefiero deberle una promesa imposible a esa periodista que deberle una vida a la próxima mujer que Melián decida que le toca.

El párroco se sentó frente a él, sin decir nada durante un rato, dejándole el silencio que Paco necesitaba antes de continuar.

—¿Sabes lo que más me inquieta de todo esto, Paco? Que llevo semanas recordándote que ni tú ni yo somos dueños del tiempo de nadie, y aquí estás, prometiéndole tres días al destino como si fueras tú quien decide cuándo cae la próxima ficha.

—A veces hace falta fingir que uno controla algo, Carlos, aunque sea mentira, para conseguir la fuerza de seguir buscando un día más.

El párroco asintió, sirviéndole a Paco el último trago de su vaso de agua con el mismo gesto pausado de siempre, y ambos se quedaron un rato más en el café, sin volver a tocar las fichas de domó, dejándose acompañar simplemente por el ruido cotidiano de un barrio que seguía viviendo, ajeno del todo a la cuenta atrás que Paco acababa de ponerse a sí mismo.

CAPÍTULO 47

Los tres días prometidos a Rachael Lombard se cumplieron un jueves, y la periodista, puntual como siempre, volvió a aparecer en el café de Agapito con la misma carpeta bajo el brazo, aunque esta vez con una expresión que a Paco le costó descifrar del todo: no era impaciencia, sino algo más parecido a la curiosidad genuina.

—Tres días, inspector. Y sigo sin ver su nombre en ningún atestado.

—Tenemos su alias, tenemos su circuito de venta, tenemos una fecha aproximada de cuándo cambió de identidad. Lo que no tenemos todavía es dónde duerme esta noche, y eso, Rachael, es lo único que de verdad importa.

Ella lo estudió un largo instante, con esa mirada de reportera que llevaba años aprendiendo a distinguir entre la mentira cómoda y la verdad incompleta.

—Le voy a dar dos días más. No por usted, inspector, sino porque empiezo a pensar que si publico ahora, lo único que consigo es que se esconda todavía mejor, y no quiero esa responsabilidad sobre mi conciencia. Pero quiero algo a cambio.

—La escucho.

—Acceso completo a Sara Brito y a UHEDO para un reportaje sobre el tráfico de patrimonio en el puerto, independientemente de cómo termine todo esto. Llevo años detrás de esa historia, y este caso me ha enseñado que hay mucho más debajo de los contenedores de lo que esta ciudad quiere reconocer.

—Eso no depende de mí, pero le prometo interceder.

—Con que interceda me basta, inspector. Ya sé que su palabra, al menos, vale algo.

*

Aquella misma noche, Paco encontró a Verdejo esperándolo junto a su coche en el aparcamiento de la comisaría, algo que no ocurría desde antes de que Asuntos Internos abriera su expediente.

—Sé que la inspectora Peña me tiene en el punto de mira, Figueroa. No soy tan estúpido como todos parecéis pensar.

—Nunca he pensado que fueras estúpido, Verdejo. Solo que elegiste mal a quién querías impresionar.

Verdejo bajó la vista, algo parecido a la vergüenza cruzándole el rostro por primera vez en años de rencor acumulado.

—Si te digo lo que sé, ¿puedes conseguir que Peña se conforme con la expulsión y no busque nada penal?

—No puedo prometerte nada, Verdejo. Pero puedo prometerte que si te callas, esto va a terminar mucho peor para ti de lo que jamás imaginaste.

El inspector se quedó mirándolo un largo rato bajo la luz amarillenta de las farolas del aparcamiento, calculando, por última vez en aquel caso, si su lealtad mal invertida en Lasanta valía todavía la pena de proteger.

—Déjame pensarlo unos días —dijo por fin, alejándose hacia su propio coche sin mirar atrás, dejando a Paco con la certeza incómoda de que aquel hombre, tarde o temprano, terminaría hablando, aunque todavía no supiera si a tiempo de salvar una octava vida.

Condujo de vuelta a las medianías despacio, sin prisa, dejando que el aire fresco de la noche le despejara la cabeza antes de llegar a casa, donde Elena lo esperaba con la cena todavía caliente y esa paciencia recién estrenada que ambos cultivaban, día a día, como quien cuida un jardín que se niega a florecer antes de tiempo por mucho que uno lo riegue con ansiedad.

—¿Sospechas de alguien de dentro? —le preguntó Elena, mientras le servía el plato, notando en su silencio algo distinto a la fatiga habitual de esos días.

—Sospecho de alguien que ya no está muy lejos de confesarlo él mismo, Elena. Y eso, en este momento del caso, vale más que cualquier prueba que pudiéramos encontrar por nuestra cuenta.

Elena se sentó frente a él, sin insistir en saber más, aprendiendo también ella, día a día, a distinguir entre las preguntas que Paco podía responder y las que todavía necesitaba guardarse un poco más de tiempo, hasta que la propia investigación decidiera, por su cuenta, el momento de soltarlas.

CAPÍTULO 48

Quedaban cuatro días. Paco lo sabía sin necesidad de mirar el calendario que Elena había colgado, medio en broma, junto a la puerta de la cocina, con una cruz roja marcando la fecha en que su jubilación se volvería irreversible, con o sin Melián entre rejas.

—Cuatro días, Fernández —dijo por teléfono, sin necesidad de añadir nada más, mientras Carmela conducía hacia la sede de UHEDO con la sirena apagada pero la urgencia intacta.

—Lo sé, Paco. Y sé también que si en cuatro días no lo tenemos, vas a intentar seguir de todas formas, con placa o sin ella, y que no hay reglamento capaz de impedírtelo.

—Me conoces bien.

—Demasiado bien. Por eso te aviso: como te pase algo después de entregar la placa, Elena me arranca la cabeza a mí primero.

*

Sara Brito tenía ya sobre la mesa el informe pericial de la joyería de la calle Mayor de Triana, robada semanas atrás por una banda que nada tenía que ver con Melián, pero cuyo modus operandi había merecido, por pura rutina, una consulta cruzada con UHEDO. El caso, resuelto en apenas dos días gracias a una cámara de tráfico mal orientada, le dejó a Paco un pequeño consuelo agridulce: la prueba de que, cuando el tiempo jugaba a favor, su instinto seguía tan afilado como siempre.

—Ojalá todos los casos se resolvieran así de rápido —comentó Sara, mientras le entregaba una copia del informe por cortesía—. ¿Cómo

llevas la cuenta atrás, inspector?

—Mal. Pero sigo de pie.

*

Frankie esperaba cada noche junto a la puerta, con esa paciencia animal que no entendía de plazos administrativos ni de asesinos en fuga, y Paco, al llegar, se permitía diez minutos exactos de caricias distraídas antes de volver a extender sobre la mesa del porche las fotografías de las siete víctimas, ordenadas ya no por fecha sino por una intuición que todavía no sabía nombrar del todo.

—¿Vas a dormir algo esta noche? —le preguntó Elena, apoyada en el marco de la puerta, sin reproche real en la voz, solo cansancio compartido.

—En cuatro días duermo todo lo que haga falta, Elena. Ahora mismo no puedo permitírmelo.

Ella no insistió. Se sentó a su lado, sirviéndole un café que él apenas tocaría, y se quedó mirándolo trabajar en silencio, consciente de que aquellos cuatro días que quedaban pesaban sobre él mucho más que los cuarenta años enteros que llevaba dedicados al oficio.

CAPÍTULO 49

Rodolfo lo esperaba en el Instituto Anatómico Forense con los resultados definitivos del análisis de las herramientas del trastero, un informe que había prometido para el día siguiente pero que, sabiendo la cuenta atrás que pesaba sobre su amigo, se había quedado hasta pasada la medianoche terminando.

—Tres días, Paco. Y me traes trabajo para una semana —protestó, aunque sin verdadero reproche en la voz, deslizando la carpeta sobre la mesa metálica—. Aquí tienes el análisis metálico completo. Las herramientas coinciden al cien por cien con las marcas de forja de las siete cruces.

—Te debo una cena como Dios manda cuando esto termine.

—Me debes más de una, pero prefiero cobrármelas todas de una vez, tranquilo, sin que tengas media cabeza puesta en el reloj.

*

Padre Carlos lo recibió esa misma tarde en la sacristía, con dos cafés ya servidos antes de que Paco llegara siquiera a sentarse, una costumbre que se había instalado entre ambos sin necesidad de acordarla en voz alta durante aquellos días de búsqueda.

—Tres días, Carlos. Y aquí sigo, sin nada sólido que llevarme a la boca.

—Ese hombre, Melián, es el ejemplo más claro que he visto nunca de lo que ocurre cuando alguien se aísla por completo de una comunidad genuina —reflexionó el párroco, sirviendo el azúcar sin que se lo pidieran—. La soledad, cuando se cronifica y se mezcla con

una obsesión sin control, es el mejor caldo de cultivo para la peor versión de cualquiera. Tú no eres él, Paco, precisamente porque nunca dejaste de rodearte de gente que te importa. No lo olvides estos tres días que quedan, por muy solo que te sientas siguiendo su rastro.

Paco asintió, sin palabras, agradeciendo en silencio esa costumbre de su amigo de decir siempre lo necesario en el momento justo.

*

Matías insistió en que se vieran esa misma noche, aunque fuera solo diez minutos, en el muelle donde tantas conversaciones decisivas habían tenido lugar durante aquellos días.

—Tres días, hijo. Y te veo más flaco que la última vez.

—No tengo tiempo ni para comer bien, Matías.

—Pues haces tiempo, aunque sea robándoselo al sueño. Un hombre que no come no piensa claro, y tú necesitas pensar más claro que nunca estos tres días que te quedan.

Le puso en las manos una bolsa con pescado ya limpio y listo para la plancha, un gesto tan simple que a Paco se le hizo, sin saber muy bien por qué, un nudo repentino en la garganta.

*

Cosme, tras la barra del Bar Noray, le sirvió el café sin que Paco tuviera que pedirlo, observándolo con esa parquedad suya que decía más que cualquier discurso.

—Tres días —fue lo único que dijo, deslizando la taza sobre la barra.

—Tres días —confirmó Paco, sin necesidad de que ninguno de los dos añadiera nada más.

CAPÍTULO 50

La casa de las medianías, terminada por fin tras meses de obras que Paco apenas había podido supervisar entre víctima y víctima, llevaba ya semanas habitada sin que ninguno de los dos, ni Paco ni Elena, hubiera encontrado todavía el momento de celebrarlo como merecía.

—Firmaste la jubilación hace unos días, Paco —le dijo Elena una noche, sentada en el porche recién estrenado, con Frankie enroscado a sus pies y una jarra de limonada que llevaba más tiempo del debido sin que nadie la tocara—. Y sigues yendo a comisaría cada día, como si todavía llevaras la placa.

—No llevo la placa, Elena. Llevo algo peor: la certeza de que si dejo de buscarlo un solo día, ese día es precisamente el que él elige para la siguiente.

Ella no respondió enseguida. Se quedó mirando el valle que tanto les había costado ganarse, ese mismo valle que habían imaginado juntos meses atrás sobre unos planos desplegados en una piedra plana, y sintió que la distancia entre aquella promesa y la realidad presente le pesaba de un modo que ya no sabía cómo nombrar sin que sonara a reproche.

—No te estoy pidiendo que dejes de buscarlo. Te estoy pidiendo que me dejes acompañarte en la espera, en vez de esperar sola cada noche a que vuelvas con esa cara que ya empiezo a reconocer de memoria.

—¿Y cómo se hace eso, Elena? ¿Cómo se acompaña a alguien en una búsqueda que no tiene ni fecha ni garantía de final?

—Se hace sentándose aquí, en este porche, cada noche que puedas, y contándome lo que puedas contarme, en vez de guardártelo todo

para no cargarme con ello. Diez años viviendo a medias de todo, Paco. No pienso pasar los que me quedan también a medias de esto.

Paco se sentó a su lado, tomándole la mano con un gesto que aún no era capaz de acompañar de las palabras que Elena necesitaba, pero que ella recibió, de todos modos, como el principio honesto de una promesa distinta a todas las anteriores.

*

Matías, que había seguido acompañándolo a faenar cada vez que el caso se lo permitía, aunque cada vez con menos frecuencia de la que ambos hubieran querido, se lo dijo sin rodeos una madrugada en el muelle, mientras recogían los aparejos bajo un cielo todavía oscuro.

—Tu padre murió con un caso a medias sobre la mesa, Paco. Y tú llevas semanas viviendo exactamente esa misma vida que juraste no repetir jamás.

—Este es distinto, Matías. Este no lo voy a dejar a medias.

—Eso mismo pensaba él también, imagino. Nadie planea dejar nada a medias, hijo.

Simplemente, un día, la vida decide por uno.

Paco no respondió, pero aquellas palabras se le quedaron clavadas durante el resto de la travesía de vuelta a puerto, resonando con la misma insistencia que el motor fueraborda, hasta que, ya en tierra, decidió llamar a Elena solo para decirle que llegaba a tiempo para desayunar juntos, un gesto tan pequeño que a él mismo le sorprendió lo mucho que parecía significar para los dos.

CAPÍTULO 51

Ingrid Asland llamó a Paco a las seis de la mañana, la voz cargada de una urgencia que no se molestó en disimular con ningún saludo previo.

—Inspector, tengo algo. La empresa fantasma que pagaba a través de Altuza, Gestión Patrimonial Atlántica, comparte administrador con una sociedad que gestiona el alquiler de una vivienda en Valsequillo. El contrato lo firmó hace nueve meses alguien que se identificó como José María Betancuria.

—¿Betancuria? Ese nombre no me suena de nada, Ingrid.

—A mí tampoco, inspector. Pero el número de teléfono de contacto que aparece en el contrato es el mismo, con una sola cifra de diferencia, que uno de los tres números de prepago que Asuntos Internos relacionó con las filtraciones de Verdejo.

Paco sintió que algo, todavía informe, empezaba a tomar la forma de un patrón que no se atrevía todavía a nombrar del todo.

—Una cifra de diferencia puede ser casualidad, Ingrid.

—Puede serlo, inspector. Pero llevo toda la noche revisando registros, y hay algo más: esa vivienda de Valsequillo pertenece, a través de dos sociedades intermedias, al mismo entramado que gestiona Manuel Lasanta. El mismo circuito por el que Melián movía piezas, sí. Pero también el mismo circuito por el que se movió el dinero que pagó la fianza de Bethencourt tras Guayadeque.

Paco se quedó en silencio un largo instante, con el teléfono todavía pegado a la oreja, sintiendo que tres días no eran, de pronto, un plazo tan corto como había temido.

—Necesito esa dirección exacta, Ingrid. Y necesito que nadie más, ni siquiera Fernández, lo sepa todavía. Si me equivoco con esto, prefiero equivocarme yo solo.

—¿No confía en su propia comisaria, inspector?

—Confío en Fernández con mi vida, Ingrid. En quien no confío es en quien esté escuchando cuando ella dé la orden de movilizar un operativo. Llevamos semanas viendo cómo cada movimiento importante llega, de algún modo, a oídos equivocados antes de tiempo.

*

Carmela, avisada apenas media hora después con la promesa de discreción absoluta, encontró a Paco ya vestido, la chaqueta puesta pese a lo temprano de la hora, estudiando un plano impreso de Valsequillo extendido sobre la mesa del porche.

—Jefe, si esto es lo que creo que es, deberíamos avisar a todo el equipo, no ir los dos solos.

—Y si me equivoco, Carmela, habré movilizado a media comisaría detrás de un contrato de alquiler que puede no significar nada. Necesito verificarlo primero. Con discreción. Tú y yo, nada más, y solo para confirmar si hay movimiento en esa casa antes de decidir el siguiente paso.

Carmela dudó un instante, sopesando la orden con la misma cautela profesional que Paco le había enseñado a cultivar desde sus primeros días en el caso.

—¿Y si Betancuria es solo un nombre más, jefe? ¿Otro callejón sin salida como tantos otros?

—Entonces habremos perdido una mañana, Carmela. Pero si no lo es, habremos ganado tres días que no teníamos.

Salieron hacia Valsequillo antes de que el sol terminara de despuntar sobre el valle, sin saber todavía que aquella dirección, apuntada de prisa en un papel arrugado, terminaría siendo mucho más importante de lo que ninguno de los dos, en ese preciso instante, se atrevía todavía a esperar.

CAPÍTULO 52

Fue Elena quien buscó a Paco esa noche, sentándose a su lado en el porche sin decir nada durante un buen rato, dejándole terminar de mirar, una vez más, las fotografías de las siete víctimas extendidas sobre la mesa.

—Cuando esto termine, Paco, quiero que hagamos un viaje. Solos tú y yo, sin teléfonos, sin casos, sin nadie más. Necesito recordar quiénes somos cuando no hay una emergencia de por medio.

—Trato hecho. En cuanto esto termine, el viaje que tú quieras, donde tú quieras.

—No me hagas promesas que no puedas cumplir, que ya te conozco.

—Esta te la voy a cumplir, Elena. Te lo juro por lo que más quiero en este mundo, que resulta que sigues siendo tú, aunque estos días no lo haya sabido demostrar como merecías.

Ella le tomó la mano, entrelazando los dedos con los suyos sobre la mesa llena de fotografías de mujeres muertas, un gesto que a Paco le pareció, en ese instante concreto, la prueba más honesta de que algunas cosas, pese a todo, todavía merecían la pena ser salvadas.

—No te he perdido, Elena. Ni te voy a perder.

—Lo sé. Por eso sigo aquí, Paco. Porque a pesar de todos estos días difíciles, nunca he dudado ni un solo segundo de que valía la pena quedarme a averiguarlo.

CAPÍTULO 53

Betancor convocó una rueda de prensa de urgencia sin consultárselo antes a Fernández, anunciando ante las cámaras que la Policía estaba «muy cerca» de una detención inminente, una afirmación que a Paco, viendo la comparecencia desde el televisor del porche, le revolvió el estómago más que cualquier escena de crimen.

—Dos días, y ese hombre sale ahí a prometer algo que no tenemos —dijo Paco, marcando el número de Fernández antes incluso de que terminara la comparecencia.

—Lo sé, Paco. Lo he llamado en cuanto he visto la escaleta. Dice que necesitamos «buenas noticias para calmar a la ciudad». Como si Melián fuera a entregarse por cortesía hacia la opinión pública.

—Lo único que va a conseguir es que él también vea las noticias y decida esconderse todavía mejor durante los días que me quedan.

*

Rachael Lombard, que había visto la misma comparecencia desde su mesa habitual en la antigua sede del Eros, se presentó esa misma tarde en comisaría sin avisar, la indignación profesional escrita en cada gesto.

—Betancor acaba de regalarle un titular a todos los medios de la isla, inspector. Y usted todavía me pide paciencia a mí.

—Le pido dos días más, Rachael. Los mismos que le quedan a mi placa, aunque ahora me cueste el doble convencérselo.

Ella lo miró largo rato, calibrando cuánto de su propia credibilidad estaba dispuesta a seguir arriesgando por un hombre que, a esas

alturas, apenas tenía ya margen de maniobra.

—Dos días, inspector. Pero como Betancor vuelva a salir en televisión prometiendo cosas que ustedes no tienen, publico igualmente, con o sin su bendición.

*

Esa noche, ya en la finca, Elena encontró a Paco sentado frente al portátil, la pantalla en blanco, las manos quietas sobre el teclado.

—¿No consigues escribir?

—No consigo pensar en otra cosa que no sean los días que me quedan, Elena. Y eso, para escribir, es la peor compañía posible.

—Entonces no escribas esta noche. Descansa la cabeza, aunque sea un par de horas.

Mañana quedan todavía algunos días más, y los vas a necesitar enteros.

Paco cerró el portátil sin haber escrito una sola línea nueva, y dejó que Elena lo acompañara hasta la cama, consciente de que aquella noche, como tantas otras recientes, el sueño iba a costarle mucho más que las palabras que se negaban a salir en su manuscrito.

CAPÍTULO 54

Sara Brito le mencionó a Paco, casi de pasada, un aviso que UHEDO acababa de recibir sobre una talla románica del siglo XII con destino sospechoso a Qatar, un caso completamente ajeno a Melián que, por un instante, hizo temer a ambos que sus escasos efectivos tendrían que dividirse todavía más en los días que quedaban.

—No puedo permitirme perder ni una sola tarde en esto, Sara, por importante que sea la pieza.

—No te la voy a pedir, Paco. Ingrid y Anke pueden encargarse solas. Tú tienes un asesino que atrapar en muy pocos días, y ese caso, comparado con el tuyo, puede esperar una semana más sin que nadie salga herido.

Paco asintió, agradecido por no tener que pedirlo él mismo, consciente de que aquella pequeña muestra de solidaridad institucional valía, en aquel momento concreto, más que cualquier otro recurso que le hubieran podido ofrecer.

*

Anke Müller, encargada de facto de seguir la pista de la talla mientras Sara se centraba por completo en Melián, resolvió el caso en apenas un día, localizando el contenedor todavía en el puerto gracias a un chivatazo de Altuza, que seguía pagando, poco a poco, su colaboración forzosa con la investigación principal.

—Un día, Paco. Eso es lo que ha tardado Anke en resolver lo suyo —comentó Sara, casi con envidia—. Ojalá el tuyo se dejara atrapar con la misma facilidad.

—Ojalá, sí. Pero este lleva toda una vida practicando para no dejarse atrapar por nadie.

*

Charlie Maka, localizado por fin tras días de búsqueda discreta por el entorno de Altuza, aportó un detalle que ninguno de los dos había valorado hasta entonces: un intermediario que compraba «autentificaciones» documentales pagando siempre en efectivo, en un bar cerca del muelle, los martes por la tarde.

—Hoy es martes, Paco —dijo Carmela, mirándolo con una chispa de esperanza que llevaba días sin permitirse.

—Hoy es martes —confirmó él, ya cogiendo las llaves del coche—. Vamos a ese bar ahora mismo.

El intermediario, sin embargo, no se presentó aquella tarde, y la espera, larga y silenciosa, se sumó a la lista cada vez más corta de días que le quedaban a Paco antes del final de todo.

CAPÍTULO 55

Chano, el operario de limpieza que había encontrado el primer cuerpo semanas atrás, se acercó espontáneamente a Paco una mañana, mientras este supervisaba un nuevo rastreo en la zona de Vegueta, con una información que, a su juicio, podía no significar nada, pero que prefería no callarse.

—Inspector, llevo días viendo a un hombre rondar la Ermita del Espíritu Santo por las noches, después de mi turno. No hace nada raro, solo se queda mirándola un buen rato, como quien reza sin arrodillarse.

—¿Podría reconocerlo si lo viera de nuevo, Chano?

—De lejos, quizá. Nunca se acerca lo suficiente para verle bien la cara.

Paco anotó el dato, consciente de que en los pocos días que le quedaban ya no podía permitirse descartar ninguna pista, por pequeña o vaga que pareciera.

*

Matías, avisado del nuevo turno de vigilancia que Paco pensaba montar esa misma noche en la ermita, insistió en acompañarlo, aunque solo fuera para hacerle compañía en la espera.

—Un día, hijo. Y todavía sigues sin parar ni un minuto.

—No puedo parar, Matías. Mañana entrego la placa, y con ella se me acaba también el tiempo que me quedaba para encontrarlo.

—Entonces déjame acompañarte esta noche, aunque solo sea para que alguien te obligue a comer algo entre guardia y guardia.

La vigilancia de esa noche no dio ningún fruto: nadie se acercó a la ermita antes del amanecer, y Paco volvió a casa con las manos vacías y la certeza, cada vez más pesada, de que el tiempo se le agotaba de verdad.

Matías lo dejó en la puerta de la finca ya de madrugada, sin decir gran cosa más, y se quedó un momento parado junto al coche, viendo cómo Paco entraba en casa arrastrando los pies, antes de encender de nuevo el motor y volver, también él, a intentar dormir las pocas horas que le quedaban antes de que el sol saliera sobre un nuevo día de cuenta atrás.

CAPÍTULO 56

Ingrid Asland llevaba desde las ocho de la noche revisando facturas, no por el caso Arcángel, que en aquel momento nadie relacionaba ya de forma activa con el papeleo que tenía delante, sino por la auditoría de corrupción contra Manuel Lasanta, que UHEDO colaboraba en rastrear a petición del juzgado por su vertiente de patrimonio: contratos municipales que habían servido, entre otras cosas, para blanquear el pago de restauraciones de dudosa procedencia.

Era un trabajo mecánico, de los que Ingrid solía reservarse para las noches en que no conseguía dormir, cotejando facturas de una sociedad instrumental llamada Gestión Patrimonial Atlántica con los servicios que decía haber prestado. La mayoría eran fachada pura, sin actividad real detrás. Pero una, fechada nueve meses atrás, llamó su atención por un detalle tan pequeño que estuvo a punto de pasarla por alto: un concepto de «autentificación de piezas genealógicas y heráldicas», firmado con un nombre que no le sonaba de nada, José María Betancuria, pero con una rúbrica que le pareció curiosamente familiar.

Abrió, casi por rutina, la carpeta digital donde UHEDO conservaba copia de todo el material recopilado durante el caso, incluido el manuscrito sin firma que Thais había señalado meses atrás como anterior, en apariencia, al propio árbol genealógico de Melián. Puso ambas firmas, la del recibo y la letra de aquel manuscrito original, una junto a la otra en la pantalla.

El mismo trazo apretado, casi nervioso, en las mayúsculas. La misma manera, casi obsesiva, de subrayar dos veces cualquier fecha que considerara importante, exactamente como en el manifiesto que Bethencourt llevaba consigo la noche de Guayadeque, y del que ella

misma había escaneado cada página para el expediente antes de que la Fiscalía se lo llevara como prueba de la tentativa.

Fue entonces, con la factura todavía entre las manos, cuando Ingrid recordó algo que llevaba días guardado sin saber dónde encajarlo: la propia ficha académica de Bethencourt, colgada todavía en la web de la universidad pese a la suspensión de empleo, mencionaba entre sus líneas de investigación una estancia de seis meses documentando el patrimonio de la Ermita del Espíritu Santo de Vegueta, el mismo rincón de la ciudad donde había aparecido el cuerpo de Soledad Pérez.

—Sara —dijo, sin levantar apenas la voz, aunque el despacho estaba vacío a esas horas y nadie más que ella podía oírla—. Creo que acabo de encontrar a Bethencourt firmando facturas con otro nombre. Y llevaba meses haciéndolo, mucho antes de que lo detuviéramos en la cueva.

*

La dirección que figuraba en el recibo correspondía a una vivienda unifamiliar en Valsequillo, registrada a nombre de una empresa que, tras dos horas de rastreo urgente, resultó pertenecer a un primo segundo de Manuel Lasanta, un hombre sin antecedentes ni relación aparente con el caso, que llevaba años cediendo, a cambio de una renta discreta y sin preguntas, distintas propiedades de su cartera a cualquiera que las necesitara sin dejar rastro documental limpio.

Sara comprobó, con una llamada urgente al juzgado que instruía la causa de Bethencourt, un dato que ninguno de los dos había llegado a verificar del todo hasta entonces: la tentativa de Guayadeque, sin antecedentes previos y con un buen abogado de oficio, se había resuelto con libertad provisional bajo fianza y comparecencia semanal, a la espera de juicio. Bethencourt llevaba meses libre. Meses enteros en los que todo el mundo, empezando por el propio

Paco, había dado por hecho que un hombre procesado no podía seguir siendo, todavía, un peligro activo.

Paco, avisado por Sara a las once de la noche con una llamada que le hizo derramar la copa de vino que compartía con Elena en el porche, no dudó ni un segundo antes de coger las llaves del coche.

—No tienes placa, Paco —le recordó Elena, ya resignada, sosteniéndole la chaqueta mientras él se la ponía con las manos todavía temblando por la adrenalina.

—Tengo algo mejor que una placa, Elena. Tengo cuarenta años de cuentas pendientes con este caso, y no pienso perderme el final por un formalismo.

Carmela, ya al frente de su propia unidad, organizó el operativo en menos de cuarenta minutos, con la agilidad de quien ha aprendido, viendo trabajar a Paco durante años, que la velocidad importa tanto como la prudencia cuando de verdad se tiene algo entre las manos. Antes de salir hacia Valsequillo, se detuvo un instante frente a Tomás Verdejo, que llevaba meses relegado a tareas administrativas tras la investigación interna que había destapado, sin pruebas suficientes para una condena penal pero sí para el descrédito absoluto, sus filtraciones a Lasanta durante el caso Arcángel.

—Tú conocías esta propiedad, Verdejo. Estaba en los mismos papeles de Lasanta que tú manejabas. Y conoces a Bethencourt desde mucho antes de todo esto, ¿verdad? Desde el colegio.

Verdejo no lo negó. Se limitó a bajar la vista, con la misma vergüenza silenciosa que llevaba meses arrastrando por los pasillos de la comisaría, consciente de que cada favor prestado a un amigo de la infancia, por pequeño que pareciera al principio —una fianza agilizada aquí, un expediente extraviado allá, una pista desviada en el momento justo—, había terminado alimentando, sin que él mismo llegara nunca a asumirlo del todo, la red de protección que había mantenido a un asesino libre durante meses.

—Ezequiel me salvó la vida una vez, Carmela. Literalmente. Un accidente de coche, hace veinte años, cuando todavía éramos unos

críos. Yo pensaba que le debía esto. Nunca pensé que le estaba debiendo esto otro.

*

No hubo túnica ceremonial, ni altar, ni cuchillo forjado a mano esperando sobre una piedra volcánica. Cuando Carmela y su equipo entraron en la vivienda de Valsequillo pasada la una de la madrugada, encontraron a Ezequiel Bethencourt sentado a la mesa de una cocina modesta, con dos maletas ya hechas junto a la puerta y un billete de avión hacia Lisboa impreso sobre la mesa, a nombre de José María Betancuria.

No opuso resistencia. Ni siquiera se levantó de la silla cuando Carmela le leyó sus derechos, la pistola todavía en la mano por precaución, aunque ya resultaba evidente que no iba a necesitarla.

—Tarde o temprano tenía que ser así —dijo él, casi con alivio, la misma calma serena que Paco, entrando en ese momento por la puerta, reconoció enseguida, aunque la última vez que la había visto de cerca fuera entre las velas de una cueva—. Aunque confieso que esperaba algo más digno que una cocina de alquiler y una maleta a medio hacer.

—La dignidad, Ezequiel, hace mucho que dejó de ser suya para decidir —respondió Paco, con una voz que no dejaba traslucir ni una fracción del alivio inmenso que sentía por dentro, ese peso de ocho años y de siete nombres por fin depositado donde debía estar—. ¿Sabes lo más irónico de todo esto? Que hicimos exactamente lo que tú querías que hiciéramos. Sospechamos de Melián. Investigamos a Melián. Dejamos que él cargara con la sombra durante meses, mientras tú seguías libre, comiendo en los mismos restaurantes que nosotros.

Bethencourt lo miró entonces con una curiosidad genuina, casi con orgullo mal disimulado.

—Usted es el inspector jubilado. El que nunca dejó de buscarme, incluso sin placa.

—Nunca hubo un día en que dejara de ser mi caso, Ezequiel. Aunque llevara la firma de otro en la puerta del despacho.

Se lo llevaron esposado, sin túnica, sin discurso ensayado frente a ningún cristal, con la misma cocina modesta como único testigo de un final que, después de siete vidas truncadas, resultaba tan anticlimático como merecido. Paco se quedó un momento más en el umbral, mirando las dos maletas todavía junto a la puerta, y sintió que aquel objeto tan pequeño, tan doméstico, decía de la verdadera naturaleza del hombre mucho más que cualquier cruz templaria jamás pudo decir.

CAPÍTULO 57

El juicio contra Ezequiel Bethencourt se abrió apenas unas semanas después de aquella noche en Valsequillo, en una sala de la Audiencia Provincial que tuvo que habilitar un desdoble por videoconferencia para dar cabida a la expectación mediática. Emilio Melián, exonerado ya formalmente de cualquier vínculo con los asesinatos, aunque todavía a la espera de sentencia por el expolio de patrimonio histórico que sí había cometido, declaró como testigo de la acusación, aportando el árbol genealógico y las anotaciones que durante meses lo habían convertido, injustamente, en el principal sospechoso de todos.

—Llevaba dos años investigando por mi cuenta la misma teoría templaria que él, letrado, porque me obsesiona la historia de esta isla, no porque tuviera nada que ver con lo que él hizo con ella —declaró Melián, con la voz templada de quien lleva meses ensayando esa misma frase frente al espejo—. Nunca compartimos ni una sola conversación sobre el tema. Ni siquiera nos conocíamos en persona antes de que la Policía llamara a mi puerta.

La estrategia de la defensa, tal como se había anticipado, giró en torno a un supuesto trastorno delirante que aliviara la responsabilidad penal de Bethencourt. Se desmoronó, en gran medida, el día que Thais Romero subió al estrado.

—Llevo dos años sirviendo copas a hombres que subestiman constantemente mi inteligencia por el uniforme que visto, letrado —respondió al abogado defensor, que había insinuado que su trabajo en un club de alterne podía haber distorsionado su percepción de los hechos—. Puedo asegurarle que esa experiencia no ha distorsionado mi percepción de nada. Comparé letras, fechas y teorías durante

semanas antes de estar segura de lo que había encontrado, y no me equivoqué.

El tribunal, semanas después, rechazó la eximente y condenó a Bethencourt como autor de siete asesinatos con agravante de ensañamiento, a la pena máxima prevista por el código penal. Manuel Lasanta, ya despojado de su acta de concejal por el caso de corrupción paralelo, fue condenado por separado a cuatro años por malversación, sin que la fiscalía llegara nunca a demostrar que hubiera sabido, de forma consciente, que su red de propiedades opacas estaba dando cobijo a un asesino.

Tomás Verdejo sí llegó a pisar un tribunal, algo que la propia Carmela se encargó de que no se archivara sin más como una simple falta administrativa. La instrucción, ampliada tras el hallazgo de Valsequillo, terminó demostrando que Verdejo había desviado de forma consciente al menos tres pistas que apuntaban hacia Bethencourt durante los primeros meses de la investigación, además de agilizar de forma irregular su libertad bajo fianza tras Guayadeque. Fue condenado por encubrimiento a dos años, que cumplió en un módulo de respeto separado del resto de la población reclusa, y expulsado del cuerpo con la misma discreción sin honores con la que había pasado buena parte de su carrera, aunque esta vez sin que a nadie, ni siquiera a él mismo, le quedara ya ninguna duda de que la sentencia era la única verdaderamente justa.

CAPÍTULO 58

La ceremonia de reapertura de la sala del Museo Canario terminó pasadas las siete, y Sara Brito aprovechó que Paco se había quedado rezagado, contemplando una vitrina con las piezas recién restituidas, para acercarse a él a solas, sin la comitiva de periodistas y autoridades que todavía revoloteaba junto a la entrada.

—Bonito broche final, ¿verdad? —dijo, colocándose a su lado, con la vista puesta en el mismo cuenco de cerámica guanche que él llevaba un rato mirando.

—El mejor que he tenido en cuarenta años, Sara. Y ya no me quedan más rodeos para retrasarlo. La semana que viene entrego la placa de verdad, esta vez sin coartada de por medio.

Sara asintió, sin apartar los ojos de la vitrina, escogiendo las palabras con el mismo cuidado con el que llevaba semanas escogiéndolas para las ruedas de prensa.

—Ingrid me ha hablado de un proyecto nuevo. Un acuerdo de colaboración permanente entre la UHEDO y la comisaría, para casos de patrimonio con conexión criminal. Necesitaríamos a alguien que hiciera de enlace los primeros meses, alguien con tu instinto y tus contactos en la isla. Nadie mejor que tú.

—Me halaga que lo pienses, mujer, pero no. Ya tomé la decisión, y esta vez no pienso dejar que ningún caso, por bonito que sea el envoltorio, me la haga cambiar otra vez.

—No te estoy pidiendo que vuelvas a la calle, Paco. Solo que le prestes a esto la mitad de las horas que le prestabas al caso Arcángel, ni una más.

—La mitad de mis horas, hoy en día, es Elena, es el porche, es un manuscrito que llevo media vida queriendo terminar de verdad, no a

medias. Te lo agradezco, Sara, en serio que sí, pero no.

Sara no insistió. Se limitó a asentir de nuevo, con la misma media sonrisa cordial de quien ha sembrado una semilla sin ninguna prisa por verla germinar esa misma tarde, y cambió de tema con la elegancia de quien sabe exactamente cuándo retirarse a tiempo.

CAPÍTULO 59

Carmela se presentó en las medianías sin avisar, casi diez días después, con una botella de vino que no llegó a descorchar y una excusa —devolverle unos libros de criminología que Paco le había prestado meses atrás— que ambos supieron, desde el primer segundo, que no era el verdadero motivo de la visita.

—Podías haber llamado, hija —dijo Paco, sirviéndole un café en el porche, con Frankie olisqueando la bolsa de libros con más interés del que merecía.

—Podía, pero no me habría atrevido a decirte por teléfono lo que he venido a decirte en persona.

Se quedó callada un momento, removiendo el café que no había pedido azúcar para el que ya llevaba dos cucharadas.

—Tengo miedo, Paco. El caso Arcángel salió bien porque tú estabas ahí, aunque llevaras un mes sin placa, aunque técnicamente el mérito fuera todo mío en el papel. Y ahora te vas de verdad, y la próxima vez que algo así se tuerza, no vas a estar para enderezarlo.

—Carmela, mírame. Le ganaste el pulso a un cuchillo en Guayadeque tú sola, sin que yo estuviera a menos de tres kilómetros. Eso no lo hizo mi sombra. Lo hiciste tú.

—Lo sé, y aun así. No es lo mismo saber que puedo hacerlo sola que tener que hacerlo sola de verdad, para siempre, sin la posibilidad de coger el teléfono a las once de la noche.

Paco dejó su taza sobre la mesa, y buscó las palabras con la misma paciencia con la que llevaba días esquivando, sin éxito del todo, la misma conversación con distintos interlocutores.

—El teléfono seguirá funcionando, Carmela, lleve yo placa o no. Eso no te lo voy a quitar nunca. Pero no puedo volver a la calle. No otra vez. Elena lleva diez años esperando la vida que le prometí, y ya le debo demasiadas prórrogas.

Carmela asintió, con los ojos algo brillantes que se apresuró a disimular con un sorbo de café ya frío, y no insistió más aquella tarde, aunque Paco, viéndola marcharse por el camino de tierra hacia su coche, sintió que aquella visita le había calado más hondo de lo que estaba dispuesto a admitir todavía en voz alta.

CAPÍTULO 60

Esa misma noche, en el porche, Paco esperó a que Elena terminara de regar las últimas macetas antes de soltar la pregunta que llevaba toda la tarde ensayando en silencio, con el mismo cuidado con el que un investigador prepara la pregunta clave de un interrogatorio, sabiendo que la forma en que se hace puede importar tanto como la propia respuesta.

—Elena, una cosa. Puramente hipotética, ¿eh? No es que me lo hayan pedido ni nada. Pero, hipotéticamente, ¿qué dirías si alguien, no sé, me pidiera quedarme un tiempo más? Poco. Un caso concreto.

Elena dejó la regadera sobre el murete con más cuidado del necesario, un gesto que Paco reconoció enseguida como la forma que tenía su mujer de ganar tiempo antes de contestar algo que no le gustaba.

—¿Hipotéticamente? —repitió, sin ninguna intención de dejarle escapar con la palabra—. Hipotéticamente te diría que llevamos diez años de hipótesis, Paco. Que cada vez que ha habido un caso concreto, ha sido el último, hasta el siguiente. Que este porche, estos planos, esta casa entera la dibujamos pensando en un hombre que ya no llevaría placa, no en uno que la lleva a ratos, según lo que le pidan.

—Ya te digo que es solo una pregunta, mujer. Nadie me ha pedido nada.

—Pues entonces no hace falta que sigamos hablando de ello, ¿no? —dijo Elena, con una calma que a Paco le pareció más inquietante que cualquier grito, y recogió la regadera para volver a llenarla,

dando por zanjada una conversación que, los dos lo sabían, no había hecho más que empezar.

Paco se quedó solo en el porche unos minutos más, con Frankie apoyando la cabeza en su rodilla, pensando que la respuesta de Elena, disfrazada de hipótesis rechazada, no había hecho sino confirmarle exactamente lo que ya temía: que si alguna vez tenía que decirle que sí a algo así, tendría que hacerlo con mucho más tacto del que acababa de emplear, y con una razón mucho más sólida que un simple favor entre compañeros.

CAPÍTULO 61

Casi dos semanas después de la visita de Carmela, la partida de dominó de los jueves en el café de Agapito seguía siendo, pese a todo, uno de los pocos rituales que Paco no estaba dispuesto a dejar en el aire, ni siquiera con la fecha de entrega de la placa cada vez más cerca. Padre Carlos, como siempre, jugaba con más intuición que estrategia, y perdía con la misma elegancia con la que ganaba, que no era mucha en ningún caso.

—Te veo distraído, Paco. Y eso en ti es mala señal, porque el día que te distraes de verdad, suele ser porque algo te ha removido algo que llevabas bien guardado.

—Cosas de despedida, padre. Todo el mundo quiere un trocito de mí antes de que me vaya de verdad.

El cura colocó una ficha sin demasiada convicción, y bajó la voz un poco, aunque en el bar ya casi no quedaba nadie más que ellos dos y el propio Agapito, secando vasos detrás de la barra con la radio puesta muy bajito.

—Voy a decirte algo, y quiero que entiendas que te lo digo con mucho cuidado, porque hay cosas que no puedo contarte, aunque quisiera. Esta semana ha venido a verme alguien. Alguien mayor, que se sabe ya cerca del final, y que lleva encima un peso que no ha sabido soltar en muchos años.

Paco levantó la vista del tablero, con esa atención repentina que Padre Carlos conocía bien de otras conversaciones parecidas, a lo largo de los años.

—No puedo decirte de qué hablamos, Paco, y no me lo pidas, porque no te lo voy a dar. Pero sí puedo decirte que, en algún momento, mencionó una verbena. Y una niña. Y algo que llevaba

mucho tiempo sin cerrarse del todo, ni para esa persona, ni, sospecho, para ti tampoco.

Paco sintió que se le helaba algo por dentro, un frío antiguo que reconoció de inmediato, aunque llevara años sin visitarlo con tanta claridad.

—Alba —dijo, casi sin querer decirlo en voz alta.

—No he dicho ningún nombre, Paco. No puedo decir ningún nombre. Pero si a ti se te ha venido uno solo a la cabeza al escuchar lo que te acabo de contar, quizá deberías preguntarte si de verdad puedes dejar la placa en el cajón sabiendo que ese caso sigue exactamente donde lo dejaste hace diecisiete años.

No volvieron a hablar del tema el resto de la partida, que Paco perdió, por primera vez en meses, sin que le importara lo más mínimo.

CAPÍTULO 62

Inés Fernández lo citó al día siguiente en su despacho, a primera hora, con la formalidad de quien ya sabe que la conversación que va a mantener merece algo más solemne que un pasillo o una cafetera compartida. Sobre la mesa, cerrada, esperaba una carpeta que Paco reconoció de inmediato, aunque llevara diecisiete años sin verla en persona.

—Caso Alba Cabrera —dijo Fernández, sin rodeos, empujando la carpeta hacia él—. Nueve años, desaparecida de la verbena de las fiestas de Santa Brígida un dieciséis de agosto, encontrada cuatro días después en un barranco cercano. Tú llevaste la investigación. Se cerró sin resolver hace quince años, por agotamiento de líneas de trabajo, aunque nunca oficialmente como caso frío del todo.

—Lo recuerdo cada agosto, Fernández. No hace falta que me lo cuentes como si lo hubiera olvidado.

—Ya me imagino que sí. Por eso mismo te lo traigo a ti, y no a otra persona. —Hizo una pausa, y continuó con un tono algo más bajo, casi de disculpa por lo que estaba a punto de pedirle—. La Policía Científica ha reprocesado, dentro del programa nacional de casos sin resolver, una muestra biológica que en su momento no dio ningún perfil útil. Con las técnicas actuales, sí lo ha dado. Hay una coincidencia parcial con un familiar de segundo grado, localizable, residente todavía en la isla.

Paco abrió la carpeta, muy despacio, y se encontró de frente con una fotografía que llevaba diecisiete años viendo en sueños con más frecuencia de la que jamás había admitido ante nadie, ni siquiera ante Elena.

—¿Por qué yo, Fernández? Dale el caso a Carmela. Está lista. Tiene más energía que yo, y la mitad de mis manías.

—Porque Carmela no estuvo en aquella barranquera hace diecisiete años, cavando con sus propias manos junto al resto del equipo cuando el perro dio con el rastro. Porque Carmela no conoce a la familia, ni el terreno, ni los tres sospechosos que se descartaron entonces y que tú todavía recuerdas de memoria, sin necesidad de abrir ningún expediente. Este caso no empieza de cero, Paco. Empieza donde tú lo dejaste, y solo tú tienes el mapa completo de dónde es exactamente ese punto.

Paco cerró la carpeta, con las manos algo menos firmes de lo que le hubiera gustado reconocer.

—Dame unos días, Fernández. No te prometo nada.

—No te pido que me prometas nada, Paco. Solo te pido que lo pienses de verdad, y no solo con la cabeza que ya tiene la maleta hecha para las medianías.

CAPÍTULO 63

Pasaron cuatro días sin que Paco le diera ninguna respuesta a Fernández, cuatro días en los que estuvo a punto, más de una vez, de devolverle la carpeta sin abrirla siquiera de nuevo y decirle que no, que ya tenía bastante con lo de Bethencourt para andar removiendo otro caso más, uno que además le tocaba demasiado de cerca.

Marcó su número dos veces desde el porche, con el firme propósito de rechazarlo. Las dos veces colgó antes de que diera el primer tono, con la carpeta de Alba Cabrera todavía cerrada sobre la mesa del jardín, junto a la jarra de limonada.

Buscó a Matías al cuarto día, en el muelle, más para huir un rato de la propia carpeta que por necesidad real de compañía.

—Llevas la cara de quien tiene una decisión tomada y no se atreve a decirla en voz alta, Paco.

—Llevo la cara de quien no sabe qué decisión tomar, Matías, que es peor.

—¿Y eso desde cuándo? Tú siempre sabes lo que quieres hacer. Lo que no sabes nunca es si te vas a atrever a decirlo antes o después de hacerlo.

Paco soltó una risa corta, sin mucha alegría dentro, y se sentó en una de las rocas del espigón, dejando que Matías siguiera enredando sus aparejos sin prisa.

—Si digo que sí, le rompo a Elena una promesa que le hice hace un mes, delante de sus narices, con la tinta todavía fresca. Y si digo que no, dejo a una madre esperando diecisiete años más una respuesta que solo yo puedo darle.

—No hay ninguna decisión buena ahí, hijo. Solo hay decisiones distintas, con distinto precio. Eso ya deberías saberlo a estas alturas.

—Ya lo sé, Matías. Lo que no sé es cómo se paga un precio sin que el otro también termine pagándolo.

Matías no contestó enseguida. Terminó de enrollar el sedal con calma, y solo cuando ya guardaba los aparejos en la caja, sin mirar a Paco, añadió lo único que tenía verdaderamente que decir.

—Eso, Paco, no lo decides tú solo. Eso se decide hablándolo con ella. Que para algo lleva diez años aguantándote.

CAPÍTULO 64

Paco esperó a que Elena se durmiera para sacar la carpeta de Alba Cabrera de la bolsa donde la había escondido, casi con vergüenza, como quien esconde algo que sabe que no debería tener todavía escondido. Se sentó a la mesa de la cocina, con una sola lámpara encendida, y empezó a leer, por enésima vez en diecisiete años, un expediente que se sabía casi de memoria.

Fue pasada la medianoche cuando encontró lo que llevaba horas buscando sin saber exactamente qué era. No estaba en las pruebas nuevas, ni en el informe genético que Fernández le había resumido esa misma mañana. Estaba en sus propias notas de la época, escritas con la letra apretada y nerviosa de un hombre que entonces tenía dieciocho años menos y ni la mitad de la paciencia que había aprendido después, con el caso Arcángel, a valorar de verdad.

Una anotación al margen, casi ilegible, señalaba un nombre que en su día se descartó por falta de pruebas y que ahora, a la luz del familiar de segundo grado identificado por la Científica, encajaba con una precisión que a Paco se le antojó casi dolorosa de tan evidente. Diecisiete años buscando en la dirección equivocada por culpa de una pista que, en su momento, ni siquiera pareció lo bastante sólida como para investigarse a fondo.

Se quedó mirando la fotografía de Alba largo rato, la misma sonrisa mellada de niña de nueve años que llevaba diecisiete apareciéndosele en sueños, y pensó en Consuelo, la madre de Rebeca, y en la placa de la Fuente del Espíritu Santo, y en la frase que ella misma había elegido: «Para que la memoria no vuelva a fallarles». Pensó que había una madre en algún lugar de la isla que llevaba diecisiete años esperando esa misma frase sin haberla recibido nunca.

Cerró la carpeta ya de madrugada, con la decisión tomada de un modo que no admitía ya mucha discusión consigo mismo, aunque sabía, con la misma certeza, que la conversación más difícil de toda esta historia todavía estaba por llegar, y que esta vez no tendría ningún expediente al que agarrarse para encontrar las palabras adecuadas.

CAPÍTULO 65

Se lo dijo al día siguiente, por la tarde, en el porche, sin rodeos ni preámbulos, porque después de tantos años juntos sabía que a Elena los rodeos solo conseguían inquietarla más de lo necesario.

—Voy a aceptar, Elena. Un año, como mucho. Hay un caso que dejé sin cerrar hace diecisiete años, una niña, y ahora hay una pista nueva que solo yo puedo seguir con garantías. No podría vivir en este porche sabiendo que la dejé ahí tirada por segunda vez.

El silencio que siguió fue mucho más largo que cualquiera de los que Paco recordaba de los últimos diez años juntos. Elena no gritó, ni lloró, ni le reprochó nada en el primer instante, lo cual, para quien la conociera de verdad, era mucho peor señal que cualquiera de esas dos cosas.

—Me hiciste la pregunta hipotética hace tres días, Paco. Y yo te contesté de verdad, aunque tú la disfrazaras de broma. ¿Para qué me la hiciste, si ya sabías que ibas a decir que sí de todos modos?

—Me prometiste un mes, Paco. Un mes, y ni un día más, delante de esta misma jarra de limonada, hace apenas unas semanas. Y yo te creí, porque llevaba diez años queriendo creerte.

—No lo sabía, Elena. Te juro que no lo sabía todavía. Quería saber cómo te sentaría, para poder pensarlo con cabeza si algún día tenía que decidir.

—¿Y ya lo has pensado con cabeza? ¿O has vuelto a decidir con lo de siempre, con esa parte tuya que no sabe dejar una puerta entreabierta sin ir a cerrarla, aunque le cueste la casa entera?

—Elena...

—Diez años, Paco. Diez años poniendo mi vida en pausa cada vez que sonaba tu teléfono a deshoras. Compramos este terreno para dejar de vivir en pausa, no para aprender un nuevo nombre para lo mismo de siempre. Un año más suena a poco cuando lo dices tú, pero yo ya sé contar los años en meses de espera, y no me sale una cifra tan pequeña.

Se levantó, recogió la jarra de limonada casi sin tocar, y entró en la casa sin dar un portazo, lo cual, otra vez, resultó ser mucho peor que si lo hubiera dado. Paco se quedó solo en el porche con Frankie, mirando el valle que tanto les había costado ganarse, preguntándose, por primera vez desde que había tomado la decisión, si de verdad la había tomado con la cabeza, o simplemente con la misma tozudez de siempre disfrazada, una vez más, de justicia.

CAPÍTULO 66

Pasaron tres días en los que la casa de las medianías se llenó de un silencio educado, cortés, mucho más agotador que cualquier discusión a gritos. Paco, recordando lo que Elena le había reprochado sobre la pregunta hipotética y la falta de tacto, decidió no volver a plantear el tema en caliente, y en su lugar empleó esos tres días en preparar algo que llevaba tiempo sin hacer de verdad: escuchar antes de hablar.

Al cuarto día la buscó en la cocina, y en vez de argumentos sobre Alba Cabrera, sobre expedientes o sobre justicia pendiente, empezó por otro sitio.

—Tenías razón con lo de la pregunta hipotética, Elena. La usé para prepararme a mí mismo, no para escucharte de verdad a ti. Eso estuvo mal, y lo siento.

Elena, que llevaba tres días esperando cualquier cosa menos eso, dejó a medias lo que estaba preparando y se apoyó en la encimera, con los brazos cruzados, pero sin la dureza de los primeros días.

—¿Y ahora sí me vas a escuchar, o solo has venido a que te absuelva más rápido?

—Ahora sí. Cuéntame otra vez lo de los diez años en pausa. Pero esta vez te prometo que no voy a estar pensando en cómo defenderme mientras hablas.

Elena se lo contó otra vez, con las mismas palabras casi, aunque esta vez Paco no las escuchó como una acusación que había que rebatir, sino como lo que de verdad eran: el resumen de una década de espera silenciosa, de teléfonos que sonaban a las tantas, de cenas que se enfriaban, de una mujer que había aprendido a querer

a un hombre a fondo perdido, sin pedirle nunca la factura completa hasta ese mismo porche, ese mismo verano.

—No te pido que esperes a fondo perdido otra vez, Elena. Te pido un año, con condiciones que pongo yo, no la comisaría: cenamos juntos cada noche que pueda, y las que no pueda, te llamo antes de que tengas que preguntarte si voy a llegar. Nada de guardármelo todo para no cargarte con ello, como hacía antes. Esta vez no es media vida contigo y media con el caso. Es tu vida conmigo, con un año más largo del que planeamos, pero contigo dentro de cada día de ese año, no fuera de él.

Elena se quedó mirándolo largamente, y algo en su expresión, tan distinta ya del silencio de los primeros días, le dijo a Paco que la respuesta, aunque todavía no llegara en palabras, ya no era la misma que tres días atrás.

—Un año, Paco. Ni un mes más, aunque aparezca otro caso, otra niña, otra pista de última hora. Y las condiciones las cumples, o el año que viene firmo yo la jubilación por ti, aunque tenga que falsificar tu firma.

—Trato hecho —dijo él, y por primera vez en tres días, Elena sonrió de verdad, una sonrisa cansada pero sincera, la misma con la que le había tomado la mano tantas otras veces en aquel mismo porche, a lo largo de una historia que, a regañadientes, había aprendido, una vez más, que la vida de Paco Figueroa nunca terminaría de encajar del todo en ningún plano dibujado sobre una piedra, y que quererlo bien significaba, también, aprender a esperar un poco más, con la certeza de que, esta vez, la espera vendría acompañada, y no en silencio.

CAPÍTULO 67

La familia de Cristina Medina, cuya denuncia de corrupción contra Lasanta había añadido durante meses una capa de sospecha política al caso, obtuvo por fin la respuesta que llevaba tanto tiempo esperando: la investigación no encontró ninguna prueba de que Bethencourt conociera de antemano las intenciones de Cristina, y su elección como víctima había respondido, con toda probabilidad, a la pura casualidad de haberse cruzado con él en algún acto cultural de la ciudad.

—A veces, señora, la crueldad no necesita ninguna razón que la justifique más allá de la propia enfermedad de quien la comete —le dijo Paco a la madre de Cristina, en la misma conversación honesta que ya había repetido, con matices distintos, ante cada una de las siete familias—. Su hija hizo lo correcto al querer denunciar lo que sabía. Que un monstruo cruzara su camino en el peor momento posible no le resta ni un ápice de valor a esa decisión.

Por iniciativa de las familias y con el apoyo del ayuntamiento, se instauró una pequeña placa conmemorativa en la Fuente del Espíritu Santo, discreta, sin nombres explícitos de la investigación, solo una frase que Consuelo, la madre de Rebeca, había elegido personalmente:

«Para que la memoria no vuelva a fallarles».

*

La colaboración entre el Museo Canario y UHEDO, nacida a raíz del caso, permitió empezar a recuperar, ya en las primeras semanas, no solo las piezas del trastero de Schamann, sino también otras que

Melián había vendido a coleccionistas privados a través de la red que compartía, sin saberlo del todo, con la trama de corrupción de Lasanta. Ingrid Asland se puso al frente del proceso de restitución desde el primer momento, devolviendo ya los primeros fragmentos a la memoria de la isla.

—Este museo custodia miles de piezas que nunca llegan a exponerse por falta de espacio y de personal —le confesó la directora a Paco, durante la pequeña ceremonia de reapertura de una de las salas—. Fue precisamente esa abundancia sin vigilar la que Melián supo explotar durante años, con sus credenciales académicas impecables, sin que nadie sospechara nunca.

El éxito mediático del caso, por doloroso que hubiera sido el camino hasta él, multiplicó la visibilidad institucional de UHEDO a nivel europeo. Sara Brito, con un notable incremento presupuestario recién aprobado, anunció apenas unas semanas después la ampliación de la sede de Las Palmas con dos nuevas plantas dedicadas por completo a catalogación digital, con Ingrid al frente del nuevo equipo, sin necesidad de que la unidad se dispersara jamás fuera de la isla que la había visto nacer.

CAPÍTULO 68

Carmela, todavía en la misma unidad, todavía inspectora en prácticas aunque cada vez con menos de prácticas y más de inspectora a secas, heredó de Paco algo más que unos cuantos consejos de despedida: esa misma tozudez tranquila que no se rinde a mitad de camino. Seguía soltera, sin prisa por dejar de estarlo, y bromeaba con que ya tendría tiempo de sobra para el amor cuando su carrera estuviera un poco más asentada.

—Jefe… gracias —le dijo aquella última tarde en comisaría, la voz todavía algo rota, como la noche de Guayadeque.

—Gracias a ti, Carmela. Le ganaste el pulso a un cuchillo y a un caso que ninguno de los dos vamos a olvidar jamás. Vas a ser, algún día, una inspectora de las buenas. Ya casi lo eres.

Rodolfo, jubilado también, publicó un segundo libro de divulgación forense dedicado íntegramente a Paco, «el hombre que me demostró que la mejor herramienta forense sigue siendo, después de todo, la cabeza bien amueblada», según la dedicatoria que leyó en voz alta, entre risas, el día que se lo llevó personalmente al porche para que fuera el primero en tenerlo entre las manos.

Padre Carlos, con quien Paco seguía jugando al dominó cada semana en el café de Agapito, se convirtió en algo parecido a un director espiritual informal para todos los que habían quedado tocados por el caso. Visitaba a Bethencourt en prisión una vez al mes, no porque creyera que aquella obsesión oscura mereciera disculpa alguna, sino porque estaba convencido de que ni siquiera el hombre que más daño había hecho en toda su parroquia debía enfrentarse solo, sin un mínimo de compañía humana, a lo que le quedaba de vida.

El terreno de las medianías, testigo de tantas conversaciones y de tanto crecimiento compartido, se convirtió, sin que nadie lo planeara, en el verdadero corazón de toda esta historia: el lugar donde Sara Brito y su equipo se dejaban caer los domingos, donde Thais llevaba sus propias traducciones para que Paco les diera una segunda lectura, donde Carmela aparcaba el coche patrulla los días que necesitaba, sencillamente, un rato de silencio compartido.

CAPÍTULO 69

*

Paco, revisando una última vez el manuscrito completo de todo lo vivido antes de darlo por definitivamente terminado, se detuvo largamente en la fotografía que Elena le había tomado aquella primera tarde de escritura en el porche, portátil abierto, jarra de limonada al lado, Frankie dormido a sus pies. La conservaba como salvapantallas de su propio ordenador, un recordatorio constante y silencioso de que aquel momento sencillo, aparentemente insignificante, había marcado el verdadero comienzo de la etapa más plena de toda su vida.

—¿Sabes qué es lo que más agradezco de todo lo que vivimos, Elena? —le preguntó, una última vez, en una de esas tardes tranquilas que ya se habían convertido en la textura habitual de su existencia compartida—. Que un caso tan oscuro terminara enseñándome, después de sesenta años de vida, la lección más simple y más importante de todas: que nunca es demasiado tarde para empezar a vivir de verdad, siempre que uno tenga el valor de intentarlo y la suerte de encontrar a la gente adecuada para acompañarlo en el camino.

Elena le tomó la mano, sin necesidad de responder con palabras, y ambos se quedaron así, en silencio compartido, mientras el sol terminaba de ponerse sobre el valle que tanto habían aprendido a amar juntos.

Aquella imagen —Elena y Paco cogidos de la mano frente al valle, Frankie dormido a sus pies, la pantalla del portátil todavía encendida con la última página del manuscrito recién terminada— era, sin que

ninguno de los dos lo supiera todavía, el cierre visual perfecto para una historia que, pese a haber comenzado con la crudeza de siete asesinatos brutales, terminaba demostrando, capítulo tras capítulo, que ni la peor de las oscuridades consigue apagar del todo la capacidad humana de encontrar, contra todo pronóstico, su propio camino de vuelta hacia la luz, hacia la comunidad, y hacia esa felicidad sencilla y merecida que Paco Figueroa, después de tantos años de entrega incondicional a los demás, había aprendido por fin a permitirse sin reservas.

Como decía siempre Matías, entre partida y partida de ajedrez frente al mar: la paciencia, tarde o temprano, siempre encuentra su recompensa. Esta larga historia, nacida de un caso oscuro y sostenida, capítulo a capítulo, por la vida cotidiana de tantos personajes que la fueron habitando, es la prueba de ello.

Quedan, por supuesto, muchas más historias posibles en aquella isla de cruces y sombras: nuevos casos que Carmela resolverá con su propio talento ya consolidado, nuevas piezas que Sara Brito y su equipo de UHEDO rescatarán del olvido, nuevas páginas que Paco seguirá escribiendo cada mañana en su porche de las medianías. Pero esas son ya, como bien sabe cualquier buen narrador, materia de otra ocasión, de otro amanecer.

Por ahora, con el corazón lleno y la conciencia tranquila, la historia concreta que comenzó con la firma temblorosa de un documento de jubilación encuentra aquí su verdadero punto final: no un final cerrado y estático, sino la certeza reconfortante de que la vida, con toda su complejidad de luces y sombras entrelazadas, siempre encuentra la manera de continuar, de crecer y de florecer, incluso después de las tormentas más devastadoras que uno pueda imaginar. Y, ¿quién sabe? Quizá en un futuro próximo nos encontremos un nuevo comienzo.

Las Palmas de Gran Canaria, Agosto de 2026

FIN.